OBEDECIENDO
TUS
Reglas

Primer Encuentro

Ser tranquila, hablar lo necesario y ser cautelosa. Es todo lo que necesito para pasar inadvertida este año de los tres chicos y sus estúpidas reglas. Sólo tres cosas que lograrán que Mika McFly no ponga sus intimidantes ojos sobre mí y haga lo mismo que hizo con Patrick.

"*Tranquila, callada y cautelosa*" me repito otra vez de camino al colegio.

Es mi primer día de clases en el segundo año y todo lo que deseo es conservar mi anonimato por los pasillos de Jackson. Sé, con total claridad, que si Mika descubre que soy la hermana del chico que se enfrentó a él nada bueno puede pasar.

Tranquila, callada y cautelosa.

—Cuatro ojos, ¿aún sigues aquí? —pregunta el conductor al verme bajar— Me pregunto qué ocurrirá si McFly descubre que eres la hermanita de Patrick. Seguramente, nada bueno. —Su risa burlona se escucha aún cuando cierra las puertas del bus y enciende el motor.

Tranquila, callada y cautelosa.

Inhalo hondo. Jackson está igual que el año anterior, cuando Patrick podía traerme en su auto. Los mismos chicos, los mismos problemas, el mismo estacionamiento privilegiado para *Los Tres*.

—¡ASTRID! —Siento un golpe en mi hombro que causa un pre-infarto en mí. Volteo encontrando a James Cooper a mi lado—. Sigues siendo igual de asustadiza que el año pasado, Cuatro Ojos.

James Cooper; no podría describir qué siento cada vez que lo veo. Es la clase de chico extrovertido y muy carismático. No está dentro del mundo de los *populares*; sin embargo, no tiene la necesidad de agachar la

cabeza cuando *Los Tres* hacen su aparición. Gracias a él, todos me llaman por mi flamante apodo...

—Sí. Hay cosas que nunca cambian... supongo —me encojo de hombros.

—Como tú —se ríe—. Y estos lentes de anciana jamás los cambiarás, ¿verdad? —Niego con la cabeza sonriendo—. Bueno... si los cambiaras dejarías de ser Cuatro Ojos, así que mejor consérvalos.

¿Eso es un halago o es mero sarcasmo?

Me reservo la pregunta para mí misma al escuchar el motor tan conocido y reconocido del auto de Mika McFly. Todos los *normales* presentes fuera de Jackson, incluido James, les dejamos libre un camino hacia la entrada de Jackson —***Regla número 1: No tocarlos sin su permiso***—. Nadie puede tocar a *los tres* chicos más populares y temidos en Jackson.

¿Tienen complejo de dioses?

Todos los vemos bajar del auto y le hacemos un seguimiento hasta que pasan, entonces por obligación bajamos nuestras cabezas y miramos el suelo —***Regla número 2: No los mires a los ojos***—. Nuestras "deidades" se creen demasiado perfectas para que alguien que no pertenece al mundo de *"los populares"* se les quede mirando como idiotas. O de alguna otra forma.

Mi hermano tuvo el error de hacerlo y sufrió las consecuencias.

Já, ¿cómo podría un estropajo como yo mirarlos?

Y finalmente, mientras vemos de reojo cómo caminan entre nosotros con aire de suficiencia, egocentrismo y soberbia, todos guardamos un

silencio de funeral —*Regla número 3: No les hables*—. Nadie es lo suficientemente bueno para hablarles a *Los Tres*.

¿Hablarles? ¡Ni de chiste!

Ellos dominan todos los pasillos dentro de Jackson. Son capaces de hacer todo por ser respetados y disfrutan de su status social. Si no fuese porque éste es su último año en Jackson, nadie resistiría su tiranía.

Cuando las puertas del colegio se cierran tras ellos, todos se amontonan para ver cómo caminan con autoridad por los pasillos del colegio.

—Eso ha sido... extraño —murmura James. Los dos somos los únicos que no son hemos amontonados como gallinas en el maíz para ver a *Los Tres*—. ¿Cómo estás?

—Viva —sonrío con nerviosismo.

...

—¡ASTRID! ¡¡ASTRID!! —Los gritos de la profesora Scott me traen de vuelta a la penosa realidad: el campo de beisbol. Guardo mi celular en el bolsillo de mi short y la miro—. Te toca batear, Fissher. Procura esta vez darte a la pelota y no al aire como el año pasado.

Entre risas, Lizzy me entrega el bate.

Sí, el año pasado fui un asco en deportes. Saqué el peor promedio y por poco reprobé el ramo. *¿Quién en éste planeta puede reprobar deportes?*

NADIE, excepto yo.

Tomo el bate con mis dos manos y busco la mejor posición para batear mientras recuerdo el consejo que Patrick me dio el año pasado: *"Imagina*

que la pelota es la persona que más odias en este mundo". Y como si fuese una película en cámara lenta, observo la pelota viniendo justo hacia mí; lentamente, ésta se convierte en el perfecto rostro de Mika McFly.

Entonces, bateo con todas mis fuerzas.

—¡HOME-RUN! —grita la profesora, siguiendo el transcurso de la bola con su mirada—. Buen tiro, Astrid. Ahora ve por la pelota.

Mi sonrisa desaparece al oír su orden. Primera vez que le doy a la pelota, pero debo ir a buscarla al otro extremo del patio de Jackson. Suspiro con resignación y me encorvo de hombros.

Arrastro mis zapatillas de lona por todo el campo hasta que me detengo en seco cuando descubro que la pelota está en manos de nada más y nada menos que *él*. De pie, a unos metros de mí, lanzando la pelota al aire y atajándola con su mano sin hacer esfuerzo alguno, Mika McFly me mira como si fuese un insecto o algo peor que eso.

Bajo mi cabeza sintiendo un nudo en mi pecho que se contrae y causa que los latidos de mi corazón se aceleren.

—¿Esto es tuyo? —me pregunta. Escucho sus pasos aproximarse hasta mí y asiento cabizbaja— ¿Disculpa? No te oí.

—S-sí... —balbuceo, intentando que la voz no me salga quebrada—. Lo siento. —Él guarda silencio. Camina alrededor mío y vuelve a detenerse en mi espalda. Su respiración mueve mi melena. Con su mano libre, toma un mechón de mi cabello y lo aparta de mi rostro.

—¿Qué podría hacer contigo? —Pregunta cerca de mi oreja, escondo mi cabeza entre mis hombros cuando lo hace— ¿Qué juego divertido podía

hacer con una niñita como tú? —Se para frente a mí y tira la pelota al suelo—. Creo que hoy es tu día de suerte. Recógela.

No espero que cambie de opinión y me agacho para recoger la pelota, pero al hacerlo, mi celular cae del bolsillo y se prende la pantalla. La foto de Patrick y yo que tengo de fondo, queda al descubierto. Antes de tomarlo, Mika agarra mi mano y toma el celular por mí.

—Patrick Fissher... —murmura más para sí. Una sonrisa distorsionada nace de sus labios y me mira—. Eres la hermanita de Patrick, ¿verdad?

Minimarket.

Astrid sintió su garganta seca, como si hubiese caminado sobre el árido desierto bajo un sol abrasador. Lo cierto era que su camino peligroso comenzó desde el momento en que Mika McFly clavó su mirada mal intencionada en la fotografía de la joven. Durante el día se había preocupado por toda posible causa para ser descubierta por él, que jamás pasó por su cabeza que su celular la delataría. Aquella foto que tanto le costó convencer a su hermano para sacarla, fue el gatillo que disparó la bala.

Todo ocurrió rápido y aún así, la imagen de Mika quedó grabada en su retina. El contacto frío de sus dedos blancos contra su cuello quitando el lazo que ataba su cabello fue el último recuerdo de su encuentro. Y, por último, su voz profunda y cargada de cinismo:

—Yo me quedo con esto —Fue lo último que descifró antes de tomar su celular y huir de vuelta al campo de beisbol, con la pelota en su otra mano.

Tranquila, callada y cautelosa...

Llegó más pálida que de costumbre a la vista de sus compañeras y profesora, quienes la miraron interrogante mas no preguntaron nada. Astrid le entregó la pelota a la profesora para sentarse en las gradas luego. Fue cuanto se percató que sus manos temblaban. ¿Realmente Mika McFly podía causar aquel efecto en ella? No. Mika McFly causaba ese efecto en todos, y lo hizo con su hermano... por un tiempo.

...

Caminó por los pasillos vacíos de Jackson. Una de las cosas que más le agradaban de saltarse las clases, era que podía caminar con libertad sin tener que aguantar las sufridas miradas de los demás chocando el piso del edificio. O tener que respirar el mismo aire que ellos. Odiaba a cada uno de los estudiantes, a excepción de sus dos amigos. Sin embargo, no negaba que ser él podía tener sus privilegios.

Como llegar a mitad de clases sin ser regañado por la profesora.

Se detuvo frente a la puerta de la clase unos segundos antes de entrar. Dentro, en los últimos asientos, se encontraban sus dos amigos. Jax dormía apoyando su cabeza sobre la mesa, estaba agotado de tener que saciar con halagos vanos y piropos de mal gusto a sus dos chicas favoritas en Jackson; su otro amigo, Chase, dejaba caer todo su cuerpo sobre el respaldar de la silla mientras sus ojos estaban puestos en la figura delgada y encorvada de una chica rubia que se sentaba unos asientos más adelante.

Poco sabía de ella, mas lo suficiente para saber que era otra piedra en su camino, y el de su consentida hermana.

—¿De dónde sacaste eso? —curioseó Jax observando el lazo rosa con puntos rojos alrededor de su muñeca— ¿De tu hermana?

Mika esbozó una sonrisa diminuta ante la ocurrencia de Jax. Por sus pensamientos se cruzó el rostro asustado de Astrid.

—Lo saqué de mi nuevo juguete —informó, contemplando el lazo de la chica—. Mi nuevo entretenimiento.

Tras una aburrida clase sobre las próximas clases, actividades y el baile, el primer día de clases concluyó. Astrid terminó de cambiarse la ropa deportiva y salió de los vestidores limpiando sus empañados lentes. Les

hizo una tímida seña a April y Lizzy, compañeras de curso, para recibir la palmada de James en su espalda.

—Hola, *Stanton* —la saludó sonriendo ampliamente. El corazón de Astrid se aceleró por un momento pensando que se toparía una vez más con McFly.

—¿"Stanton"? —Interrogó poniéndose sus lentes para ver con claridad el rostro de su compañero. James estaba más enérgico de lo normal, con esa sonrisa carismática que derretía a más de alguna en su curso.

—Es el jugador de beisbol mejor pagado, nena. Es cultura popular. —Astrid asintió lentamente, captando el apodo de su compañero—. ¡Liz dijo que bateaste!

—S-sí —se encogió de hombros, sintiendo sus mejillas hervir—. Aún no lo asimilo... ¿Cómo te ha ido a ti?

—Nada mal. Tengo un don para los deportes —comentó en tono bromista.

Los dos se encaminaron hacia la salida de Jackson, separando sus caminos afuera del colegio. James Cooper constaba de sus amigos, y a veces el auto de su padre, para volver a casa, mientras que Astrid debía caminar hasta el paradero más cercano para ir al minimarket donde trabajaba todos los días después de clases.

Al llegar al paradero, se sentó en la banca. El lugar estaba tal cual como lo recordaba. El techo roto y gastado, la paleta publicitaria rayada con graffitis, dibujos obscenos, afiches rasgados y los símbolos anarquistas. Y cómo olvidar aquel basurero repleto de desechos y con olor a orina. Todo igual a como era hace tres meses atrás.

—¡Hey! —la llamó una voz desde un auto. Desde *ese* auto.

Con sólo verlo, el corazón de Astrid se comprimió causando un súbito dolor en su pecho. Sus pulmones se vieron faltos de aire, por lo que su respiración se aceleró. Sus manos temblaron junto con su barbilla. Era Mika quien la llamaba desde su auto, frente a ella. Inconscientemente, bajo su vista con la falsa idea de que a ella no llamaba, pero era la única persona en aquel paradero.

—Sube —le ordenó él con autoridad. Astrid apretó su mandíbula para que él no se percatara que temblaba. Erró sus ojos unos instantes hasta que él volvió a hablar—. ¿Estás sorda? He dicho que subas. AHORA.

Suspiro entrecortadamente. ¿Dónde estaban sus amigos? Mika estaba solo en su auto, así que las preguntas sobre su encuentro invadieron su cabeza. Abrió la puerta del auto y se subió en silencio, sin poder mirarlo. Estaba fuera de Jackson, las reglas no corrían; no obstante, la figura de Mika causaba estragos en ella.

—¿Dónde vas, hermana de Patrick? —Preguntó en un tono cantarín que a Astrid le pareció cargado de cizaña.

Pestañó un par de veces antes de responder. Realmente se sentía diminuta, aún más que con los demás.

—El minimarket *Mr. Harry*... —masculló con un hilo de voz que creyó que no podría oír, pero lo hizo. Mika aceleró y en todo el camino no dijo nada.

Cuando estacionó el auto frente a las puertas corredizas del minimarket donde trabajada, jamás creyó ser tan feliz de verlas; ver a la cajera que siempre la regañaba, el universitario desorientado que reponía los estantes y al gerente de la tienda. Pensó que Mika la llevaría bajo un

puente, la asfixiaría y cortaría su moribundo cuerpo en trozos para dárselo a los perros.

Pero no.

Se bajó del auto dudosa. Cerrando la puerta del auto notó que su lazo lo llevaba puesto Mika en la muñeca, pero no se atrevió a decir nada, pues no esperó que él también se bajara del auto.

—¿Quién es el gerente? —le preguntó, mirando el interior del minimarket. Caminó con altivez hasta el interior siendo seguido por Astrid como si fuese un pato siguiendo a su madre. Los castaños ojos del adinerado chico se posaron sobre un hombre de traje con edad avanzada.

—Desde hoy, Fissher, haré de tu vida una miseria.

Astrid vio con terror la sonrisa que perfilaba Mika y supo, que lo que acababa de decirle no era una broma cualquiera.

Y así comenzó todo...

¿Quién manda?

ASTRID

Saco mi celular para ver la hora, pero lo único que consigo es ver la fotografía de Patrick y estremecerme al recordar la sonrisa macabra de Mika McFly. Con solo pensar en él, una inquietud nace en mi pecho. ¿Hasta dónde puede llegar con su orgullo como para querer hacerme la vida imposible a mí también? No logro entenderlo... o tal vez, me resulta difícil penetrar en la mente de un ser como él.

Dando un suspiro desganado guardo mi celular de vuelta a mi bolsillo. Tomo con fuerza el canasto con mercadería para reponer los estantes. Mika debería estar haciendo el *trabajo pesado*, o mejor dicho, el de novatos. No sé como lo ha hecho, pero supongo que unos cuantos dólares han logrado que el gerente lo contrate y me han dejado su trabajo a mí.

Bueno, prefiero reponer cosas que tener que fingir una sonrisa al atender a un cliente. Hoy ha sido un día de *esos* y aún no puedo descifrar qué es lo que pretende hacerme Mika. Después de salir con esa sonrisa retorcida de la oficina del gerente, no me ha dirigido palabra alguna.

Espero que continúe así...

—¡Vaya! —exclama en un tono satírico. Se ha colocado frente a mí causando que me sienta una hormiga insignificante. No puedo controlarlo, Mika hace sentir de mi vida una miseria— Veo que has terminado de reponer las cosas. —Bajo mi cabeza, al un poco alzar mi vista solo logro ver sus labios curvarse de una forma extraña—. ¿Por qué me miras? —pregunta agachándose unos centímetros para mirarme a

los ojos—. Alguien de tu calaña no tiene el derecho a mirarme ni siquiera la suela de mi zapato, ¿entendiste, *Pajarito*?

Pajarito. Bien, me ha puesto otro apodo.

Sin más remedio, asiento lentamente, cerrando mis ojos ante la conexión con los de él.

—Bien, aprendes rápido —dice e instantáneamente una punzada en mi corazón provoca una nueva sensación. Ojalá fuese como Patrick, sin pelos en la lengua. Sin temor a decir lo que pienso. Mika es un maldito bastardo déspota y arribista—. Lástima que aún no sepas hacer bien tu trabajo.

Al oír sus palabras, una interrogante surge en mí, sin embargo, obtengo la respuesta enseguida. Las cosas de la estantería que acabo de reponer han sido tiradas al suelo por él. Abro mis ojos con sorpresa al ver todo mi trabajo tirado, literalmente, en el piso.

—Suerte para la próxima, Pajarito.

Aprieto mi mandíbula hasta el punto de dolerme las encías, cierro mis ojos respirando hondo. Esto se veía venir... el desastre, Mika... TODO. Podría haberles dicho a mis padres que me cambiasen de colegio, pero estaban demasiados ocupados con Patrick y nuestra pequeña hermanita de dos meses. Tenía el presentimiento de ser descubierta, pero preferí dejarlo guardado.

Éstas son las consecuencias.

Vuelvo a poner las cosas en su lugar. Mika me mira desde el otro lado de la estantería, disfrutando de mi doble trabajo, con los brazos cruzados y mi estúpido lazo en su muñeca. Seguramente se preocupó de tener a

todos lejos para hacer su *"travesura"* o los ha comprado con su desbordante y cochino dinero.

MIKA

Pajarito.

Es la descripción perfecta para alguien como ella. Astrid Fissher; su apellido ha quedado grabado en mi cabeza desde que ese altanero e insignificante insecto apareció ante mi vista. Agallas; es lo que los demás dijeron de él, pero para mí fue el acto de rebelión de un perro.

Bueno, ahora no tengo un perro a mi plena disposición, pero tengo un pájaro al que podría enseñarle a cantar si lo deseara. Su sola figura huidiza me divierte. Sus expresiones de horror me desasosiega de una forma que jamás creí que ocurriría ¿qué tiene esa pequeña ratita de biblioteca? Creo que sumisión. Eso es lo que la hace más interesante.

Podría moldearla a mi manera sin objeciones ni reparos. Pero he tenido que rebajarme a su nivel. Si quiero hacer esto, será mejor que lo haga de la forma correcta.

A unos minutos de terminar con éste infierno para dejar de fingir una sonrisa cordial con los demás, encuentro a mi nuevo pajarito recogiendo su mochila para irse de vuelta a su casa. Después de colgar su bolso en la espalda, se gira encontrándome de pie en el umbral de la puerta, obstruyendo su paso. Una cara horrorizada se presenta a mis ojos, lo que provoca que sonría. Ella se detiene en seco frente a mí, agachando su cabeza, mirando sus pies avergonzada.

—Pe-permiso —dice en tono bajo.

—¿Por qué?

—Qui-quiero salir, debo irme a casa —balbucea. La he oído a la perfección, pero no me basta.

—¿Disculpa? Habla como las personas normales, Pajarito. ¡Canta para mí!

Ella se encoge de hombros.

—Quiero ir a casa... por favor —suplica casi en un suspiro.

—Primero, átame las zapatillas —le ordeno con cortesía. Ella alza su cabeza desorientada. Ninguno de mis cordones está desabrochado—. Desátalas y vuélvelas a abrochar —le sugiero en un tono pasivo. Parece perdida, confundida—. Rápido, si quieres ir a casa.

La pequeña Fissher hace lo que le ordeno. Tarda al menos un minuto en hacerlo.

Al ponerse de pie, logro percibir el aroma de su cabello, como lo hice cuando aquella pelota llegó a mis pies mientras me saltaba la clase. Es una niña con buenas cualidades físicas, si logras apreciarla bien. Pero demasiado silenciosa para ser notada, y demasiado insignificante para que alguien como yo logre tratarla como su igual.

ASTRID

—¿Puedo irme ya? —Pregunto mirando hasta un punto fijo. No me atrevo siquiera a volver a mirar una parte de su rostro. Aunque antes lo he tenido más que cerca, hasta el punto de que su respiración cause cosquillas en mi cuello, tenerlo así de cerca y de frente, me causa cierta precaución.

Más aún cuando es alguien tan impredecible como Mika.

—Eres despreciable... —Él niega con la cabeza, logro percibirlo por el rabillo de mi ojo. Su insulto repentino no me cae en gracia, pero estoy demasiado tensa como para hacer algo al respecto—. Tú y tu hermano lo son. Seres que involucionan la tierra con su sola presencia. ¿Crees que llegarás a algún lado?

Lo ha mencionado... Ha mencionado a Patrick.

Aprieto mis puños. Dentro de mi cabeza un mar de pensamientos impide seguir escuchando sus insultos. Mi respiración se entrecorta y, cuando menos lo espero, pareciera que mi brazo tuviese vida propia y le ordenase a mi mano plantarle una bofetada en el perfecto rostro a Mika.

—No vuelvas a hablar de mi hermano, ¡jamás! —le advierto, sintiendo mi pecho inflado y las mejillas arder.

Un nudo en mi garganta aumenta y creo que estoy a punto de llorar, pero contengo las lágrimas sin pensarlo dos veces. Él no me hará llorar nunca.

NUNCA.

Lo empujo a un lado caminando hacia la salida del minimarket, sin despedirme de ningún compañero de trabajo. Sólo quiero huir del lugar. Apresuro el paso antes de que Mika reaccione a mi cachetada, pero al sentir su mano retenerme, sé que tal vez he cometido el peor error de mi vida.

La he jodido en grande, Patrick.

Me tironea causando que deba verlo a la cara, sí o sí. Y aunque no estoy dispuesta a hacerlo, él me toma de la barbilla obligándome a verlo a los ojos.

—No olvides —masculla— que en esta historia mando *yo*, Pajarito. —Y terminando su frase, se acerca a mi cara y me besa la mejilla—. Que descanses.

Al soltarme, no hago más que ver cómo me da la espalda de vuelta al minimarket, mientras con una mano cubro la mejilla que besó.

Ni una palabra.

ASTRID

Segundo día de clases; sólo pido que no sea como el primero y no vuelva a toparme a Mika McFly en ningún momento. Me sorprendí a mí misma pensando en aquel beso en la mejilla que me ha dado después de abofetearlo y, de cierto modo, lo he tomado como una advertencia. ¿De qué otro modo puedo ver eso? Siento escalofríos de solo recordar su mirada.

—¿Le ha ocurrido algo a tu mejilla? —Mi vista borrosa se aclara a medida al dejar de lado mis pensamientos incongruentes. April y Lizzy me miran confusas por el enorme espejo del baño femenino. Niego con la cabeza en respuesta—. Pues has estado todo el día con la mano ocultándola como si tuvieses una deformidad, grano... o algo.

—No es nada. —Me encojo de hombros abochornada por su preocupación.

No soy una chica popular en Jackson, no soy alguien con un vínculo cercano de amigos, no soy una sabionda ni alguien que llama la atención, pero sí cuento con personas que se preocupan por mí. Bueno, algunas. También están a las que les gusta molestar por capricho y las que abusan del poder, como *Los Tres*.

Respecto a ellos —o mejor dicho a uno de ellos en específico—, no he tenido el privilegio de tomarlo durante el día. Claro que eso no durara mucho hasta volver al trabajo.

Salgo del baño por el pasillo casi desierto de Jackson hacia el comedor, donde todos esperan por su almuerzo. Al abrir la puerta del comedor, mis

ojos inconscientemente miran a Mika, sentado en su mesa reservada junto a sus dos amigos y otros chicos de su círculo y status social. En cuanto a mí, después de recibir mi bandeja busco un puesto disponible con chicos que no llamen mucho la atención ni les importe sentarse junto a la hermana del tipo-que-encaró-a-Mika.

Reconozco a Megan en una de las mesas y no lo pienso dos veces para sentarme junto a ella. El año anterior solíamos hablar sobre intereses en común, como la fotografía. Apenas me ve, agranda sus ojos verdosos y se acomoda para que me siente.

—¡Contigo quería hablar, As! —exclama haciendo una extraña expresión en su rostro. Dejo la bandeja sobre la mesa y me siento—. Como ya sabrás, se acerca nuestro baile de bienvenida y realmente espero escribir sobre ello en mi blog, pero necesito a una fotógrafa experta para que me ayude-

—Oh, no —interrumpo. Niego con la cabeza clavando el tenedor de plástico sobre la hamburguesa—. Ni creas que vendré al baile, esas cosas no son mi tipo de cosas, ¿entiendes?

—Por favor, As. No seas anticuada y ayuda a una amiga —suplica, juntando las palmas de sus manos como si hiciera una oración. Sus cejas se inclinan un poco hacia arriba y su labio inferior es como el de un niño pequeño a punto de llorar—. Vamos, di que sí.

Respiro hondo, conteniendo el aire unos segundos. Ir al baile no es mi estilo, menos cuando han tenido la brillante idea de ir con una pareja. Y está demás decir que yo no tengo pareja para un baile así. Soy un lobo solitario y con unos enormes lentes...

Boto todo el aire de mis pulmones y me encorvo más de lo normal.

—Está bien, iré. Tomaré unas cuantas fotografías y volveré a casa.

—¡OK! —Megan expande una sonrisa radiante en sus labios con mi respuesta.

A veces me pregunto por qué alguien como ella aún está soltera. Tiene una fila de admiradores en su blog y otra fila de estudiantes, pero ella los ha rechazado a todos. Y claro, a ella le sobran las amistades.

Vuelvo a caer en cuenta que cubro la mejilla que Mika besó, pero antes bajarla siento una mano aprisionar mi muñeca y hacerlo por mí. Volteo asustada, con la imagen de Mika en mi cabeza, creyendo que es uno más de sus arranques. Creyendo que quiere hacer mi vida miserable en el colegio. Pero para mi sorpresa, encuentro a James observando con detención mi mejilla.

—¿Qué tienes, Cuatro Ojos? —Interroga achinando sus ojos y volviendo a su altura normal, pues se había agachado unos centímetros para verme de cerca— ¿Te ha picado un mosquito?

—N-no. —Me he sonrojado. Realmente lo he hecho y no entiendo el motivo— ¿Podrías...? —Bajo mi cabeza para señalarle su mano rodear mi muñeca. Él lanza una extraña carcajada.

—¿Estás avergonzada por esto? —pregunta subiendo mi mano a la altura de nuestros ojos. Corro mi cabeza en otra dirección para que no se percate de mi cara color "*tomate intenso"*, pero es en vano—. Eres realmente adorable, Astrid —agrega con una sonrisa traviesa en su rostro. Suelta mi mano, no obstante contraataca apretando con sus dos manos mi mejilla volviendo diminuta mi boca.

—¿¡Qu-qué haces?! —espeto mientras él ríe a carcajadas que llaman la atención de algunos de los presentes. Mi voz ha salido como la de un

chico rellenito a causa de mis mejillas apretadas. Los ojos achinados de James me caen en gracia y comienzo a reír con dificultad.

Para James es normal molestar a alguno de sus amigos así, pero nunca lo había hecho conmigo. Tomo sus manos para quitarlas, cesando las risas. Al hacerlo, James las baja y se queda petrificado al ver por encima de mi hombro. Me giro sobre sí para mirar en su dirección encontrando a Mika de pie, a mis espaldas, con su retorcida sonrisa.

—Pajarito —me llama—, gracias por regalarme ayer esto —Saca mi lazo de su muñeca y me lo enseña. Su falso tono casual es como un indicio de problemas y al aparecer ya no soy la única involucrada, pues Mika ha posado sus ojos en James—. ¿No piensas presentarme a tu amigo?

Muerdo mi labio inferior.

James Cooper no es alguien popular, pero tiene suficientes amigos para tener algunos privilegios y saltarse alguna que otra regla. Sin embargo, en lo que Mika concierne, si él quisiera podría hacerle lo mismo que ha Patrick.

—No es mi amigo —aclaro en tono bajo, arrastrando un sentimiento de culpa en mis palabras. En cuanto lo hago, solo quiero desaparecer. La mirada de Mika vuelve a caer en la mía y no logro más que bajar mi cabeza para no mirarla.

—Bien —murmura—. Larguémoslo de aquí, Pajarito.

Vuelve a ponerse mi lazo en su muñeca y voltea hacia la salida. Yo lo sigo detrás con paso silencioso, remordiéndome la consciencia. En un momento siento el impulso de voltear para ver a James, pero me contengo.

MIKA

Aún las cosas no se han salido de control. No como para preocuparme de ese imbécil coqueteando con mi juguete. Porque la mocosa puede ser muy inocente y para ella podía ser un juego entre amigos, pero no para mí... Así que Pajarito tiene un admirador, ¿quién lo diría? Parece una película cutre sobre adolescentes. Con solo verlos el estómago se me revolvió por tanta basura junta.

—¿Cómo es el nombre? —le interrogo cuando detengo el auto en la luz roja. Vamos camino al minimarket. Ella se encoje en el asiento, muerde su labio y se niega a responder— Dímelo, Pajarito. No le haré nada, él no me interesa en absoluto.

—N-no lo sé.

—Eres pésima mintiendo, pequeña —Niego con la cabeza apretando mis manos en el manubrio—. No sirves ni de actriz, ¿eres buena en algo o eres igual de inútil que tu tonto hermano? —Alza su cabeza arrugando su frente; es evidente que he tocado un tema que no le apetece. En pocas palabras, su punto débil es su hermano.

Qué coincidencia...

...

De vuelta en el minimarket consigo ver que entra por la puerta Michelle Wallas. La otra piedra en mi camino y, tal vez, el nuevo interés de Chase. Mi mejor amigo se ha olvidado de los tratos con la familia y se ha fijado en quien no le corresponde. Nuestras familias han hechos negociaciones que confirmarían con un vínculo familiar casando a Chase con Ashley, mi hermana. Después de hacerle vanas promesas a mi hermana, ha terminado fijándose en una sabelotodo de cuarta categoría.

Noto que coge una revista de la estantería junto a la ventana. Me acerco a ella esbozando mi mejor sonrisa.

—¿Te gustan los autos? —Le pregunto intentando sonar casual. Ella parece salir de su mundo, mira la portada y luego me mira a mí, horrorizándose—. Lo siento, te he asustado... ¿Puedo ayudarte en algo?

Niega con la cabeza casi al borde de la desesperación, mas intento sonar normal.

— Bien. Si necesitas ayuda, sólo dímelo. Estaré en la caja.

Vaya mierda. Ella es igual que la hermana Fissher. Las dos igual de tímidas y volubles.

ASTRID

Me he quedado viendo cómo Mika atiende a los clientes... ciertamente, he quedado sin palabras. Su facilidad para hablarles y fingir una sonrisa es impresionante y bastante creíble. Él jamás lo ha hecho conmigo. Nunca he esbozando una sonrisa que no fuese una maliciosa e inquietado. Sus ojos jamás se han clavado en mí con una buena intención; ni siquiera cuando nos vimos por primera vez. Mika es la persona más inquietante que he visto y parece lleno de facetas.

¿Alguna vez podré ver su verdadera personalidad? ¿Qué clase de hecho ha provocado convertirse en alguien tan indeseable de ver? Durante más tiempo lo examino, más preguntas surgen dentro de mi cabeza y mi temor a creer que son ciertas me estremece.

—Dime que no te has enamorado de mí, Pajarito —alude frente a mí dentro de los vestidores—. Me he dado cuenta que me has estado

observando. Espero que no sea lo que estoy pensando, porque la respuesta siempre será no.

Vaya insinuación. ¿Cómo podría gustarme un sujeto así de pedante? ¿Cómo podría gustarme el sujeto que alejó a mi hermano?

—Lo único que siento hacia a ti es repulsión —le confieso en tono bajo, pero audible—. ¿Cómo podría enamorarme de alguien como tú?

—Tú quieres una paliza, ¿verdad? —Trago saliva al oírlo. Antes de decir algo, siento un nudo en la garganta que me detiene—. ¿Crees que no me atrevería? —pregunta, y como respuesta niego con la cabeza— Entonces cierra los ojos y compruébalo.

Mika alza su brazo con el puño listo para golpearme. Cierro mis ojos con fuerza esperando el impacto del golpe, pero no lo siento. En lugar de eso, escucho su respiración cerca de mi oído.

—Yo no me ensuciaría las manos con alguien de tu calaña, Pajarito.

Abro mis ojos lentamente, para verlo alejar como si nada hubiese ocurrido.

Desconocidos.

MIKA

Su risa.

Ha sido su maldita risa la que me ha perturbado por las noches y por el día; despierto pensando en ella, sabiendo que aquella sonrisa inocente jamás será por mi causa. Y cuando caigo en cuenta de lo ridículo que es pensar en la mocosa de Fissher, un odio desconcertante cava hondo en mí.

El pequeño pajarito ha salido más inquieto de lo que me esperaba a juzgar por su apariencia sumisa. Tal vez son los genes toscos que posee de su hermano. De quien, por cierto, no he sabido nada después de ponerlo en su lugar.

—¡NO ME LO PUEDO CREER! —Ashley entra a mi habitación con uno más de sus berrinches— ¿Es cierto que esa tal Michelle se ha quedado atrapada con Chase?

Resulta que ayer el día estuvo interesante. Dado a que mi mejor amigo se mudó en los suburbios a causa de la separación de sus padres, ha terminado viviendo en unos departamentos bastos con un ascensor del demonio. Se quedó atrapado en él con la chica que ha estado mirando desde años pasados; Michelle Wallas, la misma patosa que me topé en el minimarket.

—Relájate, Ashley —le sugiero, posando un brazo sobre mi frente—. Ya la puse en su lugar.

—¿Qué le has dicho? —Ashley se sienta sobre mi cama. Al no responder parece irritarse— ¡Mika!

—Le dije que estaba muerta... —respondo sentándome, recordando un pequeño encuentro que tuvimos en Jackson—. No es el tipo de chica que responde, así que supongo que con eso bastará para que se aleje.

—¿Tú crees que... a ella le gusta Chase?

No estoy seguro si a ella le gusta Chase; pero estoy completamente seguro que después de lo sucedido en el ascensor su relación cambiará. Probablemente, Chase le ha dicho lo que siente y ella comience a cambiar de parecer... o eso me ha dado la impresión después de rechazarme.

"¿Cómo podría enamorarme de alguien como tú?"

La mocosa de Fissher se atrevió a escupir eso de su boca, ¿cómo se atreve? Alguien como ella... Yo debí haber dicho eso, no ella.

—No sé, Ashley —me levanto de la cama, tenso—. Ahora déjame vestir, debo ir a Jackson.

ASTRID

Viernes.

Lo bueno que tiene James, en cierto modo, es que no se mete en los asuntos que no le conciernen.

Lo que trato de decir, es que no ha hecho una sola pregunta sobre ocurrió entre Mika y yo. Así, no he tenido que lidiar con preguntas tormentosas y respuestas desconcertantes. No obstante, sus miradas inquietas y precavidas no se han quedado atrás. Tampoco las de Mika, quien ha estado fuera de sí durante el resto de los días, actuando como si no existiera.

Sé que no significa que esté a salvo de sus garras, pero creo que debo tener un ápice de esperanza.

—¿Ya viste el afiche enorme que pusieron de *"El Baile de Bienvenida"*? —me pregunta Megan. Hemos coincidido en la clase de Historia. Sentada a mi lado y con un libro abierto parado sobre la mesa, finge leer sobre la "Economía en los 50s" mientras revisa las notificaciones de su blog en su celular.

—No, ¿qué pasa? —Rasco el dorso de mi mano. El tema del baile no me hace ninguna gracia.

—Pues al parecer se puede llevar alguien externo al colegio... Podrías traer a alguien —Una sonrisa pícara se dibuja en sus contorneados labios. Chasqueo la lengua negando con la cabeza.

—Sabes bien que no soy de muchos amigos, Megan —Ella apoya su cabeza sobre la mesa y me mira— ¿A quién piensas traer tú?

Se encoje de hombros, indiferente. Seguramente una laaaarga fila de chicos quiere invitarla.

—Estoy esperando a que cierta persona me invite... —frunce sus labios—. Probablemente no sabes de quién hablo —se ríe en tono bajo. Vuelve a erguirse y me acerca de forma confidencial a mi oído, tapando con su mano un lado de su labio—. James Cooper —se hace a un lado. Las dos comprobamos si la profesora Mittler se ha dado cuenta de nuestra plática, pero al parecer no.

No es de extrañarse que a Megan le guste James; ya lo había dicho antes, muchas chicas están locas por él.

—¿Te gusta? —pregunto para corroborarlo.

Megan asiente sonrojándose.

—Un poco... —Respira hondo moviendo sus hombros—. Es lindo, amable, carismático. Es el chico ideal.

El chico ideal, ¿eh? Sinceramente nunca pensé en James Cooper como alguien de quien enamorarme. Desde el primer momento en que lo vi en el primer año, nunca me llamó la atención físicamente; siempre admiré su facilidad para agradarles a todos.

—Yo... —miro a Megan. Ella me observa extrañada— yo podría sugerirle que te invite.

—¿¡En serio?! —exclama llamando la atención de la profesora Mittler, quien nos hace un gesto de desaprobación. Las dos miramos nuestros cuadernos avergonzadas. Después de que la profesora aparta su vista, Megan me mira— ¿De verdad lo harías?

—Sí, ¿por qué no? —Me encojo de hombros.

—Gracias.

Después de un nutritivo almuerzo —o eso es lo que nos quieren hacer creer— me dispongo a buscar en mi taquilla el cuaderno de *Lenguaje*. El Profesor Marshall tiene fama de ser bastante estricto y directo, no me gustaría ser humillada delante de toda la clase por llegar tarde como les pasa a todos los chicos.

Coloco la contraseña del casillero y lo abro; sigue siendo el mismo del año pasado, con los mismos stickers de perros, estrellas, las fotografías de mis padres, la mía y de Patrick y el espejo pegado al fondo. Me sorprendo al ver a través del espejo el rostro sonriente de James a mis

espaldas. Doy un salto en mi puesto, cerrando la puerta de metal con un golpe firme.

Al girarme, lo encuentro con los brazos cruzados y con la sonrisa juguetona en sus labios desvanecida. Algo me dice que preguntará sobre lo de Mika. No puedo evitar sentir un revoltijo en el estómago.

—Cuatro Ojos.

—James... —miro hacia todos lados. Por algún motivo me siento como si fuese acorralada. Claro, la sensación es completamente diferente que con Mika— ¿Qué haces aquí?

—Te observo —confiesa—. ¿Sabes? Deberías poner tu contraseña más oculta. Digo, estaba caminando hacia la clase del viejo Marshall y te vi, pusiste la contraseña del casillero como si nadie le importase saberla.

—Bueno, a nadie parece importarle cuál es la contraseña —recrimino. James achica sus ojos, mirándome con sospecha— ¿Qué quieres James? —Esquivo su mirada volteando la cabeza en otra dirección.

—Veamos... —me cruzo de brazos. El alza su cabeza como si encima de su cabeza tuviese una nube con ideas, igual que una caricatura— quiero un auto nuevo, una laptop, una perrito dálmata y que alguien me acompañe al baile. —Agrando mis ojos, por poco olvido lo de Megan.

—Es curioso, porque quería preguntarte sobre eso —James entreabre sus labios, algo pasmado. Tomo aire antes de hablar, por algún motivo me siento como la *"Doctora Corazón"* que une parejas por Jackson—. Tengo una amiga que quiere ir al baile contigo y-

La carcajada de James me desconcierta, provocando que guarde silencio al instante. Le miro interrogante sin saber la razón de su risa.

—Tú no captas indirectas, ¿verdad? —Alzo una ceja—. Con "*alguien"* me refería a ti, Astrid.

Una explosión de color rojo invade mi cara. Es la propuesta más indecorosa que me han pedido jamás. Nunca por mi cabeza pasó que alguien me pidiese ir al baile, mucho menos alguien como James Cooper. Suena tan desquiciado como en la película *Carrie*.

—¿Es una broma?

James niega con la cabeza sonriendo.

—No, es verdad. Quiero que vengas conmigo al Baile de Bienvenida.

—¿Por qué? —James respira hondo rascando su cabeza.

—Bueno, porque eres agradable. —Sonríe. Es la sonrisa extraña que le he visto poner. No sé si es por lo extraño de la situación o porque de verdad planea algo.

Muerdo mi labio. El timbre para entrar a clases suena, inquietándome aún más. Por mi cabeza pasa el rostro de Megan su "gracias" sincero, su propuesta por sacar fotografías y lo emocionada que estaba cuando le dije que le diría a James sobre el baile. No puedo hacerle eso a Megan, ir con el chico que le gusta cuando acordé decirle que fuese con ella.

—No puedo ir al baile contigo —barboteo, negando con la cabeza—. Ve con Megan; ella es linda y muy simpática, seguramente la pasarás bien con ella. Además, yo estaré ocupada sacando fotografías.

James traga saliva, frunciendo el ceño.

—Okay. Iré con ella —afirma asintiendo repetidas veces con la cabeza—. Si crees que es lo mejor, pues bien.

—L-lo siento...

MIKA

Me sorprende el nivel de ignorancia de las personas a tal punto de no poder dejar las cosas donde corresponde. Pasa siempre en Jackson, en casa con Ashley y aquí en el minimarket. No obstante, me sorprende aún más el hecho de que aquella la inepta de Fissher siga apareciendo ante mí.

Mientras veo unas revistas acomodándolas en su lugar observo de reojo como friega el piso con una escoba. La única parte que no ha podido limpiar ha sido donde me encuentro yo. Ha evitado todo contacto físico y quedarse a solas conmigo. No es una novedad, después de lo ocurrido el martes.

Dejo una de las revistas en su lugar. En la calle frente al minimarket un rostro conocido me observa con frustración. La reconozco enseguida: es Michelle Wallas, la otra piedra en mi zapato; la chica por la cual mi hermana ha llegado entrado a mi habitación por la mañana a pedirme explicaciones.

Le sonrío, pero ella baja su cabeza avergonzada. No obstante, me sorprende verla entrar a la tienda y plantarse decidida ante mí.

—¡ESCUCHA BIEN, MIKA! —grita como una demente, apuntándome como si eso fuese a intimidarme— No dejaré que una chico perfecto diga que estoy muerta, mucho menos tú. No tienes derecho a hacerlo porque no te hecho nada —Respira hondo— Y quiero una bebida, por favor.

Aprieto mis mandíbulas con fuerza. ¿Qué se ha creído esta mocosa para venir y hablarme así? Chase le ha dado demasiada confianza para

hacerlo, pero yo no soy como él, que deja que una chica lo trate como un trapo.

Oh, no.

—¿Quién es esta loca? —Interroga el gerente, sorprendido.

Una loca, claro está.

Camino hacia ella y la agarro de la muñeca, arrastrándola hacia afuera, en la pequeña calleja que hay junto al minimarket. Un callejón donde trasciende el olor a mierda, literalmente. Intento calmar mis instintos y consigo acorralarla contra la pared.

—Tú estás... —me trago las palabras, pues no vale la pena llamarla por algo que no entenderá—. Eres una niña valiente. Ni mi madre me trataría así —observo su rostro impresionando y asustado—. O estás muy loca, pero no lo creo. De todas formas, no creí que fueses tan ingenua. No pensaba matarte, sólo hacer sufrir, Michi. —No me gustaría ensuciarme las manos con alguien más. Aparto un mechón de su cabello.

—¿Por qué?

—¿"Por qué" dices...? —su pregunta ha salida similar a la de Pajarito que, por un momento, creo que estoy hablando con ella. Pero, no. Sonrío mirándola con sospecha. Lo que diré es símbolo de locura, pero es una forma para descubrir qué es lo que realmente ha pasado entre ella y Chase—. Quieres a Chase para ti, pero él es de mi hermana.

Así están las cosas: Mi padre y el de Chase han hecho un acuerdo de negocios y para confirmar aquel acuerdo, Chase y mi hermana se han de casar. Suena absurdo, pero es una buena forma de consolidar tratos. Se

ha hecho desde hace tiempo. Me parece una forma ridícula, pero efectiva, sobre todo porque no me concierne.

Los casamientos por amor se han acabado con el trascurso de los años...

ASTRID

Después del disturbio con aquella chica, Mika ha vuelto como perro rabioso. Hasta el gerente no le ha dirigido la palabra, ni le ha obligado a trabajar. El integrante de *Los Tres* se ha quedado apoyado en una de las paredes del minimarket, con los brazos cruzados. Ninguno ha querido siquiera acercarse, pues poco a poco dentro de la semana, se han dado cuenta de la *singularidad* de Mika McFly y sus extraños comportamientos. Si el gerente hubiese querido echarlo, lo habría hecho; pero Mika siempre tiene al mundo en la palma de su mano y, seguramente, aquella chica no.

Creo que eso explica que no haya puesto un dedo sobre mí estos días.

—¡Nos vemos el próximo lunes! —Me despido de mis compañeros de trabajo con una seña y salgo del minimarket por la parte trasera. Está lleno de cartones y cosas desechables que sobran de los basureros.

La noche está particularmente más oscura de lo normal, por lo que el callejón hasta la calle parece el mismo infierno. Lo atravieso casi trotando; sin embargo, en vez de apaciguar la tensión de la noche, la figura delgada, erguida y con leves toques de luminosidad de Mika, me pone los pelos de punta. Está apoyado en el capó de su auto.

Me quedo de pie unos metros frente a él y, sin previo aviso, bajo mi cabeza temiendo otro de sus arranques. Camino por la acera ignorando

su presencia y él parece ignorar la mía, como si estuviese evitándome, como si fuésemos completos desconocidos.

...

Despierto justo antes de que el autobús pase la parada donde debo bajarme.

Siento mi cuerpo cansado. Después de lo que parece ser una larga semana aguantando tensiones con *cierta persona*, vuelvo a casa para tener que dejar las preocupaciones y los secretos de lado, al menos, por dos días.

—Astrid, ha llamado Patrick —me informa mamá con *Boo* durmiendo en sus brazos—. Te ha estado llamando pero dijo que no contestabas.

Alzo una ceja. Durante el viaje hasta casa no he oído mi celular. Busco en mis bolsillos el aparato electrónico, pero no hallo nada. Busco en mi mochila, sacando todo lo que hay dentro, pero tampoco lo encuentro. Lo único que encuentro dentro, fuera de lo común, es un celular más moderno que el mío. Lo tomo en mis manos, ocultándolo de mamá para que no haga preguntas que ni yo misma puedo responder.

Observo el celular con más detalle descubriendo su logo y la marca. Casi lo suelto sólo de pensar que tengo en mis manos un celular tan caro.

—¿Ocurre algo? —pregunta mamá.

Niego con la cabeza ocultando el *iPhone* en mi espalda.

—N-no. Iré a cambiarme ropa... —Antes de que diga alguna frase, subo las escaleras hasta el segundo piso, encerrándome en mi habitación.

¿Cómo llego esto a mi mochila? Sólo encuentro una hipótesis válida: Mika.

Marco mi número.

—*Holaaa, Pajarito* —contesta Mika. Su voz suena aún más molesta por el celular—. *Espero te guste el experimento social que haré con tu pequeño aparato de antaño... ¿Conoces lo que se llama "sexo textual"?Supongo que no, pero no te preocupes, cuando llegue el lunes sabrás qué es.*

¿A qué se refiere con eso?

Mi corazón late a mil por segundo. No tengo idea de qué decir o hacer. Me he quedado petrificada, con el *iPhone* en mi mano.

—¿Qu-qué quieres de mí? —pregunto al aire, sin la intención de que oiga. Ha sido lo único que se me ocurre decir; sin embargo, lo hace. Una risa burlona se escucha desde la otra línea.

—*Divertirme. Quiero que seas la mosca en mi tela de araña* —responde— *El Pajarito que canta dentro de mi jaula. ¿Qué quiero de ti? Lo quiero todo, pequeña Fissher.*

Sus palabras llenas de odio provocan que me estremezca. ¿Qué he hecho de malo para ser tratada así? Sé que la pregunta terminará sin respuesta, porque nada es lo que he hecho para recibir tanto odio de una persona. Siempre fui alguien que pasó desapercibida la mayor parte del tiempo y, ahora, he llamado la atención de la persona menos indicada.

—No hagas nada... por favor —le imploro—. Haré lo que sea necesario para que-

La llamada ha finalizado. Él ha ganado.

Acción

ASTRID

Megan baja las escaleras de su casa con su pijama puesto, su pelo como el de un león y el maquillaje corrido. Al verme se esfuerza por poner su mejor cara; sin embargo, no es de las mejores, aún así no deja de verse mal. Se frota un ojo y bosteza.

—Siento molestarte a estas horas, pero... —Miro a la señora Casttle, la madre de Megan, quien se ha quedado de pie a mi lado mientras espero a su hija. Ella parece percatarse de que está sobrando en mi charla con su hija y se pierde en los parámetros del comedor—. Megan, yo... —Aprieto mis labios temiendo decir lo que tengo en mente. Mi amiga frunce el ceño.

—¿Qué ha pasado? —interroga— ¿A caso te están molestando de nuevo?

Lanzo un bufido que levanta algunos mechones de mi flequillo.

—Algo así. Es una larga historia y todo es por culpa de... —me detengo en seco, dándome una golpe mental—. No importa. Necesito la dirección de Mika McFly.

—¡¿MIKA?! —exclama haciendo su cabeza un poco hacia atrás con incredulidad. Pestañea un par de veces digiriendo lo que acabo de pedirle— ¿Por qué quieres algo de ese chico? Sabes bien que si descubre que eres la hermana de Patrick...

—Lo sé —le interrumpo. Juego con mis dedos nerviosa—. De hecho, él ya lo sabe —me levanto del sofá para pasearme por el living. Su

repentino cambio de humor me ha puesto ansiosa—. Por eso necesito ir a su casa... yo... en serio lo necesito.

—¿Estás bien con eso? —pregunta con inseguridad, buscando mis ojos— Estamos hablando de la dirección de Mika.

Asiento lentamente, ella suspira y sube las escaleras. En unos minutos baja con un papel en la mano.

—Listo, ten —Me entrega el papel con la dirección. La leo y releo, guardándola en mi bolsillo—. Cuidado, ¿sí? —Abro la puerta de su casa y salgo. Megan se queda en el umbral con el ceño fruncido— ¡Oh, es cierto! James me ha invitado al baile. Gracias por la ayuda, As.

—De nada —esbozo una sonrisa incómoda. La imagen de James decepcionado por no aceptar su invitación pasa por mi cabeza aunque en este momento tenga otra preocupación mayor.

Parece una idea creada por un enfermo mental. Y lo irónico es que tal vez sólo a uno puede ocurrírsele ir a la casa de su mayor enemigo; la persona que te ha amenazado y te ha hecho temblar hasta el punto de tener pesadillas. Porque si Mika McFly ha hecho eso durante la semana, no me atrevo ni a imaginar qué es lo que hará en las siguientes. Me aterra pensar en la forma en que me habla, en quedarme a solas con él. Me aterra cerrar los ojos y encontrarlo en mis pensamientos.

No obstante, la única forma de detener lo que tiene en mente, creo que es ir a su casa y hablar las cosas. Ya lo dije antes, no es la mejor idea que puede pensar una persona normal. Es como visitar una fosa de animales hambrientos o peor...

MIKA

—*Touché.*

Tiro al suelo el sable y me quito la maldita careta que está al borde de hacerme estallar en cólera. Es la tercera partida que pierdo y aunque sólo sea un entrenamiento, me enfurece hacerlo contra una chica. La sala queda en completo silencio cuando me salgo de la zona y me siento en el lugar más apartado. Cassandra Gruonie se quita la careta junto con la red de protección y baja la guardia, observándome desde el campo de juego. Un chico de poca importancia que siempre viene a ver el entrenamiento recoge mis cosas y las deja donde corresponden.

—¿Qué pasa contigo, McFly? —pregunta la pelirroja al terminar la clase— Tu forma de ataque fue como la de un novato, y todos aquí sabemos que no eres un novato. No me gusta ganarle a alguien que no juega en su cien por ciento.

—Cállate, Gruonie —le ordeno quitándome los guantes—. Hoy no estoy de humor.

—La veo... —Chasquea la lengua cruzándose de brazos— ¿Otra vez problemas con tu padre? ¿O tu hermanita está exigiendo demasiado, otra vez? —interroga con sarcasmo. La miro con una minúscula sonrisa que parece estremecerla por completo— Ah... es una chica.

—¿Celosa, *Ardilla?* —Gruonie me sonríe con confianza, pasa su dedo índice por el dorso de mi mano. Sé perfectamente qué desea— Hoy no —le advierto, quitándome el traje quedando con el torso descubierto—. No estoy de humor —repito, cargando la voz en la última frase.

—¿Y cuándo lo estás, Mika? Desde que te conozco jamás he visto una sonrisa verdadera en tu rostro —Gruonie se sienta a mi lado en la banca.

Ya todos se han marchado de la academia a excepción de nosotros y el guardia.

—¿Y? —la miro de reojo.

Los sentimentalismos no son mi estilo, menos cuando vienen de alguien que solo necesito para tener sexo. La sensación de pertenencia que exploran las mujeres después de una noche "pasional" siempre me ha parecido un mal chiste; Gruonie es el tipo de chica fría y manipuladora, tanto que podría decir que encaja perfectamente conmigo. Ella podría terminar mi frase si así lo deseara. Nos conocimos en la academia y desde entonces ha resultado más útil de lo que pensé.

—Olvídalo, McFly. Eres como el hielo, igual de frío —Pestañea un par de veces para mirarme fingiendo una cara triste; no obstante, luego de unos segundos besa mi hombro descubierto y acaricia mi espalda en círculos— ¿Para quién te estás reservando?

Antes de responder, mi tono de llamada entrante nos distrae. Busco en mis jeans mi *iPhone*; Ashley es quien llama.

—¿Qué pasa ahora?

—*Hermanito, una chica a preguntado por ti. Dijo que era tu amiga, pero si así fuese lo sabría...* —Corto antes de que Ashley termine de hablar.

Así que la pequeña Fissher se ha atrevido a ir a la puerta de mi casa para pedir clemencia o algo más. Su inocencia comienza a darme nauseas.

ASTRID

Lunes.

Después de meditarlo mientras me duchaba, opté por asistir a clases y hasta el momento todo ha resultado normal; excepto cuando *Los Tres* hicieron su aparición. Mika lucía relativamente más feliz que de costumbre, sin esa sonrisa altiva y socarrona que siempre trae. No. Esta parecía una sonrisa peor, más demencial, más aterradora. Cuando caí en cuenta de que me había quedado petrificada observando su entrada, bajé la cabeza antes de causarme más problemas. Ciertamente, creí que Jackson estaría repleto de hojas con mi rostro y mensajes obscenos falsos escritos por una supuesta yo, pero no ha sido así lo que es más inquietante. Mika nunca ha dejado uno de sus planes morbosos para otra ocasión y es muy puntual a la hora de hacerlo.

Vuelvo a lavarme la cara. La pelota de béisbol me ha rozado la mejilla y tengo una especie de rasguño que ha comenzado a inflamarse alrededor. Me miro al espejo y seco con mi blusa el rostro; mientras lo hago, escucho la puerta abrirse y acomodo mi ropa enseguida. Dos chicos de otros cursos se posicionan uno a cada lado, con una sonrisa igual de retorcida que Mika.

—Hola, Astrid —me saluda uno, marcando la voz en mi nombre. El otro acaricia mi cabello acercándose a mi nuca. Me he quedado como piedra, con el corazón acelerado y mi respiración subiendo el ritmo. Mi barbilla comienza a temblar y debo apretarla con fuerza para que mis dientes no suenen al chocar—. ¿Qué crees? Hemos traído las cámaras, como lo acordamos...

—Y-yo no he acordado nada —balbuceo bajando la cabeza al notar sus cámaras fotográficas. Doy un paso hacia la puerta, pero me detienen.

—¿Ah, no? —pregunta el otro chico, con tono socarrón— Tus textos no decían lo mismo, amor. Vamos, dinos más...

Sus carcajadas causan ecos en el baño. Retrocedo hasta chocar con los lavados. El flash de una de las cámaras provoca que quede cegada un momento. Frunzo el ceño y cubro mi rostro con una de mis manos.

—Vamos, nena —Sacan más fotografías entre risas cargadas de mofa— ¡No te pongas tímida ahora! Ayer no lo eras —siento la mano de uno tomar mi blusa queriendo levantarla, pero una mano lo detiene.

Levanto mi cabeza encontrando el furioso rostro de Mika.

—¿Quién te dio permisos para tocarla? —le pregunta al chico con la cámara, quien trasforma su rostro chancero a uno horrorizado; aparta su mano al borde del colapso.

Con un gesto de la cabeza, Mika les ordena a los dos salir del baño. Ellos no dudan ni un segundo, conscientes de haber cometido un error. McFly los mira de reojo salir y al escuchar el chasquido de la puerta cerrarse, voltea hacia mí. Mis ojos se humedecen, pero hago lo posible para que no caiga ninguna lágrima. Me prometí a mi misma no hacerlo a causa de Mika.

—Toma eso como un signo de mi misericordia —me informa con arrogancia examinando mi rostro. Aprieto mis puños, alzo mi brazo derecho y estrello mis nudillos en su mejilla.

—Toma eso como un púdrete —le respondo con la voz quebrada, me ha dolido como un demonio.

Mika se ha quedado un momento con mirando hacia el lado debido al impacto y noto como su quijada se marca. En un pestañeo que no logro prever alza su brazo como si fuese a golpearme. Sus ojos detonan furia y temo ser golpeada de verdad. Cierro mis ojos con fuerza, esperando el golpe que no llega.

No me ha golpeado, me ha besado.

Consecuencias.

ASTRID

Mi primer beso fue a causa de una apuesta. La "víctima" era Jones Boyd, un chico deportista y súper popular en la secundaria que le gustaba molestar con sus amigos haciendo retos; claro, ese reto me incluyó a mí y terminé siendo besada por el cotizado del colegio.

Mi segundo, beso fue un accidente y fue con un primo que no he vuelto a ver en años.

Y el tercero... bueno, ha sido una completa sorpresa.

Los labios de Mika unidos a los míos se mueven en busca de respuestas, desesperados, como si estuviesen ansiosos de probarlos. Abriéndose paso dentro de mí, jugando con mi lengua, acariciándola con la suya. Su cuerpo está apegado al mío. Me agarra con fuerza de las manos cuando hago un intento fallido por separarlo de mí y me empuja hasta una de las paredes acorralándome en ella. Con mis ojos apretados intento controlar los impulsos que surgen de pronto en mí, pero siento como si toda nuestra rabia, todo nuestro odio, se resumiera en un beso lascivo. Y, sin más preámbulos, me veo envuelta en el deseo de responderlo.

No tengo idea del tiempo, ni de cuanto rato hemos estado así. No obstante, cuando ya no puedo contenerme más muerdo su labio inferior provocando que se aleje al instante frunciendo el ceño, mas no parece enfadado en absoluto. No. En Mika aquella expresión macabra ha desaparecido cuando respondí a su beso.

Con el dedo pulgar limpia la acumulación de sangre que ha brotado de su labio y lo lame mirándome con osadía. Me he quedado perpleja con una mano cubriendo mi boca.

—Sabía que eras una cualquiera con cara de mojigata —manifiesta mirándome de pies a cabeza—. Ten tu porquería, Pajarito. Luego me regresas la mía —Busca en sus bolsillos mi celular y lo lanza. Antes de que caiga al piso, lo agarro con dificultad. Su mirada despreciable es lo último que queda rodando en mi cabeza después de verlo salir del baño.

Este ha de ser el peor error que he cometido desde que entré a Jackson. Deberían pegarme un maldito tiro en la cabeza por ser una estúpida.

Al salir de clases diviso a James; está sudoroso, con el cabello mojado después de las duchas que los chicos de dan y charla amenamente con sus amigos. En todo el día no me ha dicho palabra alguna. No es de extrañarse, fui yo quien rechazó su amable invitación para el baile y le sugerí que fuese con Megan. Seguramente se divertirá más con ella que con alguien callado y torpe como Astrid Fissher.

Pestañeo un par de veces y bajo mi cabeza. Lo he quedado mirando y sus amigos se han dado cuenta, pues comienzan a hacerle gestos y darle empujones. Al pasar por mi lado escupen comentarios sarcásticos que pretendo ignorar. Idiotas, creo que por hoy he tenido lo suficiente de chicos como para odiarlos de por vida.

Camino a paradero leyendo los mensajes que Mika envió con mi celular. No me sorprende la barbaridad de cosas que puso en sus mensajes ni los términos de chicas que usó. Tal vez, hasta su hermana tuvo que ver

en todo este absurdo juego. Lo bueno es que McFly no borró nada y la fotografía de Patrick y yo sigue intacta de fondo.

Ahora lo único que me queda por hacer es esperar su próximo ataque...

MIKA

Observo mi reflejo en el espejo puesto en el techo de la habitación de Gruonie. No sé cuál es el afán de las chicas al poner un espejo en el techo, sobre la cama; lo primero que verán será su estúpido reflejo despeinado y sin maquillaje. El olor del cigarrillo que Gruonie encendió entra por mis fosas nasales. Ella suele terminar de tener sexo y fumar, como lo harían los hombres en su caso... a mí siempre me pareció un vicio disparatado. Así que Gruonie no se sorprende cuando, a través del espejo, la observo con grima.

—No digas nada —dice antes de que abra la boca, aunque no tengo pensado lanzar ningún comentario—. Tú tienes un vicio peor que el mío, Mika —apunta con aspereza, alzando una ceja.

—¿Cuál? —La respuesta es concreta y obvia.

—Intimidar personas, claro está —Una minúscula sonrisa se dibuja en sus labios. Exhala el humo del cigarro por su boca—. Ahora dime, ¿qué hizo esa chica para que vinieras a la puerta de mi casa para tener sexo? Suponiendo que estabas así por una chica...

Aparto mi vista del espejo y volteo para verla. He de admitir que Gruonie tiene rasgos extraños, pero muy llamativos. Finos. Su rostro y expresiones son únicas en su especie, por eso no es de sorprenderse que la mitad de la clase esté babeando por ella y la otra mitad tenga fantasías de otro ámbito como las que acabamos de hacer. Cassandra

Gruonie puede ser una dulzura frente a todos, astuta y segura; por eso le he apodado *"ardilla"*.

Y, después de hacerlo, el rostro vulgar y típico de la mocosa no se borra. Como si estuviese tallada en mis retinas. La sorpresa en su rostro, la torpeza de sus movimientos y el sabor de sus enrojecidos labios.

—Necesitaba esto... nada más —respondo sentándome en la cama. A estas horas ella debería estar trabajando, soportando con angustia mi presencia y haciendo un intento por disimularlo.

ASTRID

El ambiente parece cambiado. Mika no llegó por lo que más de alguno está calmado haciendo las cosas sin tener que sentirse intimidado por tétrica presencia. Hasta el gerente ha desplegado una sonrisa y ha bromeado con los demás lanzándoles bromas que —sin ofender— no hacen gracia alguna.

Yo no sé cómo debería sentirme al respecto. Cuando las cosas parecían ir bien, Mika robó mi celular y lo usó en mi contra. Ahora que faltó al trabajo tendría que trabajar con más ánimos, pero en mí no existe un ápice de tranquilidad. No después de aquel beso.

Me siento horriblemente tonta e ilusa por haberlo correspondido. Por haberme tentado. Por pensar en algún momento que me estaba gustando tenerlo así de cerca. Menuda masoquista que he salido. Lo peor es que aquella sensación no se ha ido de mí. Siento como si aún lo tuviese cerca y me aterra sentirme así.

—Hola, Cuatro Ojos —escucho a mi lado. Dejo la lata de pepinillos en el estando volteando para encontrar el rostro de James. De pie junto a mí, con su bolso y la ropa desaliñada, sonríe a medio labio—. Sab-sabía que

te encontraría aquí —Se tambalea un poco logrando restaurar el equilibrio sujetándose del estante junto a nosotros. Al hablar despide olor a cerveza.

—James —mascullo mirando hacia los lados comprobando que el gerente no ande vigilando. Un rumor se pinta en mis mejillas por la inesperada visita—, ¿qué haces aquí? ¿Estás ebrio?

—Nooo... tomé algunas cervezas, pero nada más —responde con incredulidad—. Hay algo que debo decirte, Cuatro Ojos, y tengo muchas preguntas que hacerte.

—N-no ahora —aclaro sin saber qué hacer. Nunca antes he tratado con borrachos, los demás siempre se han encargado de ellos, pero esta vez se trata de James—. Hablemos mañana, cuando estés sobrio y modules bien las palabras...

Guio a James a la salida. Afuera está oscuro, me sorprende que haya llegado solo hasta aquí. Muerdo mis labios mientras él balbucea cosas que no logro precisar.

—¿Y tus amigos? —le pregunto. No hay rastro de ellos y no me sorprende. Tal vez, ellos están en el mismo estado que James—. Necesito que me prestes tu celular para marcar a alguien, James —le informo en tono suplicante. James me saca los lentes y se los pone entre risas extrañas—. No hagas eso...

—Lo siento, lo siento. —Me los pongo viendo con más claridad. James apoya sus manos sobre mis hombros—. Dime, Cuatro Ojos, ¿qué clase de relación tienes con Mika McFly? Primero lo del lazo y hoy... —Traga saliva conjugando las palabras en su cabeza— lo vi salir del baño de chicas y luego te vi salir a ti.

—Debes haberme confundido, ¿por qué estaría en el baño con Mika? —Juego con mis manos nerviosa. No pensé en ello, no creí que alguien podría vernos.

—Cre-creo que él —hace una pausa. Quita una mano de mi hombro y acaricia mi mejilla— te está molestando. Te está corrompiendo. Si esto de verdad está pasando, puedes decírmelo y te ayudaré a salir de esto...

Un nudo en la garganta impide que pueda formular alguna palabra sin que salida quebrada. James Cooper, sobrio o no, es un buen chico después de todo. Carismático, amable, gracioso y preocupado. Al escuchar sus palabras un sentimiento extraño se acumula en mi pecho y baja a mi estómago. Aprieto mi labio inferior cuando mi barbilla comienza a temblar. Una lágrima resbala por mi mejilla la cual seco con la manga de mi chaleco. James me abraza, apegándome a él dulcemente. Con el contraste de su ropa puedo sentir en ella un olor familiar, igual al de Patrick.

—Gracias, James. —Me separo de él y le sonrío.

Pero mi sonrisa desaparece al ver, por encima del hombro de James, el auto de Mika estacionado frente al minimarket.

Preparativos para el baile.

MIKA

Los visos rojos de Gruonie causan una picazón en mi nariz la cual debo disipar rascándola. Ella sonríe cuando lo hago y comienza a pasar sus dedos con delicadeza sobre mi abdomen, deslizándolos de arriba hacia abajo como si tocara las teclas del piano de cola que tiene en la sala de su casa. Aquella acción provoca un cosquilleo agradable que me eriza la piel y es cuando Gruonie se detiene, mirando el lazo sobre mi velador. El lazo de Pajarito.

—¿Ella ha estado aquí? —pregunta levantándose para verlo con mayor claridad— Es el lazo de aquella chica, ¿verdad? Si te has acostado con ella sobre esta cama es asqueroso.

—Tus celos son cada vez más notables, Ardilla —espeto sagaz, lo cual parece molestarle más—. Tranquilízate, no podría traer a esa mojigata acá.

—¿Y por qué tienes esto? —vuelve a interrogar agarrando el lazo para enseñármelo.

—No te interesa, Gruonie. No veo el motivo por el cual debo darte explicaciones, además. —Me levanto de la cama para volver a vestirme—. Me ha vuelto el mal humor, será mejor que te largues ahora.

La Ardilla pelirroja no dice nada. Sabe perfectamente que mis palabras son ciertas y cuando mi mal humor vuelve, es mejor obedecerme. Busca su ropa interior entre las sábanas negras revueltas sobre el piso y luego busca su uniforme escolar. Tal vez, eso es la única diferencia —además

de nuestro género— que Gruonie y yo tenemos; ella asiste a un colegio privado y yo me divierto dominando un colegio público teniendo a todos bajo mi control.

A todos menos *ella*.

Los gritos arrebatados de Ashley se oyen por toda la casa. La conozco lo suficiente como para saber cuál es el motivo de su pérdida reciente de la cordura —o mejor dicho su rabieta—. Chase nos ha dicho hoy en la tarde que no ha podrá ir al Baile de Bienvenida, el cual mi hermana anhelaba ir con su prometido.

Aún me parece estúpido pensar que en un futuro cercano mi mejor amigo será mi cuñado, y todo a causa de un matrimonio acordado por nuestros padres.

—¿Tú lo sabías, Mika? —inquiere al entrar a mi habitación— ¿Sabías que Chase irá con su madre a no-sé-dónde?

—Sí, nos lo ha dicho hoy.

—¡Argh!, tenía deseos de presumirlo en aquel baile —comenta sentándose a mi lado— ¿Qué haces? —Ashley se encoje de hombros y fija su ojos en la pantalla del laptop. Frunce el ceño arrugando su nariz con cada fotografía que paso— ¿Esa no es la chica que dijo ser tu amiga el sábado?

—Así es, Ash —Asiento al responder.

—¿Con quién se está abrazando? —curiosea posando su barbilla sobre mi hombro.

—Con un imbécil sin importancia...

Sí, un imbécil. Un imbécil que puede sacarle sonrisas a la pequeña Fissher, que puede ser la esperanza y su apoyo mientras convierto su mundo en un caos, quien puede ser el chico del cual ella se ha enamorado.

Verlos abrazados fuera del minimarket me provocó más nauseas. Una rabia iracunda surgió en mí en ese momento, un temblor en mis manos y el rechinido de mis dientes. Mojigata, ella y su hermano son unos vulgares. Rápidamente, opté por hacer lo mejor y continuar con lo de la mañana; saqué mi celular real, ya que el otro aún lo tiene ella, y les saqué unas cuantas fotografías que podría usar en su contra algún día.

Cierro las pestañas y miro a mi hermana de reojo.

—¿Qué tal si tú y yo vamos al baile juntos?

Ella levanta su barbilla y me mira con precaución.

—Creí que irías con su "puta de servicio" —Una sonrisa vaga se dibuja en mis labios al oír el apodo que Ashley le tiene a Gruonie. Niego con la cabeza—. Bueno, entonces iré contigo, hermanito.

ASTRID

MARTES.
Sólo quedan tres días para el bendito baile escolar.

—¡Apresúrate, As! —le escucho gritar a Megan desde el otro lado del probador. Un motivo por el cual no deseaba asistir al *Baile de Bienvenida*, es que a ella se le ocurre ir de compras conmigo y sus amigas. Esta vez, decidió que no podía usar la misma ropa que el año

anterior y me arrastró hasta el centro de la ciudad, las dos solas— Enséñame ese cuerpo de modelo que guardas bajo tus estropajos.

Suelto un suspiro pesado mientras me examino en el espejo. Realmente poco me interesa lo que vestiré para el baile, ya que mi única función allí será tomar fotografías como un favor para el famoso blog de Megan. Ni siquiera tengo pareja, con suerte no me tropiezo al caminar y soy un desastre en cuanto a relaciones sociales. Siempre debo decir algo fuera de sí para joder la conversación, así que prefiero mantenerme callada.

Y aunque ya he confirmado mi asistencia en el baile, mi prioridad sigue siendo la misma que antes: mantener mi bajo perfil en el baile para no toparme con *él*. He tenido la suerte de no hacerlo hoy, ni recibir alguna represaría después de verlo estacionado frente al minimarket. Tengo su celular caro guardado en mi bolso como hueso santo; no quiero deberle algo más a esa persona tan apática, déspota y necesitado de amor.

Esa es una conclusión que he sacado con James, a quien he terminado por decirle todo con la condición de que lo mantenga en secreto y no haga nada al respecto. Él aceptó sabiendo las consecuencias de los hechos y diciendo que se conformaría con que le contase mis inseguridades.

Y sí, he omitido la parte del beso.

—Me siento fatal por haberle mentido al gerente y faltar al trabajo... —le comento a Megan saliendo del probador. Al verme, ella agranda sus ojos con sorpresa y podría jurar que de ellos salen destellos brillantes.

—¿¡Ya te viste?! —me pregunta, aunque la respuesta es obvia— Estas bellísima, As. Eres delgada, blanca y con los labios naturalmente rojos, te ves fabulosa —Aplaude repetidas veces, más emocionada que yo—.

Deberías vestirte así más seguido... —Camina hasta mí y lleva su dedo índice a la barbilla mientras frunce el ceño—. Lo malo que tienes son esos lentes horribles.

—Deja mis lentes —refunfuño antes de que los tome y me aparto—. James dice que es mi sello personal...

—¿James? —Muerdo mis labios sintiendo tensión por todo mi cuerpo aunque ella no parece molesta por mencionarlo. Sin embargo, algo en mí me hace sentir culpable de hacerlo.

—Sí, bueno... todos dicen eso en mi curso —Megan ríe acomodando el cuello del vestido que me he probado.

—Pues tienen razón.

Después de comprar ropa, Megan tiene la brillante idea de pasar a comer algo para llenarnos la tripa. Suerte para mí, ya que comenzaba a tener hambre. Opta por comprar un porción hamburguesa con papas fritas y una bebida, mientras yo por una pizza personal.

Mientras nos llenamos los estómagos, en mi cabeza he comenzado a divagar con el día anterior. Ciertamente estuvo extraño, intenso y bueno, no sé cómo podría describirlo. Mika McFly en serio tiene mi mundo patas para arriba. Unas veces es educado, otras bruto e hiriente y en otras muy sorpresivo. Necesita una especie de psiquiatra con urgencia lo antes posible, antes de que mate a alguien o se convierta en un psicópata con todas sus letras. No quiero ni pensar en qué clase de chico se convertirá si sigue así...

—¿Ocurre algo, As? —Megan me mira con curiosidad. Niego con la cabeza— Eres muy obvia aunque lo niegues, Astrid. Por favor, dime qué ocurre.

Bufo. Bajo mi cabeza mirando la mitad de pizza que llevo comida para que ella no note que me he ruborizado desprevenidamente.

—No es nada... es sólo que —muerdo mi labio sintiendo una pesada sensación sucumbir en mi pecho. La misma sensación incómoda que sentí cuando hablé con James sobre McFly— hay un chico. Es bastante extraño, demasiado diría yo. Ayer él... —respiro hondo— me besó.

—Oh... ¿cómo fue?

—No sé si describirlo de forma buena o mala, porque él es una persona muy extraña. ¿Por qué crees que lo haya hecho?

Megan le da un sorbo a su bebida y carraspea.

—Pudo haber tenido muchos motivos, los hombres son inentendibles aunque ellos digan lo contrario. Podría haberlo hecho por molestar, por una apuesta, por un impulso de la hormonas o porque te desea —Megan mueve las cejas de arriba abajo observándome con picardía.

—¿Deseo? ¡Él me desprecia, Megan! —Agito mis manos para disminuir el calor repentino que ha surgido en mí al recordar de nuevo el beso.

—Tal vez, él y tú tengan mucha química y eso lo haya impulsado a besarte por mero deseo de probar tus labios, As —suspira y apoya la espalda en el respaldar de la silla—. Quizás esa persona que dices rechace la idea dentro de su cabeza la atracción que siente hacia ti y dice despreciarte, pero si te ha besado es porque no se ha resistido... Bueno, sólo son especulaciones mías, así que...

Trago saliva.

Mika McFly jamás podría verme de una forma más allá del odio...

El Baile de Bienvenida. Parte 1.

ASTRID

Giro el pomo de la puerta para salir de la habitación.

Por alguna razón, hoy la casa parece más bulliciosa que de costumbre. Mamá trata de consolar los llantos de mi hermana pequeña *Boo*; papá se pasea de lado a lado buscando sus cosas para salir a trabajar; y la televisión está en su máximo volumen mientras pasan las noticias de la mañana. La última vez que la casa estaba tan desordenada fue cuando Patrick perdió las llaves de su auto recién comprado por papá. Los dos terminamos llegando atrasadísimos a Jackson a causa de su descuido.

—¡Ya me voy a la escuela! —les grito desde la puerta principal antes de salir. Acomodo mi bolso y pongo un pie afuera de la casa. Y en cuanto lo hago, siento la manito de Boo agarrarme del cabello y tirarlo con todas sus fuerzas— ¡No, Boo! —chillo, tomando su mano y abriéndola para que me suelte.

—Boo está molesta porque se ha enterado que no has hablado con tu hermano mayor desde que entraste al colegio —me reprocha mamá, ayudándome. Hago una mueca de desaprobación sin saber qué responder.

Es cierto, desde que entré a segundo año he evitado las llamadas de Patrick. Por una parte, fue porque Mika tenía mi celular y la otra... Bueno, también involucra a Mika; no podría contarle a mi hermano qué está ocurriendo con el retorcido Mika, pues él no se permitiría quedarse de brazos si se entera. Lo más seguro es que la historia se vuelva a repetir y no quiero que mi hermano resulte golpeado por cinco chicos pagados, ni que sea amenazado otra vez.

—Lo... lo llamaré más tarde —manifiesto sin mucho ánimo. Arreglo los mechones de cabello que Boo desordenó al tanto que mamá asiente mirándome con franqueza, como si me atravesara con la mirada—. Nos vemos.

—Que te vaya bien, hija —dice y besa mi frente.

Realmente, también espero eso...

Las puertas del autobús escolar se abren dejando en alerta el griterío que hay dentro; los chicos del bus no suelen ser los más correctos, por no decir que son unos desalmados. De camino al colegio no hacen más que gastar bromas y yo no quiero estar involucrada en ellas. Aun así, al conductor le gusta martirizarme mencionando mis defectos y el hecho de ser hermana de "el chico que enfrentó a Mika McFly". Así que, no me sorprendo cuando les grita a los demás que ya he subido al bus.

Ignoro al conductor sin poder evitar fruncir el ceño. Camino hasta mi asiento donde suelo sentarme sola; aprecio eso, en verdad. Gracias a la amenaza de Mika a mi hermano, puedo sentarme sin un chico extraño que huela mal o una *pinturita* con voz chillona.

Al sentarme dejo mi bolso sobre mi regazo con cuidado, pues aún conservo el celular de McFly.

No logro entender nada de lo que pretende hacer con dejármelo. ¿Acaso es una demostración de sus riquezas? ¿Se está jactando de algo? Creo que Mika es un personaje el cual no podré conocer jamás, ninguna de sus facetas. Es obvio que el celular que me dejó no es su principal medio de contacto, pues desde que lo tengo no ha recibido ninguna llamada. Estoy temiendo que si no se lo devuelvo antes, podría acusarme de robo o algo.

—...entonces, ¿qué pretendes hacer con *"eso"*? —pregunta James inclinándose por mi hombro de forma confidente. Con "eso" se refiere al celular de Mika

—No tengo la menor idea —murmuro sonrojándome al sentir el suave perfume salir de su cuello. Niego con la cabeza dándome un golpe mental—. Tal vez sea mejor esperar —Agarro la bandeja con comida cuando la cocinera me la regresa con el ceño fruncido, pues parece que todos están hambrientos hoy—, McFly es impredecible y no quiero ser yo la que se lo entregue.

—Bueno, yo se lo entrego —Volteo para ver a James sorprendida ante su propuesta. No tengo idea de qué cara he puesto, pero al parecer le ha causado gracia y se ha dado cuenta de mi incredulidad—. Creo que es más sencillo si lo hago yo, él no tiene nada contra mí hasta ahora.

—Eso es improbable, y es por eso que mejor no seas tú —Lo apunto con severidad. Me hago a un lado esperando a que él también reciba su bandeja con comida—. A menos que quieras terminar como... —Resoplo—. Da igual, no te metas en problemas.

James hace una mueca que no logro descifrar y camina hacia la mesa donde lo esperan sus amigos, mientras yo busco con la mirada algún espacio vacío donde pueda comer con tranquilidad. No obstante, lo único que consigo es toparme con la intimidante mirada de Mika desde su *"mesa privilegiada"* donde *Los Tres* se sientan a la hora de almuerzo.

Encuentro un sitio libre junto a otros chicos de diferentes cursos que comen en silencio. Al dejar la bandeja sobre la mesa y sentarme, una

melodía se escucha desde mi bolso. Conozco perfectamente a qué cosa le pertenece y percibo un escalofrío recorrer mi espalda.

Me siento en la silla y busco el celular de Mika en mi bolso. Aun suena y no me tardo en responder indagando entre los demás la mesa donde está sentado McFly.

—*¿Cuál es la Reglas número 2, Pajarito?* —En efecto, quien llama es McFly. Sin ser consciente de mi acto, con sólo escuchar su voz bajo mi cabeza— *Necesito mi celular de vuelta y lo necesito ahora* —ordena con tono seco. Ha sonado como una advertencia.

—Pues ven por él.

Corto. Y necesito unos segundos para darme cuenta de lo que he hecho. ¡Diablos! Le he cortado a McFly. Él podría venir a mi mesa y hacer un escándalo si así lo quisiera. Sin embargo, no lo hace. Logro conciliar su mirada entre los presentes; sus ojos me observan como solo él podría hacerlo, como si fuese un león acechando a su presa.

Con el celular en mano y mi bolso en la otra, camino hasta el basurero del comedor. Frente a éste, tiro el celular dentro y sin esperar a que él venga a buscarlo, salgo del comedor sin más, ocultando una pequeña sonrisa que me sabe a victoria. Estoy segura que él se ha dado cuenta de mi acción y que el celular llagará a sus manos sea quien sea el que lo haya tomado.

...

Miro la hora en el reloj de pared otra vez, comenzando a perder la paciencia. El Baile de Bienvenida ya debe estar por comenzar y debo estar presente cuando se dé el inicio. Fotografiar todo lo posible para tener contenido que mostrarle a Megan. Y hablando de mi amiga,

seguramente debe estar desesperada porque aún no llego. ¿A quién puedo culpar por ello? ¿A mí por tardar tanto tiempo en ponerme el vestido nuevo? ¿A mamá por querer abrigar a *Boo* con todos los abrigos posibles sólo para llevarme al baile?

Y hablando de baile... Me siento nerviosa. Horriblemente nerviosa. Sólo debo fotografiar, pero temo encontrarme con algún ser indeseado allí.

Bueno, como diría Patrick: "Pensemos positivos".

Ojalá pudiese.

—¡Listo! —dice mamá cerrando la puerta del auto junto a *Boo* después de ponerle un gorro— Si papá no trabajara hasta tarde él podría llevarte... pero, ¿qué le haremos?

Enciende el auto y parte hacia Jackson, mientras de camino, reviso que lleve todo lo necesario para fotografiar. Así, entre pensamientos y divagues absurdos, mamá detiene el auto frente a Jackson.

Dejo escapar un sonoro suspiro.

—Nos vemos.

Bajo del auto acomodando la mochila en mi espalda. Trago saliva percibiendo la música que suena dentro del gimnasio de Jackson, donde se lleva a cabo los eventos dentro de la preparatoria. Miro a las personas que van llegando. Están bastante arreglados en mi opinión, algunas chicas incluso van con tacones altos mientras yo sólo vine con unas zapatillas con caña que le viniese al vestido que Megan escogió para mí.

La tensión comienza a surgir en mí, aun más, cuando llego a la entrada decorada con un cartel brilloso que dice "BIENVENIDOS" con letra casi

ilegible. Adentrándome más, noto la sobriedad del ambiente dentro del gimnasio, no lo digo por la música, sino por lo lúgubre de la iluminación —supongo que así son todas las fiestas y quisieron darle un ambiente parecido—. Hay un escenario con dos micrófonos y un telón rojo de fondo, donde veo a la profesora Mittler probarlos con su voz y dándome golpecitos a estos. Frente al escenario hay un espacio para los que quieran bailar y en el fondo hay tres mesas largas que unidas forman una *C* con comida y ponche.

—¡As! —exclama Megan desde el otro extremo del gimnasio al verme. El vestido que escogió para ella le queda a la perfección. Ella si puede usar tacones altos. Detrás le sigue James, que me hace una seña con la mano al verme— ¡Es tan bueno verte! —Mi amiga se acerca y me da un abrazo del cual salgo más despeinada.

—Hola... —saludo sin saber cómo reaccionar— creo que he llegado temprano.

—Por poco —comenta James guiñándome un ojo. El corazón me da un vuelco cuando lo hace. Logro distraerme mirando de nuevo a Megan, quien pone sus manos sobre mis hombros desnudos.

—Sé que es mucho pedirte, pero necesito que fotografíes a alguno de "nuestros chicos". Son unos idiotas, pero por algún motivo a las lectoras les encantan esos tres. Sería maravilloso mostrar su entrada, ¿sí? —Muerdo mi labio y luego de meditarlo asiento lentamente, sintiendo la mirada desaprobadora de James— ¡Gracias! ¡Eres la mejor, As! Oye, si ese chico del que me hablaste está acá, muéstramelo para darle una lección.

¡Genial! Ahora debo fotografiar a Mika.

Tras sacar algunas fotografías, el gimnasio comienza a llenarse de estudiantes. Cada uno de ellos con la vestimenta más extraña que el otro. Bueno, yo no puedo decir nada, porque después de todo vine con mis lentes gruesos y únicos en su especie. Los murmullos se hacen más imponentes en el momento que, Jax y Mika hacen su entrada triunfal junto a sus parejas; Jax con una estudiante y porrista de Jackson, mientras que Mika entra con una sonrisa arrogante llevando a su lado a su hermana... o eso creo. Es la misma chica que me abrió cuando fui a su casa.

Maldigo internamente al verme obligada a fotografiar a los dos chicos que dominan los pasillos. Tenía la esperanza, la mínima esperanza, que él no apareciera. Sin embargo, no me queda más remedio que apuntar, enfocar y tomar la fotografía.

El Baile de Bienvenida. Parte 2.

MIKA

Con las miradas puestas en nosotros, entramos al gimnasio de Jackson. Ashley se afirma de mi brazo mientras esboza una sonrisa. Y en cuanto lo hace, logro precisar por el rabillo del ojo el flash de una cámara fotográfica dentro de la poca iluminación que hay. En instantes nuestros ojos se desvían hacia la llamativa luz, dejando a la vista a su autor. La hermana de Fissher, en un fallido intento por hacerse notar, baja la cámara y su cabeza apunta sus pies avergonzada ante la osada acción.

Además de mojigata, acosadora.

—¿Ella es...? —la pregunta que Ashley no logra concretar la respondo con un movimiento de cabeza— Se ve realmente diferente a cuando fue a casa...

En efecto. El pajarito que aún no aprende a volar, luce diferente a como se le ve siempre. Con un vestido rojo que contrasta con su delicada y blanca piel. Sus hombros descubiertos. Su cabello alisado. Sus labios rojos. Y una cámara colgando de su cuello. Ciertamente, no esperaba verla en el baile, menos vestida de esta forma tan singular.

—¿Tú crees? Yo veo a la misma mojigata de siempre —afirmo sin despegarle los ojos de encima, como si imanes invisibles no me permitieran hacerlo.

Esa mocosa insolente necesita más castigos, al parecer la he descuidado en estos días, de lo contrario, no habría tirado el celular al bote de basura, ni hubiese respondido de forma tan altanera. Tal vez,

ese nuevo apoyo es lo que la está motivando a hacer cosas que no hacía. Tal vez, debo enseñarle las fotografías a su amiguita antes de lo previsto y volver al idiota arrastrado en su contra.

—¿¡Pero tú qué haces con mi hombre?!

Una voz chillona me arrebata de los pensamientos. Le quito los ojos de encima a la mojigata para ver cuál es el escándalo; Claire, la mejor amiga de Sussie quien ha venido con Jax, se abre paso entre los demás hasta quedar frente a su amiga —o quizás ex amiga—. Mi desconcertado amigo, quien erróneamente pensó que Claire no vendría y decidió invitar a su mejor amiga, da un paso hacia atrás dejando de las dos rubias y chillonas chicas se descarguen.

—¿Tu hombre? —espeta Sussie, con incredulidad— Tú no eres la adecuada para *mi* Jax. Él ni en un millón de años querría salir contigo, ¿verdad, terroncito? —Sussie voltea hacia donde Jax estaba, pero éste ya ha salido del gimnasio.

Jax y sus incontenibles deseos de chicas...

Cuando la situación comienza a ser insostenible y las dos amigas pasan a los golpes, Ashley y yo nos apartamos hacia las mesas donde está el ponche y una barbaridad de comida barata sin sentido. Junto a ellas, logro reconocer al mismo mocoso que abrazó a Pajarito frente al minimarket, junto a la chica baja que siempre se le ve junto a Fissher a la hora de almuerzo. Los dos miran desde su puesto la trifulca entre las amigas, hasta que él se dice algo y se marcha, dejándola sola junto a las mesas.

La observo un momento.

—Tengo una idea —le murmuro a Ashley—. Ya vengo...

Inevitablemente una sonrisa se dibuja en mis labios mientras con paso silencioso camino hacia la amiguita de turno de Fissher.

—¿Eres Megan, verdad? —le pregunto al acercarme, intentando sonar casual. Dado a su rostro sorprendido, mi presencia le es desconcertante. Esboza una sonrisa tímida y nerviosa— He oído de ti y tu blog. El otro día entré a echarle un vistazo. Es bastante bueno, ¿sabes?

—Gr-gracias.

—Eres buena en lo que haces. No sólo con tu blog, sino también acompañando en el almuerzo a compañeros que no merecen la pena —Parece sorprenderse de mi comentario, pues alza su cabeza observándome con curiosidad.

—Astrid es una buena persona...

Bueno, parece más inteligente de lo que parece. Ha captado mi indirecta al instante.

—¿Realmente lo es? —Ella asiente— Yo no diría lo mismo. Digo, por si no lo sabes, ella y el chico que te ha traído al baile, han jugado contigo todo el tiempo. ¿Crees que tienes una oportunidad con él? —Logro divisar a Pajarito en la distancia siendo acompañada por su amiguito castaño— Sólo míralos... ¿Crees que entre ellos sólo hay amistad?

—Astrid ha dicho que-

—Astrid ha dicho que lo tú querías oír, apuesto a que los dos se están riendo de ti a tus espaldas. Los he visto abrazados frente al minimarket donde ella trabaja. Los he visto fuera de clases hablando de forma cercana. Que no te engañen, pequeña Megan. Astrid no es el pajarito que crees y puedo demostrártelo.

El Pajarito y su amigo se detienen frente a nosotros. Ella baja su cabeza evitándome.

—Buenas noches —me despido mirando a la pequeña Fissher, para volver junto a mi hermana.

ASTRID

Entre el griterío de las dos chicas arañándose y la multitud de personas curiosas por ver qué ha ocurrido, afirmo mi cámara fotográfica con cuidado para que no caiga al suelo o pase alguna desgracia con ella. Algunos profesores se abren paso por la muchedumbre para detener la pelea.

Entre la conmoción, no veo tiempo de revisar la fotografía que he sacado, por lo que me hago tiempo y me oculto detrás del escenario, lejos de todo disturbio.

Con cámara en mano, le doy al botón *play* para ver la fotografía, encontrándola enseguida; allí está él, entrando con magnificencia al gimnasio, viéndonos como meros insectos que puede aplastar como si nada. Fingiendo tener poderío gracias a esas tres reglas sin sentido alguno. Con ese paso seguro y arrogante junto a su hermana y su amigo. Siendo consciente de que nos tiene a todos bajo control. Su mirada arrogante, fría e intimidante ha quedado plasmada en la fotografía.

Odio tener que admitirlo, pero hasta la luz le favorece.

—*Señorita Oculta* —la voz de James me saca del desconcierto de mis palabras. Me doy un golpe mental y antes de que se acerque más, apago la cámara— ¿Qué haces?

—Re-revisaba las fotografías —respondo trabando las palabras en mi boca. Una risita nerviosa se escapa de mí. Siento como si observar aquella fotografía fuese un delito.

—¿Estás bien? —curiosea, frunciendo el ceño.

—¡Claro! —Eso ha sonado demasiado entusiasta para ser yo— ¿Y tú?

James se encoje de hombros, haciendo una mueca de indiferencia.

—Megan tiene mucho de qué hablar, pero ella no es mi tipo de chica. Mi tipo de chica es bastante diferente a mi personalidad... podríamos decir que me gustan opuestas a mí —James da pasos hasta quedar frente a mí, guardando un poco de distancia. Estamos solos dentro de la oscuridad que nos brinda la parte trasera del escenario, sólo siendo acompañados por los cables eléctricos de los micrófonos y las luces de colores puestas en el gimnasio. Una punzada en mi pecho me advierte de lo que dirá luego—. Astrid, desde hace tiempo que me gus-

Cubro su boca con mi mano para que se detenga.

—No estoy de humor para juegos, James —digo bajando la mano esquivando su mirada. Rasco mi brazo para descargar los nervios que me han dado con su repentino cambio.

Una risa socarrona surge de él.

—Lo siento, lo siento, creí que sería divertido —se disculpa desordenando su cabello—. Ven con nosotros, es incómodo si no estás cerca...

—Lo siento.

Doy un suspiro largo. Creo que he aguantado la respiración unos segundos.

Desde el otro extremo logramos divisar a Mika junto a Megan. Apresuramos nuestro paso para llegar junto a ella cuanto antes. Por inercia, al llegar junto a ellos, agacho la cabeza, temiendo una represaría por lo del celular, pero lo único que consigo en un *"Buenas noches"*.

Dicho ésto, se aleja caminando lentamente.

—¿Qué quería ese? —James se apresura a preguntar lo que yo, por temor, no hago. Megan parece precavida al vernos, como si desconfiara de nosotros. Sea cual sea la causa de Mika al acercarse a Megan, seguramente no era con una buena intención.

—Quería asegurarse de que no escribiese sobre la pelea entre Sussie y Claire en el blog —nos informa detallando una sonrisa confusa en su rostro. Al clavarse sus ojos verdosos en mí, podría jurar que lo que Mika le ha dicho es sobre mí.

Estúpido McFly. Él y toda su maldita existencia. No le basta con perjudicarme a mí, sino también mis amistades. ¿Qué quiere conseguir con esto? Ya no puede hacerme más miserable. No tiene nada más que hacer para verme afectada frente a él. ¿Hasta cuándo tendré que aguantar sus inescrupulosos abusos?

—¿Tienes un segundo? —le pregunto a mi amiga. Ella asiente animadamente. Alza sus cejas arrugando un poco su frente, ese gesto siempre lo hace cuando algo anda mal.

Megan y yo caminamos en silencio hasta entrar al baño. Esperamos que dos chicas salgan; ellas saludan Megan con un gesto con la mano y una

sonrisa en el rostro. Ella les devuelve el saludo sin cambiar su expresión, lo cual me inquieta.

Al cerrar se la puerta del baño, las dos quedamos solas.

—Sé que me preguntarás, As —comienza con la voz suave. Se mira al espejo para arreglarse el cabello—. Lo que he dicho antes no es cierto. Mika parece preocuparse bastante por su reputación. Ha venido diciéndome que los vio abrazados. Suena algo tonto, ¿no crees?

Muerdo mi labio.

—Así parece. Megan, yo... tú sabes que Mika tiene algo en mi contra por lo de Patrick —me pongo junto a ella. Las dos nos miramos a través del espejo—. Está dispuesto a decir lo que sea para perjudicarnos. No sé por qué.

—As... —Mi amiga voltea para verme y suspira. Me giro para verla también— dime, ¿qué sientes por James?

Trago saliva, haciendo un esfuerzo por no sonrojarme, pero me es imposible.

—¿Po-por James? —Ella asiente. Frunzo el ceño ¿Qué siento por James?— Nada más que una amistad. Él es como el reemplazo de Patrick aquí...

Otra punzada en el pecho. Repentinamente me siento culpable.

—Bien, porque a mi realmente me gusta James. —La mirada franca de Megan es desconcertante. Sus palabras si van en serio—. No soy estúpida como para no darme cuenta de sus sentimientos, además, él ya me dijo quien le gusta; pero soy bastante lenta para hacerlo con los tuyos cuando de amor se trata. Pienso luchar por él, pero no quiero hacerlo

contra ti, es por eso que te lo volveré a preguntar: ¿Astrid, qué sientes por James?

Una llamada. Un mensaje.

ASTRID

Los ojos de Megan buscan la respuesta que no logro precisar. ¿Qué siento por James? No podría explicarlo, es una maraña de sentimientos encontrados. De hecho, su pregunta me es desconcertante porque, es cierto, estimo a James; pero no sé si lo que siento por él son sentimientos románticos o amistosos. Si de verdad es el chico que ocupa el lugar de Patrick ahora que no está o es un amigo que me hace reír, con el que me puedo desahogar, en el que puedo confiar y sentirme segura.

¿Qué siento por James?

Separo mis labios un poco, insegura. Sin saber qué responder en realidad.

—Yo...

El tono de llamada de mi celular es mi salvación. La tensión que había surgido dentro del baño desaparece al escuchar la melodía. Bajo los mis hombros con el suspiro pesado que lanzo y busco en mi mochila el celular. Entre las cosas de la mochila, encuentro el celular y compruebo quién llama: Es Patrick.

—Debo contestar —advierto, sonriendo con evidente nerviosismo—. Lo siento...

—Anda, ve —me anima Megan, devolviéndome la sonrisa.

Salgo del baño y camino por el pasillo hasta la salida de Jackson, donde la música no pueda molestar. Hace un poco más de dos semanas que no hablo con mi hermano. Seguramente tiene mucho que contar en su

nueva escuela, cursando el último año escolar lejos de nosotros, con nuevas amistades, nuevo ambiente y un contexto completamente diferente al de aquí.

—*¡Hasta que al fin te dignas a contestarme!* —Es la voz de Patrick, un poco distorsionada por el celular, pero tal cual la recordaba— *¿Qué has hecho de interesante para que te olvides de tu hermano mayor? ¿Eh? No me digas que conseguiste novio, ¡porque si es así...!* —Comienzo a reír como tarada. Estoy feliz de escucharlo tan enérgico como era antes.

—Ojalá fuese eso... —mascullo sin la intención de que escuche— ¿Cómo podría olvidarme de ti, Patrick? ¿Cómo van las cosas allá?

—*De maravilla diría yo. Deberías dejar Jackson y venir aquí; lejos de esos tres tarados* —Guarda silencio un momento—. *Ah... te extraño, As. No tengo a nadie a quién fastidiar.*

—Sabía que dirías eso...

—*Me conoces bien* —agrega en tono cantarín. Doy un suspiro largo y me permito mirarlas estrellas un momento— *¿Un momento...? ¿Es música electrónica lo que estoy escuchando? ¡Estás de fiesta!*

—Es el Baile de Bienvenida, Patrick —respondo con obviedad. Él sabe perfectamente que las fiestas no son lo mío—. He venido a fotografiar, pero creo que ya me iré.

—*¿Has sido acompañada por un hombre?*

—No, no estoy acompañada de ningún hombre —niego con la cabeza aunque él no lo vea—. ¿Estás jugando al papel de hermano celoso?

—*No puedo vigilarte, así que sí. Vamos, dime la verdad* —blanqueo los ojos, divertida.

—Es verdad. Yo-

El celular me es arrebatado de la mano, causando que voltee al instante para comprobar quién ha sido el autor; con una sonrisa a medio labio y sus ojos con una mirada macabra, cargada de cizaña, Mika McFly está de pie con el celular en su mano, llevándolo lentamente hasta su oído.

—Ella está conmigo, no molestes.

Dicho eso, corta.

La voz de Mika resuena dentro de mi cabeza, sin percatarme que ha extendido su brazo para devolverme el celular. Me he quedado de pie, sin hacer una mueca, sin hacer nada. Sin poder hacerlo. Siento la mano de Mika tomar la mía, flexionar mi brazo, estirar mi mano y colocar el celular en mi palma, sin borrar la sonrisa de sus labios.

¿Qué estará pensando Patrick? ¿Se habrá dado cuenta que fue Mika en que habló?

Mierda.

—¿Por qué esa cara de sorpresa, Pajarito? —curiosea. Su voz detona sarcasmo— ¿He hecho algo que no esperabas?

Aprieto el celular en mi mano. Junto mi mandíbula con fuerza, reteniendo las ganas de golpearlo, para que no ocurra lo de antes. Respiro hondo y exhalo el aire de mis pulmones con lentitud. Entonces, esa parte incontrolable que cada humano tiene, la que actúa sin consentimiento del cerebro, se adelanta a mis pensamientos y agarra con fuerza la corbata roja de Mika, atrayéndolo hasta quedar frente a mi cara.

—Algún día te arrepentirás de todo lo que haces, Mika McFly —la voz que emana de mí, parece la de otro ser—. Y estaré en primera fila para verlo.

Su rostro sorprendido me apabulla. No me lo he esperado.

—¡Listo, hermanito! —Escucho a sus espaldas.

Aterrada por una nueva reacción en él, lo suelto de inmediato. No lo pienso dos veces y vuelvo al gimnasio con el corazón latiendo de forma sobrenatural, al borde de un ataque cardiaco.

MIKA

¿Lo escuché bien o sólo fue parte de mi imaginación? Seguro fue eso. Mis pensamientos me han jugado en contra después de una semana agitada. No puede haber dicho esa mocosa lo mismo que dije yo aquella vez...

"Algún día te arrepentirás de todo lo que haces. Y estaré en primera fila para verlo".

Pensé que era un recuerdo hundido en mis pensamientos. Corroído por el tiempo y los nuevos tiempos. Pero la pequeña Fissher los ha traído de vuelta y se siente como ser atropellado por un camión. Las imágenes pasan por mi cabeza como fotografías vivas, tan reales que puedo sentirme en mi huesudo cuerpo a la edad de 11 años; cuando aún no conocía a Chase y Jax. Los tiempos donde vivía bajo la sombra de un padre ausente y, las pocas veces que iba a casa, era un maldito autoritario sin escrúpulos. No daba su brazo a torcer jamás y siempre la reputación de su apellido fue lo primordial.

Y lo sigue siendo hasta ahora.

—¿Esa no era...? —la pregunta de Ashley queda inconclusa. Asiento en respuesta, sin emitir sonido alguno además del de mis pisadas— ¿Qué hacían juntos?

—Nada. Vamos a casa, no soporto más mezclarme con estos ineptos.

—¿Y Jax? —interroga mi hermana, apresurándose caminar a mi lado. Chasqueo la lengua.

—Desapareció desde el encuentro. —Busco las llaves de mi auto en el bolsillo del pantalón negro que llevo.

Esa mocosa vulgar se atrevió a tocarme, a mirarme con desprecio y a pronunciar las mismas palabras que dije yo hace ya tiempo.

...

Los segundos transcurren lentos sentado en el sillón de cuero negro que está frente mi cama. Erróneamente creí que si acompaño mis pensamientos con una copa de vino, del bar del "Señor McFly", la noche pasaría más rápida. Pero, no. Me he equivocado una vez más. Creo que es algo que estoy haciendo a menudo. Si continúo bajando la guardia así, me veré vulnerable... como para aquel entonces. Como Fissher.

Me he sorprendido a mí mismo queriendo ver aquellas expresiones faciales que siempre hace cuando estoy a su alrededor, anhelando sentir el aroma de su shampoo barato comprado en el supermercado y las miradas despistadas que posee tras sus gafas gruesas.

Así que, tomo con dificultad mi *iPhone* y busco entre los contactos su número. Lo he grabado por si algún día estaba falto de diversión cuando tenía su teléfono.

—*¿Quién es...?* —Su voz se oye quebrada. Miro la hora en el reloj digital sobre el velador junto a la cama; son las 4:00 de la madrugada, seguramente acabo de despertarla— *¿Aló?* —insiste. Lanza un suspiro áspero que satura el micrófono del celular.

Abro mis labios para formular alguna palabra o frase, pero me detengo en seco. ¿En qué diablos estoy pensando? Llamar a la mojigata de Fissher es un signo de que estoy hundiéndome a mí mismo. Idiota.

—*¿Mika...?* —balbucea.

Corto antes de que diga algo más.

¿Qué es esta sensación?

ASTRID

Respiro hondo.

El viernes en la noche el baile fue un caos. CAOS con mayúscula; veamos: La fotografía de Mika. La declaración en broma de James. La actitud extraña de Megan y su pregunta. La llamada de Patrick. Y Mika.

Mierda. Mierda y mierda.

No puedo creer que haya dicho lo que dije, ni tampoco puedo asimilar la expresión de Mika al oírla. Lucía fuera de sí. Muy vulnerable, hasta me atrevería a decir que los roles cambiaron por un momento. Sí, me sentí la maldita ama del mundo. Pero el remordimiento volvió a mí al entrar de vuelta al gimnasio.

Había una cosa pendiente: Patrick.

Me despedí de Megan después de entrar al gimnasio, fingiendo dolor de estómago, el informándole que le enviaría las fotografías luego. Me

preparé mentalmente de camino a casa y recé con fervor pidiendo que Patrick no haya descubierto que Mika habló con él.

Al contestar el celular, comprobé que mis oraciones habían sido escuchadas y que Patrick no se dio cuenta que fue Mika. Hizo comentarios pesados sobre los chicos de la escuela y yo, sobre su labor de hermano, su *nueva* vida y recordamos con melancolía cuando éramos niños.

Pero no dormí tranquila hasta las dos de la mañana, pensando en cosas absurdas que incluían la pregunta de Megan respecto a mis sentimientos sobre James Cooper. Una pregunta simple, que pude haber respondido al instante; sin embargo, me dejó confusa, pensativa.

¿Por qué me costó tanto responder si no veo a James de forma romántica?

Y luego de dormirme pensando en eso. Una llamada de un número desconocido me despierta para hacer mi noche más confusa aún.

—Astrid, no olvides sacar la basura —la voz del gerente me descubre pensando. Respondo con un leve movimiento de cabeza.

Por poco me sumo más en mis pensamientos y olvido que estoy trabajando en el mismo minimarket que McFly —quien por cierto ha decidido trabajar hoy, después de no hacerlo en días—, respirando el mismo oxigeno que ese abusivo falto de amor. Hoy ha vuelto a hacer desmadres en el lugar con el fin de que cumpla sus pedidos para humillarme, mientras él ha tomado el puesto de "supervisor" sin hacer nada más que ver cómo nos matamos trabajando.

Salgo por la puerta trasera del minimarket, encontrando los tarros con basura. Como buen lunes, el camión de la basura pasa por las noches

recogiendo los desperdicios de la tienda. Hoy ha llegado mercadería nueva, por lo que los botes de basura están más llenos que de costumbre.

El olor a putrefacción mezclándose con los cartones es de lo peor. Alargo un bufido al ver el trabajo que debo hacer y tomo el *depósito de mierda* para arrastrarlo hasta la calle. El rose del metal en el cemento causa un ruido que podría hacer estallar mis tímpanos en cualquier momento.

—Hasta para arrastrar basura eres una inútil, Pajarito —me detengo al oír el singular apodo que Mika me ha puesto—. ¿No lo dije antes? No sirves para nada. Pero te echaré una mano, para que te des cuenta que soy benévolo.

¿Qué?

Debo estar alucinando... o tal vez, él lo está haciendo.

Mika toma el tarro desde el otro extremo, frente a mí. Por acto-reflejo, bajo mi cabeza con pretendiendo no verlo, pero todo esto es desquiciante y disparatado. ¿Mika me está ayudando? Seguro hará algo para burlarse. Es lo único que sabe hacer...

Mika levanta el tarro conmigo sosteniéndolo desde el otro lado. En su muñeca noto que lleva el lazo que me robó el primer día de clases. No sabía que aún lo conservaba —quizás como trofeo o algo así—, pero me produce escalofríos que lo haga.

Al llegar a la acera, dejamos el tarro en el lugar donde corresponde. Volvemos en silencio por el otro. Lo miro de reojo, esperando alguna cosa en mi contra. Mis ojos suben desde sus brazos hasta sus labios y ahí se detienen.

El beso en el baño pasa por mi cabeza, provocando que me sonroje al instante. Mal momento para recordar malas decisiones. Y parece que lee mis pensamientos, pues una sonrisa distorsionada aparece en su rostro. Extiende su mano para pasar sus dedos por mi cabello con delicadeza.

Me petrifico. Él se acerca a mi oído y pone mi cabello detrás de mi oreja. Su respiración me estremece.

—Hueles igual a la basura, Pajarito —de nuevo sonríe, volviendo a su postura altiva y arrogante.

Sin más palabras, entra por la puerta principal del minimarket.

Oficialmente, Mika es un maldito.

De vuelta en casa —ilesa—, subo a mi cuarto y me dejo caer sobre la cama, agotada. Cierro mis ojos, no obstante, los abro de golpe al escuchar la melodía de mensajes de mi celular. Saco el aparato de mi bolsillo; es un mensaje en *Whatsapp* de un número desconocido.

El misterioso "Alguien".

ASTRID

«Una mujer puede cambiar la trayectoria vital de un hombre» Leo.

¿Qué clase de nueva broma es esta?

Releo el mensaje que el *Numero Desconocido* me ha enviado. Parece una frase sacada de algún libro o alguna página barata de internet con el fin de hacerse *el o la* intelectual.

La pregunta que mejor calza aquí es *"por qué yo"*. Nadie querría enviarle mensajes a una Cuatro Ojos que apenas habla en público. Mucho menos las clases de frases que se usan para elogiar el género femenino.

«Creo que has anotado mal el número y le escribiste a la persona equivocada» Le doy enviar al mensaje sin más preámbulos. En unos segundos el *Número Desconocido* lo lee, comenzando a escribir.

«No lo creo... Tú eres Astrid Fissher, ¿no?»

La situación es completamente diferente ahora. Sabe mi nombre, ¡hasta mi apellido! Debe ser alguien conocido o algún conocido de un conocido.

Lo pienso dos veces antes de comenzar a escribir. ¿Debería continuar la conversación o detenerla aquí? No quiero caer en alguna otra broma de mal gusto y ser el hazme reír de nuevo. Suficiente tengo con McFly. Por lo que no hago más que preguntar lo más lógico que se me viene a la mente.

«¿Quién eres?»

Mi pregunta no tarda en ser leída. Parece que la persona desde el otro lado del celular está interesada en la conversación —***«Alguien»***— Responde al instante. Alguien. ¿Por qué no me esperaba una respuesta diferente? Bueno, esperaba al menos algo más concreto que un simple "Alguien". Con su respuesta me es obvio que no quiere que me entere de su real identidad.

«¿Nos conocemos? ¿Hemos hablado antes?» —Mis preguntas hechas comienzan a inquietarme. Trago saliva para humedecer mi garganta, la cual parece haberse secado por completo cuando leí que sabe mi nombre. Parece pensar la respuesta, pues tarda más en escribir.

«Muchas veces. Vamos al mismo colegio: Jackson.»

Sí, debe ser una estúpida broma de alguien.

Miro las opciones "añadir" y "bloquear". Lo más sensato y cuerdo que puedo hacer en estos momentos es bloquear el *Numero Desconocido* si no quiero meterme en problemas. No obstante, antes de hacerlo, un nuevo mensaje me interrumpe.

«Dame la oportunidad de conocerte mejor, sólo a través de mensajes. Prometo no molestar, ni darle tu número a alguien más... ¿Qué dices?»

«¿Cómo puedo saber eso? Además, ¿quién te dio mi número?»

«Es fácil conseguirlo cuando tienes tus contactos» —Lanzo un bufido al aire. Cielos, las curiosidad comienza a apoderarse de mí. ¿Quién es esta persona?— ***«¿Y? Si hubieses querido bloquearme ya lo habrías hecho :)»***

Has dado en el maldito clavo.

Sin mucho ánimo de hacerlo, y siendo consciente de que mi acción puede traerme más problemas, con mi dedo índice apretó la opción de "añadir contacto" y escribo con precaución en apodo que la misma persona me ha dicho cuando le he preguntado quién es: ***Alguien***.

Martes.

La mañana se ha presentado nublada y con más frío del que esperé. Unos vagos rayos de sol atraviesan las revoltosas nubles prósperas al otoño, pero luego desaparecen dejándome sin las esperanzas de pasar un día sin temblar de frío. Antes de salir de casa, me despido de mis padres y de *Boo*.

Lo que parece ser un día relativamente "normal", desaparece cuando veo al conductor del bus escolar y sus dientes chuecos en todas direcciones, sonriendo con mofa al verme.

—¡Aún sigues con vida! —exclama con sarcasmo, riendo socarronamente— Me sorprende que McFly tenga compasión de ti.

—Sí, a mí también —murmuro caminando entre los asientos hasta el mío.

Al sentarme compruebo que un nuevo mensaje me ha llegado al móvil. Es un mensaje de *Alguien*. Antes de responder, miro hacia los lados teniendo la mínima esperanza de encontrarme al desconocido en el bus. La mayoría de los presentes están con sus celulares en mano, ya sea jugando, chateando, viendo vídeos o leyendo.

Al diablo con mi esperanza de descubrir a Alguien.

Anoche, después de agregarlo, intenté persuadirlo para que me diese alguna información referente a él. Lo único que obtuve fue su género.

Nada más. Parece espeluznante de sólo pensar que estoy hablando con un sujeto del cuál no tengo idea de su identidad. Así que he planeado investigar un poco y ser más cautelosa en Jackson.

«Buenos Días»

«¿Qué tienen de buenos?» —escribo frunciendo el ceño. Los chicos de bus han comenzado a lanzarse bolas de papel y una me ha caído justo en la frente, provocando las carcajadas de la mayoría— ***«hace frío y debo aguantar sin quejarme como las bolas de papel que se están lanzando en el bus chocan en mi cabeza...»*** —le doy a enviar. Releo el mensaje que he enviado; lo he hecho con la intención de que me diga si está en el bus o no.

Me quedo esperando su respuesta, a cual tarda en llegar más de lo que espero. Lanzo un suspiro y apoyo mi cabeza en la ventana viendo cómo los autos pasan junto al bus.

Resignada, guardo mi celular en la mochila; hemos llegado a Jackson y me ha quedado esa pequeña duda que creí poder resolver. Bajo del bus sin mucho revuelo sintiendo un empujón duro al costado de mi espalda por parte del robusto chico que se sienta en el asiento contrario al mío.

—¡ASTRID! —James aparece entre los demás haciendo señas para que lo note. Una sonrisa traviesa se escapa de mí sin darme cuenta. Pero desaparece al ver que detrás de él, le sigue Megan.

Ni siquiera pude darle una respuesta concreta a Megan el día del baile. Creo que aquel asunto está pendiente, sin embargo, no quiero hablar de eso con ella. Si de verdad me gusta James, no lo sé. Si le digo que no, puede que más adelante me arrepienta de haberlo dicho. Si le digo que sí, estaríamos las dos en problemas.

¿Qué pasaría si a las dos nos gusta el mismo chico?

—Hola —mascullo con un movimiento en la mano. Megan me agarra del brazo y se aferra a él, mirándome con picardía—, ¿qué hay?

—¿Qué hay contigo, As? —pregunta en todo cantarín— ¿Ya te habló tu admirador?

—¿Admirador? —preguntamos James y yo a la vez. Le lanzo una mirada rápida sintiendo mis mejillas arder.

—¿Qué admirador?

—Bueno, creo que no te lo ha dicho... —Megan niega con la cabeza frunciendo sus labios—. Ayer un chico se contactó conmigo por el blog y me preguntó por las fotografías del baile y las otras que hay en la página. Estaba muy interesado en saber quién las tomó; dijo que es de Jackson y si podía darle el número telefónico de la persona. Así que se lo di.

Ah, uno de los misterios se ha resulto. Megan fue quien le dio mi número al desconocido *Alguien*.

—¿No ha dicho nada más? Ayer hablé con él, pero no quiso darme su nombre. Sólo dijo que es de Jackson y que es un chico...

—Oh, es un chico tímido.

—O alguien que intenta jugar contigo —agrega James—. ¿No pensaste en bloquearlo o algo?

—Sí, pero no lo hice. Sentí cu-curiosidad —titubeo, sintiéndome responsable de mis palabras. El tono de James parece severo, como si fuese mi padre. De seguro ha pensado lo mismo que yo desde el principio: que es una broma de mal gusto de McFly.

Caminamos hasta la entrada de Jackson. James se aleja de nosotros para saludar a un grupo de chicos que charlan animosos. Megan y yo entramos sin más al colegio hasta que los murmullos de los demás nos indican que *Los Tres* han llegado a Jackson.

Las dos nos hacemos a un lado, esperando que pasen junto a nosotras y no rompamos ninguna de sus reglas, al menos dentro de la infraestructura, porque afuera ya lo he hecho —sea apropósito o gracias al mismísimo Mika—. Chase, Jax y Mika hacen su entrada tan llamativa y altiva, creyéndose los dueños del mundo. Con la cabeza baja, mirando el suelo, logro sentir el aroma cítrico del perfume de Mika pasar justo frente a mí.

Un impulso incontrolable me tienta a alzar mi cabeza, esperando verlo. Mas al darme cuenta de lo ridículo y osado que suena eso, me retengo en seco, dándome un golpe mental por querer hacer algo tan absurdo como desear tenerlo frente a mí... otra vez.

...

La clase de Matemáticas en la última clase del día. Está demás decir que las Matemáticas tampoco son lo mío, pues siempre preferí la Literatura, Lenguaje y las Materias Artísticas. Por lo que estar dos horas viendo números en la pizarra blanca no me hace ninguna gracia.

Pienso una excusa para perder un poco mi tiempo por los pasillos de Jackson. Una de las ventajas de ser una silenciosa y casi invisible chica de segundo año, es que diga lo que le diga al profesor me creerá. Así que, cuando le digo que debo tomar un remedio para el resfrío, lo asume sin contradecir mis palabras.

Salgo de clases con una sonrisa trazando mis labios. Guardo las pastillas *tic-toc* que le enseñé al profesor con el fin de hacer más fuerte mi mentira —obviamente sin mostrarle el envase— y me dispongo a tomar el camino más largo hacia el lavado de chicas junto al campo de beisbol.

Con paso tranquilo, recorro el camino mientras veo a los lejos del campo cómo lanzan un home-run. Sigo la pelota con la mirada, la cual para mi sorpresa, viene directo hacia mí.

MIKA

Mi cabeza está a punto de explotar y lo más probable es que lo haga dentro de la semana.

Ashley está de cumpleaños este viernes y como es costumbre, quiere una fiesta memorable con nuestros amigos juntos y sobretodo, que Chase esté allí para presumirlo delante de los presentes. Hacer una fiesta perfecta para mi hermana es un desafío del cual siempre me he encargado yo, aunque la cuenta corre por mi padre. Ella no es alguien fácil de satisfacer y siempre quiere tener las cosas bajo su control. Admirable, la verdad, pero agotador para mí. Lo que resta de la semana, constará sólo de preparativos para la fiesta e invitaciones para nuestros amigos. Por suerte tenemos una casa grande y no tendré que encargarme de buscar un lugar aparte.

Esa es una parte por la que mi cabeza quiere estallar; la otra no hace falta mencionarla, pues no merece la pena hacerlo...

Además, debo lidiar con aguantar las explicaciones del viejo de historia mientras mi mejor amigo le lanza miradas coquetas a su infortunada vecina. No sé por qué, pero desde el fin de semana entre los dos hay más que solo miradas, lo que es un peligro para el negocio de papá, y en lo que respecta nuestro futuro negocio si decidimos seguirles los pasos.

Arrastro mi silla hacia atrás, provocando un sonoro ruido que causa el silencio del profesor. Detiene su explicación quedando con la boca entre abierta mientras mis dos amigos me observan con interrogación. Me levanto y acomodo mi ropa, para luego largarme hacia la enfermería. Necesito unas malditas pastillas para el dolor de cabeza con urgencia. No hay necesidad de pedir permisos, pues el profesor de historia es sumiso y se deja intimidar con facilidad, aun siendo un profesor.

La enfermera escolar parece haber sido tragada por la tierra, pues no hay rastro de ella en la enfermería. Como era de esperarse en un colegio público. Lo bueno es que la enfermería consta de dos camas separadas por una cortina como en clínicas y hospitales, un escritorio donde se sienta la enfermera —cuando hace su respectivo trabajo y no anda de zángana—, botiquines y un estante con medicamentos.

No cuento una llave para sacar las pastillas, por lo que no me queda más que recostarme en una de las camas o largarme de Jackson; opto por la primera opción. Camino hacia la cama del fondo, donde las personas que entren no puedan verme. Al recostarme, siento un peso dentro de mi cabeza apegarse a la almohada mientras mis sienes palpitan provocándome más pesar.

La voz de la enfermera se oye lejana y distorsionada. Indaga hondo dentro de mi cabeza causando una evidente molestia que no intento

ocultar. Me he dormido sobre la cama sin darme cuenta alguna. Con dificultad, logro sentarme sobre ésta mientras la voz aguda de la enfermera escolar se hace más clara.

—Quédate unos minutos así —dice y guarda silencio.

Otro inepto tendrá que hacerme compañía en la enfermería es lo que digo, hasta que una temblorosa voz femenina llega a mis oídos.

—¿Cr-cree que debería retirarme? —Sin dudas esa es la voz de Pajarito. Tímida y casi imperceptible.

¿Qué hace en la enfermería? No lo pienso más. Saco mi *iPhone* del bolsillo de mi abrigo y envío un mensaje corto que pueda resolver mi pregunta:

«¿Qué te ha pasado?»

Impulsos.

ASTRID

Desde que tengo memoria he sido un imán para las pelotas y toda clase de desastre que puede existir en la tierra; aún no entiendo cómo ha sido posible no haberme fracturado un hueso, porque en serio, mi mala suerte suele ser mucha. Si alguien no me cree entonces tengo la prueba irrefutable: Mika McFly. Él es la evidencia de mi mala suerte. Sin embargo, las cosas ahora son peor, la pelota que me quedé embobada mirando ha caído justo en mi nariz causando un sangrado inmediato.

—No creo, niña —responde la enfermera a mi pregunta. En serio quisiera marcharme del colegio lo antes posible antes de llamar la atención más de lo que hice hace un momento—. Las hemorragias nasales suelen pasarse en unos minutos.

—Es bueno saberlo —disparo con sarcasmo.

Estoy sosteniendo con una mano el tabique de mi nariz, apretándolo; y con la otra sostengo una toalla blanca para no marchar nada más. Además de tener inclinada la cabeza hacia arriba mirando el foco de luz tenue que ilumina la enfermería. Las cosas podrían haber sido peores, al menos aún conservo mis lentes intactos.

—Permanece así unos minutos y no te muevas por nada —ordena la enfermera.

—¿A dónde va? —interrogo con nerviosismo, bajando un poco la cabeza.

—¡NO TE MUEVAS! —me reprende— Iré a buscar algo para que te cubras esa ropa ensangrentada que tienes. Además iré a hablar con el

profesor de Educación Física, no eres la primera que llega en éste estado...

Sin más que decir, ni nada que escuchar de mi parte, escucho el golpe de la puerta al cerrar. He quedado sola en la enfermería, en la peor posición de todas, con la ropa ensangrentada, mi nariz hinchada y mensajes en el celular que no he podido responder, lo único que faltaría para humillarme más sería...

—Válgame —Esa voz siniestra, burlona y sarcástica sólo puede pertenecerle a alguien—, cuando creí que no podía verte más humillada con esos lentes gruesos y tu estúpido aspecto de mojigata enferma, apareces ante mí así... Tú siempre dando lástima, Pajarito.

Una risa jocosa surge de él. McFly aparece en mi campo de visión y lo primero que hago es mirar en otra dirección encontrando la pálida pared nada más. Muerdo mi labio y vuelvo a reprender mi mala suerte, hasta que el choque de sus zapatos de marca en el suelo comienza a inquietarme más aún.

Se está acercando.

—¿Debería tomar una fotografía para el recuerdo?

Cierro mis ojos unos segundos, intentando asimilar mi situación. Sin embargo, los abro enseguida cuando siento uno de sus dedos recorrer mi cuello hasta mi barbilla y luego mis labios. Su dedo frío contrasta con el calor de mis labios. Una ráfaga de electricidad pasa por mi espina dorsal, entonces me armo de labor para mirarlo buscando alguna explicación de su acción.

Mis ojos se conectan unos segundos con los de él y parece desconcertado, como si lo que acaba de hacer no lo hubiese pensado,

sino que fue un impulso impropio de él. Aparta su mano de mí y retrocede confuso.

—Já... por un momento casi siento pena por ti —farfulla con arrogancia—. Ten, para que limpies ese rostro asqueroso que tienes —De su bolsillo ha sacado un pañuelo blanco, el cual lanza hacia mí.

Sin decir más, camina hasta la puerta y la abre.

Bajo las manos lentamente y sostengo el pañuelo de Mika, parece de un material fino, correspondiente a los de su clase. ¿En qué pensaba? Jamás podría aceptar éste falso símbolo de piedad en él. No podría ni aunque fuese a la fuerza o no tenga otra alternativa.

Aprieto el pañuelo con fuerza y lo tiro al suelo, donde debería estar.

De vuelta en casa, la situación parece haberle preocupado a mis padres; más que por la hemorragia nasal que sufrí, es por mi nariz, así que me han apodado alegremente como "Rodolfo El Reno" y me han permitido faltar a clases.

—¿Cómo estás, Rodolfo? —pregunta papá entrando a mi habitación con una bandeja. Me inclino un poco para ver qué han cenado.

—Papá, no estoy discapacitada como para que vengas a dejarme la cena hasta mi habitación —alego intentando ocultar una sonrisa.

—Bueeeno, si no la quieres... —dice dando un paso hacia atrás.

—¡NOO! Déjala acá. Si la comida viene a ti no puedes decir que no.

Papá niega con la cabeza y deja la bandeja sobre la cama, procurando no desparramar nada. Entre cucharadas, desbloqueo mi celular para ver los mensajes que no pude leer en la enfermería.

Hay uno de *Alguien*.

«¿Qué te ha pasado?» —Me apresuro a escribir.

«¿Cómo sabes que me ha ocurrido algo?»

La respuesta llega enseguida —***«Te he visto entrar a la enfermería. Y, siendo sincero, no te veías muy bien...»*** —Mierda. Él estaba ahí cuando la pelota me golpeó, entre toda las personas que lo vieron, incluido el grupo de chicos que estaba mirando, uno de ellos debe ser. Quizás hasta fue él quien lo hizo...

No respondo y opto por continuar comiendo.

...

Miércoles: Mi nariz es como un morrón madurando. Se ve horrible, aunque el dolor no es tanto.

La sonrisa radiante que forjé al enterarme que no asistiría a clases desapareció cuando mamá dijo que si faltaré a clases al menos debía ayudarla con los quehaceres domésticos. Así que, sin más remedio, pasé la tarde haciendo los deberes del hogar, ordenando mi habitación, aspirando los sillones, barriendo el patio, cambiándole el pañal a *Boo* y colgando ropa.

Y sí, ha sido agotador.

Después de terminar las cansadoras labores subo a mi habitación para recostarme en la cama. Con sólo verla me siento tentada a dormir una eternidad, pero me conformo con estirarme y mirar el techo blanco de mi habitación. Tan blanco como el pañuelo de Mika.

—¡Astrid! —llama mamá, abre la puerta con *Boo* es sus brazos llorando como nunca— Están golpeando la puerta, ¿puedes abrirla? —Más que una petición suena como una orden. Pero dadas las circunstancias no me niego a responder y me predispongo a bajar para abrir la bendita puerta.

Doy un respingo cuando al abrir la puerta, sin ápice de interés, me encuentro con James. ¿—Hola —saluda, captando con sus ojos mi nariz. La cubro enseguida, sintiendo un fuego amordazante en todo mi rostro—. Linda nariz.

Maldigo internamente cuando una sonrisa traviesa se dibuja en sus comisuras.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, saliendo a la entrada y cerrando un poco la puerta con mi mano libre.

—Te traje los apuntes, claro —responde tan radiante como siempre. Busca en su mochila un cuaderno arrugado y roto, y me lo entrega. ¿James? ¿El James Cooper que no presta atención en clases me ha traído los apuntes? ¿Aquel que siempre los está consiguiendo porque suele hablar más que escribir? ¿Ese James?—. Escribí todo en un cuaderno para que no te pierdas. Y... —carraspea.

—¿Q-qué ocurre? —James se agacha unos centímetros para quedar a mi altura. Doy un paso atrás, nerviosa, chocando con la puerta.

—Lo siento, estaba preocupado, Megan me contó lo que te ocurrió y vine a ver si era tan evidente tu mala suerte. —Se revuelve el pelo—. Dime que *él* no fue quién te hizo ésto.

—No hables de *él* aquí, mi familia no tiene idea de lo que ocurre.

—¿No? Pues deberías hablarlo con ellos, Cuatro Ojos —me reprende frunciendo el ceño.

Nos quedamos en silencio un momento. Es la primera vez que un chico —mi amigo o compañero— viene hasta la puerta de mi casa porque está preocupado por mí, y además me trae los apuntes del día. Realmente, James es un buen chico.

Una melodía ajena a la de mi celular suena. James busca en sus bolsillos su teléfono, lo desbloque y lee un mensaje.

—Bueno... —dice— ya me voy. Parece que a tu amiga no le gusta que la hagan esperar.

¿Megan?

Al oír sus palabras siento una punzada en mi pecho. Así que después de todo Megan y James van enserio. Están saliendo, tienen citas y todo lo que eso conlleva...

—Nos vemos mañana —Alza su mano y se despide, pero antes que de un paso más, sin prever mis movimientos, lo detengo del brazo.

Corte de lazos.

ASTRID

"Astrid ¿En qué estás pensando?" me reprendo a mí misma al darme cuenta de mi acción. James me mira algo confuso y sorprendido. No lo culpo, yo también estoy tan sorprendida como él. Agarrarlo ha sido instintivamente, por impulso, y no quiero darme cuenta del porqué.

—Ah... —Una risilla extraña se escapa de mí. Una parte en mí quiere que lo suelte, pero otra no. La otra lo quiere a mi lado— yo...

Mierda. No tengo nada con qué excusarme, nada que poder decir para argumentar su detención. Lo peor de todo es que la presión parece aumentar en mí causando una explosión roja en mis mejillas.

—Lo siento —habla James primero. Toma mi mano con delicadeza y me obliga a soltarlo—, ya se me hace tarde. —Sin más que decir, James se marcha.

¿Por qué siento como si me hubiesen rechazado?

Entro de vuelta a la casa cerrando la puerta a mi espalda. Dejo los apuntes de James sobre la mesa de centro junto a los juguetes y peluches de *Boo*, para sentarme en el sofá como si hubiese corrido una maratón. Busco uno de los cojines del sofá y me cubro el rostro. En serio me siento como una verdadera idiota, por todo.

—¿Ese era tu novio, Astrid Fissher? —interroga mamá, apartándose de la ventana. Hago el cojín a un lado y miro a mamá. Ella tiene una ceja alzada y las manos en sus caderas.

—No es mi novio —farfullo cruzándome de brazos—, es un compañero de clases y ya. Además... —Trago saliva— él no podría ser el novio de alguien como yo.

De vuelta en mi cuarto, con el cuaderno en mano, me siento en la silla junto al escritorio y examino el cuaderno. Como era de esperarse de alguien relativamente revoltoso como James, el cuaderno es un desastre y su letra es horrible, por no decir horrorosa. Por donde mire hay faltas de ortografía y dibujos de estilo comic. James es aficionado a los comics al igual que mi hermano.

Continúo hojeando hasta detenerme en la fecha que corresponde hoy; son siete hojas con apuntes de las clases, lo que es realmente sorprendente en James.

En otra hoja aparte, después de lo escrito, James parece haber hecho un boceto de dos personas. Una de ellas tiene el cabello alborotado y la otra unos lentes negros bien marcados; somos nosotros. O eso creo. Arriba, en la burbuja de diálogo que dice el chico hay dos palabras que me dejan atónita.

"Me gustas" releo. La burbuja de la chica está vacía, lista para escribir una respuesta a su declaración.

Jueves.

Despierto por la mañana con una sensación extraña en mi cuerpo. Entro al baño para mirarme al espejo; mi nariz parece milagrosamente normal a comparación al día anterior, por lo que hoy será un día de escuela.

Luego de tomar el desayuno y correr hacia el paradero del autobús escolar, sentarme en mi asiento correspondiente y recibir una bola de papel de los chicos, vuelvo a Jackson más nerviosa que nunca.

Cielos, si el dibujo hecho por James era una especie de declaración o broma, no sé qué ocurrirá. Ni siquiera me atreví a responder.

Camino por el pasillo principal hasta mi casillero, guardo los cuadernos del día anterior y aligero mi mochila. Parezco una verdadera paranoica, mirando hacia todos lados para no toparme con James... ni con Mika. Podría morir de un infarto si llego a encontrarme con alguno de los dos. Bueno, a James lo encontraré en clases, pero no podremos hablar directamente. Además, debo devolverle su cuaderno.

...

Tras sonar el timbre para volver a nuestras casas, espero que todos en la sala se marchen, incluido James, a quien por cierto no le entregué su cuaderno. Si fuese como Megan seguramente ya le hubiese entregado el dichoso cuaderno, con la respuesta del dibujo incluida. Pero soy Astrid Fissher, la chica con lentes que nunca dice lo que piensa en realidad.

Miro de reojo donde James se sienta. Él también parece haber tardado en ordenar sus cosas. Agarro mi mochila y salgo de la sala disparada como una bala, pero algo me detiene.

Es James.

—No intentes huir —dice, reteniéndome del brazo. Me detengo al instante pero no soy capaz de voltear a verlo.

—No sé de qu-

—Astrid, no te hagas la ingenua —interrumpe—. Sé perfectamente que viste el dibujo en el cuaderno, de lo contrario, no actuarias más agudiza que de costumbre. —El corazón me late desenfrenadamente. Me armo

de valor y giro para verlo, descubriendo por primera vez su rostro sonrojado.

—James... —murmuro.

Al pronunciar su nombre, algo parece cambiar en él. Tira de mí para acercarme a él y quedar de frente, mirándonos los dos con nuestros rostros sonrojados, solos en el pasillo desierto de Jackson, temblando de los nervios. Nuestras miradas parecen conectarse unos segundos; segundos que bastan para que él se incline lentamente y recorra con sus ojos mis facciones, hasta llegar a mis labios.

Estamos más cerca de lo que nunca habíamos estado.

—¿A-Astrid, James...?

Ambos volteamos encontrando Megan, mirándonos con incredulidad, confusión y decepción. Con sus labios entreabiertos intenta decirnos algo que no logro percibir, luego niega con la cabeza y sale corriendo.

MIKA

Mañana es el cumpleaños de Ashley y todo parece andar bien. Mi hermana anda de buen ánimo después de la confirmación de Chase para ir a su fiesta, nuestro padre está en un viaje de negocios junto al padre de Chase por lo que no tendremos problemas con la casa, Gruonie parece haber desaparecido del país y no tengo que soportar sus insistencias esta semana.

Al sonar el timbre para salir de esta pocilga apodada Jackson, me despido de Jax y Chase. Por la tarde solemos volver por nuestra cuenta

a casa; esto no pasaba el año pasado, pero ahora que "trabajo" en el miserable minimarket, la situación cambió. Ellos no tienen idea de los motivos por el cual voy en las tardes a un minimarket, y es mejor así. En conclusión, nuestra despedida y un "nos vemos en la mañana" es más que suficiente para nosotros.

Cuando salgo al pasillo, voy directo al baño. Los dolores de cabeza continúan y he descubierto que la única forma de mantenerlos al margen es mojándome la cara. Jax ha mencionado que todo es psicológico y que si lo quisiera, el dolor de cabeza desaparecería...

Yo no lo creo tan así.

De camino al baño antes de doblar por el pasillo, escucho una voz familiar y chillona; es la amiga de Pajarito sollozando.

Estoy a un paso para continuar caminando, no obstante me detengo al ver a la pequeña Fissher a su lado. Enseguida, me oculto para escuchar lo que parece ser una acalorada discusión. Me sorprende hacerlo, tener que andar como una rata escuchando lo que el par dice, pero tengo curiosidad en saber qué ocurre y si apareciese allí no podría hacerlo.

—... no puedo creer que estuvieses a punto de hacer eso. Creí que éramos amigas, As.

Me asomo un poco para observar la situación. Ahora la inepta y vulgar de Megan —creo que así se llama— está dándome la espalda, por lo que puedo ver la expresión amarga que resalta en el rostro de Fissher. Parece al borde del llanto, pero se contiene de hacerlo.

—Yo te dije que pelearía por James, que intentaría estar con él y tú vas e intentas besarlo, después de decirme a la cara que sólo lo veías como un

amigo. Te lo pregunté y respondiste, pero ahora que él ha puesto los ojos en mí, tú lo quieres.

Así que su discusión es sobre el castaño tarado de James Cooper.

Si a esto se le puede llamar "discusión", pues parece que Pajarito no tiene nada con qué defenderse ni alegar. Lo que es un fastidio... ¿Ella intentó besarlo? No me lo creo.

No puede ser cierto.

La pequeña Fissher muerde su labio inferior bajando la cabeza, quebrantándose. Antes de que lo haga, salgo de mi escondite, la agarro del brazo para arrastrarla hacia la salida de Jackson. Ella parece resistirse sin hacer mucho esfuerzo en que la suelte, hasta que llegamos a mi auto.

Parece pensarlo y meditarlo. Sin embargo, cuando escuchamos la voz de James llamarla desde la puerta de Jackson, no lo piensa más y se sube al auto.

ASTRID

No puedo creer que lo haya hecho. No puedo creer que me haya subido al auto de McFly de forma tan voluntaria sin ser consciente de los problemas que esto puede causar. Todo fue muy confuso; desde su llegada, la forma en que tomó mi brazo, la mirada amenazante que le lanzó a Megan y cómo me sacó de allí.

Megan...

Ella lucia tan enfadada y decepcionada. Seguramente me odia, pero no la culparía. Actué como una tonta dejándome llevar por el ambiente y la situación. Si ella no hubiese aparecido justo en ese momento, tal vez, James y yo...

Dios, ¿en qué pensaba? Son una estúpida que se deja llevar. He traicionado a mi mejor amiga por un chico. Estuve a punto de besarme con el chico que le gusta; Mika tiene razón: soy una vulgar.

Muerdo con más fuerza mi labio para intentar no llorar o sollozar, pero es inevitable. Todo mi cuerpo se contrae y el nudo en mi garganta comienza a doler. Mis ojos comienzan a empañarse y no queda de otra que quitarme los lentes para refregarme los ojos con el dorso de mi mano. Mi respiración se entrecorta.

No quiero llorar, mucho menos frente a Mika.

—Hazlo —dice en un sutil tono sugerente. Detiene el auto, pero no logro divisar dónde—. Solo no ensucies mi auto con tus lágrimas triviales.

¿Hacerlo?

Dije que jamás lloraría a causa de Mika, pero lo irónico aquí es que él no las causo. Así que, sin más remedio, las lágrimas caen por mis mejillas. Intento secarlas mientras busco en mis bolsillos algún pañuelo para hacerlo, pero no logro encontrar ninguno.

No, lo único que logro hacer es quedarme quieta al sentir los dedos de Mika secar las lágrimas por mí.

—Si tienes algo de dignidad podrías haberle respondido a esa amiga tuya. No dejes que te diga esas cosas nunca más, Fissher.

Trago saliva y asiento.

¿Qué fue eso?

Mathew Stanphord

ASTRID

Mika y yo guardamos silencio un momento dentro del auto. Los dos nos observamos como nunca lo hemos hecho, de una forma que jamás creí que lo haría. Ciertamente, aquellas palabras no salieron de su boca sin pensar; todo lo contrario, parece haberlas dicho con el fin de reconfortarme. ¿Qué ha pasado por su cabeza? Creo que no habrá respuesta para mi pregunta... ni muchas otras. Intentar sacar conclusiones precipitadas sobre Mika McFly es involucrarse en algo extremadamente extraño y sorpresivo.

Tal vez sus palabras no han sido lo que más me ha impactado, sino su trato "amable" y el llamarme por mi apellido y no por uno de sus apodos.

Después de unos segundos aparto mi vista en otra dirección. Él parece reaccionar también, quita sus dedos de mi rostro como si tocara algo inesperadamente caliente o prohibido. Corre su vista y mira hacia delante, solo entonces, puedo percatarme del lugar que nos rodea; es un mirador desde donde podemos ver toda la ciudad.

Quiero preguntar qué hacemos aquí, pero no me atrevo. O mejor dicho no tengo tiempo de hacerlo, pues otro auto de lujo se estaciona junto a nosotros. Mika parece reconocer el auto, pues su expresión cambia drásticamente. Sólo una vez me tocó ver aquella expresión, y fue cuando Patrick le plantó cara.

—Mierda... —murmura McFly, golpeando el manubrio.

Miro hacia el auto estacionado; una chica rubia y esbelta baja de él, luego le sigue un chico de cabello castaño y vestido de etiqueta. Madre mía, por un instante he quedado embobada viendo al par que parecen estrellas de cine, hasta que el chico camina hacia nosotros.

Se inclina hacia la ventanilla del auto de Mika y sonríe.

—Sabía que eras tú, McFly —dice en un tono cargado de mofa. Mika baja la ventanilla lentamente con evidente desagrado. ¿Quién es este chico?—. ¡Vaya! Y veo que no estás acompañado de tus novias, sino por alguien peor —una risa socarrona se escucha por todo el auto, la rubia de antes se acerca al sujeto y nos examina— ¿Quién es ella, Mika? No sabía que te gustaran... —hace una mueca extraña buscando la palabra para describirme— así.

Mika da un suspiro largo y se prepara para hablar:

—¿Qué quieres, Mathew?

—Nada —Una sonrisa a medio labio surca en los labios del castaño. Es una sonrisa casi igual de retorcida que la de Mika—. Sólo veía a pasar un momento con mi chica —agrega, acariciando el hombro de la rubia—, pero veo que tú ya me has ganado. Qué lástima, no pensé que caerías tan bajo, Pequeño Mika.

Mika aprieta sus puños con fuerza. Sube la ventanilla de repente causando que el chico y la rubia den un paso hacia atrás para alejarse. McFly maldice, enciende el auto, le da al acelerador y nos marchamos del mirador a una velocidad casi desconcertante.

Es obvio que aquel chico no le agrada.

Después de unos minutos sin decir nada, ni preguntar a dónde vamos, reconozco la calle principal del centro, donde pronto, Mika se estaciona. Me quito el cinturón de seguridad, temiendo que diga algo más, pero no lo hace.

—Am... —Muerdo mi labio inferior y frunzo las cejas— gracias por lo de antes y... —Junto un poco de valor para decir lo que planeo— sobre lo que dijiste antes, espero seas consciente de tus palabras. Eso no cambia en nada nuestra relación, yo aún te odio.

Algo en mí suena como un «*crack».* No espero una respuesta por su parte, sino que abro la puerta y me largo lo más rápido posible del auto temiendo algún gesto alocado de su parte.

MIKA

¿En qué pensaba? Llevando a la mojigata al mirador sabiendo que en cualquier momento podría encontrarme con Mathew Stanphord, ese pelmazo sin escrúpulos jodido de la cabeza. Debí haberlo previsto antes de manejar hasta su nido de víboras, porque eso es lo que es, una serpiente venenosa con una lengua audaz.

Mathew tuvo que encontrarme con Fissher; me pregunto si ella sabe que esa mierda de persona es amigo de su hermano.

Ha llegado la noche del viernes y los invitados llegaron a la fiesta un poco antes de lo previsto. Ashley se paseo de un lado a otro esperando la llegada de Chase y Jax. Cuando mi amigo llegó, los dos salieron al patio donde la música del DJ contratado sonaba y hacia retumbar los vidrios de la casa. Más personas llegaron con cervezas y comida, todos amigos nuestros. Sin embargo, aunque la música y el ambiente fuesen

animados, no puedo hacer nada más que pensar en las palabras de Mathew.

Todo pasó tan rápido e inesperado que no puedo hacer más que recordar aquellas palabras cargadas de mofa contra mí.

¿He caído bajo?

Unos fuertes golpes en la puerta de mi habitación me sacan de mis pensamientos. Me he encerrado en mi habitación desde que comenzó la fiesta pues el dolor de cabeza continúa. Sin mucho ánimo, camino hasta la puerta para abrirla, encontrando a mi hermana afuera.

—¡Esa estúpida de su colegio está aquí, Mika! —exclama con voz mimada— Esa tal Michi que quiere robarme a Chase... ¿Qué hace aquí esa idiota? Creí que no vendría...

—¿Michi?

Los recuerdos del minimarket se aglomeran en mi cabeza hasta dar con la rubia de la cual Chase está enamorado, esa tipeja que tuvo el descaro de enfrentarme en el minimarket. Se suponía que ella no es el tipo de chica que sale a fiestas, lo que es sorpresivamente extraño que esté aquí. O tal vez no, seguramente Chase aprovechará la instancia para hacer algo con ella.

Bajo las escaleras esperando encontrarme a la nerd de Jackson y la encuentro enseguida. Está maquillada y arreglada, muy diferente a la forma en que se viste los días de semana, no sé si logra verme, pero en un instante la pierdo de vista sólo para encontrarla intentado ocultarse ridículamente detrás de un sofá.

¿Qué clase de chica es así?

Veo salir a Chase de la cocina con una cerveza en la mano; con él aquí seguramente hará todo para que no pueda echar a la nerd de la fiesta, así que opto por fingir una sonrisa.

—Allí estás —digo con voz tranquila. Él me mira de forma extraña, seguramente sabe lo agotador que ha sido armar una fiesta para consentir a Ashley. Camino hasta él y me entrega la cerveza abierta. Le doy un sorbo—. Debes estar feliz, ¿verdad?

Hablo sin controlarme intentando sonar casual, pero no puedo tengo muchas cosas acumuladas en mi cabeza.

—¿De qué hablas? —curiosea. Lo conozco muy bien como para saber que intenta cubrir a la mojigata oculta detrás del sofá.

—Ashley me dijo que te vio con la nerd —Echa un vistazo hacia el sofá—. Elige de qué lado estás, *bro*. Se supone que estás acá por mi hermana, no para jugar con caprichos de mierda que no llegarán a ningún lado.

Mi sutil tono parece molestarlo.

—Tu hermana sabe bien de qué lado estoy —Agarra la cerveza y me la quita de las manos—. Y esa "nerd" tiene nombre —Le da un sorbo sin apartar sus ojos de mí—. No creas que no sé que la estabas amenazando... Has caído muy bajo por el puto dinero, Mika.

Otra vez esas palabras de mierda. Y en este tono asqueroso que solo la *Serpiente* aberrante de Mathew puede hacer. El rostro de Chase parece desfigurarse y transformarse en el de Mathew... ese maldito. Aprieto los puños para contener las ganar de golpearlo y me limito a hablar:

— ¿Yo he caído bajo? —Señalo el lugar donde la nerd se esconde— Eso es caer bajo, amigo.

ASTRID

El día viernes pasó más lento de lo que esperé. Entre miradas y pensamientos, las clases fueron aburridas y en los horarios de recreo me vi en la obligación de evitar todo lo que se moviera y tuviese el aspecto de James. Sé perfectamente que ambos tuvimos la culpa de lo ocurrido el jueves, yo sobretodo, y aunque quisiera hablar sobre eso me faltan agallas, por lo que no hice más que evitarlo.

No puedo creer que estuviese a punto de besarlo, mucho menos que las palabras escritas en su boceto sean reales. Lo peor de todo ha sido que Megan nos ha pillado y perdí a la única chica que podía llamar "amiga". Menudo segundo año... Si este año es así, no quiero ni pensar el tercero.

Pero si quiero que las cosas cambien y vuelvan a ser como antes, debo atreverme a hacer lo correcto...

—¿A dónde vas? —interroga mamá al verme bajar las escaleras. No es muy típico en mí salir una mañana del sábado tan temprano— No me digas que te juntarás con el chico del otro día... —die con la mirada llena de picardía, a lo que respondo negando con la cabeza.

—Iré a visitar a alguien —respondo acomodando mi bolso—. Y no —me apresuro a decir al verla abrir la boca—, no es un chico, mamá.

Tras tomar el metro, luego un bus hasta la casa de Megan, llego a su casa justo a la hora que pensé. Golpeo con timidez con la falsa idea de que, tal vez, nadie atienda a la puerta o la misma Megan la abra y al

verme, la cierre en mis narices. No obstante, unos pasos secos se escuchan en el interior de la casa y en segundos me abren la puerta.

Es Megan, con el maquillaje corrido, el cabello desordenado y su pijama puesto.

—¿Qué quieres?

Su voz seca y cortante me desconcierta de algún modo, pero a mi cabeza se vienen las palabras de Mika.

—Vengo a aclarar las cosas —mascullo con un hilo de voz. Comienzo a ponerme más nerviosa que antes y eso no es bueno.

Megan me observa de pies a cabeza, para luego suspirar.

—Okay..., pasa.

Subimos las escaleras de la casa hasta su habitación, donde las dos nos sentamos en la cama. Un silencio incómodo aflora en el lugar el cual intento romper, pero no sé cómo hacerlo.

—Yo... —mi voz sale temblorosa. Trago saliva para humedecer mi garganta seca.

—Ya sé —Megan bufa y se recuesta en la cama—. Lamentas lo del jueves y nunca más lo harás, te dejaste llevar por los impulsos y bla, bla... ¿Es eso verdad?

Asiento.

Soy demasiado obvia.

—Nunca tuve la intención de hacerte daño, Megan. Creo que... —Tomo aire— quizás sentí un poco de celos. James me ha estado ayudando con unos problemas y temí que si él está contigo, entonces jamás podría

tener su apoyo. Fui una idiota, en verdad... merezco todo lo que me dijiste.

—Tranquila, creo que yo también me excedí. Además, no puedo obligar a James a quererme e invitarlo a salir... nadie puede controlar el corazón de otra persona y el de James está enganchado a ti, As —Miro el suelo. De pronto las palabras de Megan han causando un dolor en mi pecho y un nudo en la garganta—. Lo que me molestó no fue el hecho que encontrarlos casi besándose, sino que no me dijeras tus sentimientos hacia él.

—Pero no tengo sentimientos amorosos hacia él, Megan. O eso creo... —Una risilla de su parte causa que la mire al instante.

—¿As, alguna vez te ha gustado alguien?

—No sé, tal vez hace años. Nunca me llamaron mucho la atención los chicos, menos después de formar parte de la apuesta de uno... —Niego con la cabeza—. El punto aquí es que fui una tonta al sentirme celosa de su relación siendo yo la que le pidió ir al baile contigo.

—No importa ya —Megan lanza un suspiro y vuelve a sentarse sobre la cama—. James y yo hablamos ayer por la tarde... En pocas palabras, él me rechazó y ante eso, nada puedo hacer. A él le gustas de verdad y no hay nada que yo pueda hacer, así que me he rendido.

—Lo siento tanto, Megan.

Una sonrisa entristecida se dibuja en sus labios.

—No es la primera vez que me rechazan. Ahora sé lo que sienten los chicos que he rechazado. El karma me jugó una mala pasada, pero como dice el dicho: "un clavo saca a otro clavo". Jackson está lleno de clavos,

¿no? —Me echo a reír y Megan me imita— As, por favor, no discutamos por chicos nunca más.

—Sí —Cierro el puño extendiendo sólo el dedo meñique. Megan hace lo mismo y las dos entrelazamos nuestros dedos para sellar una promesa—, nunca más.

—Y promete contarme todos tus problemas, ¡Incluyendo el que tienes con Mika! —alega, entrecerrando los ojos—. Hablando de ese chico, me han dicho que él y Chase se han peleado en una fiesta.

¿Mika y Chase?

—Creí que ese trío era inseparable... ¿Por qué pelearon?

—Por una chica, según dicen —dice y se encoje de hombros—. Al parecer no somos las únicas que peleamos por el sexo opuesto.

Arregladas las cosas con Megan, al salir de casa recibo una llamada del parte de mamá pidiéndome cosas para *Boo* y el almuerzo, por lo que no me queda de otra que partir al centro en su búsqueda. Ciertamente, siento un gran alivio de haber hecho las paces con ella, quedándome pendiente solamente James.

Qué debería hablar con él es todo un problema.

Me siento en una banca del parque de la ciudad para meditar un momento. Las personas lucen felices y animadas aquí, los ancianos charlan entre sí, los niños corren de un lado a otro, las madres pasean a sus hijos en los coches y los *dog-lovers* pasean a sus mascotas. Es el momento ideal para una fotografía; saco mi celular y me dispongo a tomar una fotografía con ella, sin embargo, frente a la cámara aparece una figura conocida.

Es ese tal Mathew del mirador quien camina hasta mi banca con una sonrisa.

—¡Eres la noviecilla de Mika! —dice animoso— Soy el chico del otro día, ¿me recuerdas? —Asiento corriéndome un espacio hacia el lado al darme cuenta que Mathew intenta sentarse junto a mí— Soy Mathew Stanphord, un viejo amigo de McFly.

Vaya, esa palabra parece grande en vista a la reacción que tuvo Mika cuando lo vio.

—S-soy Astrid Fissher —mascullo encogiéndome de hombros.

—¿Fissher? —corrobora inclinándose— ¿Conoces a Patrick Fissher?

Alzo una ceja.

—Es mi hermano —le informo en un hilo de voz.

¿Acaso este sujeto conoce a Patrick? No parece el estilo de chico que se junte con alguien que no sea de su clase. Además, Patrick nunca habló sobre alguien llamado Mathew Stanphord.

—Ya veo... —murmura perfilando una sonrisa misteriosa—. Bueno, dale saludos a Patrick de mi parte. ¡Ah! Y siento lo de antes, me gusta decirle cosas a McFly, pero no tengo nada contra ti y tu aspecto físico.

Mathew se levanta de la banca, acomoda su ropa y con un gesto se despide de mí, dejándome más de una pregunta en mente.

¿Quién es Mathew Stanphord?

No es ella.

MIKA

Hacía mucho tiempo que algo así no ocurría. Meterme en una pelea y ensuciarme las manos no es algo que haga todos los días, menos con un amigo. Sin embargo, mi ira era tanta que no pude contenerme —ni él— y terminamos golpeándonos como salvajes. Con la última persona que quiero pelear es con Chase Frederick, a pesar de su despojo por los negocios de su padre, sus gustos extraños por las chicas rubias y su enamoramiento por la nerd; pero las cosas pasaron de un momento a otro. Ahora debo soportar que los chismosos imbéciles expandan la noticia por todo Jackson para crear más conflicto del que ya hay.

Me observo con detenimiento en el espejo, mirando las evidencias de la pelea; mi comisura izquierda tiene una minúscula cicatriz y un color violeta que se ha expandido alrededor. Más arriba bajo mi ojo tengo un rasguño y por la ceja otro hematoma. Además, debo contribuir a eso, que mi cuerpo está cansado y adolorido.

Aún así he terminado yendo a las clases de esgrima. He faltado demasiado y, aunque el dinero no me falta, no me gusta desperdiciarlo. La única consecuencia que podría hallar allí, es la fisgona *Ardilla* que mete sus narices donde no le corresponde.

Sé que los demás no preguntarán, pero a Gruonie no se le tuerce la lengua para hablar y preguntar.

—¿Qué le ha pasado a tu rostro? —curiosea cruzándose de brazos. Ante las miradas de los demás en la sala, ella se ha sentado a mi lado causando que los demás presten más atención en nosotros que en la demostración de profesor.

—¿Te importa? —respondo tajante, volviendo a mirar al profesor.

—No, pero estoy curiosa —confiesa—. No pareces el tipo al que le gusta ensuciarse las manos o meterse en peleas. Bueno... —Sonríe— sí meterte en peleas, pero no resultar golpeado.

Frunzo el ceño con la intención de ignorarla. Hoy más que nunca no estoy de humor para soportar los divagues y las arrogancias de una tipa como Gruonie. De hecho, no quiero oír a nadie, por primera vez en mi maldita existencia me gustaría ser un humano corriente y vulgar; ser ignorado por los demás.

Chasqueo la lengua y me levanto de donde estoy. Las miradas vuelven a recaer en mí, a lo que respondo con un simple gesto que parece ponerlos en su lugar. Gruonie no dice nada, ni el profesor de esgrima, así que sin tapujos salgo de la sala hasta los vestidores.

No espero nada más: busco el casillero donde he guardado mis cosas, me cambio de ropa y aprovecho que mirar los mensajes en mi *iPhone*. Hay muchos de personas a las que nunca pretendí hablarles, ni quise hacerlo; esos son los curiosos que buscan respuestas a lo de anoche. Pero entre tantos mensajes, uno de ellos es diferente...

Puede que haya sido una estupidez de mi parte el agregar a la mojigata con mi número real y no con el otro celular que tengo; sin embargo, éste no le es familiar como el otro. Aún así, no esperaba que Pajarito tomase la iniciativa a una conversación.

«Hola!! Perdón que te hable, pero necesito un favor... ¿Me dices tu nombre admirador misterioso?» —Alzo una ceja. ¿Qué pasa con la mojigata de Fissher? Ella jamás preguntaría algo tan directamente, a

menos que esté siendo influenciada por alguien o haya perdido su celular.

Já, esa estúpida despistada seguramente lo dejó en algún sitio olvidado.

Chasqueo la lengua y me apresuro en escribir —***«¿Quién eres? Tú no eres Astrid.»*** —La persona desde el otro lado lee el mensaje enseguida y comienza a escribir. Podría detener la conversación aquí mismo, pero tengo curiosidad.

«JAJA, tan obvio he sido?» —¿Obvio?— ***«Quería saber quién es mi competencia, después de todo también te gusta Astrid, ¿verdad?»***

ASTRID

Tras mi extraño encuentro con el chico que parece ser millonario excéntrico, Mathew Stanphord, volví a casa con las cosas que mamá pidió. Mamá y yo preparamos un almuerzo simple, mientras papá y *Boo* hablaban por *Skype* con una tía de otra ciudad. Todo marchando de maravilla, mucho más ahora que las cosas con Megan están arregladas y puedo sentirme libre de culpa.

Pero claro, nada puede ir tan de maravilla; hay una cosa pendiente que se adelantó: James Cooper. Miro su figura de pie junto a nuestra puerta sin poder creerlo. Gracias al velo de la cortina casi transparente puedo notar cómo se mueve nervioso —y esa sensación me la transmite a mí—. Lanzo un suspiro armándome de valor. Papá y mamá me miran interrogantes.

—¿No piensas abrir la puerta? —preguntan al mismo tiempo.

—Sí —frunzo el ceño—. Sólo.... ¡Argh!

Me paro frente a la puerta y la abro con una sonrisa forzada. Al ver el rostro de James, todo lo que puedo pensar es en problemas. Bueno, desde que comenzó a llamarme "Cuatro Ojos" supe que sería un problema tenerlo de compañero; como esos típicos chicos desordenados en las clases que suelen molestar con sus amigos. Al principio era así, en el primer año era un fastidio su apodo, pero ahora me he acostumbrado a él y... está "eso" que ahora cambia todo.

¿Cómo debería mirarlo ahora que se ha declarado?

—Necesito hablar contigo —dice en cuanto me ve.

Al instante me sonrojo y él parece querer hacerlo, pues lentamente su rostro me parece más rosado de lo normal.

—¡S-sí! —exclamo de una forma extraña. Junto la puerta, busco mi abrigo y salgo de la casa sin decirles ninguna palabra a mis padres.

En el ante-jardín, James y yo nos quedamos mirando un momento, incómodos ante el silencio que ha surgido de repente. Abre un poco los labios para hablar, pero le hago una seña con mis manos para que no lo haga. Seguramente mis padres están asomados por la ventana esperando escuchar todo.

—No aquí —alego. James asiente con una sonrisa.

Caminamos hasta una colorida plaza a media cuadra de mi casa, donde suelen ir los chicos de nuestra edad y otros más pequeños a pasar el rato. Patrick y yo solíamos subir a los columpios cuando no había nada que hacer en la casa y competíamos para ver quién llegaba más alto. Sin embargo, de aquellos columpios sólo quedan los palos que los sostenían, así que James y yo optamos por sentarnos en una banca casi destrozada.

—Bien —suspira y me sonríe, pero retira su mirada en otra dirección—. Siento llegar de la nada a tu casa...

—No te preocupes, no estaba haciendo nada... de todas formas —le interrumpo. Por algún motivo no puedo tranquilizarme. Juraría que el corazón se me saldrá del cuerpo y se estrellará en el suelo, pero no, lo único que hace es bombear sangre a todo ritmo para que mi cara sea la de un tomate.

—Ahhh... —Un silencio incómodo y mortífero vuelve a rodearnos—. Cuatro Ojos, yo fui un idiota. Por una y muchas razones, así que no te culpes, porque fui yo quien le dio falsas esperanzas a Megan cuando eres tú... —Se detiene en seco, lo que me hace mirarlo unos segundos— quien que me gusta.

—Sí, pero ese día tú y yo... bueno —Muerdo mi labio. ¿¡Hay alguna forma en la que pueda hablar del suceso sin mencionar el casi-beso?!—, nos dejamos llevar. —Bufo. Miro a James de reojo, él está sonriendo con más normalidad—. En todo caso, Megan y yo ya nos arreglamos.

—Eso es bueno. Ahora sobre lo del dibujo, no me arrepiento de nada. Todo lo que dibujé y escribí es cierto —James se pone de pie y se posiciona frente a mí. Adopta la pose de un caballero a la antigua, como si le pidiese a una damisela si puede bailar con él. Respira profundo y me mira directamente a los ojos—. Astrid Fissher, tú me gustas. Y no de la forma errónea que tal vez estás pensando. No es un simple "gustar gustar", me gustas de verdad. Con todas las letras de tu nombre, con todos sus bochornos y titubeos, todas tus expresiones y gestos, con tus gruesos lentes y tu callada perspectiva del mundo.

Abro mis labios en busca de alguna palabra, pero no puedo decir nada. ¡Es la primera declaración de amor que tengo! Me grito a mí misma entre pensamientos que le responda algo. No obstante, cuando estoy a milisegundos de hacerlo, James posa su dedo índice sobre mis labios para que guarde silencio.

—No te estoy exigiendo nada, Astrid, sólo que continuemos siendo amigos y tengas en cuenta que hay alguien que te aprecia. Y no es alguien cualquiera, eh —Una sonrisa arrogante surge de sus labios—. ¡Es James Cooper! —Los dos nos echamos a reír— Entonces... ¿hacemos las paces?

Asiento y James vuelve a sentarse a mi lado.

—Lamento haberme subido al auto de Mika, fue muy absurdo de mi parte —confieso—. Ni siquiera yo entiendo porqué lo hice. Tampoco entiendo su acción; digo, me ha maldecido desde que entramos, ¿por qué haría algo así?

—¿Y qué dijo?

—Nada. S-sólo me llevó en el auto hasta un mirador o algo por el estilo. Allí se encontró con Mathew Stanphord, quien parece conocerlo desde mucho antes y conoce a mi hermano. ¿Lo conoces? —Estiro las piernas y miro mis pies. Abro mis ojos de golpe al darme cuenta que he venido con pantuflas en vez de zapatillas. Retraigo mis piernas con disimulo.

—Ni siquiera me suena —admite James, encogiéndose de hombros.

—Ah... —Una risita extraña sale de mis labios— ¡Ya vengo!

Me levanto de la banca e intento correr lo más rápido posible hacia la casa, la cual por suerte no está lejos. Golpeo la puerta, siendo papá

quien abre, pero no pregunta nada, sólo observa cómo subo las escaleras hasta mi habitación. Al sentarme en mi cama y cambiar las pantuflas por las zapatillas compruebo que algo me hace falta...

Es mi celular.

De vuelta a la plaza, compruebo que James lo tiene en sus manos y me observa con una sonrisa maliciosa en su rostro. Alzo una ceja e intento calmar mi agitada respiración.

—Dime que no hiciste lo que creo que hiciste, James —digo en tono de súplica. La sonrisa de James se vuelve más amplia. Me apresuro y arrebato mi celular de sus manos. Leo los mensajes que le envío a Alguien, mientras él se echa a reír.

—Lo siento, no me aguanté la curiosidad...

«...después de todo también te gusta Astrid, ¿verdad?» Vuelvo a leer, incrédula. Ciertamente, no puedo creer que James le haya preguntado eso.

Me siento con brusquedad en la banca y comienzo a escribir:
«Lo lamentoooo, mi amigo aquí al lado es un cabeza hueca e intruso. Olvida todo lo que escribió >.< OK?»

MIKA

"...después de todo también te gusta Astrid, ¿verdad?"

Como si pudiese llegar a gustarme una cualquiera como ella que le presta los celulares a quien sea para que escriba porquerías en el chat y

ella lo permita. Tal vez deba dejar este juego absurdo sobre el "supuesto admirador" y acabar con este fiasco de una buena vez. Ni siquiera recuerdo el motivo por el cual le escribí y pedí el número de su inepta amiga. Ah claro, para no levantar sospechas tuve que pedir su número cuando irónicamente ya lo tenía. Pero será una vulgar con todas sus letras esa Fissher, entregando su celular... Ni siquiera tiene un pelo de dignidad, después de todo.

Y seguramente el deportista rastrero fue quien escribió. Es un idiota muy obvio, se puede notar a leguas lo que piensa, quiere y gusta. Es un libro abierto con letras aburridas.

—¿Qué pasa contigo? —El rostro de Ashley aparece ante mí. Parece confusa y algo temerosa. Baja su mirada hasta mis manos; sin darme cuenta he arrugado las hojas del libro que leía— ¿En qué piensas que te enfureces?

—Nada —respondo con indiferencia, dejando el arrugado libro de lado—. ¿Chase respondió o llamó?

—Ay, hermanito —Ashley niega con la cabeza—. Sabes que él me habla sólo por ti, y ahora que los dos se han peleado no tiene motivos más que el de los negocios... que poco le importan. Así que no me ha devuelto ni mensajes ni llamadas —Suspira—, después de todo no hay nada que pueda hacer, si sus padres se divorcian el correrá hacia esa tal Michi —Ashley se deja caer sobre el sofá y vuelve a suspirar—. ¿Por qué no lo llamas tú?

¿Dar el primer paso?

Chasqueo la lengua como respuesta. Me levanto del sofá y subo hasta mi cuarto. Suerte la nuestras que después de la fiesta contratamos un

servicio de limpieza que ordenó la casa cuando yo estaba en el curso de esgrima, por lo que no tuvimos que preocuparnos por nada más luego del acontecimiento inesperado.

Dentro de mi habitación me recuesto en la cama. Saco el *iPhone* del bolsillo de mis jeans y desbloqueo la pantalla en busca de algún mensaje de Chase, pero no hay nada. Sólo encuentro un peculiar mensaje —***«Lo lamentoooo, mi amigo aquí al lado es un cabeza hueca e intruso. Olvida todo lo que escribió >.< OK?»*** —Leo el mensaje comprobando que mis sospechas han sido ciertas; James fue quién escribió el mensaje anterior.

«Deberías ser más precavida con tus cosas y no pasar tu celular a cualquiera» —Escribo con rapidez.

Es un par de segundos, mi mensaje es leído.

«Lo sé. Es que se cayó de mi bolsillo y lo encontró mi amigo c:»

Idiota y despistada...

«Si me di cuenta, no pareces el tipo de chica que se lance a preguntar cosas...»

«Touché, Mr. Alguien»

Esbozo una sonrisa. Tal vez es tiempo de comenzar a jugar con la pequeña y tierna Fissher.

«A cambio de mi perdón, tengo una pregunta que hacerte»

«¿Cuál? —Escribe— ***Eres consciente de que si es alguna cosa estúpida no la responderé, ¿verdad?»*** Al leer su última frase una risilla

se escapa de mis labios. Ella sólo puede ser altanera a través de una pantalla.

Carraspeo y me dispongo a escribir.

Oscuridad, estrechez y él.

ASTRID

"Mr. Alguien" parece tardar más de lo pensado para escribir su respuesta.

La verdad es que ni yo misma entiendo los motivos por el cual continúo hablando con una persona que jamás he visto y que conoce cosas de mí tanto como los demás. Aunque no hayamos hablado nunca en persona —o eso supongo—, él parece conocerme bastante bien, de otra forma, no se abría dado cuenta que James fue quién le escribió. Y, aunque por un lado, es mortificador desconocer su identidad, me es más intrigante descubrir quién está detrás del chat.

¿Qué clase de persona es?

«Yo no respondí la pregunta de tu novio porque sabía que no eras tú. Pero, ¿qué pasa si mi respuesta hubiese sido sí?»

Alzo una ceja sin comprender su pregunta, hasta que recuerdo la última frase que James le escribió.

"...después de todo a ti también te gusta Astrid, ¿verdad?"

Un leve rubor aflora en mis mejillas; debo dejar de lado el celular para cubrirlas con mis manos frías. ¿He leído bien? ¡Ha puesto que James es mi novio! Eso me ha dejado más atónita que la propia respuesta. Es verdad, a James le gusto aunque suene raro, ¿pero llamarlo mi novio?

Niego con la cabeza para tranquilizar mis alocados pensamientos. Tomo de nuevo el celular en mis manos y compruebo que Alguien me ha dejado otro mensaje.

«No me dejes el visto, Astrid :(» —Ese emoji definitivamente no podría hacerlo Mika.

«En primer lugar James y yo no somos novios, sólo amigos —aclaro—**. *En segundo lugar: ¿cómo podría gustarte? ¡Ni siquiera te conozco en persona (creo)! Parece absurdo y parte de un juego...»***

«Entonces déjame conocerte, Astrid. Dame esa oportunidad... —Escribe antes de que acabe lo que diré— ***Sé que parece tonto y engañoso, pero realmente me pareces alguien interesante. Y si tuviese las agallas de decirte todo esto a la cara lo haría, pero me faltan. Si me avergüenza hablar en público, imagina hacerlo contigo... ¡Dios!»***

Me reprendo después de caer en cuenta que una sonrisa surca en mis labios.

Parece que después de todo «*Alguien»* y yo no somos tan diferentes. Ambos no somos capaces de decir qué pensamos, ni plantarles cara a los otros. Seguramente, si me hubiese escrito en otras circunstancias, él y yo seríamos buenos amigos. Yo podría abrirme un poco más a él sin el temor de sufrir una especie de broma. No obstante, con todas las apuestas y bromas, me es difícil confiar en los demás, más aún si no los conozco.

« ¿Puedo confiar en ti?» —le he escrito inconscientemente.

«Todos los días.»

...

Como todo lunes por la mañana —y después de la inesperada supuesta pelea que Mika y Chase tuvieron—, todos esperábamos la flamante

entrada de *Los Tres* chicos más temidos y populares del instituto: Jax, Chase y Mika, quienes deslumbran a todas la estudiantes por su peculiar belleza y se han ganado el respeto de todos los chicos por su trato de igual a igual —nótese mi sarcasmo, pues trío de chicos con complejo de dioses jamás podría tratar a uno que no sea de su mundo como igual—. Sin embargo, su llegada triunfal y deslumbrante jamás llegó. Cada uno de ellos llegó por su cuenta como todos no pensábamos, pues son inseparables. Eso corrobora lo que Megan dijo el sábado cuando fui a su casa: Mika y Chase pelearon por causa de una chica.

No puedo imaginarme a alguien como Mika enamorado o peleando por alguien que no sea él mismo. Después de todo, es un hombre arrogante, turbio y macabro, que sólo puede pensar en su bienestar. Pero, siendo arrogante y despiadado, también ha mostrado un lado que no creí poder ver.

—¿Te ocurrió algo bueno que te has sonrojado de pronto? —interroga Megan sonriendo con picardía mientras, como si su dedo tuviese vida propia, desbloquea el patrón de su celular.

—N-no —Niego con la cabeza. Es estúpido que me haya sonrojado inconscientemente al recodar cómo Mika secó mis lágrimas—. Sólo me dio calor...

—Claro... —Suspira con resignación—. Seguro estabas pensando cosas obscenas. Eres una atrevida.

—Já... como si mi nombre fuese Megan Hoffman.

Es un alivio que Megan y yo estemos de buenas formas. Aquí no tengo a nadie más que podría considerar amiga y no es grato perder a una.

Dentro del bullicio del comedor, logro escuchar la melodía de mi celular cuando recibe un nuevo mensaje. Me apresuro a ver de quién es.

«Otra vez puré y hamburguesa... Jackson necesita nuevos cocineros» Es un mensaje de Alguien.

Me apresuro a alzar mi cabeza para descubrir quién es. Él está comiendo lo mismo que yo, podría ser el chico que está detrás, al lado o en la mesa siguiente. Pero no veo a nadie fuera de lo normal, que este mirando en nuestra dirección, que haga un gesto o luzca sospechoso. Entre cientos y cientos de estudiante, uno de ellos es el misterioso *Alguien*, ¿cómo podría descubrir quién es?

«Eres muy curiosa, pero necesitas ser más lista para descubrir mi verdadera identidad»

«Eso ha sonado como si fueses un villano —respondo disimulando una sonrisa que él podría notar. Es curioso estar hablando con él a través el chat cuando podría ser cara a cara. Lo peor aquí es que está observándome—***. ¿Estás observándome? Eso da miedo»***

«Es difícil pasar desapercibida cuando te levantas tan estrepitosamente de la silla y miras a tu alrededor como buscando a un ladrón»

«Uhh... >.<»

—¿"Uhh..."? —lee Megan, inclinando su cabeza hacia mi celular para leer la conversación— As, eres adorable.

—¡Shh...! No mires —Aparto mi celular, sonrojándome—. Espiar en conversaciones es malo, Megan.

—Lo siento, Señorita Privacidad. Parece que estás llevándote bien con tu admirador secreto, ¿crees que en un futuro se conocerán físicamente?

—Si eso llegara a pasar, sería un milagro —Chasqueo la lengua—. Él no quiere ni darme su nombre...

MIKA

Los rumores se esparcen más deprisa que las buenas noticas, y como me esperaba, todos en Jackson ya sabían sobre la pelea que Chase y yo tuvimos en la fiesta de Ashley. Las miradas han recaído sobre mí durante todo el día, siendo mi celular la única forma de ignorarlas. Parece que el mundo ha perdido la cabeza y todos en Jackson han olvidado que las tres reglas continúan en píe.

Era obvio, los ineptos y vulgares el colegio no tienen otra cosa que estar pendientes de nuestras acciones para comentarlas entre sí como si no tuviesen otra cosa más importante que hacer. No obstante, mientras soporto las atrocidades de los retrasados en Jackson, me dedico a continuar con lo que me propuse el sábado.

Mantener el contacto con Pajarito a través del celular no es nada fácil, ya que ella es una desconfiada de la vida. No es de extrañarse, es reacia a armar amistades y puede ser tan reservada como yo en cuanto a vida personal, pero logré ablandarle el corazón con un par de palabras.

Debo admitirlo, la mojigata sirve de distracción.

—Mika... —Jax aparece en mi campo de visión. A su lado, Chase me mira con rigidez.

Cuando Jax me pidió verlo en la biblioteca en la última clase, me fue extraño, pues él no suele venir a sitios como estos a menos que sea para tener sus encuentros amorosos con las dos porristas sin neuronas. Así que no me sorprende mucho encontrarlo con Chase.

—Eres muy obvio, Jax —le comento acomodándome en la silla—. ¿Vienes a disculparte? —le pregunto a Chase, sin mirarlo. En lugar de hacerlo, les dirijo una mirada mortífera a las dos chicas que fingen leer un libro en unas mesas más allá. Las dos reciben mi mensaje de inmediato; bajan sus miradas avergonzadas, se levantan y salen de la biblioteca en silencio.

—Sí —responde Chase con franqueza—, pero sólo si tú haces también.

Alzo una ceja, para lanzar un bufido luego. Jax se sienta en la mesa expectante a nuestro dramático reencuentro, como si fuese una estúpida película, mientras Chase se cruza de brazos esperando a que hable.

—Bien —ruedo los ojos en otra dirección—. Siento haber dicho que caíste bajo por gustarte la nerd *Mochi* esa.

—Michi —me corrige—. Se llama Michi.

—Mochi, Michi como se llame... —gruño, restándole interés—. Tal vez me excedí con las palabras.

—Sí... —suspira Chase— y yo con los golpes, hermano. Sigo teniendo el puño duro como en aquellos tiempos —Sonríe a medio labio, como si recordara cuando se metía en peleas sin sentido y siempre resultaba victorioso.

—Ay, nena, será mejor que no vuelvas a usar ese puño contra tu amigo —cuestiona Jax. Chase asiente en silencio y me mira.

—¿Paz? —pregunta extendiendo tu mano.

—¿Qué eres? ¿La próxima *Miss Universo*? —interrogo, esbozando una sonrisa y estrechando las manos.

No puedo enojarme con esos dos aunque así lo quiera. Son años y años de amistad que no pueden ser rotos por una pelea. Siendo sincero —y haciéndome memoria—, no ha sido la primera pelea que hemos tenido. Sino una de muchas. Hasta podría decir que esta pelea ha sido una de las más calmadas, exceptuando que lo supo todo Jackson. Además, le debo a Chase mucho más que una simple disculpa.

—Hablando de "aquellos tiempos" —Jax deja de lado su típica expresión bromista, para tornarse serio de pronto—, supe que Mathew anda en la ciudad —Su mirada recae en mí—, ¿lo sabías?

—Nos encontramos de casualidad hace unos días —respondo y frunzo el ceño—. Sigue siendo la misma mierda humana de aquel entonces.

—No me sorprende... está en su *ADN* —comenta Chase.

ASTRID

La clase de gimnasia como siempre parece más agotadora que todas las clases que tendré dentro de la semana. Dejamos de lado los bates y las pelotas, para comenzar las nefastas carreras alrededor de la cancha. Tal parece que la profesora Scott tiene una obsesión con humillarme y

hacerme pasar las peores vergüenzas en la clase, pues ha tenido la brillante idea de hacerme correr contra April.

—¡En sus marcas...! —grita usando sus manos como megáfono. Alrededor nuestro, los demás ojos están puestos en nosotras, incluyendo las miradas curiosas de los chicos. Logro ver a James, quien me hace una seña y sonríe— ¡ASTRID PON ATENCIÓN! —gruñe la profesora.

Muerdo mi labio, avergonzada, y fijo mi vista al frente, examinando el largo recorrido que debo hacer.

—¡En sus marcas...! ¿¡Listos...?! —Trago saliva, preparándome para la siguiente palabra— ¡FUERA!

Mi cabeza tarda en reaccionar, así que, como era de esperarse, pierdo la carrera en un parpadeo.

Antes de que la profesora se acerque a regañarme por el poco esfuerzo que pongo en cada una de sus clases y la poca participación que tengo con los demás, el timbre suena como música para mis oídos. La profesora Scott me lanza una mirada airada que se resume en *"la próxima clase no te salvas"*.

En los pasillos de Jackson, los estudiantes se despiden entre sí después de una larga y agotadora jornada estudiando. Entre la multitud logro distinguir a James y sus amigos saliendo del colegio mientras se dan empujones entre sí. Sin embargo, un rostro familiar distrae mi atención de James.

Es Mathew Stanphord.

Él parece estar buscando a alguien, pues mira con precaución a los demás. Un grupo de chicas pasa a su lado —Sí, ese típico grupo de

féminas que se ponen locas cuando ven a un chico guapo y bien vestido— y él las detiene para hablarles. Las cuatro chicas extienden su brazo en mi dirección, pero antes de poder ver su reacción, siento que me agarran desde la espalda.

En segundos logro darme cuenta donde estoy; es un lugar estrecho, frío y oscuro. El olor me recuerda a la sección de limpieza que tiene el minimarket, que se mezcla con el caro perfume de Mika McFly. Ese perfume que sólo he logrado percibir en raras ocasiones, cuando realmente lo tengo cerca.

Estamos en el cuarto de limpieza, donde los auxiliares guardan las escobas y todo lo necesario para tener limpio el establecimiento.

—¿Qué...?

No logro precisar ninguna frase coherente. Dentro de toda la oscuridad que el lugar aguarda, una ráfaga de luz desde el exterior deja en evidencia una parte del rostro de Mika, causando que el frío inquietante que sentía se multiplique.

—Cállate —me ordena en un susurro. Su respiración agitada choca contra la mía. Mis manos sobre su pecho notan cómo éste sube y baja a toda prisa mientras se acomoda dentro del poco espacio que tenemos.

Estamos demasiado cerca.

¿Por qué me ha traído aquí?

—Si dices alguna palabra o comienzas a chillar como una idiota, considérate muerta—advierte.

Intento apartarlo de mí sin resultado, solo para percatarme que el espacio es tan pequeño que no puedo. Y lo peor de todo es que una de

sus manos me rodea por la cintura. Me retuerzo dentro del espacio compacto que tenemos para salir de allí; de su lado, de su cercanía.

—No me toques... —advierto entre dientes. Sin embargo, mientras más intento alejarlo de mí, él más me aprisiona contra su pecho.

Abro mis labios dispuesta a gritar o hacer algún ruido, pero lo único que consigo es que Mika se adelante a mis movimientos y logre prever mi acción callándome con un beso suave y corto.

—Si dices una palabra más, lo volveré a hacer —sentencia con tono arrogante.

—Eres un... —Otro beso hace que me trague las palabras, esta vez con más intensidad.

Cierro mis ojos con fuerza esperando que termine la tortura, pero sólo parece el principio de una.

Diferente.

MIKA

Con la poca iluminación y la limitación del lugar para movernos sin botar algo, no me ha quedado más callar a la mocosa de Fissher con mis propios labios. Es la única forma que se calle después de su insolente rebeldía en las últimas semanas. Y tener que besar a Pajarito no era algo que quisiese, pero la situación lo amerita, y necesito que cierre el pico con urgencia, de otro modo, si la serpiente venenosa de Mathew nos descubre sería un peligro.

Ella se ha rehusado desde el comienzo, por lo que me tomado la drástica —y penosa— decisión de doblegar mi método. Con mi mano en su cintura delgada, la atraigo más a mí con fuerza, mientras ella agarra con fuerza mi camisa siguiendo mi demanda sin reprochar.

Y aunque así lo quisiera, no podría. La tengo totalmente acorralada.

Los segundos pasan y debemos separarnos para tomar aire. Los dos agitados, sometiéndonos al abrumador calor que comienza a apoderarse del estrecho y escuálido cuatro frío, nos quedamos en silencio al tanto que escuchamos las voces y risas de los demás estudiantes retirándose de Jackson.

Nuestros ojos logran acostumbrarse a la oscuridad del lugar, y aunque su rostro me es algo difuso, puedo notar que me está mirando directamente a los ojos.

—Eres un Pajarito muy obediente —manifiesto, esbozando una sonrisa que parece molestarla, pues sus manos aprietan con más fuerza aún mi

camisa. Ella no puede decir nada, pues le he dejado claro que aquí dentro, y también afuera, quien tiene el control siempre seré yo.

No obstante, que no aparte de mí sus ojos comienza a exasperarme.

¿Cómo es posible que una mojigata pueda mirarme así? ¿Se ha olvidado de las reglas?

Examino con detenimiento sus facciones que comienzan a mostrarse con más claridad ante el embrollo. Huelo su perfume barato. Hago una mueca ante sus penosos y gruesos lentes. Y finalmente me detengo ante sus labios apretados y ligeramente tensos; nunca me percaté de la forma peculiar que tienen, de la rojez que poseen y lo suave que se sienten.

Parecen sumamente adictivos.

—T-tú...

Mierda. He titubeado ante la mocosa.

Trago saliva y carraspeo.

— Tú —afirmo la voz—, tienes que olvidar esto.

Inhalo conteniendo el aire en mis pulmones, suplicándome a mí mismo perdonarme por lo que haré. Y aunque una parte en mí quiere detenerse por amor a la dignidad, otra parte se ve tentada a hacerlo, porque necesita hacerlo. Así que, sin nada más que hacer, la beso otra vez.

ASTRID

Lo ha hecho de nuevo. Me ha dado otro beso contra mi voluntad. Sin embargo, este parece completamente diferente al anterior; más pausado,

más suave, como si lo disfrutase. Hasta la manera como me toma por la cintura es diferente. No es de forma forzada, obligándome a mantenerme junto a él, sino como si temiese a no ser correspondido. Ha ser rechazado.

Lo mismo con este inesperado beso; parece un beso tímido e inocente... tan diferente al propio Mika. ¿Qué lado es éste? Entre todos los modos que he visto a Mika nunca vi uno donde se mostrase tan vulnerable. Como un ser normal y no el ser superior que cree que es.

Entonces, ¿cómo podría olvidar esto?

Ahora una lucha por mantener el control de mí misma comienza a surgir dentro de mi cabeza. Cierro mis ojos con fuerza, perdonándome a mí misma el atrevimiento y aceptando la consecuencia de mi siguiente acto; lentamente, suelto su camisa y como puedo, subo mis manos hasta tocar sus hombros y luego su cuello. Al sentir el tacto de mis dedos en su piel, parece estremecerse.

Le he vuelto a corresponder un beso que yo no deseaba...

Es la cerradura de la puerta la que nos pone en alerta y nos obliga a separarnos fingiendo que nada ocurre. La luz del exterior ilumina el cuarto de limpieza y nos delata contra uno de los auxiliares, quien al vernos dentro nos mira con sorpresa.

Al mirarme lo hace con cautela, observándome de pies a cabeza. Luego dirige sus ojos hacia Mika, quien sale del cuarto enseguida.

—¿Se fue? —le pregunta al auxiliar y él asiente sin decir nada— Bien, aquí tienes tu pago —le indica, sacando del bolsillo su billetera. La abre con semblante arrogante, saca unos cuántos billetes, los dobla a la mitad

y se los entrega al auxiliar. Éste me lanza una última mirada hasta que Mika vuelve a hablar—. Que nadie se entere de esto.

Otra respuesta con la cabeza del auxiliar. Mika ni siquiera voltea a verme; en lugar de eso, se acomoda la camisa y se marcha por el largo pasillo hasta la salida.

Si bien las preguntas en mi cabeza son un nido de marañas y preguntas sin respuesta, una cosa me ha quedado bastante clara: Mika no quería encontrarse con Mathew, y al parecer, tampoco quería que yo me lo topara.

—¡FISSHER!

Los gritos del gerente del minimarket me sobre exaltan más que la lata de frijoles que se me ha caído al suelo por segunda vez. Estoy más distraída y nerviosa que de costumbre, más que cuando Mika frecuentaba el minimarket y se las daba de supervisor para hacerme la vida imposible.

—Fissher, es la segunda lata que se te cae al suelo, tendrás que pagarla con tu dinero, ¿oíste? —Asiento cabizbaja ante las miradas de los demás empleados— ¿Oíste? —insiste, marcando más la voz.

—Lo... lo siento, Gerente.

—¡JÁ! Yo lo siento más por tu bolsillo, niña —articula con sarcasmo, mientras niega con la cabeza. Me lanza una mirada desaprobadora—. Si sigues faltando y haciendo lo que se te da la gana, tu puesto será reemplazado por otro, así que mejor será que-

—Que te pongas a trabajar y reclames menos. —Una voz familiar se escucha desde la entrada. Al instante, todos los empleados nos ponemos

tensos (incluyendo el Gerente) ante la imperiosa voz del dueño; un hombre de edad, bien vestido, con unas cuantas canas rebosando en su cabeza y una severa expresión en su rostro—. Te pago para que supervises, no para que gastes saliva humillando a novatas.

Siento una apuñalada en la espalda que me hiela la sangre. Presiento que este es mi último maldito día aquí.

—Perdone, Sr. Gruonie. Sólo le enseñaba qu-

—¿Enseñar? —pregunta sagaz— ¿No decías que pagaría con su sueldo? Oh, no, no... —Niega con la cabeza. Realmente el señor Harry es escalofriante, casi igual que McFly— esa fue una advertencia. Además, como supervisor a quien le toca pagar con su sueldo es a usted, no a ella. Es por eso que debe hacer una diferencia, entre regañar y enseñar.

—S-sí, Sr. Gruonie.

El Sr. Harry Gruonie ha hecho su aparición en el minimarket de improviso, seguramente para ver cómo andaban las cosas. Se pasea por los pasillos observando y examinando el lugar. Detrás, una chica pelirroja le sigue el paso mirando a sus alrededores. Ella no debe tener más que dieciocho y, ciertamente, parece una modelo. Hasta los ojos de los clientes recaen en ella.

Mientras vuelvo a lo que hacía antes, noto que ella pasa junto a mí. Se detiene frente a las latas con porotos y toma una para verla de cerca.

—Este debe ser un trabajo muy aburrido, ¿no? —Me lanza una mirada y sonríe.

—A-algo —Me encojo de hombros. Su apacible voz me provoca cierta inquietud.

—Oí desde hace un tiempo alguien llegó a "entretener" —Hace énfasis en la última palabra, cargando la frase con sarcasmo— el lugar. Se llama Mika McFly, ¿lo conoces?

Niego con la cabeza repetidas veces, en un intento casi fallido de disimular mi asombro.

—Ah... —la pelirroja lanza un suspiro cargado de resignación—. Supongo que tú no eres ella.

¿A quién se refiere exactamente con *"ella"*?

...

Sábado.

Mentiría si dijera que la semana ha pasado volando, pues no fue así. Tras mi caótico lunes, los siguientes días fueron prueba tras prueba, además de trabajos de investigación sin sentido sobre Matemática e Historia. Ahora, el profesor ha tenido la brillante idea de hacer un trabajo de historia sobre la edad media, para exponerlo ante la clase.

Creo que eso ha sido lo peor, porque soy fatal hablando en público. Es decir, soy un tomate tartamudo al cual no se le entiende nada y es el hazmerreír de la clase. ¡Al diablo las intimidaciones de Mika! Ésto es peor que eso... Bueno, no exageraré.

Sólo hay una persona que puede ser mi punto de apoyo; mi compañero de clase y trabajo: James Cooper. Por suerte, él es mi compañero, lo que me hará tener cierta confianza.

Hoy sábado hemos quedado de juntarnos para hacer el trabajo, pero al parecer él ha cambiado de idea.

—*JC*, deja de hacer eso —advierto casi en un susurro dándole un codazo en el brazo a James.

—¿Hacer qué? —pregunta con inocencia, apartando la vista del notorio escote de la chica sentada frente a nosotros.

—Sabes bien a qué me refiero —espeto, blanqueando mis ojos.

—Okay, okay —Bufa—. Soy hombre, Cuatro Ojos. Tengo instintos —se excusa, volviendo a clavar su vista en el libro de Historia.

En segundos, voltea a verme.

—Apuesto a que estás celosa, ¿verdad? ¿Es eso? ¿Ah? ¿Cuatro Ojos, estás celosa?

—¡Shh! —lo hago callar, sonrojándome levemente— Estamos en una biblioteca.

—Tu oreja está roja, así que estás celosa... —Se ríe cubriendo su boca con el libro— Sabía que ese "Admirador Desconocido" no es competencia para mí ¡Já!

Cubro mi oreja con mi cabello al tiempo que intento no reír. *Alguien* y yo hemos hablado durante toda la semana sobre cosas sin sentido y otras muy interesantes. Hasta podría decir que me está cayendo bien. ¿Podría ser que nuestro encuentro esté cerca? He dejado de intentar preguntarle cosas sobre él, pues opta por no responder y cambiar el tema.

En pocas palabras, me estoy dando por vencida en descubrir quién es.

Salimos de la biblioteca para comer algo. Son las dos de la tarde y no como desde las nueve, lo que ha hecho gruñir en más de una ocasión a mis tripas. Luego de estirar los huesos y bostezar, James se gira para mirarme sonriendo.

—¿Dónde comemos? —pregunta y me guiña el ojo— Yo invito.

—Hm... —Hago una mueca— puedo pagarme mi almuerzo. Gracias.

—No seas así, Cuatro Ojos —Chasquea la lengua y da unos pasos hasta quedar frente a mí—. Hoy invitaré yo, luego invitas tú, ¿sí?

Suspiro y sonrío. Hay algo en James que realmente no deja que ponga una cara seria.

—Bien, *McDonald's* no está lejos.

De camino a *McDonald's*, las miradas de las chicas comienzan a clavarse en James. Los grupitos de chicas locas comienzan a susurrarse entre sí y a sonreírle al pasar a su lado, como si yo no existiera. La verdad, es que James llama la atención, y a su lado yo sólo soy un llavero que está de adorno o menos que eso. Nada en mí puede llamar la atención tanto como lo hace él.

Aún no me explico cómo puedo gustarle.

—Astrid.

Me llama de pronto, sobre-exaltándome.

—¿¡S-sí?! —Me detengo. Él me imita unos pasos más adelante.

—Tú no te has dado cuenta porque eres muy inocente, pero esto —Una sonrisa pícara surge de sus labios— es como una cita.

Dos citas. Un beso.

ASTRID

Mi cerebro hace otro intento por procesar lo que James ha dicho, pero parece no entenderlo. Mientras como mi *cuarto de libra con queso*, las preguntas se aglomeran en mi cabeza hasta el punto de salir arrancando cada vez que pienso en esa palabra *prohibida* que James mencionó.

¿Una cita? Claro que era una especie de cita, pero de estudios nada más. Conociendo a James, él querrá arrastrarme por todo el centro comercial como si de verdad fuésemos una pareja —lo que está lejos de ser... eso creo— mientras tomamos helado y hablamos de la vida.

No, no.

No puedo imaginarme con James al lado pareciendo mi novio, porque soy un llavero humano. Un mero bulto más.

—Luego de comer esto, volvemos a la biblioteca, ¿verdad? —le sugiero con sutileza, a lo que responde con una carcajada que llama la atención del grupo de chicas de la mesa continua— ¿Po-por qué te ríes? —pregunto en tono confidente, apartando mi vista de las chicas que parecen querer arañarme con los ojos.

—Por nada, por nada —dice, restándole interés y negando con la cabeza—. Cuatro Ojos, no te arrastré aquí para estar todo el día en la biblioteca. Ya te dije: es una cita. —Trago con dificultad la masa de comida. Debo tomar un poco de bebida para calmar los nervios que aumentaron al oír esa palabra prohibida—. De mí no tienes escapatoria, Astrid.

James me guiña un ojo como si fuese un galán de teleserie o comercial de pasta dental, pero luego deja su faceta artística y coqueta para clavar sus ojos en mi mejilla.

—Tienes un poco de mostaza en la mejilla —Alarga su brazo para quitarlo por mí, pero me adelanto a sus movimientos.

—Es raro que esto siempre suceda en las "citas" —cuestiono, queriéndome hacer un ovillo. Con una servilleta me limpio la mejilla que pretendía limpiar él; pero sale limpia, sin ninguna mancha de mostaza—. T-tú...

—Ups... —interrumpe— Quería tomar tu mejilla con esa excusa, pero veo que me salió todo al revés —insinúa, poniendo una expresión triste. Lo miro boquiabierta, sin poder creer lo que ha dicho.

—Oficialmente eres un tonto, James Cooper —acuso, abanicando mi rostro con las manos— ¿Qué otra maniobra barata harás? ¿Llevarme al parque de diversiones e ir a la "Casita Embrujada" para que te tome la mano del susto? —pregunto con sarcasmo. James abre los ojos con sorpresa por mi desliz.

—Precisamente eso esperaba hacer —responde con atónito—. ¿Acaso soy tan obvio? Hasta conseguí entradas gratis... —Asiento en respuesta— ¡Oh, rayos! —exclama con dramatismo. El *grupito* de chicas se ríe sin disimulo ante su inesperadamente tierna expresión— Bueno, ¿a qué lugar sugieres ir?

—A la biblioteca... ¿tal vez?

James toma una de las papas fritas y la lleva a su boca de una forma coqueta que hace suspirar al grupo de chicas. Entonces, de improvisto,

se gira hacia ellas. Las cinco chicas parecen querer derretirse por la sorpresa.

—¿Podrían dejar de hacer eso? Son bastante molestas... —Su sugerencia nos desconcierta a todas. James vuelve a mirarme frunciendo el ceño—. Es hora de irnos —gruñe. Agarra sus cosas, la bandeja y lanza una última mirada al grupo de chicas, quienes no dicen ni una palabra o hacen algún gesto.

Tardo unos minutos en dejar de mirarlo con extrañeza, pero me levanto luego para seguirle el paso.

Al salir del *McDonald's* me posiciono junto a James, al tanto que él camina sin un rumbo fijo. Lo miro de reojo para saber si sigue molesto —más bien, si descubro saber el porqué de su repentino enojo—, pero sólo consigo ser descubierta por él cuando también me mira por el rabillo del ojo.

—¿Qué pasó allá? —le pregunto, mirando en otra dirección.

—Nada —bufa con pesadez—. Esas niñas me estaban hartando. Se supone que la que debería andar dando suspiros y disimulando sonrisas eres tú, no ese *grupito* de hienas.

—Oh... —Cubro mi rostro con las manos buscando enfriar un poco mis mejillas rojas y calientes por las palabras de James.

Cielos. No sé si es el tono en que lo ha dicho o su expresión, pero se ha visto realmente tierno al decirlo.

—¿Oh? —Se inclina para verme. Una sonrisa surge en su rostro— Oh, ya veo... Mis palabras han calado hondo en ti.

—¡C-calla! —Lo hago a un lado— No digas nada, bobo. ¡Y vamos al parque de una buena vez!

MIKA

—*Touché*.

Mi rendimiento en el campo de esgrima no se ha visto afectado aunque he faltado a más de una clase, cosa que al parecer ha sido una sorpresa para el profesor y los demás espectadores. Con la mente despejada y nada en qué preocuparme, hace del entrenamiento mucho más sencillo.

Después de dictar las palabras correspondientes al ser "tocado" en esgrima, me veo obligado a saludar a mi derrotado oponente con un apretón de manos, como una forma de respeto. Al salir del campo, dejamos los sables guardados y nos quitamos las mascarillas de protección. Busco un sitio solitario para sentarme. Entretanto, el profesor escoge a los siguientes alumnos para enfrentarse. Gruonie se levanta del lado de los acosadores ineptos que creen que alguna vez tendrán una posibilidad con ella, y camina hasta donde me encuentro para extenderme una botella con agua.

—Ten —recibo su botella haciendo una mueca desapacible, a lo que ella responde blanqueando los ojos—. No está envenenada, McFly.

Chasquea la lengua y se sienta a mi lado mirando a la nueva pareja que le toca enfrentarse.

—Tus acosadores creerán que te gusto, Ardilla —escupo con sarcasmo al notar cómo la mirada de unos cuantos está sobre mí con frenesí e impotencia.

—Estás de buen humor... —comenta, ignorando mi comentario—. ¿Ha pasado algo bueno en la semana? —Súbitamente, el manojo de recuerdos me lleva a mi encuentro con la pequeña Fissher en el cuarto de limpieza. Los sucesos que aquel día se amontonan en mi cabeza sacándome una sonrisa que Gruonie parece notar enseguida— Ah... tiene que ver con la chica del lazo.

—¿Te importa? —espeto, mirando hacia el frente.

—Bueno, no lo has negado —Sonríe y me imita— ¿Quieres hacer algo después de clases?

Volteo a verla enseguida, alzando una ceja. Ella se gira para verme y sonríe; está de buen humor también.

—¿Me estás invitando a una cita? —pregunto con sátira— Si quieres tener sexo podemos volver a lo de antes y esperar a que los demás se larguen.

La Ardilla carcajea mientras niega con la cabeza.

—Hablo en serio, McFly. Me regalaron unas entradas para el parque de diversiones.

—¿El parque de diversiones? —repito con la voz socarrona— No quiero mezclarme con esos seres vulgares y normales, que gritan por estupideces. No le veo la gracia a tener que sentarme en un juego oxidado y aburrido, fingiendo sentir una pizca de adrenalina en la sangre mientras los roñosos a mi espalda quieren vomitar su almuerzo.

—Sólo es por esta vez —suspira con resignación—. No quiero sentarme al lado de uno de estos descerebrados —Con su cabeza apunta a los acosadores fracasados que la persiguen— que creen tener una oportunidad conmigo.

ASTRID

Música. Niños. Parejas. Grupos de amigos. Payasos. Gritos. Comida. Juegos. Risas. Y más gritos. Más que a un parque de diversiones, parece que James me ha traído a un matadero de humanos. No puedo describir la sensación bochornosa que siento en mi estómago al ver cómo la montaña rusa pasa a sólo metros de nosotros moviendo mi cabello.

Trago saliva antes de comenzar a suplicar que subamos a otro juego y no a lo que parece mi muerte próxima.

—¿S-sabes, James? No creo que lo sepas, pero sufro de problemas al corazón... m-mi médico me ha dicho que no suba a estas cosas... —le comento intentando titubear lo menos posible y sonar convincente. Pero no se ha creído ni una palabra de lo que digo.

—Tranquilízate, Cuatro Ojos —Él revuelve mi cabello como si fuese una niña pequeña—. Recuerda que tienes a este *fortachón* a tu lado —agrega sonriendo con satisfacción y señalándose con el dedo pulgar—. Además, ya casi llegamos a...

De pronto, James Cooper, quien hace sólo segundo parecía lleno de confianza, palidece y se encorva girándose hacia mí, como si hubiese visto al mismísimo demonio. Niega con la cabeza, como un niño pequeño

con algún trauma horrible. ¿La razón? Quien supervisa la entrada es un sujeto disfrazado de oso.

—M-mejor vamos a otro sitio, ¿sí? —sugiere con la voz temblorosa, intentando no mirar al "oso" a unos metros de nosotros.

—¿Qué ocurre con el "*fortachón*" de hace un instante? —inquiero con sarcasmo, cruzándome de brazos.

—Pues a ese *fortachón* le horrorizan los osos... —aclara. Me toma del brazo y me arrastra lo más lejos del oso y la montaña rusa—. Sea un hombre disfrazado, una simple caricatura o imagen impresa. Odio los osos.

Respira profundo junto a una banca que está ocupada por lo que parecen ser unos padres aburridos y agotados.

—¿Incluso los de peluche? —Asiente repetidas veces y se sacude entero— Já... qué mal. Supongo que si te pido uno no me lo darás...

Espera un minuto... ¿Qué he dicho?

Cubro mi boca enseguida, sintiendo todo mi cuerpo arder en un fuego invisible al caer en cuenta de las palabras que dije hace unos momentos. Hago un intento en decir algo más, para aclarar el asunto, pero cada intención desaparece cuando James se inclina hasta quedar a unos centímetros de mí cara. Achina sus ojos, como si tratara de leer mis pensamientos más recónditos, y hace una mueca:

—¿Quieres un oso de peluche?

—¿Ah...? —Río de forma ridícula. Dado a su cercanía, doy un paso hacia atrás para que no ocurra lo de hace un tiempo, otra vez— No, no. Sólo

era un comentario. No lo dije porque quiera un peluche, aunque quiero uno, pero no es necesario que me lo des, porque no fue... ah... yo...

Opto por callarme sintiendo un gran peso sobre mi cabeza.

¿¡Qué estoy hablando?!

—¡Bien! —exclama de repente. Me toma de la mano y camina en dirección a un puesto de puntería donde el mejor premio es un oso gigante de peluche— Ganaré ese horrendo oso por ti.

—Dije que no era necesario... ¡Jaaaames! ¡James...!

Antes de volver a replicar, mis ojos navegan a través de la multitud de personas hasta localizar una figura singular que podría resaltar entre millones por su sola presencia tan ostentosa y arrogante. Con ese caminar aplastante y su postura altiva. Esa mirada directa e intimidante. Esa sonrisa sumamente perturbadora y arrasadora. Sólo han sido segundos —segundos que tal vez fueron una mera ilusión—, pero podría jurar que he visto a Mika McFly pasar a sólo metros de nosotros.

¿Acaso me estoy volviendo una loca? ¿Sus constantes abusos me están afectando a la cabeza y me lo he imaginado? ¿O realmente McFly está en un lugar como éste? Imposible. McFly no parece el tipo de persona que tolera a otras que no sean de "su clase", mucho menos donde haya tanta persona divirtiéndose.

Estoy loca, es definitivo.

—*¡TA-CHAAN!* Lo siento, es lo único que logré conseguir.

Pestañeo un par de veces para salir de mis pensamientos, encontrando el rostro alegre de James junto con un peluche de un pájaro a su lado; es el peluche más peludo que he visto, con textura suave, como si

acariciara a un gato. Tiene unos ojos negros y grandes, el pelo sintético de color amarillo, con patas anaranjadas y un pico rosado. Al tomarlo no puedo evitar sentir ternura, como si se tratase de un animal real.

—Gracias...

Soy una bestia. Mientras James luchaba por conseguir mi peluche yo pensaba en McFly.

—De nada —sonríe como solo él podría hacerlo—. Luego me das mi premio —Me guiña un ojo y cambia su sonrisa cordial a una completamente seductora—. O tal vez lo tome de improviso...

Me pongo como una piedra.

—¿Qué quieres decir con eso, JC? —interrogo, sintiendo una punzada en el pecho.

—Nada, nada —responde, restando interés a mi pregunta—. Ahora vamos de una buena vez a la "Casita Embrujada". Te mostraré que valiente es este *fortachón*.

MIKA

Esto es repulsivo.

Apenas entramos al parque de diversiones —nombre que no le queda para nada—, un grupo de chicas con las hormonas alborotadas nos ha quedado viendo como si fuésemos salido de alguna película. Han pasado babeando mientras caminaban susurrándose babosadas triviales entre

ellas. A la Ardilla le ha hecho gracia, pero a mí no. No acostumbro a que las personas de sus calañas osen a mirarme de esa forma.

Después de unas cuantas miradas más por parte de otros chicos, una niña pequeña se ha tropezado justo frente a mí obligándome a agacharme y recogerla, acción que atrajo más miradas de "hormonas con bocas y uniformes escolares". Luego de unas merecidas gracias por parte de su madre como si fuese el mismísimo *Papa* traído del Vaticano, a Gruonie se le ocurre una brillante idea que me pone de más mal humor...

—Argh... Mika, vamos. Cambia esa turbia expresión —evoca Gruonie al voltear para verme—. Estás asustando a todos.

—Eso pretendo, Ardilla —sentencio—. No soporto más tener que fingir una sonrisa dulce frente a estas ratas de alcantarilla.

Gruonie se echa a reír agarrándose el estómago. Es lo único que ha hecho mientras contemplaba con gracia todas las torturas que soporté.

—Apuesto que cambiarás tu terrible expresión ahora.

Gruonie señala la estructura de decoración oscura con diferentes estatuas que deberían dar miedo. En el ante jardín de la casona, hay un cartel roído y escrito con letras que deberían parecer sangre; leo lo que dice y no puedo evitar lanzar una carcajada.

—¿"La Casita Embrujada"? Estás loca, Gruonie.

—¿Tienes miedo, McFly? —Hago una mueca de desagrado en respuesta— Bien, entonces entraré sola.

Odio cuando la Ardilla se pone como una niña mimada con el fin de conseguir las cosas que desea. Supongo que es culpa de sus padres por

criarla de esa forma siendo la hija única de una familia adinerada. Lo cierto es que nunca he conocido a ninguno de sus padres y pretendo no hacerlo jamás, pero si llegase a darse la instancia no escatimaré en decirles que controlen a su hija con complejo de princesa.

—No pienso agarrarte de la mano cuando grites —dicto al colocarnos en la fila—. Espero que lo tengas claro.

—Me has agarrado otras cosas antes, y no has reclamado.

Arpía.

Como medio de entretención mientras esperamos entrar, comienzo a observar a las personas de más adelante. Odio tener que involucrarme de tan cerca con personas desconocidas. Sin embargo, logro captar entre los demás al castaño fracasado que está loco por la mojigata. Él luce entusiasmado, con una sonrisa tan molesta como su personalidad. Se menea de lado a lado y parece hablar con alguien más.

Aunque quisiese ver con quien más está, no logro ver más allá que el viejo obeso con complejo de puerco detrás del castaño inepto. No obstante, tengo la oportunidad de ver un poco más allá, cuando una mano parece acomodarle sus visos.

—¿Qué miras? —interroga Gruonie, poniéndose en puntillas para ver lo mismo que yo.

—Nada.

...

Tras salir de la "Casita Embrujada", Gruonie me obliga a acompañarla hasta una banca junto a un basurero para saciar su repentina adicción por los cigarrillos.

Creí fumaba sólo después del sexo, pero al parecer su afición por los cigarrillos la está consumiendo cada día más.

Me siento junto a ella, mientras tanto, hago un esfuerzo sobrenatural para soportar el olor a cigarro y la pierna en movimiento que el sujeto sentado al otro lado en la banca mueve sin cesar. Entre tanta caminata y juego aburrido, ha comenzado a oscurecer, pero eso no impide que logre divisar al castaño junto a quien parece ser la Pequeña Fissher.

Los dos se miran de frente y sonríen, causándome un revoltijo incómodo en el estómago.

Ella sólo sonríe frente a ese tonto sin gracia. Es simplemente despreciable.

Siento el impulso de levantarme e ir a romper la armonía de su encuentro. Arruinar lo que parece ser una cita. Romper su diversión. No obstante, suprimo todo impulso al ver cómo él se acerca a Fissher y la besa como si fuese algo más que una amistad lo que consta su relación.

Los perros se comen las sobras.

ASTRID

—¡NUNCA MÁS!

El corazón me late deprisa. Mis manos tiemblan mientras agarran con fuerza la chaqueta de James. Mis gruesos lentes están en la punta de mi nariz a punto de resbalar y estrellarse contra el suelo. Debo hacer un esfuerzo sobrenatural para acomodarlos e impedir que caigan.

—Pareces un papel, Cuatro Ojos —comenta James entre risas cargadas de mofa al ver mi reacción.

La "Casita Embrujada" ha sido peor de lo que creí recordar.

Hace unos cuantos años Patrick tuvo la brillante idea de entrar a la casita en un grupo diferente; es decir, él entraba primero con desconocidos, luego yo. Para ese entonces, y con mis trece años recientes, lo que parecía ser la casa más espeluznante de todas, para mí fue la peor burla para las películas de terror. Sin embargo, el tiempo me ha hecho más temerosa al parecer.

Si no fuese por James, seguro estaría chillando ahora. Pero no, ¿cómo podría hacerlo teniendo que aguantar sus carcajadas burlonas hacia mi persona?

—Eres una persona horrible, James Cooper —Respiro hondo, intentando calmar mi acelerado corazón—. Estás oficialmente incluido en mi lista negra. Justo por debajo de McFly —bromeo.

Al parecer mi chiste no le hace gracia, pues cambia su expresión de improviso a una más seria.

—No me compares con *ese*... —Junta sus labios oprimiendo lo que parece ser una grosería—. Yo soy mucho mejor que él.

—Pues sí, en muchos sentidos.

Me encojo de hombros, aceptando la evidente verdad.

James y Mika son polos opuestos, completamente.

Tras la Casita Embrujada, emprendemos nuestro rumbo hasta lo que resta del parque. Decidimos comprar algodón de azúcar para cada uno y nos quedamos unos minutos mirando una función de títeres rodeados de niños pequeños.

Es la primera vez que tengo una "cita" con alguien y debo admitirlo: es divertido. Puede ser que salir con James sea más ameno y agradable que con otro chico, porque aunque seamos muy diferentes y de otra escala social —vamos, él es súper conocido en Jackson y tiene tanto carisma con los demás estudiantes, así como con los profesores. Yo por mi parte, disfruto siendo una ocupa más, silenciosa y responsable—, los dos logramos congeniar perfectamente como las piezas de un puzzle.

No lo entiendo... ¿Cómo llegué a gustarle? A veces creo que es una apuesta más. Que James es amable, tierno y buen amigo conmigo por una apuesta, así como lo hizo en su tiempo Jones Cooper, pero al mirarlo y ver sus ojos... no puedo pensar que sea verdad. Digo, James no es perfecto; pero tampoco esa clase de chico, ¿verdad?

—La cita funcionó, al parecer —Pestañeo un par de veces. James sonríe.

—¿Qué dices? —Alzo una ceja, confundida.

James peina su cabello hacia atrás con sus manos y se dispone a responder. Sin embargo, antes de hacerlo, una voz masculina menciona mi nombre.

—¿Astrid?

Frunciendo nuestros ceños, James y yo volteamos en dirección a la voz, encontrando a un chico de cabello castaño, con unas cuantas pecas, un cuerpo bien trabajado y una sonrisa reluciente como el sol. Logro reconocerlo enseguida, pero lo único que se me viene a la mente —luego de su nombre— fue ese momento horrendo cuando supe que mi primer beso era una simple y absurda apuesta.

Pues sí. Jones Boyd y sus amigos me involucraron en una apuesta indeseable, donde todo mi interés por las relaciones amorosas pasó a involucrar netamente a los actores de televisión y los protagonistas masculinos de los libros, porque comencé a creer que los chicos de la vida real son unos idiotas.

Bueno, admito que con el trascurso de los años superé esa faceta. Y aunque espero que algún día llegue mi *Adonis*, me cuesta creer que encontraré al adecuado.

—Jo-Jones... hola —lo saludo con evidente incomodidad—. Tanto tiempo... —James me da un codazo con disimulo; no sé si es para que lo presente o porque quiere saber quién es el chico frente a sus ojos—. James, él es Jones Boyd. Fuimos compañeros en la secundaria.

—Ja-ja... —Ríe con falsedad Jones y adopta una expresión de chico-coqueto que no resulta para nada seductora— ¿Sólo compañeros, As?

¿¡Qué rayos quiere decir con esa pregunta?! El tiempo que me sedujo y caí en sus redes no vale nada, porque fue a causa de un maldito reto.

Así que fuimos simplemente compañeros. Sin embargo, para no dar rienda suelta a mi vaga humillación de aquel tiempo, sólo me limito a sonreír.

Tras una corta charla, donde las miradas iban y venían por parte de James y Jones, decidimos despedirnos pues el radiante sol de la tarde comienza a esconderse.

—¿Quién era *ese*? Y no me respondas que —blanquea sus ojos y se aclara la garganta. Me toma del brazo para detenerme a unos metros de la salida— "sólo fue un amigo" porque no te creeré, Cuatro Ojos.

Lanzo un suspiro y niego con la cabeza.

—Es algo estúpido —respondo. Me encojo hombros mientras él se pone frente a mí—. No te gustará escucharlo, además.

—Oh... claro que sí. Vamos, dime.

La expresión airada de James provoca que ría con mofa. Él está bastante serio —o demasiado curioso— como para contagiarse de mi jocosa risa. Muerdo mi labio inferior y miro a los lados, como si fuese a contar algún secreto o revelar la contraseña de alguna cuenta bancaria.

—Bien —accedo y suspiro. Aferro el peluche entre mis brazos con nerviosismo—. En la secundaria, Jones era un tarado con pocas neuronas, muy popular y con un selecto grupo de amigos a los que les encantaba hacer retos. Un día, a Jones le tocó cumplir un reto: Besar a una chica. Y esa chica fue... —bufo— quien te habla.

—Ya me lo imaginaba... —comenta James, apretando sus labios y negando con la cabeza—. Qué idiota.

—Sí. Por semanas, me prometió el cielo y la luna, hasta que cuando se dio la instancia, tomó ventaja y me besó. Mi primer beso fue por una apuesta absurda con Jones. Debo verle el visto bueno, era el chico más popular de la secundaria.

James ríe a carcajadas. Lo le brindo una sonrisa de aceptación, sabiendo que esos hechos del pasado no volverán a repetirse. Cesa su risa y murmura algo que no logro entender. No obstante, cuando intento preguntar qué ha dicho es demasiado tarde: James se acerca a mí hasta quedar lo suficientemente cerca como para que nuestros labios se rocen. Cierra sus ojos y me besa.

MIKA

Nauseas; es lo que sentí. Así que no aguanté tener que dañar mis ojos viendo cómo ese dúo de fracasados besaba frente a nosotros. Opté por hacer lo mejor y darle a mi cerebro el relajo necesario para que no saliera corriendo ante la horrorosa escena del castaño y la mojigata. Agarré a Gruonie y la obligué a marcharnos lo antes posible del lugar. Ya me estaba culminando la histeria, aplastando sin miedo la poca paciencia que hasta entonces me quedaba.

¿Es en serio?

Esa mojigata vulgar se anda besando con medio mundo. La poca dignidad que le quedaba intacta salió disparada cuando el *Perro* de su amigo, se acercó para mezclar saliva.

Qué asco dan.

Y con esa vaga imagen en mi cabeza, volví a casa. Por la noche no pude pegar pestaña pensando en la escena lasciva que el par montaron en el parque. ¿Qué pasa con lo que ella había dicho? Se suponía que sólo eran amigos ¿qué hacían juntos en el parque? Un lugar chapado por los jóvenes para tener citas... ¿Realmente era eso? ¿Una cita?

Creo que tendré que poner las cosas en su lugar.

Ya lo decidí.

—¿Qué ocurre contigo, viejo? ¡Te ves fatal!

La pregunta de Jax me trae de vuelta en sí, recordándome que somos lunes por la mañana y he venido a buscarlo como de costumbre. Así ha sido nuestra rutina desde el año pasado; como soy el único que tiene un buen auto —y una licencia—, los paso a buscar por la mañana para ir a dominar Jackson. Primero Jax, luego Chase. Aunque por esta semana, mi trabajo de chofer no tendrá que hacer el recorrido hasta los suburbios donde Chase vive, debido a que él se fue a un absurdo concurso de deletreo con la nerd de su vecina.

En respuesta, niego con la cabeza haciendo un gesto desinteresado.

—Pareces un maldito *zombie*. Anda, amor, dile qué sucede a *Mamá Jax.* —Mi amigo con ataques homosexuales me agarra del brazo como si fuese una de las porristas que se aferran a él para coquetear.

Lo hago a un lado.

—Cállate y vámonos —ordeno—. Quiero que este maldito día termine ya.

...

En Jackson, la noticia de que Chase se ha largado a Los Ángeles por un concurso rebosa por cada pasillo de la infraestructura. Y aunque nuestro amigo nos ha "dejado cojos", no hemos perdido el merecido respeto que los demás nos tienen al entrar al colegio, siguiendo con devoción las tres reglas.

Las horas han trascurrido rápido hasta llegar a la última hora —hora la cual suelo saltarme—. Como costumbre, caminé por los pasillos, con mi libro en mano, hasta el amplio patio de Jackson, logrando divisar a un grupo de chicas junto a la profesora con buenas piernas que les enseña deporte a los de segundo año. Fue en un día así cuando una pelota de béisbol cayó cerca de mí trayendo consigo a la inepta de Pajarito.

Achico mis ojos, intentado divisarla. Pero no consigo hacerlo dado a la distancia en que nos encontramos. Pero como si al maldito destino no le bastara con todo lo que tengo en la cabeza, James "Perro" Cooper —la palabra "perro" le calza a la perfección—, aparece ante mis ojos de pronto; sudado, cansado, con una banda en la frente y su asquerosa cara de "chico-bueno" que a todo el mundo le gusta.

Está solo y lejos de todo aquel que pueda defenderlo —aunque dudo que se atrevan a hacerlo— de mí.

Me levanto de mi puesto y dejo el libro que pretendía leer de lado. Trono mis dedos sin disimular la sonrisa que ha comenzado a dibujarse en mis labios. Esta es la instancia perfecta para ponerlo en su lugar.

—Hola, *Perro* —lo saludo mientras camino hacia él. Me mira con cautela, sabiendo que algo pasará—. ¿Qué haces aquí? Creí que estarías arrastrándote por la mojigata de Fissher.

Al quedar de frente, baja la mirada apretando sus puños. El muy cobarde ni siquiera piensa responder. Tras unos segundos, lentamente, levanta su cabeza y me mira con frialdad.

—No te metas con Astrid —Tuerce sus labios—, McFly.

Hasta mi apellido a dicho desbordando miedo. Qué patético es.

—Oh no, Perro —arrastro mis palabras—. *Tú* no te metas con *ella* —Agarro el cuello de su sudada playera con rudeza, enfatizando mis palabras—. Ella es mía. No dejaré que un perro sucio y vulgar robe la comida de su amo, porque los perros siempre se quedan con las sobras... Espero tengas presente eso.

Los ricos siempre ganan.

ASTRID

Cierro mis ojos con fuerza. Me aferro más al peluche del pájaro mientras mis pensamientos se consumen lentamente centrándose en el beso inesperado de James. Todo parece dar vueltas y, por unos segundos, creo que caeré sin aliento al suelo.

Pero no. Coordino mis movimientos para hacerlo a un lado y separarnos.

—¡James! —gruño limpiando mi labio con el dorso de mi mano— ¿¡Q-qué haces?! —Me cubro la mitad del rostro con el peluche. Quisiera salir huyendo en este preciso momentos; sin embargo, estoy segura que si llegara a hacerlo, James me alcanzaría de todas formas. Así que no me queda más que darle cara— ¡Somos amigos!

¡Cielos! ¡James Cooper me ha besado!

—Lo siento, lo siento —Junta las palmas de sus manos y las sube un poco más arriba de su cabeza. Está hecho un tomate, al igual que yo—. No pude evitarlo. Dios... —se cubre el rostro y niega con la cabeza— No puedo creer que lo haya hecho. Lo siento —repite. Posa sus manos sobre mis hombros y respira hondo—. No volverá a pasar.

No sé qué decir. James y yo nos quedamos mirando unos segundos hasta percatarnos del incómodo encuentro, así que nos distanciamos.

—Só-sólo has como si nada hubiese ocurrido, ¿sí? —Asiento ante su sugerencia.

Tras el Parque de Diversiones, James y yo tomamos caminos diferentes; él me dijo que debía visitar a un amigo que estaba enfermo con gripe. Así

que, vuelvo a casa sola. Y es un alivio, pues no podría ir junto a James después de lo que pasó. Ni siquiera sé cómo debería mirarlo. Después de *"eso"* no hicimos más que caminar en silencio, los dos avergonzados y con miedo a decir algo estúpido.

Estoy a punto de rendirme contra mi lucha interna por no quedarme dormida en el bus, pero me salva escuchar en la lejanía la melodía de mi celular; quitándome el sueño por completo. Abro mis ojos y acomodo mis lentes para leer el ejecutor de la llamada.

Es Patrick.

—*Hola, pequeña ingrata.*

Con solo escuchar la voz de mi hermano sonrío. Sí, lo admito: soy una pequeña ingrata que no lo llama a menos que sea por algo puntual. Pero siento que si lo hago, terminaré contándole todo —y cuando digo todo, me refiero a los problemas que tengo con McFly— y no quiero que vuelva a meterse en problemas aquí.

—Hola, ¿cómo va todo? —respondo mirando hacia afuera.

—*Pues, normal. Hoy me metí en un pequeño problema, pero nada más...*

—¿Problema? ¿Cuál?

—*De casualidad manché con pintura roja el auto de una profesora que me cae gordo... y me suspendieron por unos días. Nada grave.*

—¡PATRICK! —lo reprendo alzando la voz. El tipo que iba dormitando a mi lado, salta en su asiento al escuchar mi grito. Después de darse cuenta de mi acción, me lanza una mirada fulminante— Lo siento —me disculpo avergonzada, encogiéndome de hombros. Vuelvo con Patrick—.

¿Nuestros padres ya lo saben? —Vuelvo a mirar hacia afuera queriendo hacerme un ovillo.

—*No. Espero que tú no les digas tampoco, ¿eh?* —Lanza un suspiro que satura el micrófono de su celular— *Eres buena ocultando cosas, As. Después de todo este tiempo no les has dicho lo que pasó con McFly...*

—No podría —me apresuro a decir.

—*Sí, lo sé* —responde. Guarda silencio un momento. Todo lo que puedo oír es el ruido del motor del bus y los murmullos de los demás. Por algún motivo tengo un mal presentimiento— *As, ¿qué pasa con McFly?*

Me petrifico.

¿Acaso él sabe lo que está pasando entre Mika y yo?

—¿A qué te refieres? —pregunto, intentando sonar normal. Cosa que no funcionará para nada.

Patrick me conoce más que nadie; seguro que se dio cuenta que mi actitud hacia él es extraña. Sin llamarlo, sin prestarle atención a sus mensajes, la insistencia de mis padres y evitar todo tema acerca de lo que pasó el año pasado debieron alertarlo.

A menos que alguien más le haya dicho.

—*Alguien me dijo que te vio con McFly, en su auto* —Bien. Quien abrió la boca fue ese tal Mathew—. *As, no sé qué está pasando con él, pero cualquier cosa... si McFly te está molestando o algo, sólo díselo a Mathew. Él es mi amigo y puedes confiar en él.*

Muerdo mi labio. La cabeza me es un remolino.

—No pasa nada. McFly no sabe que soy tu hermana, ni nada. Sólo me ayudo con algo... nada más —cierro mis ojos con fuerza, esperando que mi mentira sea convincente.

—*Bien.*

—D-de todas formas, ¿de dónde conoces a Mathew? Cuando se presentó dijo que era un viejo amigo de McFly, por eso pensé que no era correcto enviarte sus saludos... —intento no sonar curiosa, pero es casi imposible.

En serio, Mathew es un misterio.

—*Es un viejo amigo de la secundaria* —responde con desinterés—*. Sólo promete que si algo anda mal con McFly, recurrirás a él. Es un buen tipo y McFly no se atrevería ni a mirarlo feo.*

—Está bien —asiento aunque no pueda verme—. Te extraño, Patrick.

—Yo también.

Al puzzle incompleto que tengo dentro de mi cabeza se le ha añadido una pieza: Patrick y Mathew son amigos. Seguramente el día en que lo vi en Jackson estaba allí por mí, no por McFly o alguien más. Patrick debió enviarlo para saber cómo estaba, qué hacía y para averiguar sobre mi relación con Mika. No puedo evitar sentirme observada más que protegida. ¿De verdad puedo confiar en Mathew? No. Aunque sea amigo de Patrick y quiera ayudar, algo me dice que no debería. No sé si es su aspecto extravagante, su sonrisa misteriosa o su forma de hablar; sin embargo, parece que Mathew y Mika son idénticos. ¿Cómo podría confiar en él con esa similitud? ¿Por qué parece que hay más historia entre mi hermano y Mika que una simple mirada desafiante? ¿Acaso los dos se conocían desde antes?

Me gustaría preguntar, pero algo me dice que no me gustará la respuesta...

—...Astrid... ¡ASTRID!

Clase de Educación Física: otra vez me he perdido en mis pensamientos. La profesora Scott niega con la cabeza con una mirada desaprobadora. Las demás chicas están formadas, listas para comenzar la clase, siendo yo la única que está fuera de lugar en la cancha.

—L-lo siento —camino apresurada hasta formarme junto a Lizzy y April.

—Tan callada y siempre causando problemas, Fissher —gruñe la profesora con las manos en sus caderas—. Bien, chicas. Hoy comenzaremos con un nuevo deporte que sé que muchas han jugado antes, y que para mala suerte de muchas, tiene que ver con "pelotas" —avanza hasta un canasto con pelotas y saca una de voleibol—: "El voleibol".

Todas las chicas, sin excepción, alegamos.

—¡Dios...! ¿No puede enseñarnos a saltar la cuerda o algo más? —inquiere April con desagrado. A su lado, Lizzy aprueba su comentario con una carcajada.

—No —responde con frialdad la profesora Scott—. Ahora, formen grupos de tres.

April y Lizzy me lanzan una mirada para que me una a ellas. No tienen más opción, con las demás chicas se llevan horriblemente mal. Así que, asiento y me uno a ellas sin alegar.

—Espero que no atajes la pelota con tu nariz, As —comenta Lizzy, sacando de su bolsillo un paquete pequeño de maní salado. Ella suele llevar comida escondida a todas las clases.

—Yo espero lo mismo... —digo, frotándome la nariz y haciendo puchero.

Con los grupos hechos, la profesora Scott se dispone a explicar el ejercicio. Pero uno de los amigos de James llega hasta donde nos encontramos, agitado y abrumado, casi sin poder respirar.

—¿Qué ocurre? —interroga la profesora al verlo.

—Es... —Toma aire— ¡Están peleando! ¡James y McFly están peleando!

Todos —sin excepción alguna— corrimos hasta donde James y Mika se encuentran. Los chicos de la clase están mirando la airada escena sin saber qué hacer. Algunos se ríen mirando como los golpes van y vienen; otros están demasiado sorprendidos para hacer algo. Es el profesor Welton y la profesora Scott, quienes dan el primer paso para calmar los aires; él sostiene a McFly y ella a James.

Entre James y Mika, las miradas dicen que sólo quieren matarse, acabar con el otro a golpeas. Sus respiraciones son agitadas. Sus intentos por zafarse del agarre inútiles. Los profesores los tienen agarrados con fuerza para que no vuelvan a pelear. En seguida, los murmullos curiosos afloran, preguntándose el motivo de la pelea.

—¿¡Qué ha pasado?! —escuchamos todos desde la puerta de salida al patio. Es la ronca voz del director. Por inercia, todos nos hacemos a un lado para que pase y vea el acontecimiento; un James enojado como nunca nadie lo vio, y Mika... bueno, como sólo él podría estar en esta situación.

El director los mira y con un simple gesto con la cabeza, les indica a los dos profesores que se lleven a James y Mika a la dirección.

MIKA

Juego con mis dedos mientras espero que el viejo del director termine de hablar desde el teléfono con mi padre. A mi lado, sentado en la otra silla, el rubio inepto está tan callado como un mimo. De hecho, hasta se parece a uno: mudo y pálido. Mira a un punto fijo sin decir nada, esquivando las miradas del director y la del profesor Welton.

Cuando termina la llamada, el director me lanza una mirada frunciendo el ceño.

—Tu padre viene en camino, McFly —me informa. Blanqueo mis ojos consciente de los problemas que puede traerme eso; sacar al viejo de su comodidad en la casa puede ser a veces un mal que no quiero—. Ahora, quiero saber por qué se agarraron de esa forma... ¿POR QUÉ?

Ni el Perro, ni yo respondemos. ¿Qué podemos decir? ¿Qué fue por la mojigata? Seguramente él no quiere involucrarla en esto, y yo tampoco quiero que se enteren que fue ella la razón de la pelea.

—Les hicieron una pregunta, jovencitos —habla Welton, con autoridad.

El Perro y yo parecemos coordinados; ninguno dispuesto a hablar.

—Bien, entonces, díganme cuál de los dos inició la pelea —al escuchar las palabras del director, miro enseguida al Perro. No fui yo quien inició la pelea, fue él quien lanzó el primer golpe, sólo para negarse a comprender lo inevitable.

—Fui yo —responde en tono bajo y arrepentido.

El director respira hondo y se echa atrás. Si papá viene en camino y se dio el tiempo de presentarse, no le conviene suspenderme. No puede suspender al hijo de la persona que ha contribuido tanto a la escuela. Por lo que deduzco que el perjudicado aquí no soy yo, sino el rubio inepto.

—Profesor Welton —El director no me quita los ojos de encima. No es mi culpa que él no tenga las agallas necesarias para suspender al hijo de un alto empresario. Así que me regocijo en mi puesto, cruzándome de brazos y esbozando una minúscula sonrisa que le hierve la sangre tanto al director como al Perro—, búsqueme una orden de suspensión para Cooper —dada su sentencia, se dirige hacia mí—. McFly, espera a tu padre afuera.

ASTRID

La clase termina antes de lo previsto. La profesora Scott ha tenido que cuidar de nosotras y los chicos del profesor Welton, quien tuvo que acompañar a James y Mika a la dirección.

Sobre la pelea todos hablan, y supongo que pronto todo el colegio lo sabrá. Las especulaciones sobre el motivo de la pelea siguen siendo un misterio para los demás. Por mi parte, tengo algunas conclusiones que temo decir; puede que James haya encarado a McFly diciéndole algo para que se alejara de mí, dejara de molestarme, y Mika reaccionó mal. Como puede que no. Con McFly todo puede pasar. Tal vez, sólo quiso apartarlo del camino... Fuese como fuese, sólo espero que no tome venganza y le pase lo mismo que a Patrick.

No quiero ser testigo otra vez de cómo golpean a alguien conocido, mucho menos a alguien que estimo.

Aunque muchos ya se han ido a casa, el grupo de amigos de James lo espera sentado fuera de Jackson. Parecen salidos de un funeral. Sus expresiones son fatales, pues tanto ellos como yo somos conscientes de las consecuencias que conlleva meterse con McFly. Además, ser enviado a la dirección con alguien como él sólo significa una cosa: Mika sale intacto, James no.

Debo ir al minimarket, pero mi preocupación por James es mayor. Así que busco alguna excusa para permanecer en el colegio.

Me dirijo hasta mi casillero, lo abro y comienzo a sacar los desperdicios y basura que tengo. Desde que comenzó el año he dejado papeles que no sirven de nada para el resto del año. Los saco y busco un basurero cercano. No obstante, la aparición de un hombre canoso y tan formal como ejecutivo de la televisión, entra a Jackson como si fuera un toro queriendo embestir lo primero a su paso.

Tanto sus rasgos, como su semblante altivo me recuerdan a McFly. Y en efecto, donde el sujeto se dirige es la oficina del director.

Dentro de pocos minutos, McFly y su padre se asoman por el pasillo; serios y callados. McFly me lanza una mirada acompañada de una sonrisa triunfante que concluye mi hipótesis sobre James. Atrás, le sigue un desairado James, quien camina con paso silencioso hacia la salida.

—¡James! —lo llamo, sacándolo de sus pensamientos. Está pálido.

Al alzar la cabeza, me enseña el papel que trae en sus manos. Es uno de suspensión.

—Me suspendieron por una semana. ¡Vaya mierda! —bufa con resignación— Mamá va querer matarme. Ni hablar de papá.

—¿Estás bien? Tus amigos están afuera.

Se encoge de hombros.

—Estoy bien, estoy bien —responde—. Con un ojo que prontamente estará morado, pero nada más —ríe de mala gana. Muerdo mi labio queriendo preguntar qué pasó, pero él cubre mi boca con su mano antes de que pueda hacerlo—. Oye, Cuatro Ojos, creo que descubrí que se trae McFly contigo.

Alzo una ceja. Agarro su mano y la bajo.

—¿A qué te refieres? —interrogo, sintiendo cómo mi estómago se revuelve.

—Creo que tú... —queda a mitad de la frase—. Olvídalo, no vale la pena.

Me hace a un lado para avanzar hacia la salida, pero insisto colocándome frente a él.

—James, ¿qué descubriste? Dime.

James mira hacia el lado, sin querer mirarme a la cara. Entreabre los labios para hablar y luego me mira.

—¿Me creerías si te dijera que le gustas a McFly?

Ella quiere rebelarse.

MIKA

Encontrar al viejo en Jackson puede ser una de las cosas más extrañas y memorables que me ha ocurrido. Que mi padre se haga un tiempo en su agitada agenda o cuando está en sus horas de descanso en casa, no es algo que haya hecho desde... ¿cuándo? La última vez que se preocupó por mí yace borrosa dentro de mi memoria. Ni siquiera cuando mamá murió me dijo alguna palabra para reconfortarme a mí... o a Ashley. Sus preocupaciones siempre han sido los negocios de la empresa, mantener su apellido limpio y el dinero. Nada más.

—¿En qué pensabas? —pregunta al llegar a casa. Él ha vuelto en su auto y yo en el mío— Sabes que no me gusta perder el tiempo en estupideces adolescentes, sea cual sea el motivo. No estoy para juegos; tú y tu hermana deberían tenerlo más que claro, Mika.

Cierro la puerta a mis espaldas. Al oír el golpe de ella, Ashley baja las escaleras casi corriendo, curiosa por saber qué ocurrió. Hace una expresión interrogante que logro captar enseguida. No hace falta que pregunte "¿qué ha pasado?" para darme cuenta que esa es la pregunta más evidente.

Hago un gesto despectivo cuando nuestro padre baja la guardia y nos da la espalda. Mi hermana se posiciona junto a mí, me toma del brazo y se acerca confidente:

—Está de mal humor, hermanito —susurra cerca de mi oído—. Todo salió mal hoy. Verás... llamó-

Antes de terminar su frase, papá lanza al aire un grito que parece haber aguantado durante días. Se agarra la cabeza como si fuese un demente encerrado en un manicomio, para después darle manotazo el jarrón de cerámica, lanzándolo lejos y estrellándolo contra la pared. Ashley y yo vemos en silencio, temiendo decir algo, los trozos del jarrón.

Se da vuelta hacia nosotros y nos mira con desprecio.

—Ustedes no hacen nada bien... ¡Par de inútiles! —nos apunta con el dedo índice mientras asiente, dándose la razón— Suban a sus habitaciones, no quiero ver sus caras otra vez.

Sin pensarlo dos veces, a tropezones, Ashley sube las escaleras sin reprocharle al viejo. Sin embargo, yo tardo más tiempo en hacerlo. Las ganas de responderle no me faltan, pero prefiero callar. Subo las escaleras en silencio, sin gimoteos ni murmuraciones.

Algún día llegará la instancia de decirle todo lo que traigo ahogado en la garganta, pero no hoy. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para hacerlo. Le gané al rubio inepto ese y, aún así, me siento malditamente derrotado.

Camino hasta la habitación de Ashley; la puerta color violeta con el cartel floreado donde estaba escrito su nombre, fue reemplazado por un enorme poster de un rubio que vi en la televisión. Más abajo, hay calcomanías pegadas y señaleticas que dicen "NO PASAR".

La puerta de una revolucionaria no le queda para nada a Ashley.

—*Toc, Toc.*

Al abrir la puerta, encuentro a mi hermanita sentada en la cama, mirando la fotografía de mamá que guarda en el velador junto a su cama.

—¿Qué pasó? —pregunta alzando su cabeza, guardando la fotografía donde corresponde— ¿Por qué llegaste con papá?

Chasqueo la lengua. No es un tema que quiera explicar.

—Tuve una pelea, eso es todo. Ahora —me siento junto a ella—, ¿qué le pasó al viejo?

—Bueno... —suspira— el señor Frederick decidió no seguir con el trato que tenían. Se acabó la negociación con el padre de Chase. No habrá inversión de dinero, casamiento por conveniencia, ni nada.

—Eso explica su comportamiento.

Ashley apoya su cabeza en mi hombro.

—A veces prefiero no verlo. Ya me acostumbré a su ausencia. —No digo nada.

Ella piensa lo mismo que yo, las cosas son diferentes cuando él está lejos y solo contribuye con dinero. Es mejor que tener su ceño fruncido sobre la mesa al cenar, escupiendo cómo son detesta y lo malcriados que somos. Sin embargo, así fuimos criados. Teniendo todo lo que se nos pasara por la cabeza con solo un gesto; así, el viejo se ahorraba darnos una plática paternal.

Pero no siempre fue así. Todo cambio con la muerte de mamá.

ASTRID

¿Me creerías si te dijera que le gustas a McFly?

¡Claro que no! ¿Cómo podría gustarle a la persona que prometió hacerles la vida imposible a mi hermano y todos sus seres queridos? Mika desde que supo que soy la hermana de Patrick ha hecho de mi vida una miseria. No tiene escrúpulos cuando se trata de maltratar a los demás. Es desconsiderado y un tipo que necesita atención psicológica cuanto antes. Todo lo que hace, lo hace por su propio bien, sin importar las consecuencias para los demás a su alrededor. Ni siquiera podría asegurar que tiene sentimientos o emociones. Él es cero por ciento de empatía, cien por ciento maldad.

—No —respondo tajante. Si es una clase de broma, no es buena. Para nada—. No podría creerlo ni en un millón de años.

James sonríe con pesadumbre.

—Supuse que dirías eso, Cuatro Ojos —suspira—. Después de todo solo es una suposición mía.

—Vaya, suposición más absurda —Muerdo mi labio—. ¿Me dirás por qué pelearon? ¿Te das cuenta que él puede tomar represaría de esto?

—Dudo que lo haga.

Pasa por mi lado, volviendo a retomar su camino hacia la salida. Lo sigo detrás, apresurando el paso para alcanzarlo. Aún de espaldas, se le ve derrotado. Arrastra el paso contra el cerámico blanco del pasillo, encorvado y quejándose entre dientes. Está molesto, y no es de sorprenderse, McFly seguramente salió ileso del asunto.

Al empujar la puerta para salir, el grupo de James voltea hacia nosotros. Sus animados rostros, cambian drásticamente al ver la expresión desalentadora de su amigo. James y yo bajamos las escaleras hasta su encuentro.

Los 5 chicos se ponen de pie.

—¿Qué pasó? —pregunta uno de ellos, examinando su rostro para verificar si tiene alguna marca.

—¡Se agarró con McFly, idiota! —Lo reprende otro, apartando con rudeza la mano que su amigo acercaba al rostro de James— La pregunta es —mira a James, quien hasta ahora no ha cambiado su expresión de funeral—: ¿cómo te castigaron?

—Velo por ti mismo —James extiende la hoja de suspensión. Los cinco chicos se reúnen para ver la hoja— ¡Una maldita semana!

—Podría ser peor —comenta el chico que nos avisó de la pelea. Levanta su cabeza para verlo con una sonrisa extraña—. Piénsalo: podrás ver la semana de Futbol Americano acostado en tu cama, mientras nosotros morimos de aburrimiento escuchando al viejo de Lenguaje.

Los demás chicos asienten, aprobando la idea de su amigo.

—¡O el *todo vale* de chicas! —dice otro— ¡Hombre, eso sería bueno!

Él chico más "relleno" del grupo, carraspea clavando sus ojos en mí. Nunca lo había visto, así que supongo que es de otro curso o alguien de afuera. Hace una mueca, recorriéndome con sus ojos de arriba abajo, como si fuese un bicho extraño merodeando en su grupo. De hecho, no tengo nada que hacer con ellos, pero la curiosidad mata, y necesito saber los motivos de la pelea.

—¿Quién es ésta? —pregunta con desdén, señalándome con la cabeza.

—¡Oye! —James le da un golpe en la cabeza, molesto— No le digas "ésta" a la Cuatro Ojos. Es una amiga.

—¿Cuatro Ojos? —pregunta, mientras los otros cuatro se ríen de mi apodo— Le queda a la perfección.

Antes de continuar siendo el centro de las risas del grupito, me precipito a hacerle una seña a James como despedida. Mi jefe debe querer matarme en estos momentos, porque me he retrasado más de lo debido. Y ahora que el Sr. Gruonie lo dejó en "vergüenza" la última vez que visitó el minimarket por mi causa, parece que las cosas se pondrán mucho más estrictas...

Al menos para mí.

...

Aprieto mis labios con fuerza mientras contraigo mis músculos para levantar la bolsa con basura y ponerla dentro del basurero. Al caer de golpe contra el suelo, causa un estruendo que espanta a unas señoras que pasaban frente al minimarket. Esbozo una sonrisa tímida como disculpa por haberlas asustado.

Como lo pensé antes, el encargado está más que furioso conmigo; me ha estado vigilando y siguiendo como si fuese una sombra, anotando garabatos en un cuadernillo mientras hago lo que me pide. Y lo que hasta ahora me ha pedido hacer, es lo que prácticamente hago dentro de la semana. El trabajo se ha triplicado para mí y mi mala suerte. Y para enfatizar en mi mala suerte, logro divisar el particular auto de Mika estacionarse frente al minimarket. Esa sonrisa retorcida en sus labios no desaparece, ni siquiera cuando se baja del auto y me mira con desdén, como si fuese una hormiga insignificante en su camino. No tengo la menor idea de su *visita* al minimarket, pues ya todos los empleados

saben que Mika no pone un pie en el lugar a menos que sea para dárselas de "jefe".

¿Acaso viene a comprar?

No. Su caminar arrogante y aplastante, creyéndose el amo del mundo, delata que su objetivo no es la tienda, sino yo.

Al percatarme de sus intenciones —que no pueden traer nada bueno—, me apresuro en entrar por la puerta trasera del minimarket, lugar por el cual los empleados salen a botar la basura, sin embargo, él parece oler mis pensamientos y apura el paso, para retenerme del brazo.

Cierro los ojos con fuerza, mordiendo mi labio inferior, sucumbiendo en un bufido resignado.

Desde que nos ocultamos en el cuarto de limpieza que no estábamos cerca, tocándonos, sintiéndonos. Es frustrante tener que volver a recordar aquella escena donde la distancia de nuestros cuerpos era nula y terminamos haciendo cosas que no deseaba. Más aún ahora, después de darle una paliza a James —en todos los sentidos— y salir invicto gracias a su padre rico.

—Dile a tu amigo que ande con cuidado —advierte—, a menos que quiera terminar como tu hermano —agrega en tono cantarín.

Respiro hondo, intentando controlarme.

No quiero perder los estribos, pero parece que la situación lo amerita. Tuve demasiada paciencia hasta ahora, guardándome los comentarios sarcásticos que tenía para McFly. Teniendo que guardarme las ganas de golpearlo, responderle y decirle lo mucho que lo desprecio.

Me zafo de su agarre con rudeza y me giro para verlo. Sin embargo, no puedo ni verlo a los ojos.

—Ni pienses un dedo encima a James —farfullo apretando los puños. Mi actitud parece desconcertarlo, pero se recompone del achaque con una sonrisa arrogante y despectiva.

—¿Y qué harás para impedirlo, Pajarito? —interroga, tomando un mechón de mi cabello— ¿Qué harás para salvar de mí a tu novio estúpido? Solo mírate... —Lanza una carcajada burlesca— ni siquiera puedes mirarme a los ojos, Pajarito. Eres todo un chiste.

—No —reafirmo mi posición, armándome de valor y agallas. Lentamente, alzo mi cabeza para mirarlo de frente. Sin tapujos, ni miedos. Dispuesta a correr cualquier consecuencia—. Aquí el único chiste eres tú, McFly. Tú y tu fantasía de poder hacer lo que se te da la gana. Sin un padre con dinero, ni amigos con poder, no serías una mierda.

La sonrisa desaparece de sus labios y en un pestañar me encuentro acorralada contra la pared y los brazos de McFly junto a mi cabeza para que no pueda escapar. Contengo la respiración un momento y volteo la cabeza en otra dirección, para evitar la cercanía de nuestros rostros. Su respiración entrecortada se filtra por mi cabello hasta mi oreja, causando un cosquilleo que va desde mi cuello y recorre mi espina dorsal.

—No me provoques, Pajarito —gruñe en mi oído—. Antes, ahora y siempre, la ventaja es mía. Basta con mirarte para darme cuenta.

He cerrado mis ojos al sentir su aliento chocar con mi piel, abandonándome ante él —*Mierda. Mierda, mierda*—.

—Pu-púdrete, McFly —alcanzo a murmurar.

Y antes de poder decirnos más, somos interrumpidos por la hija del Sr. Gruonie.

Esgrima.

MIKA's POV

Con mi padre en casa, murmurando y maldiciéndonos entre dientes, mi interés por pasar un momento más en casa se consumió ante la idea de distraerme. Y ahora, mi único foco de distracción, además de los viejos libros que me ha dado por leer, lleva el apellido de una persona que detesto. Así que manejé hasta el minimarket donde esperé encontrarla.

Pero jamás imaginé encontrar a la Ardilla aquí también.

—¿Mika? —la curiosa voz de Gruonie es acorde a su expresión. Cuando giro la cabeza en su dirección para verla, ella reafirma su rostro interrogante— ¿Qué haces con una empleada?

—La pongo en su lugar —respondo con tono firme. Bajo mis brazos lentamente, liberando a la mojigata de mi encierro. Ella no lo piensa dos veces y emprende su huida hacia el minimarket.

—¿Por qué la molestas? —insiste, más curiosa que antes. Camina hasta mi encuentro vistiendo el uniforme de su colegio— ¿La conoces? —no respondo. Creo que es gastar saliva responder a una pregunta tan obvia. Y aunque intente ocultar la verdad del asunto, la perspicacia de la Ardilla es mejor de lo que creí— Es la chica del lazo.

Afirmo moviendo la cabeza.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunto acomodando los pliegues de la ropa.

—Vine con papá —responde, señalando con su pulgar su espalda—. Es el dueño del minimarket y ahora que está en la ciudad ha comenzado a ver de cerca como está su cadena de supermercados —chasquea la

lengua—. Me obliga a acompañarlo, aunque yo no tenga interés en estas cosas. ¿Te lo presento?

Me encojo de hombros.

No estoy interesado en conocer a padres que sean igual al mío. No obstante, con solo echarle un vistazo de lejos al padre de la Ardilla, noto que el semblante en él —si bien es severo— posee algo que marca la diferencia; no sé si son sus ojos, la forma de su sonrisa o algo más, pero hay una larga línea que separa al padre de Gruonie del mío. Puede ser, ese evidente hecho: el padre de la Ardilla sonríe, mi padre no.

A solas, mirando fuera del minimarket, Gruonie me pide que la acompañe unos minutos mientras su padre tiene una charla con el gerente de la tienda. Acepto su súplica de mala gana, porque sé perfectamente lo que quiere saber. A la astuta Ardilla no se le escapa nada.

—Entonces... ¿qué tramas con ella? ¿Por qué la molestas?

Es evidente que con "ella" se refiere a la hermana de Fissher.

—Tengo mis motivos.

—Es extraño —dice de pronto, mirando hacia un punto imaginario—. Aquel día cuando te invité al parque y tú refunfuñabas por el mal olor a cigarrillo sentado en la banca, en un momento te quedaste petrificado observando a una pareja besándose. Estoy segura que era ella —aprieto mis puños al recordar aquella bochornosa escena en el parque—. Estoy cien por ciento segura que fue por ella que me agarraste y me arrastraste a la salida...

—Ve directo al grano, Ardilla —interrumpo.

Gruonie guarda silencio unos segundos, posicionándose frente a mí, mirándome con franqueza. Directamente a los ojos. Por algún motivo extraño, verla de esa forma me inquieta. Parece como si lo que quiere decir es algo demasiado, tanto para ella, como para mí. Y aunque un pensamiento fugaz se cruza en mi cabeza sobre lo que puede decir, intento negarlo.

—Mika, creo que ella te gusta.

Justo como lo que me rehusaba a pensa. Gruonie ha dicho lo que no quería escuchar.

—¿Estás loca? ¿El cigarro ha matado tus neuronas, Ardilla? —lanzo una carcajada, obligándola a guardar el argumento que ella quiere decirme— La mojigata que está adentro, solo es un juguete que sirve para distraerme. Nada más.

—Pues yo nunca te vi tan interesado en un juguete, McFly —se cruza de brazos—. Jamás lo admitirás... y quizás nunca pasó por tu cabeza que fuese de esa forma, pero creo que ella te gusta.

—Sí, estás loca —niego con la cabeza—. Todo el puto mundo se volvió loco —gruño, buscando las llaves de mi auto. Al encontrarlas hago a un lado a la Ardilla, pero esta me retiene del brazo.

—Mientras más lo niegas, más evidente lo haces.

ASTRID's POV

El corazón me late a mil por segundo. Los motivos son muchos; haber sacado mis garras y responderle a Mika es unos de ellos. Pero ver a la hija del sr. Gruonie, también forma parte. La familiaridad con la que se hablaron, delata que ellos ya se conocen desde antes. Puede que sean amigos o algo más, de otra forma, ella no me habría preguntado por él aquella vez. Es extraño ver que Mika hable como una chica de esa forma, como si fuese una más de *"su clase"*. ¿Será acaso que ellos son novios o algo así?

Rayos... y yo opté por mentirle y decir que no conocía a ningún Mika McFly. Los dos parecen tan idénticos que parecen formar la pareja perfectamente combinada. Verlos charlando afuera del minimarket —mientras el sr. Gruonie y el gerente hablan a solas—, comienza a formarme millones de preguntas.

Y no encuentro respuestas para ninguna de ellas al llegar a casa.

Por alguna extraña razón los días lunes siempre suelen ser más agitados que los demás, siendo McFy la causa del desorden interior y exterior de mi mundo. Desde que agarró mi celular el lunes todo mi mundo se puso de cabeza.

O tal vez estaba así desde antes. Mas hoy di un paso más; no importa que pase, no dejaré que McFly vuelva a dominar mi mundo, hacerme comportar como una idiota, me humille, me haga sentir miserable.

Las cosas cambiarán desde hoy...

Eso espero.

—¿Qué pasa con esa cara, *Rodolfo*? —pregunta papá, al sentarse en el sofá para ver la televisión. Pasa un brazo por mi hombro para acercarme a él.

—Ay, papá —niego con la cabeza—. Ya te dije que dejaras de llamarme así —gimoteo—. Y no me ha pasado nada. Bueno —suspiro desganada—, a un amigo lo han suspendido por una semana y...

—¿Amigo? —interrumpe. Los celos paternales se sienten en el aire, así que continúo antes de que comience la tanda de preguntas embarazosas.

—S-sí, un amigo.

—¿Es el chico que vino a verte la otra vez? Si estás saliendo con él, primero debo conocerlo. Reglas son reglas, no dejaré que mi hija salga con cualquiera —niego con la cabeza, mientras intento no reír. Ahora sé de dónde sacó Patrick ese lado celoso-protector que tiene.

Mamá llega con Boo en los brazos para sentarse en el sofá del frente. Ella tararea una canción para que mi pequeña y llorona hermana se duerma después de haberse llenado el estómago con leche. Cuando por fin comienza a cerrar sus achinados ojos, mamá me mira esperando llamar mi atención.

—¿Ya viste el concurso de fotografía?

—¿Qué concurso de fotografía? —frunzo el ceño.

—Hay un concurso de fotografía para aficionados que busca "captar el espíritu deportivo plasmado solo en una imagen". El ganador podrá elegir entre dinero y una cámara fotográfica instantánea. Aunque sé perfectamente qué elegirás si ganas.

Bien, retiro lo dicho; mis lunes no son del todo malos. ¡Acabo de recibir una excelente noticia! Un concurso de fotografía es todo lo que necesito para saciar mi derrotada autoestima. La fotografía es una de las cosas que más me gusta hacer, y aunque últimamente he estado alejada de ese ambiente, un concurso es lo que necesito para devolver mi amor por las fotografías artísticas que antes solía tomar. Sin embargo, el concurso tiene un grado de dificultad: el deporte. Captar la esencia y espíritu del deporte es más complicado de lo que parece; primero, debo elegir un deporte que se ajuste al tema.

"¿¡Qué tiene de malo la animación, As!? Ó_Ó LA ANIMACIÓN TAMBIÉN ES UN DEPORTE"

Leo el mensaje de Megan, otra vez. Ni es un millón de años fotografiaré a unas porristas, mucho menos si son como las de Jackson. Digo, no está mal ser porrista, pero no encuentro en ese deporte lo que busco. Así que una vez más, rechazo la propuesta que Megan me hace.

"Olvídalo, Megan... le preguntaré a alguien más" —le respondo, antes de que comience con otros de sus argumentos buscando convencerme.

"JUM! No te ayudaré más >n<"

Busco entre los mensajes alguna otra persona que pueda darme una solución. Todos mis conocidos ya me han dicho algún deporte, pero ninguno logra convencerme para tomar una fotografía. Estoy buscando inspirarme con el deporte, después de todo, no tomar una fotografía por nada.

Alguien es el único que falta por preguntarle.

"¿Conoces algún deporte que sea digno de fotografiar para un concurso? —pregunto. He ido directo al grano, sin ni siquiera

preguntarle como está. Soy un desastre de persona— ***"Ah!!¿ y cómo estás n.n?"***

Alguien ve el mensaje enseguida, pero no responde. Me ha dejado el visto.

...

Al despertar por la mañana, lo primero que hago es comprobar si hay un mensaje. Y lo hay; Alguien me ha respondido.

"La esgrima es un buen deporte. Conozco donde lo practican" —Al leer su mensaje, el corazón me agolpa el pecho. Es justo el deporte que necesitaba; sofisticado, histórico y poco visto. Antes de poner un pie en la ducha, le responde un "*gracias"*.

El mensaje de Alguien es un buen comienzo para empezar un agotador martes por la mañana.

—Entonces... ¿ya decidiste qué deporte hacer? —pregunta Megan. Las dos estamos esperando que la cocinera nos entregue los platos con comida para irnos a sentar.

—Alguien dijo que esgrima. Encuentro que es un buen deporte para fotografiar.

—¿Alguien? —pregunta, volteando a ver— ¿El admirador secreto que tienes?

—Ehm... yo no lo llamo así... pero sí. Él mismo —respondo recibiendo el plato de huevos con arroz. El fantástico menú que han preparado hoy.

—¡Uy, As! —me da un codazo en el brazo de camino a nuestros asientos— Deberías conversar más seguido con tu admirador, ¿cómo sabes si es tu nuevo amor?

¿Nuevo amor? ¿Por chat? ¿Cómo podría enamorarme de alguien que ni siquiera he visto de frente? Esas cosas de los amores a distancia y por internet nunca me llamaron la atención, tampoco nunca tuve uno. Creo que necesito conocer de frente, cara a cara, a Alguien para tener alguna opinión romántica sobre él. Es una cuestión de confianza, porque nadie sabe quien está realmente detrás del chat.

En pocas palabras, sonando muy exagerada: No quiero enamorarme de un psicópata. Por eso son aleja a las relaciones por internet.

—No creo que eso suceda —niego, colocando mi bandeja sobre la mesa—. No creo que suceda jamás.

Sábado.

Mi semana ha trascurrido normal. Y supongo que para McFly también lo ha sido, pues no vino a mí buscando hacer alguna de sus payasadas. Tampoco hubo rumores sobre su pelea con James por los pasillos, ni comentarios cargados de mofa hacia James. Fue como si no hubiese ocurrido nada. Supongo que Jax se encargó de callar a todo aquel pobre diablo que quisiera hablar de ese asunto.

Tengo que confesar que extrañé las locuras de James.

Pero ahora estoy demasiado nerviosa para extrañar, añorar o decir algo. Estoy con la cámara guardada en mi mochila frente al Club de esgrima

de la ciudad. Un lugar, para mi humilde gusto, demasiado elegante para personas como yo. Hasta vergüenza me da presentarme ante el portero con la fachada que tengo. Todo parece de la realeza y comienzo a sentirme como una cenicienta moderna con enormes gafas. Sin embargo, junto valor y me acerco para hablarle.

—Hmm... Buenos días —saludo con un gesto nervioso—. Vengo a fotograf-

—Venga conmigo —interrumpe el portero. Ni siquiera me ha dejado terminar la frase.

Por un momento creí que me mandaría devuelta a la calle; no obstante, me guía por un largo pasillo con piso de madera, con paredes color beige de donde cuelgan enormes cuadros enmarcados de plata fina con fotografías de hombres y mujeres de la edad media, candelabros colgando del techo y olor a antigüedad culminando la habitación.

Esto comienza inquietarme.

Cuando estoy a punto de abrir mi boca para cuestionar al portero, él se detiene frente a una enorme puerta de madera oscura. Me lana una mirada sugerente, esperando a que entre. Y no lo dudo dos veces, lo único que quiero es alejarme de él, tomar la fotografía perfecta y largarme de ese incómodo lugar.

Suspiro, como quien se prepara para la prueba de su vida. Giro el pomo de la puerta y la empujo, intentando no hacer ruido. Al entrar, lo primero que captan mis ojos son las dos personas que están practicando frente a otros. Los dos tienen movimientos limpios, suaves y concretos, pero uno de ellos logra llamar enormemente mi atención.

No sé si sea su contextura, comportamiento diferente, la forma en que isa su sable, su misterioso semblante —que no solo llama la atención mía sino de los demás espectadores— o la singular forma de sus refinados movimientos que me resulta tan familiar. Algo hay en él que me resulta intrigante, provocando un deseo inmenso de saber quién está detrás de esa mascarilla.

Antes de que termine su pelea, busco en mi mochila mi cámara. Sin embargo, antes de tomar una fotografía, el que parece ser el profesor detiene la pelea mirándome con curiosidad.

—¿Quién eres?

Lejos de querer responder, me siento hipnotizada por la persona detrás de la máscara, quien ha girado en mi dirección cuando su profesor ha hecho la pregunta. Lentamente, lleva sus manos hacia la cabeza para sacarse la mascarilla y exponer su misterioso rostro.

Mierda.

Es McFly.

¿La Ardilla tiene razón?

ASTRID

Es McFly...

¿Por qué? ¿¡Por qué entre todos los chicos de Jackson tiene que ser él?! ¿Por qué entre *Los Tres*, tiene que ser el peor de ellos? Es el maldito destino que tiene algo contra mí. Siempre es así. Siempre tiene que ser él. Mientras me rehúso a creer que tengo ante mí a McFly, las miradas de los demás se clavan en mí, prejuiciosas y curiosas, volviéndome el centro de atención. Y las de *él* también. Él está mirándome, fijamente.

Un vago pensamiento se cruza por mi mente; quiero salir corriendo. Pero lo descarto enseguida. Si quiero que el macabro juego de Mika termine, esta es una oportunidad de probar que, lo que me propuse antes, sea cierto. Que todo lo que me dije sea verdad. Por lo que junto el valor suficiente para responder; sin embargo, antes de hacerlo, el contrincante de McFly también se saca la mascarilla —o como sea que se llame—. Para mi sorpresa, su rostro también me es familiar.

—Es mi prima —interviene la hija del sr. Gruonie antes de responderle al impaciente profesor—. Ella viene conmigo. Quiere tomar unas fotografías, si no es problema...

Me hace una expresión y mueve sus ojos hacia el profesor, esperando que apoye la mentira que acaba de decir. Me doy cuenta de esto un poco tarde, luego de salir del desconcierto por verla aquí también.

—A-ah... s-sí —tartamudeo. Las manos comienzan a sudarme mientras agarro, nerviosa, la cámara fotográfica—. S-soy su prima. Vine a tomar unas fotografías para el concurso fotográfico sobre deporte —finalizo mi frase con más seguridad.

El profesor me mira de pies a cabeza, colocando su mano en la barbilla, reflexionando. No sé si es en mi vestimenta anticuada o en dejarme fotografiar a su clase.

—¿Traes alguna autorización para fotografiar a mis muchachos? —interroga, cruzándose de brazos.

—Vamos, profesor —salta McFly con voz arrogante y sarcástica. Me sorprende que no haya abierto su *bocota* al verme—. Deje que la pequeña tome la fotografía. Yo no tengo problema si quiere usarme como modelo —una sonrisa retorcida surca en sus labios. Fotografiar a McFly no traería nada bueno. No señor.

El hombre mayor parece meditarlo una vez más. Le pregunta a la clase si están de acuerdo con que los fotografíe, siendo ninguno de ellos los que se oponen.

Doy un suspiro largo para tranquilizarme. La sola presencia de McFly me pone los dedos de punta.

MIKA

Ella está aquí. No puedo creer que la pequeña Fissher sea tan ingenua para hacerle caso a un completo desconocido; es tan ingenua como tonta. Insisto, el apodo de Pajarito le queda a la perfección. No obstante,

a pesar de toda su ingenuidad, me inquieta y sorprende que aceptara quedarse, en vez de salir huyendo como cualquier otro lo haría al verme. Aunque parece inquieta, actúa como si todo fuese normal —cosa que no es así—. De vez en cuando, mientras los demás vuelven a sus asuntos, los ojos de Parajito se desvían hacia mí. Parece un movimiento involuntario de su parte, pues intenta evitarme a toda costa.

Mala idea. Ella aún no sabe cuánto disfruto tenerla bajo *mis dominios*.

Al darle la dirección de la academia a Pajarito, sabía que no la dejarían entrar con tanta facilidad, mucho menos siendo... bueno, alguien como ella. Así que por la mañana, al llegar aquí, le dije al portero que si venía una niña de lentes gruesos y aspecto extraño la dejara pasar sin decir ni preguntarle nada más. Evidentemente, eso la asustaría.

Tras un pequeño soborno de mi parte para el portero, procedí a platicar con la Ardilla:

—No me gusta cuando eres tú el primero que se acerca para hablar, siempre es para un favor —dijo al sentarme a su lado— ¿Qué quieres? ¿Qué te diga qué se siente estar enamorado o algo así?

—Eres muy graciosa —reí de mala gana. La película de mal gusto y absurda que Gruonie pasa por su cabeza está lejos de ser—. Pero sí, necesito un favor tuyo.

—Escúpelo.

—No creo que tenga las agallas de hacerlo, pero si ves a la mojigata del otro día necesito que te hagas pasar por su prima para que el viejo —apunté con mi cabeza al instructor, quien conversaba con uno de sus alumnos mostrándole como sostener mejor la espada— la deje tomar unas fotografías.

La Ardilla me observó por unos instantes.

—¿Con mojigata te refieres a la *Chica del Lazo*? —interrogó con incredulidad— ¿Por qué la llamas así? —pestañeó un par de veces para hasta salir de su incredulidad— ¿Qué quiere hacer acá?

—Quiere una fotografía para un estúpido concurso —respondí. Arrugó el ceño, levantándose de su asiento.

—No quiero participar en tu "jueguito" con ella, McFly —objetó al girarse hacia mí—. Además... ni siquiera sé su nombre. Por Dios, ¿por qué insistes en molestarla?

—Se llama Astrid Fissher. Vamos, Ardilla, solo es para una estúpida fotografía —insistí. Mis palabras parecen remover algo en ella, pues baja la defensiva y vuelve a sentarse a mi lado.

—Lo haré, lo haré —accedió. Antes de poder sonreír por mi victoria. La Ardilla se acercó a mí para hablar confidente—. Solo lo haré porque quiero que admitas que te gusta esa chica. Estaré viendo todas tus expresiones, acciones y gestos, McFly. Estás advertido.

Todo aquello lo hice sin creer del todo que Pajarito vendría.

El alboroto creado por el viejo vuelve a la normalidad, sin embargo, la pelea que Gruonie y yo teníamos queda inconclusa y son otros dos quienes deben enfrentarse. La pequeña Fissher, tan silenciosa como siempre, saca las fotografías, pero no parece quedar conforme, ya que examina las fotografías una y otra vez, frunciendo cada vez más el ceño.

Una carcajada escapa de mí cuando la veo blanquear los ojos, más molesta que antes, recibiendo la mirada acusadora del instructor. La pequeña Fissher alza su cabeza y me mira al escucharme, pero luego aparta la mirada.

¿De verdad Gruonie piensa que me atrae una chica como ella?

Hasta ahora no sé si sentir repulsión o lástima al verla. Siempre vistiendo ropa sacada de alguna clase de circo o servicio comunitario, con esos asquerosos lentes que cubren la mitad de su pálida cara de mosca muerta, su cabello despeinado que intenta ocultar con sus peinados absurdos que no usaría ni una monja y esa actitud tan desagradable que la convierte automáticamente en alguien vulgar que puedes manejar como desees. La pequeña Fissher no está —ni estará— a mi nivel en ninguno de los sentidos.

ASTRID

Esto es horrible. Estoy tan nerviosa que no puedo controlar mi mano y las fotografías salen todas borrosas. Parece una pesadilla, sobre todo porque me he convertido de nuevo en el hazmerreír de McFly, cosa que había dicho no volver a ser. Soy tan estúpida.

Al terminar la clase, me dirijo al rincón donde dejé mis cosas para volver a guardar la cámara. El lugar donde entrenan es enorme, sin embargo, donde dejé las cosas es un rincón relativamente oscuro, por lo que intento apresurarme.

—Hey —escucho a mis espaldas. Me giro sin pensar, comprobando que quien me llama es la hija del sr. Gruonie—. Perdón, ¿te asusté? —interroga esbozando una pequeña sonrisa. Niego con la cabeza como respuesta— Oh, bueno. Soy Cassandra Gruonie, la hija de...

—El sr. Gruonie —la interrumpo—. Gracias por ayudarme a-antes.

—No fue nada —vuelve a sonreír. Desde un principio, cuando me preguntó por McFly, creí que sería un problema como él, pero hasta ahora ella parece todo lo contrario—. Uhm... —muerde su labio— noté que estabas algo incómoda antes, ¿lograste tomar alguna fotografía buena?

—S-sí... es decir, más o menos. La verdad —dejo escapar un bufido cargado de resignación—, no salieron como esperaba —me encojo de hombros.

—Oh, deja ayudarte. Cuando la clase termina todos se marchan, pero puedes fotografiarnos a nosotros.

¿Nosotros? Mala idea.

Antes de poder alegar, la hija del sr. Gruonie me toma del brazo. Aun sostengo mi cámara, pues con su aparición no pude guardarla, así que antes de alejarme otra vez de mis pertenencias, agarro con cuidado mi cámara para que no se me resbale.

Allí en medio de la sala, McFly continúa con su traje puesto. Al vernos caminar hacia él sonríe de forma arrogante mientras sostiene en una mano la careta —creo que así la han llamado— y en la otra la espalda. Al tanto que la distancia entre los dos disminuye, mi corazón comienza a latir más deprisa y el estómago se estruja bajo mi piel.

—Hasta tal punto ha llegado mi generosidad que estoy dispuesto a que me tomes como modelo para tus tonterías, Fissher —escupe con desdén.

MIKA

Gruonie niega con la cabeza después de oír lo que ha salido de mi boca.

—¿Qué hacemos? —interviene ella posicionándose junto a mí unos pasos más adelante— ¿Posamos o solo peleamos?

Está bien que ella tome la iniciativa en esta situación, Pajarito ni siquiera se atrevería a canturriar ahora, es demasiado tímida para hacerlo.

—Bu-bueno —la pequeña Fissher traga saliva. Sus mejillas son un rojo explosivo que se esparce por todo su rostro—, creo que peleando sería más espontanea la fotografía.

—Okay —la Ardilla junta sus palmas provocando un sonido seco que hace eco por toda la sala.

Colocados en el campo y preparados para pelear, Gruonie es la primera en acercarse con precaución, atenta a cada movimiento mío. Cuando comienza a atacar es mi momento de defender mientras el sonido de la cámara al tomar la fotografía se mezcla con el ruido de las espaldas al chocar una con la otra.

Entonces, antes de acabar, Gruonie se hace a un lado, saliendo del campo de entrenamiento.

—Espera... —advierte después de sacarse la careta. Busca en su cartera su celular. Ni siquiera había escuchado la melodía de la llamada por estar concentrado— Es papá, debo responder —nos informa. Camina hacia la puerta gigante de madera y sale de la sala, dejándonos a Pajarito y a mí solos.

Ella se da media vuelta y finge ver las fotos que nos tomó.

Me saco la careta y dejo a un lado la espalda. Sin meter ruido, camino hasta ella, mirando por encima de su hombro las fotos que ve con tanta calma. Ni siquiera se ha percatado de mi cercanía, que estoy a su lado casi rozando su hombro. Que puedo olor desde aquí su perfume y escuchar su respiración.

—Oh, la pequeña Fissher se cree fotógrafa —digo arrebatando la cámara de sus manos y ocultándola en mi espalda. Ella se da vuelta quedando a solo centímetros de mí.

Retrocede.

—D-dame mi cámara —ordena.

—¿Y si no quiero, Pajarito? —pregunto, esbozando una sonrisa. Ella muerde su labio— ¿Qué me das a cambio de ella?

—Nada —aprieta sus puños—. Devuélvemela, es mía.

Me doy media vuelta. Miro la fotografía que estaba viendo; debo admitir que es buena. Le doy al botón *play*, para volver al modo cámara y tomar una fotografía de su acongojada expresión, pero en cuanto la veo, de pie y soportando otra más de mis torturas, me detengo. Mi garganta parece secarse. Siento una punzada aguda en el pecho.

¿Ella siempre lució así? Tan... tan...

¿Qué pasa si Gruonie tiene razón?

Una boda. Parte 1.

ASTRID

La mordaz expresión de Mika parece rendirse ante una completamente diferente a la que antes vi en él. Todo su rostro palidece y se sorprende mientras baja lentamente mi cámara. El Mika arrogante ha desaparecido, dejando aquí uno perdido en sus pensamientos y atónito ante Dios-sabrá-qué. Sus ojos vacios están clavados en mí, mirándome sin pestañar ningún segundo. ¿Quién es esta extraña persona? Este no es el Mika impertinente que goza del sufrimiento de los demás, sintiéndose superior... es uno que acaba de descubrir algo horrible.

Ante el desliz que McFly está sufriendo aprovecho de quitarle la cámara de sus manos. Avanzo con precaución temiendo que pueda reaccionar como suele hacerlo, pero mi temor desaparece cuando, para mi sorpresa, continúa ahogado en sus pensamientos con su rostro asustado e incrédulo.

Es el ruido de la puerta gigante de madera al cerrarse lo que causa que reaccione.

—Lo siento, hoy debo salir por la noche y papá quería saber algo... ¿tardé mucho? —pregunta Cassandra al entrar, mirándonos a los dos.

Antes de poder responderle, guardo silencio cuando veo que Mika reacciona; sin decir una palabra o despedirse de su compañera, sale de la sala como si fuese perseguido por la policía. La hija del sr. Gruonie y yo miramos la puerta cerrarse, dejándonos a las dos más que confundidas.

—Mika es un poco extraño —comenta frunciendo el ceño—, pero eso seguramente ya lo sabes.

No respondo. Vaya que lo sé. He tenido que aguantarlo todo el semestre para darme cuenta que es un extraño, un ególatra y un idiota que disfruta del sufrimiento de los que le rodean, como si fuese un monstruo que se fortalece con el dolor ajeno o algo así.

—Creo que me iré a casa —le informo, apagando la cámara. Cassandra asiente con una sonrisa consoladora—. Gracias por la ayuda.

—¿Quieres que te lleve a casa? —pregunta.

—¿Ah? No, no —niego con la cabeza—. Gracias, pero no te molestes.

—No es ninguna molestia —alza su cabeza—. Mira, ya casi son las doce —sigo sus ojos en la dirección que está mirando; un enorme reloj yace colgado de la pared. En efecto, como ella dice son las doce, lo que quiere decir que el centro está en el punto donde más personas transitan... y ni hablar del bus o el metro—. Te costará embarcarte. Vamos, que yo no tengo problemas en llevarte, Astrid.

Seguramente McFly le dijo mi nombre. Tal vez, ella conoce lo que ocurrió en un pasado entre McFly y mi hermano. Me intriga y atemoriza lo que puede planear la hija del sr. Gruonie. Que se ofrezca a llevarme tan amablemente —e insistentemente— parece el hincapié para la típica escena de las dos chicas enamoradas del mismo hombre, donde una de ellas —la antagonista— le advierte que se aleje de "su hombre".

De camino a mi casa, estoy esperando que Gruonie se detenga en una de las luces rojas, se acerque con una expresión de asesino serial y me diga: "No interfieras en mi camino"; pero no ocurre nada. Cuando se detiene en la luz roja, voltea a verme y sonríe.

—Ahora entiendo el porqué me dijiste que no conocías a Mika aquella vez en el minimarket —comenta—. Él te molesta... —lanza un bufido volviendo a mirar hacia delante—. Bueno, no me sorprende, pareces el tipo de chica fácil de intimidar.

Auch, eso duele.

—¿En serio? No me había dado cuenta —disparo con sarcasmo.

—No quiero excusarlo, pero Mika tiene algunos problemas. Es un idiota lleno de misterios y a veces no respeta ni al mejor de sus amigos... —pasa cambios y continúa conduciendo— eso no quiere decir que sea alguien bueno. Más bien alguien incomprendido. Desde que lo conozco intento entenderlo, después de todo somos bastantes similares, pero él es como una caja llena de sorpresas.

—¿Él...?

Me doy un golpe mental antes de preguntar lo que tenía atorado en la garganta. No es conveniente preguntarle a Cassandra, a quien apenas le hablé hoy, si está enamorada de McFly. Quizás si le pregunto ocurra lo que me ha revuelto la cabeza sobre la advertencia en el auto. Así que opto por callarme. Además, parece que la respuesta es algo obvia.

Sí. Me basta con ver su rostro mientras habla de él para darme cuenta que Cassandra tiene sentimientos hacia McFly.

...

—Es la casa de allí, con rejas —le indico a Gruonie, señalando mi casa con el dedo índice.

Tras el camino, ella optó por cambiar el tema de conversación y dejar de lado el tema de McFly. Quizás se percató que mientras más hablaba de

él, más evidente es su enamoramiento, o quizás simplemente fue porque le aburrió el tema. Terminamos hablando del colegio, las notas, lo mal que nos va en Educación Física y las Matemáticas, los tipos de profesores y otras cosas. Ella y yo coincidimos en muchas cosas y, aunque desde un principio creí que sería la versión mujer de McFly, Gruonie parece ser todo lo contrario.

Es un alivio.

—Oh, ya la vi —dice, disminuyendo la velocidad. Se detiene frente a mi casa y le quita el seguro a las puertas—. Fue un gusto, Astrid.

—Gracias por lo de hoy.

—No fue nad- —Cassandra no termina su frase. Sus ojos verdes miran hacia la ventana junto a mí.

Sin pensarlo dos veces, me giro para descubrir que mira con tanta incredulidad. Doy un saltito en mi puesto al ver la mueca que James hace en un intento fallido por mirar hacia dentro del auto. Cada vez se arruga más para descubrir quienes son los que están en el auto.

—Dios...

Lo primero que pasa por mi cabeza es que está ebrio.

—¿L-lo conoces? —pregunta Cassandra.

—Es... —suspiro— un amigo. Lo siento.

—Descuida —sonríe con incomodidad—. Espero ganes el concurso. Adiós.

—Gracias.

Al abrir la puerta del auto, James da unos pasos hacia atrás. Al verme, cambia su expresión a una completamente diferente. Extiende sus brazos y me abraza, tambaleándose de un lado a otro. El calor se me sube a la cabeza e intento apartarlo.

—Te extrañaba, Cuatro Ojos —dice, sin dejar de tambalearse—. ¿Qué sería de mí sin ti?

Al soltarme, posa sus manos sobre mis hombros. Con una sonrisa de oreja a oreja me mira como solo un niño pequeño lo haría.

—Yo también te extrañé —confieso mirando en otra dirección, intentando no sonrojarme más de lo que estoy—. Nadie, además de tu amigo robustito, me llama "Cuatro Ojos".

—Aww... —junta sus manos y me mira con ternura. Al parecer James no está borracho, pero creo que la semana sin escuela lo ha vuelto más loco que antes— algún día admitirás que me amas, Astrid.

Río. Por poco olvido el humor que JC tiene.

—¿Qué haces aquí? —pregunto— ¿Quieres pasar?

—Ah, ya lo hice —se revuelve el cabello, algo avergonzado—. Vine a buscarte y no estabas, pero tu madre insistió en hacerme pasar.

—Ya veo —asiento agarrándome la barbilla—. Entonces... ¿por qué viniste a buscarme?

—Necesito tu ayuda; es algo simple.

Ahora entiendo la inesperada visita de James.

—¿Qué es? —pregunto, me cruzo de brazos esperando su respuesta.

—Necesito que me acompañes a una boda.

Una boda. Parte 2.

MIKA

¿Y si la Ardilla tiene razón?

NO, ESO JAMÁS.

Alguien como *ella* no puede gustarme. No puedo siquiera sentir afecto por esa criatura que tan indefensa me reclamaba su cámara. Me niego a creerlo. Me niego a sentir cualquier cosa por ella. Con el corazón al borde de salir disparado por mi boca, la cabeza al borde del colapso, y el escalofrío recorriendo mi espalda, opté por salir lo más rápido posible del lugar. Lejos de ella. No podía verla por más tiempo, mientras más lo hacía, mientras más la describía en mis pensamientos, la alocada idea que la Ardilla — y todas sus palabras— comenzaban a tener fuerza.

El problema no es que me guste Pajarito. El problema es que es la hermana de Fissher. Si no fuese por él, la situación sería diferente; tal vez, hasta podría aceptar lo que Gruonie dice. Pero la realidad aquí es que los dos son familiares, que ella es su hermana.

No debo salirme de mis cabales, y debo volver a pensar en la pequeña Fissher como solía hacerlo... o al menos debo intentarlo. Aunque su figura indefensa se haya grabado en mi cabeza. Aunque su sonrisa quede en mi subconsciente. Aunque aparezca en todo lo que hago... Todo lo que debo hacer es pensar en ella como lo que es: la hermana de Fissher.

Sumido en mis pensamientos, apenas escucho que alguien llama. Tampoco tengo los ánimos de hacerlo. Es Ashley quien entra a mi

habitación y me entrega el celular en las manos mientras niega con la cabeza al verme sentado.

—Te ves fatal... —comenta, y sin más, sale de la habitación cerrando la puerta.

Veo quien llama: es Gruonie.

—¿Qué quieres? —pregunto al contestar.

—*Siempre tan cariñoso, Mika* —comenta con sarcasmo. Hago una mueca al oírla—*. Iré directo al grano... Verás, necesito un favor.*

—¿Favor? Perdiste la cabeza, Ardilla. Nunca he hecho favores...

—*Lo sé. O mejor dicho lo suponía* —contesta—*. Pero me debes más de un favor y lo sabes muy bien, sobre todo con lo de hoy. Así que más vale que cambies de opinión. Recuerda que Astrid se hubiese ido si no fuese porque acepté tu petición.*

Aprieto los dientes al oír pronunciar el nombre de la pequeña Fissher. Lo dije antes y lo repito ahora: ella siempre está ahí. Siempre aparece de alguna u otra forma. Ya no tengo escape.

—¿Qué favor es? —le pregunto tirándome sobre la cama.

—*Mamá trabaja organizando bodas y extrañamente se han enfermado unos cuantos garzones del personal... Necesito que seas uno de ellos. Ya sabes cómo funciona todo, qué tenedor va con cual plato, desde qué lado se sirve la comida y eso... ¡Fácil!*

¿Quién cree la Ardilla que soy? ¿Uno más del montón?

—¿Qué pasa si me niego?

—No puedes negarte ya. No después de lo que paso hoy.

ASTRID

En una oscura habitación, donde el aire acondicionado parece haberse estropeado y el calor es tan pesado que puedo sentir el sudor recorrer mi espalda, observo mi reflejo en el espejo de cuerpo completo que yace junto al sofá con ropa. Apenas logro reconocerme al ver como estoy vestida. ¿Por dónde comienzo? ¿Por los zapatos con tacón y punta que llevo puestos o por mi cabello? Con ninguna de las dos lograría asimilar la incredulidad que siento y tengo reflejada en el rostro. Cuando James me pidió que lo acompañase a una boda, jamás creí que fuese de esta forma; con el cabello recogido con una malla negra, una camisa blanca adornada alegremente con una corbata, una falda de tubo negra que me llega a las rodillas y estos malditos zapatos que apretujan mis pobres pies.

Por mi cabeza no pasó la idea de tener que acompañarlo a una boda para ayudarlo en el trabajo por falta de personal. Pero aquí estoy, en el oscuro cuarto mirándome al espejo.

—Te odio —le digo a James quien está sentado sobre la ropa en el sofá—. Creí que te acompañaría de otra forma, no como una garzona.

—Sólo serán unas horas, Cuatro Ojos —se excusa sin ocultar su sonrisa burlesca—. Nada más debes acostumbrarte a los zapatos y hacer todo como te expliqué antes.

—Sí, sí... —arrugo las cejas— todo muy sencillo, pero olvidaste un pequeño detalle.

—¿Cuál? —interroga, levantándose del sofá.

—Que soy una torpe —contesto mirando la corbata. El nudo que le hice es un caos, parezco un hombre de negocios borracho. James me agarra por los hombros y me gira para que quede frente a él. Con cuidado desabrocha el nudo y comienza a atarlo por mí.

—Tranquilízate, todo saldrá bien.

Eso esper-

La puerta se abre, dejando un camino de luz que proviene del exterior. Dos siluetas aparecen en el umbral de la puerta que logro distinguir enseguida. Son McFly y Cassandra.

—¿Astrid? —nos mira a James y a mí— Lo siento, ¿interrumpimos algo? —pregunta. Miro a James, quien está con los ojos puestos en McFly. Bajo los ojos hasta mi cuello encontrando las manos de James casi tocando mi barbilla con el nudo de la corbata casi terminado.

—N-no, nada —respondimos al mismo tiempo, dando un paso al lado. Miro a McFly, él mira a James como si quisiese matarlo acá mismo, con sus propias manos. A su lado, la hija del Sr. Gruonie lo sujeta del brazo antes de que él pueda reaccionar de alguna forma brusca. Musita algo que no logro percibir y luego nos sonríe.

—Nosotros ya nos íbamos —se precipita de decir James. Le sigo el juego asintiendo repetidas veces con un entusiasmo exagerado—. Con permiso.

JC me agarra por el brazo y me arrastra hasta afuera, pasando junto a los dos sin poder decir nada. Afuera, los demás trabajadores organizan los platos para servir la comida cuando la boda acabe y comience la

celebración. Todo parece tan lujoso que vuelvo a sentirme una cenicienta.

—¿Conoces a la hija de la jefa? —pregunta James reteniéndome junto a una de las mesas. Su sorpresiva acción llama la atención de una señora vestida de traje que sostiene una carpeta. Su apariencia me resulta particularmente familiar.

—¿¡Cassandra?! —inquiero con los ojos bien abiertos por la sorpresa.

—Sí, esa chica irritante que cree que puede mandarme —agrega con desdén. Supongo que él n se ha dado cuenta en hace unas horas fue ella la que me llevó a casa en su auto—. Ha traído al peor chico de todos... *bah* —la mujer de traje con el cabello rojo se acerca a James con expresión franca. Busca llamar su atención tocando su hombro y James se da vuelta encontrándose a quien parece ser su jefa— ¡Sra. Gruonie! —exclama al encontrarla.

—Espero que no estés hablando otra vez de mi hija, James.

Una sonrisa incómoda y nerviosa aparece en los labios de James.

—¿Có-cómo podría? Su hija es un amor —los ojos verdosos, iguales a los de Cassandra, que la Sra. Gruonie tiene, se posan en mí mientras niega con la cabeza al escuchar la respuesta de James—. Oh, ella es Astrid. La traje por la falta de personal. Ya trabajó en esto antes, así que pensé que sería de ayuda.

¿Trabajar antes en esto? Vaya mentira que ha dicho James. Pero ya estoy aquí, vestida y dispuesta a decir una evidente mentira frente a su jefa. Todo sea por James.

—Encantada —mascullo esbozando una sonrisa tan nerviosa como la de James.

—Cassandra también dijo que traería a alguien. Bueno, dos son mejor que uno —la Sra. Gruonie agarra el nudo de mi corbata y termina de atarla. Acomoda mi cabello como si me conociera desde antes y luego asiente al verme arreglada—. En una hora comenzamos. Espero que todo salga perfecto chicos.

Cuando la Sra. Gruonie se aleja, James y yo lanzamos un suspiro para relajarnos. Necesito un tiempo para procesar todo lo que acaba de ocurrir: En la mañana me encontré con McFly y Cassandra. James me pide que lo ayude con el trabajo —hasta hoy no tenía idea que trabajaba en esto— y ahora resulta que me vuelvo a topar a McFly y Cassandra, pero no sólo eso, trabajaremos juntos...

Dios, ¿por qué de nuevo McFly?

MIKA

¿Por qué de nuevo Pajarito? Entre todas las personas tenía que estar ella con el inepto del Perro. El dolor de cabeza ha vuelto en el lugar que menos esperaba, cuando acepté un favor tan absurdo como ayudar a la Ardilla vistiéndome de garzón como si este estúpido trabajo estuviese a mi altura. O a la altura de la Ardilla.

—Pensé que te irías —comenta cruzándose de brazos. Sé perfectamente el motivo por el cual dice eso.

—Ya estoy aquí. No iba a marcharme por ver eso...

—Ahh... —sonríe mirando cómo me coloco la camisa— entonces ya lo asumiste.

No digo nada. No estoy de humor para volver a empezar con el jueguito mental. Ya dije que volvería a ver a Fissher como antes y como lo que es.

Vestido con una camisa blanca, una corbata negra del mismo color que el pantalón y los zapatos, Gruonie lanza una carcajada burlona. Ella jamás, en su maldita existencia, creyó poder verme así, de esta forma. Y debo admitir que tampoco creí verme así vestido. Al mirarme al espejo no puedo evitar preguntarme si el tarado del Perro estuvo aquí mientras Fissher se vestía, porque cuando abrimos la puerta los dos estaban tan juntos como *lapa*.

—Cállate y no digas nada —le ordeno cuando la escucho reír.

—No iba a decir nada, Mika.

Unos golpes en la puerta distraen nuestra atención. La Ardilla la abre saludando a quien parece ser su madre.

—Tú debes ser el amigo de mi *Cassy* —dice al verme. Se acerca para examinar cada detalle de mi vestimenta—. Hmm... ¿has hecho esto antes?

—No —se apronta a decir Gruonie—. Pero sabe sobre el tema, mamá. No será un problema.

Tras el inicio de la celebración, el banquete comienza. Me siento ridículo estando vestido de esa forma, pero me distraigo de vez en cuando

viendo como la torpeza de Fissher se hace evidente al cargar cada bandeja hacia las mesas con personas. Sus expresiones faciales y gestos demuestran lo incómoda que está con la situación, pero intenta ocultarlo cuando la madre de Gruonie se asoma a la sala. Parece que el Perro la trajo a un campo de guerra, donde ella hace todo lo posible por sobrevivir.

La Ardilla también se ha dado cuenta de la situación y de vez en cuando, opta por llevar las bandejas por ella. El Perro ha estado reconfortándola en ocasiones, diciéndole cosas cuando se encuentran, provocando que la sangre me hierva. Ese es un privilegio que yo jamás tendré.

Es cuando vuelve con algunos platos que tres de ellos se caen al suelo, haciéndose añicos. Asustada, pone los platos sucios sobre una mesa. Se limpia el sudor de la frente y mira el desastre que causó. Ninguno de los presentes puede ayudarla o ninguno quiere hacerse cargo. Tampoco está el Perro para echarle una mano. Busca una bolsa y comienza a echar los trozos del plato dentro.

Y es allí, viéndola agachada recogiendo su desastre en que un revoltijo en el estómago me incita a ayudarla.

—Eres una torpe —le digo agachándome frente a ella para recoger los trozos—. Torpe e ingenua ¿No sabes que allá hay una escoba, Pajarito?

—Si no vas a ayudar, mejor vete —me reprocha, sin mirarme.

Sabe que soy yo el que está frente a ella. Continúa recogiendo los diminutos trozos y la ayudo en su labor, hasta que coincidimos con el mismo trozo del plato roto y apartamos nuestras manos como si hubiésemos sido impactados por un choque eléctrico.

—Lo siento —se disculpa luego. Trago saliva sintiendo otra vez esa extraña sensación que me seca la garganta y me sube el pulso. Se dispone a levantarse, pero antes de hacerlo, la detengo sujetándola de la mano, sin pensarlo. Ella alza su cabeza y me mira con confusión.

—Astrid... —digo su nombre. Es como si fuese un delito hacerlo, pero antes de decir algo más, es el Perro quien aparta mi mano de la suya.

Admitirlo es el primer paso.

ASTRID

Dentro de mi incredulidad al oír a McFly, apenas pude darme cuenta que James toma mi mano. La conmoción ha despertado el interés de los demás quienes nos miran con ojos interrogantes e inquietantes. Sin embargo, sus miradas no se pueden comparar con el choque eléctrico que James y Mika enfrentan en este momento. Parecen querer matarse el uno al otro, o tal vez un absurdo "juego de miradas" siendo el primero en pestañar el perdedor. Este encuentro ya me es conocido, al igual que el ambiente denso. Los dos no se habían visto desde la pelea que tuvieron y parece que la rabia aún yace presente entre los dos. ¿Por qué no me sorprende? Al menos James tiene sus motivos, pero McFly no.

La aparición de la Sra. Gruonie logra calmar los aires nebulosos que Mika y James comenzaron a provocar. Ella, en compañía de su hija, centra su mirada en nosotros tres, percatándose del ambiente pesado.

—¿Qué ha pasado? —interroga acercándose y mirando los platos rotos. Antes de decir algo más, es James quien se apronta a hablar, adelantándose a la tímida disculpa que pensaba darle.

—Resbalé y tiré algunos platos al piso, Sra. Gruonie —miente, cuidando sus palabras—. Puede descontármelo de mi suelo.

Confusa y lejos de creer la mentira de James, la madre de Cassandra asiente y les pide a los demás que vuelvan a sus asuntos. Mientras tanto, James baja su cabeza para verme las manos.

—¿Estás bien? ¿Te has cortado? —pregunta moviendo mis manos y dedos como si fuesen algún objeto raro. Niego con la cabeza mirando de

reojo a McFly, quien se ha levantado para encontrarse con Cassandra—Bien. Volvamos al trabajo.

La frialdad con la que James me habla es un tanto desconcertante. Está molesto —o quizás celoso—, pero es de entender, cualquiera queda airado cuando se traba de McFly. No obstante, siendo sincera, me es más desconcertante haber escuchado mi nombre salir de los labios de Mika. Fue algo casi imperceptible, casi doloroso, casi irreal. Fue muchas cosas que creo haberme vuelto loca e imaginar lo que escuché de él. Tal vez ha sido una imaginación mía y mi nombre nunca fue dicho por esa impredecible persona.

...

Ese susurro quemante aún da vueltas por mi cabeza. Lo ha hecho durante el trascurso de las horas obligándome a escucharlo e imaginarlo mientras cumplo mi labor de ayudar a James en su trabajo. Es como una canción que ha escuchado mi subconsciente que se repite, una y otra vez.

¿Me estoy volviendo loca?

—Buen trabajo, chicos. Pueden regresar a sus queridos hogares.

Con las palabras de la Sra. Gruonie dicha, todos los empleados comienzan a marcharse tras unas arduas horas de trabajo. Pocos son los que quedan en la sala donde la celebración de boda se realizó, ordenando algunos detalles que faltan. Para recompensar a los esforzados trabajadores que aún hacen sus quehaceres, uno de ellos coloca música que suena en los altavoces inundando la sala.

Me asomo hacia la sala descubriendo que ha sido James el que colocó la canción que se escucha.

Después del encuentro con Mika y mis divagues tras escucharlo decir mi nombre, no he trazado ninguna palabra con James, ni siquiera para disculparme por tirar los platos y hacerlos añicos. Así que, sin preámbulos, camino hacia su encuentro para cumplir mi cometido.

—¡JC! —lo llamo mientras camino en puntillas hasta él. El piso está tan reluciente que me siento mal por tener que pisarlo con mis viejas y rotas zapatillas.

—¡Cuatro Ojos! —exclama al verme. Al parecer se le ha quitado el enojo— ¿Vienes a bailar conmigo?

—¿¡Q-qué?! N-no —niego con la cabeza y evito que realice su inesperado movimiento de agarrar mis manos. Sin embargo, logra tomarlas y arrastrarme hasta el centro de la sala. Ante los ojos de los tres chicos presentes, él coloca mis manos sobre sus hombros, mientras sus manos agarran mi cintura— ¿Qué haces? —intervengo apartándolas. Un bochornoso calor aflora en mis mejillas— Estás trabajando...

—Mi jornada de trabajo terminó cuando la Sra. Gruonie nos permitió volver a casa —informa, interrumpiendo mis nerviosas palabras—. Ahora puedo hacer lo que sea —agrega alzando una ceja y mirándome con ojos que podrían derretir un glaciar. Trago saliva y siento un cosquilleo en el estómago cuando sus manos vuelven a tomar mi cintura y me acerca a él.

—Y-yo... —vuelvo a tragar saliva. Miro en otra dirección al encontrarse nuestros ojos mientras una canción lenta comienza a sonar. Nuestros pies se coordinan para bailar juntos sin pisarnos— lamento haber roto los platos. No debiste culparte por ellos, pero gracias por hacerlo.

—Tranquila, Cuatro Ojos —su respiración choca contra mi mejilla. No quiero girar la cabeza para verlo porque estoy segura que lo encontraré cerca. Quizás, demasiado cerca—. Te lo debo por venir a ayudar.

MIKA

Gruonie estaciona el auto frente a mi casa.

Aunque ya es tarde, Ashley se ha preocupado de tener la luz del living encendida para mi regreso; seguro ella ya está dormida o hablando por chat con sus alocadas y chillonas amigas. No suele salir si yo no estoy en casa o tengo la posibilidad de acompañarla. Soy su hermano mayor después de todo, debo saber qué hace.

Con el motor del auto apagado y el silencio inundando el ambiente dentro, es inminente lo que está próximo a suceder. Así ha sido siempre; cuando los dos nos encontrábamos callados en el auto nuestra despedida consistía en un apasionado beso, como si fuésemos alguna pareja de enamorados... o mejor dicho amantes. Sin embargo, a estas alturas, cuando inconscientemente nos hemos acercado para besarnos, una fuerza sobrenatural me obliga a alejarme.

—Ah... lo olvidé por un momento —comenta la Ardilla mientras se acomoda en su asiento—. Hemos dejado de ser *"eso"*.

Sé perfectamente a qué se refiere.

—No puedo hacerlo —confieso jugueteando con mis dedos—. No tengo ganas. Es todo.

—¿Puedo preguntarte algo, Mika? —alzo mi cabeza para mirarla, dejando de lado mi estúpido e infantil juego con los dedos.

—¿Qué? —inquiero con frialdad.

Gruonie lanza un bufido sonoro, hace una mueca extraña y me mira. Sus ojos están clavados en los míos.

—¿Alguna vez me viste más allá de un simple juguete o una niña mimada?

Su pregunta me revuelve el estómago. Es una sacudida molesta que me hace darme cuenta de algo que dejé de creer desde hace mucho tiempo. Por su expresión en el rostro y ese semblante a derrota tan parecido al mío, todo indica que los sentimientos de la Ardilla hacia mí son ciertos. Y siendo este el caso, cuando ni siquiera yo mismo sé que siento, lo más sensato es responder con la verdad:

—No —pronuncio—. Te estimo —agrego—, como solo una amiga... o compañera.

Vuelve a suspirar, esta vez, de forma entrecortada.

—Bien.

—Ahora deja preguntarte algo yo —me apronto a decir, antes que me eche de su auto—: ¿Por qué ese comportamiento extraño hacia... As-Astrid?

De nuevo pronunciar *su* nombre es sinónimo de cometer un crimen.

—Siendo sincera —comienza, colocando las manos en el volante—, siento lástima por ella. No parece alguien que viva a su cien por ciento, menos teniendo que soportar tus tratos. Además... jamás creí poder ver esa mirada en ti, esas expresiones, esos celos. Antes de ser la "mala" dentro de esta historia, prefiero ser la voz de la razón para ti, Mika. Es

por eso que te lo vuelvo a repetir, aunque creo que ya no es necesario hacerlo: Mika McFly, te gusta Astrid Fissher.

—¡Por un demonio, Ardilla! —gruño— ¡LO SÉ, LO SÉ! ¡Y LO ADMITO...! ¡PUEDE QUE ESA MOJIGATA ME GUSTE!

...

Mis parpados se sienten pesados. Lentamente comienzan a cerrarse y volver a abrir, repitiendo esto un par de veces para cerrarlos por completo esta vez. Ha sido un día largo; primero en la academia y luego rebajándome como garzón. Y finalmente, confesando a Gruonie y a mí mismo que siento "alguna clase de atracción" por la pequeña Fissher. Creo que he dado un gran y atrevido paso hacia algo que jamás podrá conciliarse, porque aunque tenga sentimientos por ella, no serán correspondidos.

—Hay mucho de por medio... —digo sin pensar.

Abro mis ojos y busco mi *iPhone,* Chase seguramente debe estar viajando de regreso de Los Ángeles, por lo que antes de dormir, pretendo escribirle. Al encontrarlo, descubro que tengo un mensaje de Pajarito.

"Gracias por el dato para la fotografía, ¡pero la academia a la que me enviaste es donde McFly practica esgrima! Pude haber muerto allí mismo D': Él me odiaaaaa. Nooo, no me odia, me desprecia, aborrece y más..."

Una sonrisa inconsciente cala en mis labios. Ojalá lo que siento ahora por ella fuese odio, porque comienza hacer todo lo contrario. Es absurdo que hasta su forma de escribir me haga gracia, aún cuando está hablando de mí. Para ella esa es la impresión que le doy y, tal vez, esa imagen sobre mí no podrá cambiar.

"Lo siento. No tenía idea que él —que extraño se siente hablar de mí— ***estuviese allí. Mi tío es el portero pero jamás menciona algo sobre los estudiantes"***

Aunque he intentado contenerme, al final, acabé respondiendo su mensaje. La pequeña Fissher no tarda en verlo y comenzar a escribir. Por algún motivo creí que era de esas ineptas adolescentes que se duermen con las gallinas.

"No es algo tarde para que estés despierta?" —me apresuro a escribir.

"Descuida, aun estoy viva ;3" —responde a lo primero— ***"Ahh, pues, creo que me he desvelado. Además estoy acostada, ya tengo puesto hasta mi pijama de polar para calmar el frío que está haciendo"***

"Ya casi estamos en invierno..."

"YEAH. Lo malo es que soy muy friolenta :'(" —responde al instante.

Pajarito parece mucho más habladora por chat que cara a cara. Hasta ahora hemos hablado tanto que ni siquiera pude hacer lo que planeaba hacerle la primera vez que le hablé por acá.

Quería tenerla comiendo de mi mano, pero acabé siendo yo quien come de la suya.

"Oh, pobrecilla. Algún día te regalaré una bufanda"

ASTRID's POV

Astrid...

Abro mis ojos de golpe. Escuchar la voz de Mika llamándome dentro de un sueño si es algo tétrico, bizarro e inimaginable. Dentro de todos los sueños que hasta ahora tuve, este ha sido el más extraño. O tal vez no tanto, aún estoy en shock con ese suceso, es justificable soñar con algo tan impactante. No obstante, tendré presente no volver a soñar con McFly.

Como todo buen domingo, levantarme pasada la una de la tarde es normal. Aunque es extraño que mamá o papá no estén gritándome desde el primer piso que baje a almorzar. Por lo que me pongo de pie, doy un largo bostezo y estiro mis músculos dispuesta a bajar.

Una vez bajando las escaleras, logro escuchar la voz de Patrick, provocando una punzada aguja en mi pecho. Todos los acontecimientos que ven involucrado a McFly pasan por mi cabeza como película casera, haciéndome sentir culpable de todos esos incómodos "encuentros cercanos" y la persona más traicionera de la tierra.

—¡Oh! —exclama papá— Astrid ha despertado.

Al bajar el último escalón y voltear en dirección al comedor, siento un enorme alivio cuando me doy cuenta que no es más que una llamada por webcam con Patrick.

—*¿Dónde está esa ingrata?* —pregunta él. Al acercarme al notebook sobre la mesa, noto enseguida que ha mi hermano mayor le ha crecido el cabello y la barba. Ya casi parece un universitario— *¡Argh! ¡Ahí estás!*

—Hola —lo saludo y luego bostezo—. No me llames ingrata, Patrick, hablamos el viernes.

Mamá se echa a reír mientras evita que Boo agarre las gafas de papá quien tiene a mi pequeña hermanita en brazos. Papá gira hacia un lado su cabeza para que Boo no logre su cometido.

—Tu hermano nos decía que pronto nos visitará —comenta—. Cuando salga de vacaciones.

—Oh... —digo la voz monótona— eso es... bueno.

Un agotador lunes se hace presente, teniendo que soportar al conductor del bus y sus comentarios, las bolas de papel de los chicos del bus y una inexplicable oleada de frío que he comenzado a sentir de pronto. Creo que soy la única en este colegio que siente frío y es lo bastante masoquista para disfrutarlo. Siempre preferí el invierno y el otoño, Patrick, por lo contrario, es más entusiasta por el verano.

Ahora, con su regreso, debo fingir que nada paso con McFly.

—¡Despierta, As!

La expresión severa de Megan se hace presente frente a mis ojos. Estaba tan sumida en mis pensamientos que por poco olvido que hay un almuerzo que comer y que ella está aquí, junto a mí.

—Lo siento, me perdí —me encojo de hombros—. ¿Qué decías?

—Mala amiga —hace un puchero divertido y continúa, cambiando su expresión—. Te decía que si quieres sabes quién es tu admirador, jamás responderá si lo llamas tú, por eso debes llamarlo por mi celular. Ahora que estamos en el comedor y la mayoría de los estudiantes están acá, será más fácil descubrir su identidad. ¿Qué dices?

¿Conocer la identidad de mi supuesto admirador?

—Creo que es algo que quiero saber desde que recibí su primer mensaje.

Alguien. Parte 1.

ASTRID

Tomo un enorme sorbo de jugo. Debo tomar con mis dos manos el vaso de plástico para que no se resbale por el temblor de estas. De pronto me he puesto nerviosa ante la idea de conocer a mi "admirador secreto", la persona con la que, por una extraña razón, comencé a hablar aun siendo consciente que podría ser cualquier clase de persona detrás de una fachada. Lo que empezó con una boba frase, se convirtió en una extraña amistad virtual.

—¡Bien! —exclama Megan al ingresar los números. Una sonrisa ansiosa se asoma en su rostro. Alza su vista para mirarme, mientras dejo el vaso sobre la mesa— Ahora sólo debo llamar.

—¡Espera un segundo! —agarro su mano antes de que proceda.

—No me digas que te estás arrepintiendo, As —dice en tono monótono. Sus castañas cejas forman una línea recta y severa—. Porque si no quieres hacerlo tú, lo haré yo de todas formas, ahora, mañana o cualquier otro día.

—Es que... —lanzo un bufido— ¿Y si descubro quién es y luego se enoja conmigo por descubrirlo?

—¿Ah? —alza una ceja, interrogante. Con su cabeza relativamente ladeada me mira frunciendo el ceño— No tiene motivos para enojarse, tarde o temprano la verdad saldrá a la luz. Mira: descubriéndolo sabremos si es alguien de fiar o simplemente alguien que quería jugarte una broma.

Tiene razón. Tarde o temprano debo enterarme de su identidad.

Cuando Megan inicia la llamada, el corazón golpea mi pecho de una forma sobrenatural próxima a estallar o algo por el estilo. Nos acercamos con el celular en medio, escuchando el tono de la llamada esperando ser respondida. Un suspiro tembloroso se escapa de mí al tanto que mi estómago se retuerce por los nervios.

—¿Qué hacen?

La voz interrogante de James y sus manos sobre nuestros hombros causan que Megan y yo lancemos un grito ahogado, casi brincando de nuestros asientos. Mi amiga corta la llamada, refunfuñando; al instante, logro notar un cambio en su semblante. Por poco olvido que a Megan le gusta —o quizás gustaba— James.

—Llamamos a "Alguien" —respondo, observando de reojo a Megan.

—¿Tu psicópata? —espeta James con desdén, alzando una ceja.

—No le digas así, no es la clase de chico que parece uno... —niego con la cabeza.

—¿Te unes, James? —le pregunta Megan con timidez, moviendo su celular de lado a lado con una leve sonrisa. James se encoje de hombros en respuesta.

—Si les parece bien...

—Sí, bueno —Megan carraspea y como si hiciese un esfuerzo enorme, mira a James—. Tú vigila quien responde la llamada.

Con James vigilando a los estudiantes del comedor, descubrir a Alguien será más fácil. Más de alguno usa su celular para chatear y llamar en la

hora de almuerzo, pero la probabilidad de que uno responda en el momento justo cuando hacemos la llamada es alta.

Megan y yo volvemos a nuestra posición, con el celular entre nosotras para escuchar la voz de Alguien al responder. James yace de pie tras nosotras. El plan se pone en marca. Sin embargo, cuando alcanzamos a escuchar un masculino "Aló" mezclado con el bullicio del ambiente, el timbre para volver a clases se escucha.

—¡Buuuuu! —abuchea Megan— ¿Alcanzaste a ver quién era, James?

Las dos giramos en busca de una respuesta por parte de James, pero lo único que conseguimos es un silencioso "no" con su cabeza.

Miércoles: Unas enormes ojeras delatan lo poco que dormí.

Por la noche me dedique a buscar la fotografía perfecta para el concurso y, además, hacerle algún retoque que evoque la emoción que esperaba. Entre todas las fotografías que tome, finalmente, me quedé con una donde mi peor enemigo y su amiga Cassandra aparecen cruzando sus armas. Cuando por fin terminé de darte el toque en blanco y negro que deseaba, envié la fotografía al correo del concurso sintiendo el corazón apretujado por los nervios. Realmente tengo la esperanza de poder ganar con la fotografía y el deporte tan sofisticado que elegí. Y con ese pensamiento me dormí; sin embargo, dentro de mi placido sueño, el rostro angustiado de Mika volvía a estremecerme mientras musitaba mi nombre, provocando que despertara una y otra vez.

Y este es el resultado: Ojeras enormes. Ojeras que por suerte puedo cubrir con mis lentes... y bueno, un poco de distracción armándome dos trenzas con mi cabello para desviar la vista de mi rostro no están nada mal.

Al salir de casa, camino hacia el paradero para esperar el bus escolar. Como cada mañana, debo prepararme mentalmente para los incordios del chofer y las risotadas burlonas del amigo de James, quien ha tomado la mala costumbre de llamarme por mi apodo. No es que me moleste un estúpido apodo, sino la forma en que lo dice; James tiene una extraña chispa que no provoca la misma reacción que con su robusto amigo.

No obstante, al divisar el bus noto un ligero cambio en la forma de conducción; ya no avanza a toda velocidad en mi dirección, sino de una forma más tranquila. ¿El motivo? Cuando el bus se detiene frente a mí lo descubro: han cambiando al chofer. Ahora, el nuevo conductor, es un hombre de edad que me recibe con una sonrisa cordial, nada comparada a la del conductor anterior.

—Buenos días —me saluda al subir.

—Buenos días —respondo intentando no parecer una estúpida con la sonrisa enorme que se ha dibujado en mis labios.

Hablando seriamente, siento como si me hubiese sacado un peso de encima.

El bus se detiene en la próxima parada, por la cual el antiguo conductor nunca se detenía. Algo extrañada de ver a las afueras del bus cómo es la calle donde solíamos pasar a toda velocidad, logro dar con la persona que ha detenido el bus. Una chica rubia, alta y tan desaliñada como yo se sube, envolviendo mi mente hacia unos meses atrás, cuando Mika frecuentaba el minimarket para fastidiarme más de lo normal. Es la misma chica que entro gritando una saltada de cosas que ninguno de los empleados comprendíamos, pero que, sin embargo, bastaron para que el gerente la llamase loca y Mika saliera de la tienda con ella.

¿Será alguna amistad?

Lo dudo. Ella no parece el tipo de amiga que alguien como McFly tendría; sin embargo, por precaución me arrimo más hacia la ventana.

...

—"Tú saltas, yo salto, ¿recuerdas?"

Mamá se echa a reír cuando repito la frase que *Rose* le dice a *Jack* cuando el *Titanic* está en el punto culmine para hundirse. Hemos visto tantas veces la película que me sé el guion de memoria y, aún así, no me canso de verla. No sé si es ese romance encantador entre los dos personajes o el desastre que ocurre al final lo que más me gusta —no lo digo por las muertes, sino porque es la parte que más tensión tiene. Además lo efectos especiales son bastante buenos—. Siendo sincera, me gustaría tener ese romance pasional y amor imposible que Rose y Jack tienen, pero heme aquí, un viernes por la noche, sentada comiendo palomitas y esperando el correo que dicta si mi fotografía es seleccionada para la final.

—Creo que necesitamos contratar más canales para no ver siempre la misma película —comenta papá luego de beber un sorbo de su cerveza.

—Para eso está internet —me encojo de hombros—. Pero ustedes prefieren *Titanic* que una pelícu-

Corto mi frase en seco. Unos impetuosos golpes en la puerta nos dejan congelados a los tres por un momento. Papá es el primero en reaccionar ante los nuevos golpes que parecen querer echar abajo la puerta.

Es viernes por la madrugada, podría ser hasta algún ladrón.

—¡¿Quién es?! —pregunta papá buscando algo para defenderse.

Silencio absoluto. Mamá y yo seguimos a papá por detrás hasta la puerta principal. Afuera, desde el otro lado de la puerta, unas maldiciones delatan al causante de tanto alboroto.

—¡FISSHER!

Es Mika.

Alguien. Parte 2.

MIKA

Un fuerte dolor de cabeza va en aumento a medida que abro mis ojos para dar alguna señal de vida. Todo es confuso, más aún cuando noto que estoy en mi habitación, pero no solo; una tipa que apenas conozco yace desnuda, sentada a los pies de mi cama mientras se arregla el cabello, murmurando una tanda de cosas que no logro escuchar a causa del dolor y el inmenso peso que siento sobre mi cabeza. Los parpados no son de ayuda, sino que debo hacer un esfuerzo mayor para intentar mantenerlos abiertos. Un dejo de luz ilumina la lúgubre habitación al momento que la tipeja castaña encuentra su falda entre las cortinas. Entre maldiciones, frunzo el ceño mientras una risita chillona se escapa de la castaña al ver mi expresión. Con eso basta para darme cuenta que no es la Ardilla. Tal vez, una de sus amigas del colegio o algo por el estilo. Me tomo un tiempo para meditar y recordarlo todo, pero es en vano.

Tarareando, la desconocida termina de vestirse.

—Repitamos lo de anoche, Mika —dice. Avanza hasta la puerta y se detiene—. Ya sabes dónde encontrarme.

Cuanto los minutos para estabilizarme un poco.

Como puedo, mientras todo a mi alrededor se siente como estar en el mar, meciéndome de lado a lado sin un paradero fijo, bajo las escaleras. En la sala, Ashley junto a uno de sus nuevos pretendientes, Jax y Chase ordenan lo que parece haber sido atacado por un huracán o algo por el estilo.

—Despertó la princesa.

Hago caso omiso al comentario burlesco de Jax al recordar que anoche celebramos el cumpleaños de Chase. Ahora entiendo dónde me emborraché.

—¿Qué hora es? —pregunto. Con una mano me apoyo en la pared, y con la otra, agarro mi cabeza—. La cabeza me duele como un demonio.

—Son casi las cinco de la tarde, querido hermanito —responde Ashley dejando de barrer—. Buena hora para que barras el desastre que tus amigos dejaron.

—También son tus amigos —refuta Chase. Sorpresivamente, Ashley responde a su comentario enseñándole la lengua y frunciendo el ceño—. Como sea... ¿Qué pasó anoche contigo? —mi amigo me mira con franqueza, esperando a que responda con sinceridad— Saliste corriendo, borracho, te subiste al auto y desapareciste.

¿Qué paso ayer? Buena pregunta. Ojalá pudiese responderla.

—¿Hice algo malo? —pregunto con desdén.

Ashley blanquea los ojos y continúa barriendo la sala. Sin embargo, Chase y Jax no quedan conformes con mi respuesta. Sus expresiones me lo confirman, sobre todo la de Chase, quién tiene esa mirada dudosa. Chasqueo la lengua y me siento sobre el sofá.

—¿¡Por qué no contratas un maldito servicio de limpieza en vez de sentarte ahí?! —me reprende mi hermana al verme sentado— Al menos colabora con el aseo... ¡Dios!

—Me duele la jodida cabeza, Ashley.

Antes de que mi hermanita comience con sus reproches y berrinches, el timbre la interrumpe provocando que se trague toda su habladuría. Qué bien, no estoy de humor para escuchar a nadie, mucho menos con esta jaqueca. Ahora, su rostro es de espanto y lo único que puede formular en voz baja con sus labios es la palabra "papá".

—No seas ridícula... el viejo tiene llave —aclaro. La tensión desaparece cuando lanza un largo y profundo suspiro.

Camina hacia la puerta y la abre.

—Hola, linda —la saluda una peculiar voz que logra ponernos en alerta a Chase, Jax y a mí— ¿Está tu hermano?

Los tres avanzamos hasta la puerta. Ashley se hace a un lado, algo confundida, por lo que le lanzo una mirada para que entre y nos deje solos. Mathew Stanphord es lo último que quisiera ver en este día, pero acá lo tengo, en frente de mis narices con esa estúpida sonrisa.

—Mika y sus dos novias —dice con sarcasmo al vernos.

—Contaré hasta tres para que saques tu apestosa cara de acá, Stanphord —gruñe Jax, tronando los dedos. Chase pone una mano sobre el hombro de Jax para indicarle que se calme.

—¿Qué quieres?

—Nada en especial —se encoje de hombros—. Sólo tengo un mensaje para ti: —alza sus cejas y me mira directamente a los ojos como solía hacerlo antes— Patrick me ha mandado para decirte que no te acerques nunca más a Astrid, ni pongas un pie en su casa. Nunca.

La forma en que ha pronunciado el nombre de ella me resulta tan espontanea para ser él, que no puedo evitar apretar los puños. La ha

mencionado como si fuesen cercanos o algo por el estilo. Quizás, lo son... y eso me emputece. Una serpiente venenosa como Mathew puede decirle lo que desee a Astrid y ella lo podría creer.

Es curioso que el Perro James y la Serpiente Mathew me digan lo mismo.

El miércoles por la mañana el perro tuvo el descaro de aparecer ante mí minutos antes de entrar a clases. Como todos los días de colegio, antes de entrar a clases Chase, Jax y yo nos quedamos observando a los demás entrar a Jackson para reírnos un poco de ellos. Sin embargo, ese día, Chase andaba por los aires seguramente y Jax coqueteaba con una chica de primero, así que me encontraba solo sentado en el capó de mi auto. Seguramente el Perro vio una oportunidad y se acercó a ladrar.

—¿Qué quieres, Perro? —le pregunté, cruzándome de brazos.

—Creo que es obvio a qué vengo —ladró.

—Puedes venir a muchas cosas —sonreí—. Vamos, ladra...

—Sé que eres tú la persona con la que Astrid habla por chat. Sé que tú eres "Alguien", McFly —caminó dos pasos más, hasta quedar frente a mí, observándome desafiante—. Por el bien tuyo y el de ella, más vale que no vuelvas a acercarte ni pienses en volver a engañarla con tus palabras de chico bueno, porque ambos sabemos que no lo eres.

Eso no me lo esperaba. Nunca pensé en qué pasaría si alguien más descubría que era yo quien hablaba con Pajarito.

—¿Qué crees que pensará o sentirá cuando se entere de todo? ¿Eh? —continuó.

—Eso no te incumbe, Perro.

—Me incumbe. Soy *su* amigo, McFly —agregó recalcando la palabra "amigo".

—No —refuté con firmeza—. Eres el rastrero que está enamorado de ella.

—Pues parece que no soy el único rastrero que está enamorado de ella... Si de verdad tienes un poco de empatía y la quieres, aléjate de ella. Por su bien.

Y esa tarde lo medité lo suficiente como para darme cuenta que el Perro tenía razón, alejarme de ella es lo mejor. Pero con la inesperada visita de Stanphord, lo que pasó anoche queda más que claro.

Mierda... ella lo sabe todo.

ASTRID

—¡FISSHER, SÉ QUE ESTÁS AHÍ!

Los gritos de McFly me dan un vuelco el corazón y secan mi garganta de tal forma que debo tragar saliva para no carraspear al hablar.

—Es Mika... —musito. Papá se gira a verme interrogante. Al parecer ha escuchado lo que dije—. Es Mika —repito, mientras, busco alguna mentira que decirles a mis padres para que no estén a la defensiva—, un chico de Jackson que está pasando por un drama familiar.

—¿Lo conoces? —pregunta papá.

Asiento en respuesta.

—Deja que yo me encargue.

Los dos meditan mi propuesta, sospechando de mi mentira.

Frente a la puerta, logro volver escuchar las maldiciones que Mika lanza al aire. Por su manera de hablar, parece estar borracho, pues no modula las palabras bien, y por su alterada aparición, no parece estar cuerdo al cien por ciento. Si antes creía que McFly tenía problemas, ahora lo estoy confirmando. ¿Qué hace a las dos de la madruga afuera de mi casa queriendo, prácticamente, derribar la puerta? Pensar en los motivos provoca que un escalofrío recorra mi espina dorsal hasta causar un cosquilleo en mi nuca.

McFly es una caja de pandora.

Abro la puerta encontrando a McFly del otro lado. Puedo ver su degradante aspecto agitado y acalorado caminando de un lado a otro; parece un sujeto que está a punto de tirarse por la borda, agotado, ojeroso, pálido y desganado. Golpear la puerta y gritar como un demente debe haberlo agotado más de la cuenta o quizás los tragos que debió tomar antes de venir hasta aquí. El olor a cerveza y tragos se mezcla con el cítrico aroma de su perfume de marca. Hasta ahora vi muchas facetas de Mika, pero ésta, aunque suene raro decirlo, es la más deprimente.

Recién cuando cierro la puerta tras de mí, McFly se percata que he salido. Alza su cabeza y me mira, entonces por un segundo creo que me golpeará; pero no. Al retroceder y chocar contra la puerta, Mika me aferra hacia él apretándome contra su pecho.

Si esto no es un abrazo, no tengo una maldita idea de qué será...

—No puedo —formula—. No puedo aceptarlo, no quiero.

—¿De qué estás hablando? —intervengo con voz temblorosa, aún sin poder creer que me esté abrazando. No puedo mover ni un músculo.

—El Perro quiere que me aleje de ti, pero no puedo —murmura—. Eres la única persona que no puedo sacarme de la cabeza. De día, de noche, por las tardes, en el maldito colegio, mientras te veo esperando bus en el paradero para ir al trabajo... siempre tú. Pensé que podía jugar contigo, quería reírme de ti con todos esos mensajes, todas las situaciones, todos mis insultos... pero este juego lo ganaste tú.

—¿Mensajes? ¿Juego? —consigo apartarlo— ¿¡De qué estás hablando, McFly?!

Un revoltijo en el estómago es el reflejo de lo que estoy pensando justo ahora. Una parte en mí no quiere creerlo. Necesito escucharlo con claridad, con todas las palabras.

—Intenté... —guarda silencio y luego lanza una carcajada mirando hacia otra dirección— Yo intenté hacer que te enamoraras de mí para hacerte sufrir. Hacerte sufrir por ser hermana de Fissher... Al final, soy yo el que terminó loco por ti. Inventé ser otra persona para tenerte en la palma de mi mano. Me hice pasar por alguien más para agradarte, ganar tu confianza, conocerte. Tenía tu número y...

—N-no... —niego con la cabeza, rehusándome a creer lo que está diciendo—. Tú no puedes ser *él*. Tú no puedes ser Alguien.

—Pero lo soy, Astrid.

Sábado.

No tengo idea de cuántas horas han pasado desde que McFly apareció aquí, ebrio, y me contó todo. La verdad, poco me interesa. Hoy no estoy de humor para estar calentándome la cabeza con esas cosas, pero allí están y es inevitable no pensar en ellas. No sé qué ha sido lo peor de todo, ni que es lo que me hace sentir más desganada. McFly es Alguien,

es ya es un hecho que no se puede revertir. Lamento no haberlo bloqueado apenas me habló; de ahí el dicho, ¿no? La curiosidad mató al gato. Bueno... no mato al gato, pero sí a una persona que pensé, dentro de mi ingenua cabeza, ser alguien real.

—¿No piensas comer? —mamá es la última en sentarse a la mesa para almorzar. Esbozo una pequeña sonrisa como respuesta— Deberías estar feliz por haber sido seleccionada en el concurso.

Rompería esta fotografía si pudiera...

—Sólo tengo sueño —comento—. Además, es sólo un concurso.

—Sí, pero fuiste seleccionada entre miles de chicos, As —intenta animarme papá. Me encojo de hombros y por un momento me siento hipnotizada por la forma en parte la carne.

—¿Hablaste con Patrick sobre lo de anoche? —le pregunto tratando de sonar indiferente. No quiero ni pensar en la reacción de Patrick cuando se entere que Mika estuvo afuera de nuestra casa.

—Sí. Aquí no ocultamos nada —responde papá—. Tu madre y yo estamos esperando a que nos digas quién es ese tal Mika.

Mierda.

—¿Es-escucharon lo de a-anoche? —titubeo. El corazón podría subirse a mi garganta del solo susto.

—Algo —admite mamá—. Ahora, ¿nos dirás quién es era ese chico?

—Él no es nadie —respondo con frialdad—. Y no vale la pena hablar de él en ésta mesa.

Enmendar los errores.

ASTRID

«Se le escribe el siguiente correo para felicitar a Astrid G. Fissher por su excelente forma de representar y capturar el deporte "Esgrima" es su fotografía, siendo una de las seleccionadas para la siguiente fase del Concurso Fotográfico. Se le recuerda que el jurado les propuesto a los seleccionados capturar la emoción "Felicidad" donde se definirá al ganador»

Releo el correo sobre el concurso fotográfico por décima vez. No debo mentir; me hace feliz haber sido una de las seleccionadas. Sin embargo, la mente me carcome porque, a pesar de haber ganado con mi fotografía, una parte del crédito se la lleva "Alguien".

O mejor dicho McFly.

Es Domingo y aún me rehúso a creer lo que pasó en Viernes es verdad. De alguna forma, sabía que esto pasaría: que Alguien sólo era una persona jugando conmigo; pero nunca pensé que sería el estúpido de McFly. Jamás creí que su odio hacia mí llegara a tal extremo. ¿De verdad pretende que me trague todo lo que dijo? Él y toda su palabrería absurda solo es una fachada más para hacerme sufrir. Lo ha hecho desde el primer día de clases, ¿por qué cambiaría ahora?

"...Al final soy yo el que terminó loco por ti".

—¿Y si dice la verdad? —Megan se encoje hombros— ¿Qué pasa si de verdad le gustas a Mika? Los borrachos no mienten, As. Y si él fue hasta

tu casa a decirte la verdad sobre Alguien, seguramente dice la verdad con respecto a sus sentimientos.

—¡Es que no me cabe en la cabeza! —gruño untando con fuerza mi papa frita en el pocillo con mostaza— ¿Cómo alguien así puede sentir eso? Me hizo la vida imposible por casi todo un semestre.

Megan me entrega una servilleta para que limpie mis dedos.

—Las personas pueden cambiar, As. Y cuando digo "personas" eso también lo incluye a él, aunque parezca extraño —suspira, dejando caer sus brazos a los costados de la silla—. Debo admitir que me siento culpable por haber empezado con todo este asunto; no debí entregarle tu número...

—No digas eso —chasqueo la lengua—. Él hubiese obtenido mi número con o sin tu ayuda, Megan. Ya sabes cómo es: manipulador, retorcido... un completo idiota.

Mi amiga sonríe y vuelve a mirar la comida chatarra sobre su bandeja. Me ha pedido acompañarla para comprar ropa de invierno, y de paso, celebrar por ser seleccionada en el concurso. Yo me negué al comienzo, pero no pude seguir diciéndole que no después de su mimado tono suplicante.

—Bueno... alguna cosa de Alguien debe tener Mika, ¿no? Ese chico dulce, alegre y bromista debe existir en alguna parte de McFly —comenta de pronto. Es como si leyera mis pensamientos y los estuviese diciendo en voz alta por mí.

Sí, en alguna parte de su retorcido ser, McFly debe tener algo de Alguien. Pero eso no importa ya, McFly no es nadie. Irónicamente, pasó de ser Alguien a Nadie. O eso quisiese creer; sin embargo, aunque mi

deseo ahora es nunca haber ido a recoger aquella pelota de beisbol, admito que McFly ya es parte de mi vida...

Lo hizo desde que mandó a golpear a mi hermano por la absurda razón de mirarlo con desdén y decirle las verdades a la cara, como nadie se atrevió a hacerlo. No puedo olvidar eso. No podré olvidar eso, ni siquiera con todas sus habladurías. Yo estaba allí cuando mi hermano era golpeado, cuando McFly esbozaba su retorcida sonrisa saboreando los golpes. Yo estuve en el aeropuerto despidiéndome de mi hermano cuando se fue a otro estado luego de las amenazas de McFly. Yo fui la que les mintió a mis padres diciendo que a Patrick lo habían asaltado para que no se preocuparan.

MIKA

—Lo sé, Losé... dejaré de sonreír.

Chase hace a un lado el balón de futbol con el que jugaba.

Ha venido explícitamente para preguntar qué me ocurrió el viernes por la noche y a contarme todo lo que a él le pasó. Su estúpida sonrisa de enamorado no es sin motivos pues, al parecer, "su nerd" al fin ha admitido lo que siente por él. He ahí el largo estrecho que nos separa a los dos: A Chase lo han correspondido, a mí ni siquiera me quieren ver la cara. Eso lo doy por hecho.

—Es serio, amigo, la he jodido en grande —comento a su lado. Huelo la copa de vino que tengo en mis manos y luego le doy un sorbo. En ausencia de mi padre aprovecho de robarle algunos vinos de su colección—. Ahora ella lo sabe todo.

—¿Y qué es lo que lamentas, viejo? Sabías que esto pasaría tarde o temprano. El *Gran Mika*, quien alguna vez se burló de mí, se ha

enamorado perdidamente de alguien que no le corresponde. Es el karma.

—Cállate —gruño—. Lo malo no es eso. Lo malo es que su jodido hermano es Patrick... ¿olvidas lo que hice con él?

—¿Y tú olvidas lo que él hacía contigo? Sólo le devolviste lo que te hacía antes —Hago un mueca de desagrado. Recordar mi vida en la primaria y secundaria no es algo agradable, no importa desde dónde lo mire—. Lo único que debes hacer ahora, es enmendar tu error.

Alzo una ceja.

—Lo dices como si fuese sencillo con Mathew en el camino. Además, ella me odia... no puedo cambiar eso —le entrego la copa a Chase—. No es tan simple.

—Nada es simple. Que te guste alguien nunca fue simple —se encoje de hombros. Él sabe exactamente lo que está hablando y sé perfectamente a qué se refiere con eso—. Pero eso es lo emocionante, ¿no? —lanzo un suspiro pesado, encorvando la espalda. Al sentir la mano de mi amigo sobre mi hombro lo escucho reírse entre dientes—. Jax querrá matarte cuando se entere de quién te estás volviendo loco.

—No le digas ni una palabra —le advierto—. Ni a él, ni a tu noviecita nueva, ni a nadie.

Chase blanquea los ojos, apartando su mano de mi hombro. Finalmente, accede.

Enmendar mi error.

Con esa idea he despertado por la mañana y no he podido apartarla de mi cabeza. Ha dado vueltas y vueltas como unas estúpida y molesta

mosca por la sala. Mientras me bañaba, mientras me vestía, mientras escuchaba a mi hermana quejarse del pan tostado, mientras me subía al auto para buscar a Chase y Jax.

Y ahora en el estacionamiento de Jackson.

Aún me sigue pareciendo una idea absurda y difícil, porque aunque me proponga hacerlo no tengo la menor idea de cómo llevarla a cabo. Es probable que Pajarito ni siquiera quiera verme. Que salga huyendo despavorida, que me evite a toda costa como lo ha hecho con mis mensajes y llamadas.

No me sorprende de lo hiciera, para ser sincero.

—Voy a entrar antes —les informo a Chase y Jax, quienes tienen una amena conversación sobre futbol americano apoyados en mi auto—. Nos vemos adentro.

Nunca fui entusiasta por los deportes —la pelota que tengo en mi habitación seguramente es de algún inepto que la trajo el día de la fiesta—, ni ellos tampoco, por eso ninguno de los dos pertenece a alguna academia; sin embargo, los dos no son exigentes cuando por la televisión trasmiten algún partido.

—No te vayas a perder en el camino, mi amor —dice Jax mientras me alejo.

Blanqueo los ojos al oírlo.

ASTRID's POV

Doy un largo suspiro cuando llegamos a Jackson. La chica del minimarket que aquella vez le gritó a Mika —y que ahora se sienta en el bus a mi lado— tarda un tiempo en darse cuenta que el bus se ha

detenido frente a la entrada de Jackson, por lo que hago un sutil movimiento con mis brazos para que salga del misterioso mundo de los pensamientos. Cuando se levanta del asiento, avanza por el pasillo como un sonámbulo lo haría. Yo le sigo por detrás, igual de distraída que ella.

Bajo las escaleras del bus y me quedo unos instantes de pie observando entre los estudiantes si encuentro el rostro de McFly dentro del estacionamiento, pero en cuanto veo su auto estacionado, escucho la peculiar voz del amigo de James.

—¡SAL DEL CAMINO! —me grita y antes de poder reaccionar, me da un empujón que por poco me lanza de golpe al suelo. Sólo atino a sujetar mis lentes— ¡Es la segunda vez que haces lo mismo, Cuatro Ojos! —gruñe acaparando la atención de los demás.

Avergonzada y queriendo desaparecer allí mismo, no hago más que bajar la cabeza. No obstante, cuando tengo la falsa idea de que el robusto amigo de James seguirá destruyéndome con sus palabras. McFly aparece en la escena, furioso como nunca antes lo había visto, y golpea al chico de tal forma que este cae al suelo. Me hago a un lado esquivando que el gordo choque conmigo al caer, entonces, miro a Mika; éste hace una mueca de dolor después del golpe que intenta ocultar cuando sus dos amigos llegan.

McFly no les dice nada, sino que opta por desaparecer entrando a Jackson. Yo le sigo detrás.

Los acepto.

MIKA

Camino hacia la entrada, mientras a mi alrededor, los demás estudiantes bajan sus cabezas al verme o comentan entre sí cosas que no son de mi interés. Ninguna opinión de estas ineptas hormigas me es de valor. La única opinión que me importa sobre mí en este preciso momento corresponde a la de Pajarito; pero sé que no es una opinión buena. Es curioso que el día me acompañe con mi acongojado descubrimiento, porque el cielo está de un dramático color gris.

Es otoño después de todo.

A pasos de la entrada el bus escolar acapara mi atención al ver a una singular chica pensativa, mirando por la ventana. Es entonces que me detengo a ver cómo baja del bus. Antes que ella baje, la nerd de Chase baja del bus haciéndose a un lado. Detrás de ella le sigue la pequeña Fissher, quien se queda de pie en la entrada del bus. Y antes de que reaccione, un tipo obeso con el ceño fruncido parece gritarle algo y procede a empujarla.

Aprieto mi puño y en segundos, sin darle importancia a todas las personas que empujé para hacerlo, éste ha sido impactado contra la gruesa nariz del hipopótamo con toda la fuerza que he podido acumular del repentino impulso que he tenido. Sin embargo, la consecuencia de mi acto me provoca una punzada en mis nudillos que logro disimular. No estoy acostumbrado a golpear a las personas. Eso es de bárbaros y simios. Yo prefiero que alguien más lo haga por mí. Pero este caso fue

diferente; mi instinto habló primero y como resultado, toda mi ira acumulada cayó en el gordo que está chillando en el suelo.

Chase y Jax no tardan en aparecer entre los chicos que se han reunido sacando sus celulares para grabar lo que ha pasado. Sé perfectamente que querrán una explicación, no obstante, no deseo darles una, así que sin decir nada entro a Jackson.

Entro a la enfermería con el fin de vendarme los malditos nudillos que sangran como si no hubiese mañana. Como siempre, por esas coincidencias de la vida, la enfermera no está y debo hacer todo el trabajo yo. Busco entre las cosas vendas, algodón o algo por el estilo para curarme, pero cuando intento sacarlas del botiquín todo se da vueltas. Soy un maldito desperdicio humano... O estoy comenzando a serlo.

Me agacho para recogerlas, hasta que escucho la puerta abrirse.

Es Pajarito.

—Siéntate —me ordena al entrar.

¿En qué momento se dieron vuelta las cosas? ¿Ahora es ella quién me da órdenes?

Hace una mueca de desagrado al verme y me ayuda a guardar las cosas en el botiquín, dejando afuera un par de vendas. Me siento sobre la cama de sábanas blanca, la misma dónde la encontré sentada a ella la última vez que estuve aquí.

—No estoy aquí para agradecerte —aclara acomodando sus gruesas gafas para luego mirarme a los ojos con franqueza. Se sienta a mi lado—. Estoy aquí para decirte que metas tus narices donde corresponde.

Suspira hondo y comienza a vendar mi mano. Con sus delgados dedos, enrolla la venda con sumo cuidado y procurando tocar mi mano lo menos posible. Intento que es fallido cuando yo no puedo dejarla quieta.

—Si no estás aquí para agradecerme, ¿entonces por qué me estás ayudando con la venda? —ella muere su labio inferior, luego lanza un bufido y se encorva murmurando algo que no logro escuchar. Ya casi termina de colocar la venda— Deberías darme las gracias, Pajarito. Por dejar como un idiota al gordo y porque gracias a mí fuiste seleccionada en el concurso de fotografía.

Se levanta de golpe, frunciendo el ceño. Está molesta o peor que eso.

—El triunfo que tuve fue por mis méritos. Fui yo quien tomó la fotografía —afirma, colocando una mano sobre su pecho. Me levanto también dejando en claro la enorme diferencia de tamaño que tenemos y el acercamiento repentino que hemos tenido al estar sentados sobre la cama. Retrocede un paso.

—Ajá, pero fui yo el que te dijo el lugar perfecto.

Aprieta su mandíbula con fuerza.

—Eres un maldito estúpido —gruñe—. Y te odio como nunca odie a nadie en mi estúpida existencia, McFly. Eres arrogante, déspota, prepotente y sobre todo un completo mentiroso. Si crees o por algún momento pensaste que me tragaría tus palabras, estás muy equivocado. Siento mucho lo de tu juego y siento mucho arruinar el extraño juego que pretendes formar diciendo todas esas bobadas, pero no creo nada —sus mejillas son rojas de ira. Hace una pausa para calmarse—. Lo única verdad que dijiste fue lo de *Alguien*...

—Cada palabra de lo que dije es cierta. De principio a fin —confieso.

Chasquea la lengua.

—¿Tienes el descaro de seguir diciendo lo mismo? Eres repulsivo, McFly —me mira de pies a cabeza negando con la cabeza—. Adiós.

Da media vuelta para marcharse, pero antes de que abra la blanca puerta, la detengo por el brazo. Y aunque su reacción no es del todo buena y me mira con una expresión entre desconcertada y molesta, no tengo intensiones de soltarla hasta que todo lo que dije esa noche entre en su cabeza.

—Me gustas.

ASTRID

—Me gustas —dice de nuevo.

—Cállate. No quiero escucharlo más... —le ordeno, intentando zafarme de su agarre con mi mano libre, pero el usa también a suya para agarrarme. Es su mano vendada y aunque una mueca de dolor aparece en su rostro al momento de agarrar mi muñeca, desaparece completamente cuando vuelve a abrir la boca.

—Me gustas. Me gustas. Me gustas —repite como un disco rayado—. No sé en qué forma decirte esto porque nunca se lo dije a nadie antes. Siempre fui yo el oyente... ¿Qué debo hacer para que me creas?

Un repentino nudo en la garganta provoca que trague saliva con dificultad. De pronto mi respiración se ha agitado más de lo normal. Estoy frente a McFly, estoy volviendo a ser vulnerable ante él. Y es realmente malo. McFly es malo diciendo todo esto. Ni siquiera yo sé que debería

hacer para creerle. Una parte en mí quiere hacerlo al ver su expresión sincera y seria. La otra, quiere salir huyendo.

—Sé, que piensas que es ridículo escuchar esto de mí. Y no te culpo. No después de lo que hice, pero realmente debes creerme... —choco contra la puerta de la enfermería. No tengo idea en qué momento retrocedí—. Yo también estoy tan desconcertado como tú. No quería admitirlo, pero pasó. Y seguirá pasando quizás en cuanto tiempo más.

—¡Ya, suéltame! —le ordeno, pero logra aprisionarme. Ni siquiera puedo mover mis piernas al menos para golpearlo o algo. Estoy completamente acorralada.

—No —responde—. No hasta que aceptes que es verdad. Que todo lo que digo no es una mentira. Acéptalos.

Aprieto mis puños. Escucho pasos afuera de la enfermería y por un momento creo que será mi forma de escape, pero no. Mika no se inmuta ni siente remordimiento al escuchar los golpes en la puerta, ni los desoladores lamentos del amigo de James, ni las maldiciones del Profesor Marshall, ni nada.

Está ensimismado en oírme.

Cierro mis ojos con fuerza.

—Los... —trago saliva junto con mi orgullo. Cierro mis ojos con fuerza— los acepto, pero no los correspondo.

Vuelvo a abrir mis ojos. Sus labios se curvan ligeramente hacia arriba esbozando lo que parece ser una sonrisa.

—Con eso me basta —dice. Y en un par de segundos tengo sus labios sobre los míos.

Lentamente, McFly me libera sin apartar sus labios de mí hasta que logro empujarlo. Abre sus ojos sin arrepentimientos. Niego con mi cabeza sin poder creer el descaro que tiene; sin embargo, antes de recriminar su acción, los golpes en la puerta me interrumpen.

No lo pienso más y abro la puerta. Sin mirar a nadie o dar explicaciones salgo corriendo hacia la sala de Matemáticas.

...

—Escuché que McFly salió sin amonestaciones por haber golpeado al amigo de James. Bueno, ex amigo... supongo —comenta Megan terminando de comer su almuerzo.

—No sería la primera vez que lo hace —respondo—. Me pregunto qué pasará con ese robusto cuando vuelva de su suspensión.

Es curioso que sienta preocupación por el chico robusto, pero estoy segura que le irá peor por haber dejado a McFly sangrando aunque no haya sido su intensión. Mika no se quedará en paz hasta verlo sufrir.

El timbre para volver a clases se oye por todo el comedor. Megan y yo nos despedimos, nuestros caminos se separan después que ese tortuoso timbre se escucha. Y como todo lunes en la tercera hora, las chicas de mi curso y yo debemos cambiarnos en los camarines para unas cansadoras clases con la profesora Scott. A diferencia de los lunes pasados, este día ha estado plagado de rumores y comentarios sobre lo de que sucedió en la mañana.

A mí todo eso comienza a exasperarme, sobre todo lo que pasó en la enfermería.

—¡ASTRID!

La profesora Scott y todos los demás me están mirando.

—¿S-sí? —pestañeo un par de veces para volver a la realidad. Ni siquiera me percaté que los chicos también están con nosotros.

—Al diablo —gruñe, anotando algo en su libreta—, te ocuparás del escenario.

Liz y April se acercan a mí para explicarme.

—La profesora Scott es la encargada de la obra teatral de este año a fin de semestre —me explica Liz—. Eligio *Romeo y Julieta*, una obra que nadie conoce.

April ríe entre dientes con disimulo.

—Bueno, Astrid. Tienes suerte de ser parte de nuestro equipo —comenta April, encogiéndose de hombros—. Aunque creo que a "cierta persona" le habría gustado que fueses *Julieta*.

Sé perfectamente a quién se refiere con "cierta persona". A juzgar por lo molesto que está James, deduzco que le ha tocado el papel de *Romeo*.

De vuelta al trabajo.

ASTRID

Todos se han vuelto locos con el asunto de la obra de teatro, tenemos un desastre en la Sala de Arte. Los de vestuario corren de lado a lado y buscan en internet opciones para usar. La profesora Scott y los encargados del guión han impreso miles y miles de hojas que la mayoría han arrojado a la basura sin poder modificar el guión a la época, porque según ha dicho la profesora, el guión es muy complicado de entender. Y nosotros, los de la escenografía, estamos consiguiendo todo lo necesario para que nuestros dibujos salgan lo más real posible. Lizz y April se han encargado de dibujar en los enormes cuadrados de cartón y los demás chicos —incluyéndome— nos dedicamos a pintar. Yo solo deseo no tener que salir vestida de árbol a la escena, porque eso es ridículo y sé que se siente, ya lo hice antes. Fue cuando estaba en secundaria, después del revuelo del tarado que me besó por una apuesta. A mediados de Navidad hicieron una obra de teatro y tuve que disfrazarme de un maldito árbol navideño, con adornos y todo. Claro, uno de los focos principales sería yo cuando en medio de la obra los protagonistas armaban el árbol y yo aparecía en escena. No obstante, cuando estaba entrando al escenario, tropecé con uno de los cables y caí de cara contra el piso de madera provocando las carcajadas de todo el público, incluidos mis padres. Si lo que deseaba era ser el centro de atención, lo conseguí de maravilla...

Los escenarios y los torpes no congeniamos. Eso está más que claro.

Después de mancharme los dedos con tempera y pegamento, tomo un descanso sentada sobre una de las mesas de la sala de arte. Ya hemos terminado la sala de los Capuleto, el lugar donde *Romeo* y *Julieta* se

encuentran y bailan. Mientras hago un intento en vano de limpiar mis manos con crema, James entra por la puerta y camina hasta sentarse a mi lado. Lanza un bufido y mira el revuelo que hemos armado.

—Me estoy volviendo loco —comenta—. Ni es un millón de años podré ser *Romeo*. No tengo madera de actor, mucho menos puedo aprenderme las cursilerías que dice.

Se agarra la cabeza y luego revuelve de cabello, desesperado.

—Debes meterte en el personaje, JC —le aconsejo. Aunque no sé si sea un buen consejo, pero así decía la profesora de Actuación de secundaria; un buen actor debe sentirse, actuar y pensar como el papel que interpreta, sólo así logrará una actuación para recordar—. Piensa como *Romeo* y siente como *Romeo.*

—Bah... —chasquea la lengua y se hace para atrás apoyando sus manos a los lados—. Sería más sencillo colocarme en el papel de un chico enamorado si tú fueses *Julieta* —Inevitablemente, todo mi rostro paliducho se vuelve a un fuerte y evidente rojo.

Eso no me lo esperaba. Y todo empeora cuando April y Lizzy miran hacia nuestra dirección con expresiones juguetonas. No tengo idea de qué estarán pensando, ni cómo esas dos se enteraron que a James le gusto. Y "hablando de saber", no puedo evitar preguntarme si James ya sabía que Mika es Alguien.

—James...

¿Será buena idea preguntárselo? ¿De verdad quiero seguir con ese tema? Al final, todo resultó como menos lo esperé y lo supiera o no, antes o después, las cosas no cambiarían.

—¿Qué? —interroga después de dejar mi frase al aire.

—Ah, nada... —niego con la cabeza—. S-sí quieres te ayudo a aprenderte el guión. Sólo consígueme uno y listo.

MIKA

—Ahh... ¿Qué haremos contigo?

Jax mira al obeso de la mañana de pies a cabeza, deteniéndose en los vidriosos y asustados ojos del Hipopótamo, quien parece estar rezando para que nada le suceda. Lo hemos "solicitado" detrás del gimnasio para hacer un trato y olvidar lo que hizo temprano, y de paso, saciar mi sed de ira... o algo por el estilo.

—¿N-no cr-creen que el castigo im-impuesto por el Director es su-su-suficiente? —Que titubee tanto comienza a exasperarme. En la mañana, cuando empujó a Pajarito, no se veía con tan pocas agallas porque no estaba frente a nosotros, pero la situación ha cambiado y más que un hipopótamo parece una gallina.

—¿Tú crees, *Gordito*? —interrogo, pateando una piedra. Él asiente repetidas veces.

Es asqueroso sólo con verlo. Si antes me daba asco verlo, ahora me causa repulsión, sobre todo por su gruesa e hinchada nariz.

—No —Chase niega con la cabeza, hundiendo toda esperanza que comenzaba a salirle a flote—. Pero si quieres salir impune de todo esto, tendrás que hacerme un pequeño favor y humillarte un *poquitín* más, mi

gordo amigo. Verás, necesito ayuda con algo y tú eres el ideal para esto.

Blanqueo mis ojos. Comienzo a entender qué pretende hacer Chase...

Detengo el auto en uno de los estacionamientos del minimarket y bajo. Es ridículo volver aquí después de tanto tiempo de ausencia, pero heme aquí; sólo para cumplir el consejo que Chase me dio aquel día: enmendar mis errores. Aquí cometí muchos, fue donde le hice la vida imposible a Pajarito y la traté como una basura. Puede ser un buen inicio para arreglar todo o quedar como un completo idiota.

Y lo más probable es que se cumpla la segunda opción con todo lo que dijo ella en la enfermería.

"...pero no los correspondo"

No esperaba que lo hiciera, ni aquí, ni en Marte, pero puedo evitar que lo haga, ¿no?

Al entrar al minimarket por la puerta principal, con quien primero me topo es ella, la causante de todos mis desasosiegos. La pequeña Fissher limpiaba con espero el pasillo principal del minimarket hasta que sus ojos se clavaron en mí. Ahora su concentrada expresión es reemplazada por una molesta e incrédula.

—Bien —dice, más para sí misma.

Guarda en trapero en el cubo con agua y se marcha del pasillo hasta la zona para el personal autorizado. En no más de cinco minutos, el gerente del minimarket se acerca para hablarme acompañado de Gruonie.

—¿Qué haces tú aquí, Mika? —pregunta la Ardilla, cruzándose de brazos. Le hace una señal con la cabeza al gerente para que se marche y nos deje a los dos solos en el lúgubre pasillo a medio limpiar. Luego, lanza un bufido— No me digas que vienes a fastidiar a Astrid, porque ya te dije que eso no me gusta —arrastra su aguda mirada hasta mi mano derecha, con la que golpeé al obeso— ¿Y qué le sucedió a tu mano?

—Si me dejas trabajar aquí te cuento todo —respondo, esbozando una sonrisa falsa. Atrás de Gruonie, el gerente ha llegado al pasillo con una libreta en la mano y finge prestarle atención a las latas de comida del pasillo.

—Yo no tengo autoridad para dejarte trabajar aquí, Mika —Gruonie lanza un suspiro—. Eso deberías saberlo ya.

—Sí, pero eres la hija del dueño, puedes hacer algo al respecto.

Y como era de esperar, la curiosidad superó a Gruonie y con rostro amargado se dirige hasta el gerente del minimarket. Los dos trazan palabras que no logro escuchar debido a la distancia y confidencialidad con la que hablan, pero la expresión del gerente me lo dice todo. He sido re contratado —aunque anteriormente nunca lo fui— para trabajar como la gente común y corriente lo hace. Hora de mancharme las jodidas manos, todo para...

—¿Enmendar tus errores? —Gruonie lanza un suspiro mezclado con el humo del cigarrillo que acaba de encender. Apoya su espalda en la pared

y me observa, volviendo a clavar sus verdosos ojos en mi mano— Así que, al fin y al cabo, si estás aquí por ella.

—Se oye estúpido, pero sí.

—No tengo idea de cómo pretendes hacerlo, pero... —lleva el cigarrillo a sus labios y le da otra calada sin exhalar el humo— suerte. Me habría gustado estar en los zapatos de ella, ¿sabes? No sabe el privilegio que tiene —blanqueo mis ojos. Había olvidado que la Ardilla siente cosas por mí—. Es una broma, es una broma —se ríe entre dientes—. Ya encontré con quién distraerme, Mika.

—¿Quién?

—Su amiguito —sonríe y lanza el cigarro al suelo para luego pisarlo. Alzo una ceja.

—¿El Perro? —interrogo— ¿Te gusta?

—No al punto que me gustas tú —admite, encogiéndose de hombros—, pero es alguien agradable y fácil de fastidiar. La verdad, me odia... pero soy la hija de su jefa, así que intenta ocultarlo de una forma muy obvia y graciosa —se acomoda el uniforme del colegio y mira hacia dentro del minimarket. Por poco olvido que trabajo en este horrible sitio desde ahora y que salí unos momentos a tomar un "descanso"—. Ahora dime, ¿cuándo pretendes decirle a Astrid lo que pasó entre su hermano y tú? —pregunta de forma confidente.

—¿Cuándo? Ella no lo creería aunque se lo dijera *El Papa* —comento con sarcasmo. La Ardilla frunce el ceño—. Tú eres hija única, no lo entiendes. Pero, ponte en el caso: ¿Qué pensarías si te enteraras que tu hermano, la persona que has defendido todo el maldito tiempo, es un imbécil que vivía haciéndoles la vida imposible a los demás y tiene

videos sobre eso? —respiro hondo, intentando calmar la ira que me ha surgido de pronto.

Ya lo dije antes, recordar aquella época no es algo que me guste.

La Ardilla entre abre sus labios para contestar; sin embargo, antes de hacerlo es interrumpida por la sorpresiva aparición de Pajarito, quién sale del minimarket tropezándose en la puerta. Alcanzo a agarrarla antes de que caiga y se estampe en el suelo, pero una vez estable, ella aparta mi mano y alza su cabeza, mirándome con incertidumbre.

¿Acaso ella escuchó lo que dije?

Patrick confiesa.

ASTRID

Tener que aguantar aquí a McFly no es la cosa más satisfactoria del mundo, mucho menos después de todo lo que hemos pasado. Sobre todo lo de la mañana. No quiero que le den sus arranques cuando nos topemos de casualidad o haga alguna cosa extraña más de las que ha hecho y dicho en la enfermería. Todo este tema me desespera hasta un punto inimaginable. ¿De todos modos qué hace acá de nuevo? No necesita un trabajo, además, ya acepté sus incongruentes sentimientos hacia mí.

Podría cambiar de empleo, pero llevo mucho tiempo aquí como para hacerlo por una persona. Es absurdo. Solo debo ocuparme de trabajar y no quedar a solas con él. Mika es peligroso... en muchos sentidos.

"Ocuparme del trabajo y no quedarme a solas con McFly. Ocuparme del trabajo y no quedarme a solas con McFly", la última vez que me repetí tanto un propósito fue el primer día de clases y todo resultó un desastre.

—Yo entera soy un desastre... —murmuro sin pensar. A mi lado, una de mis compañeras de trabajo deja de abrochar su camisa para mirarme alzando una ceja esperando que repita lo que supuestamente le dije—. Hablo conmigo misma —le informo antes de que pregunte.

—Ah, bueno —asiente y vuelve a su camisa.

Por mi parte, termino de cambiarme el uniforme. Ya es hora de salir y a McFly no le he visto ni la punta de la nariz. Sigue holgazaneando igual

que antes o peor. No entiendo cómo fue re contratado, pero seguro Cassandra tuvo algo que ver en todo esto. Es la hija del dueño después de todo.

—Nos vemos mañana —me despido de mi compañera después de sacar de mi bolso la copia de *Romeo y Julieta* que James me ha dado. Ella hace un ademán con la mano como forma de despedida.

Camino hacia la puerta trasera mientras escucho una charla enredosa entre Cassandra y McFly. Una corazonada me pide que me oculte y es lo primero que hago. El pasillo hacia la salida es algo angosto y oscuro, por lo que cualquiera que se oculte en él puede pasar desapercibido si tiene la compostura precisa. Afino mi sentido auditivo logrando escuchar alguna que otra palabra sin sentido.

Es McFly quien habla ahora.

—...ella no lo creería aunque se lo dijera El Papa —comenta con sarcasmo. Tengo un vago presentimiento y unas ganas de salir arrancando. Pero me mantengo oculta—. Tú eres hija única, no lo entiendes. Pero, ponte en el caso: ¿Qué pensarías si te enteraras que tu hermano, la persona que has defendido todo el maldito tiempo, es un imbécil que vivía haciéndoles la vida imposible a los demás y tiene vídeos sobre eso?

El corazón me da un vuelco. Dentro de mí diminuta cabeza intento procesar lo que Mika acaba de decir sin comprender en su totalidad la pregunta, ni el mensaje. Sin embargo, la duda comienza a apoderarse de mí a tal punto que necesito salir huyendo del lugar para escapar de las incansables preguntas que me hago a mí misma. ¿A quién, exactamente, se refería con "ella"? ¿A quién se refería con hermano? ¿Estaba

hablando de mí? ¿Estaba hablando de él y su hermana? ¿A Patrick? Mi hermano no. Él no podría atreverse a hacer ese tipo de cosas, ni hoy, ni nunca.

Camino hacia la salida a toda prisa, olvidando por completo el pequeño escalón que hay al salir por la puerta trasera. De todo el lío el traigo dentro de mi cabeza apenas me percato que es Mika el que me agarra antes de caerme de rodillas al suelo. Pestañeo un par de veces concentrándome en mi situación y lo aparto.

—¿Estás bien? —pregunta Cassandra tomándome del brazo.

—Sí... sí. Soy muy torpe —plasmo una sonrisa en mi rostro que me resulta bastante forzada, sólo para restarle interés al asunto—. Nos vemos luego. Buenas noches.

Muerdo mi labio y me dispongo a irme. No obstante, la molesta voz de McFly interrumpe mis pasos.

—Se te cayó esto —volteo. La copia que James me dio la tiene McFly en su mano vendada. Regreso hasta quedar frente a él y espero que me la entregue, pero antes de hacerlo me da una mirada que me inquieta por completo. Siento que quiere excavar dentro de mi cabeza buscando leer mis pensamientos.

Una vez con la copia en mis manos, emprendo mi camino hacia el paradero lo más rápido posible con el fin de llegar a casa pronto. Necesito comprobar que McFly no hablaba de Patrick.

...

De vuelta en casa, mamá me abre la puerta.

—¿Ocurrió algo, As? Estás pálida —comenta una vez que me siento a cenar.

Niego con la cabeza y sonrío, buscando no preocuparla. La duda me carcome tanto que apenas tengo deseos de comer, lo hago por obligación para no levantar sospechas. Lo único que quiero es subir a la habitación de Patrick y buscar si tiene esos videos.

—Estoy cansada... estamos organizando la obra para el fin de semestre. Es todo —Bueno, lo que le he dicho tiene cierta parte de verdad. Pintar la escenografía de verdad agota aunque suene absurdo—. ¿Puedo subir a dormir? —le pregunto y luego hago mi mejor intento de bostezo.

—Ve, hija mía. Yo me comeré tu cena —papá me guiña un ojo causando que mamá y yo riamos.

—Permiso —digo al levantarme de la mesa.

Y, hecha una bala, subo las escaleras hacia la habitación de Patrick. Su habitación tiene un pestillo fácil de abrir, por lo que no me complica entrar.

Hace mucho tiempo que esta habitación no se abría. Técnicamente desde que se fue, sin embargo, su olor continúa inundando su pieza. Sus discos antiguos de colección, sus fascinantes dibujos, sus comics, sus figuras de acción, cuadernos, libros, algunos zapatos rotos y el cubrecama que con tanto esfuerzo le regalé una navidad continúan intactos. Todos los recuerdos se sienten lejanos y, de alguna manera, tristes. No quiero decepcionarme de mi hermano...

Empiezo mi búsqueda en los cajones con ropa, en su closet, bajo su cama, bajo su almohada, pero no encuentro nada. Reinicio mi trayecto sin encontrar alguna prueba o evidencia —comienzo a sentirme como un

detective— que lo incumple o relacione con lo que McFly dijo. No encuentro nada, pero eso no me tranquiliza.

Ya lo dije antes, tengo un mal presentimiento sobre todo esto.

MIKA

Romeo y Julieta. Eso es lo que decía la primera hoja del libro impreso y anillado que cayó al suelo cuando ella tropezó. Había escuchado que los de segundo preparaban una obra escolar para fin de semestre, pero no creí que fuese una tan vista ya. Me sé los diálogos de los dos amantes de memoria, y no es por presumir. Lo que me pregunto es por qué ella traía una copia del libro y por qué me miró de esa forma. No puedo sacármelo de la cabeza. Es ridículo que sienta pesar y me preocupe por lo que ella piense, pero ¿De verdad ella escuchó la conversación? Porque de ser así, las cosas tomarían otro giro. Tal vez —y esto lo digo con un ápice de esperanza—, ella pueda cambiar la forma de verme sabiendo que, después de todo, soy el malo de la historia con razones. Pero sé que le destruirá saber que su hermano no es ningún santo, que al igual que yo hizo cosas de las que no se siente orgulloso ahora.

Eso no quita que Patrick Fissher sea una rata.

—Oye, Mika, despierta —Jax agita su mano frente a mis ojos—. Tierra llamando a McFly.

—¿Qué quieres, Jax?

—Nada, *bro* —se encoge de hombros—. Es que estás como en las nubes.

—Es que la tierra está plagada de hijos de puta —respondo con desdén, dejando de lado el libro que leía.

—Uy, estás de mal humor. ¿Es porque tu amorcito te odia? —interroga, trazando una sonrisa burlona en su rostro. Aprieto mis puños y le dirijo una mirada a Chase.

—Lo siento, —confiesa él— se me escapó.

Gruño y me levanto de la mesa. Instintivamente busco a Pajarito dentro del comedor, pero no está. Sólo alcanzo a divisar en una de sus mesas a su amiga tonta, algunos chicos de su clase y al Perro esperando el almuerzo de hoy. Siento la necesidad de buscarla y el único lugar que se me ocurre es el teatro del colegio. Teatro que fue construido con dinero de mi padre y el estado, por lo que quedo como una real basura. Aun así sirve para que las personas se entretengan viendo las obras de baja calidad que les brindan sus hijos sin que el techo se venga abajo.

Entro al teatro por la parte trasera, donde el público entra. Todo el sitio está oscuro, siendo el escenario el único lugar iluminado. Los asientos están vacíos, lo que me sorprende, pues esperaba toparme con alguien de su curso. En silencio, procurando no emitir ningún ruido me siento en uno de los asientos acolchados y miro el escenario. La escenografía está puesta; parece hecha por niños de primaria, siendo objetivo. A un costado, haciendo su aparición desde las cortinas rojas que yacen abiertas, la pequeña Fissher camina hasta el centro del escenario leyendo lo que parece ser la copia del libro.

—*¡Oh, Romeo, romeo! ¿Por qué eres Romeo?* —comienza a actuar, sin percatarse de mi presencia. Su falta de expresión para interpretar el papel de *Julieta* me causa algo de gracia— *Renuncia a tu padre, abjura tu nombre. O si no quieres esto, jura solamente amarme y ceso de ser una Capuleto...* —de pronto, deja de lado su sobreactuada interpretación para lanzar un bufido—. Dios, esto es ridículo...

—*¿Debo oír más o contestar a lo dicho?* —prosigo, aún sentado en mi asiento.

Ella al escucharme se tensa enseguida, oculta lo que leía detrás de su espalda y prosigue a buscarme entre los asientos vacios. Su rostro se llena de todos colores, avergonzada, por ser descubierta. Frunce el ceño hasta descubrir donde estoy.

—¿Qu-qué haces... aquí? —pregunta colocándose a la defensiva.

—Sentí curiosidad y vine. ¿Acaso no puedo hacerlo? —contesto con desdén. Me levanto de mi asiento y camino hasta el escenario. Ella me sigue con la mirada hasta que logro quedar a unos pasos de ella.

—No puedes estar aquí —advierte—. El teatro está reservado para los de segundo.

Esbozo una sonrisa. A pesar de intentar hacerse la valiente, sacar agallas y responder a lo que digo, ella sigue siendo encantadoramente ingenua.

—Eso lo sé. Y no me importa... Soy Mika McFly, puedo hacer lo que me dé la gana —ella blanquea los ojos— ¿Harás de *Julieta*?

—Sigues siendo el mismo arrogante y déspota de siempre —comenta más para sí misma. Luego, niega con la cabeza, como si borrase uno de sus pensamientos— ¿Por qué preguntas eso? No, no soy *Julieta*.

—Lo supuse.

—Dime, McFly —marca la voz al pronunciar mi apellido—, ¿a qué has venido exactamente?

—Si te digo que quería verte seguramente no lo creerás, así que diré que vine a preguntar algo... —carraspeo— a preguntarte algo a ti —me corrijo.

Pajarito entreabre sus labios, algo sorprendida, como si mis palabras no las esperara. Entonces, se mira las zapatillas de lona y luego mira hacia la oscuridad de los asientos. Suspira y vuelve a sus zapatillas, como si todo el esfuerzo que antes había hecho para mirarme se fuese al demonio.

—Yo... también quiero preguntarte... algo. Creo... creo que tiene que ver con lo que quieres preguntar —no digo nada, pues ella continúa hablando—. Es algo que me está comiendo la cabeza y necesito que respondas con la verdad —le hago un gesto para que prosiga. Ella muerde sus labios provocando que se tiñan de un rojo más intenso—. Ayer... ayer escuché una pequeña conversación que tenías con Cassandra... o al menos la última parte.

Sé a qué quiere llegar, pero ella se silencia sin atreverse a preguntar. Trago saliva para humedecer mi garganta.

—Sí, con lo último me refería a tu hermano.

Cierra sus ojos y niega con la cabeza.

—Dime que no es así y estás mintiendo. Y-yo... —lanza otro suspiro y abre sus ojos, los cuales se han humedecido y lucen brillosos ante las luces del escenario— ayer busqué los videos y no encontré ninguno. ¿Cómo puede ser que él...? Estás mintiendo, ¿verdad?

—Él no los grababa. Los grabó Mathew, no tu hermano —respondo—. Pasó en la secundaria, pero a esos dos yo lo conocí antes... A-astrid... —me acerco a ella, pero cuando pienso agarrarla, ella se hace a un lado, evitándome.

—No me toques —seca unas finas lágrimas que caen por su mejilla y me mira, desafiante—. Si lo que dices es verdad, entonces comprobémoslo.

Lanza la arrugada copia de *Romeo y Julieta* al suelo para rebuscar en sus bolsillos su escuálido celular. Desliza su dedo por la pantalla, busca en los contactos el nombre de Patrick y luego marca, colocando en altavoz la llamada.

—*¿Aló?* —contesta Patrick con ese timbre de voz que me retuerce las entrañas— *¿Enana, estás ahí?*

—Patrick, me enteré de todo lo que tú y tu amigo hacían —dice Astrid, al borde de explotar en ira—. Me enteré de todo. Que no eres un santo, que le hacías la vida imposible a tus compañeros y además Mathew los grababa. ¿Es así o no es así?

El maldito de Patrick no dice nada. Sólo guarda silencio. Ella aprieta sus labios y luego estalla.

—¡¿Es así o no es así, Patrick!? —insiste.

—*¿Mika te lo contó? ¿Por qué le crees a-*

—Fue el mismo Mathew —miente, mirándome a los ojos. Lo ha dicho para que hable con la verdad—. ¡Ahora, responde!

—*S-sí, fue así* —confiesa al fin. Ella seca una vez más las lágrimas que corren por sus mejillas—*. Fueron algunas ocasiones, por diversión, nada más. Era niño e inmaduro... As, en serio, son cosas que quedaron en el pasado. Era un estúpido...*

—Eres un cerdo —corta la llamada. Alza su cabeza y me mira—. Sácame de aquí... —dice de una forma inexpresiva, pero que parece un suplica interna que no quiere admitir.

No lo pienso dos veces, la tomo de la mano y la llevo a la salida del escenario por la parte trasera del teatro. Juntos caminamos con paso apresurado hacia la salida de Jackson, y sin replicar ante los gritos del portero del colegio, salimos hasta el estacionamiento. Desactivo la alarma y subo a mi auto, ella se sube de copiloto. Y sin más, arranco.

Consuelo.

ASTRID

Mika detiene el auto en un lugar ya familiar. Estuve aquí anteriormente cuando discutí con Megan, si mal no recuerdo. Es un mirador donde se puede ver toda la ciudad. Alrededor de nosotros hay árboles gigantes que se mecen de un lado a otro, indicando que hay algo de viento. Puedo notar una enorme y espesa nube negra cargada de contaminación que está sobre la ciudad, a pesar de eso, donde nos encontramos el cielo también yace tan gris como en el de Jackson.

O quizás es mera percepción mía, no lo sé.

Observo de reojo a Mika, quien desabrocha su cinturón de seguridad, saca las llaves de su auto, abre la puerta y sale de su deportivo. Lo sigo con la mirada en silencio hasta verlo darme la espalda sentándose en el capó del auto. ¿Cómo fue que llegué aquí con él? Entre pensamientos y cortando llamadas entrantes por parte de Patrick, con suerte recuerdo el camino o si hablamos algo en el transcurso hasta llegar aquí.

Otra llamada entrante. Otra llamada que no respondo. La insistencia de Patrick me descoloca y me pone de mal humor. No estoy dispuesta a decirles nada a mis padres —si es eso lo que le preocupa—. Tampoco estoy dispuesta a escuchar sus excusas baratas.

Él creyó mi mentira, ya está.

Lanzo un suspiro preparándome para salir del auto. McFly no voltea a verme cuando cierro la puerta, ni tampoco cuando, con algo de modestia, me pongo a su lado apoyándome en el capo también. Como logre

precisar en el auto, hay una brisa helada que alborota mi cabello y me obliga a encogerme de hombros.

Me armo con algo de valor para romper el silencio.

—¿Cómo descubriste este lugar? —pregunto observando con detalle la ciudad. Me sorprende que pueda ver desde aquí Jackson.

—Solía venir aquí cuando era niño. Y lo hice muchas veces después, hasta que... —deja su frase al aire— se llenó de personas indeseables —concluye su frase.

Algo en mí me dice que con "indeseables" se refiere a Mathew, pues aquella vez que me trajo el venía con otra chica. Es curioso como todo comienza a cuadrar; el golpe en el manubrio, su extraña e inexplicable expresión, los deseos de golpearlo, el odio hacia mi hermano, el odio hacia Mathew. Mierda, aquí la única ingenua siempre fui yo. La santurrona que nunca se enteró de nada. Me siento más que traicionada. Me siento decepcionada, por Patrick, por su reacción, por sus mentiras, por ocultarme algo tan serio. Por todo. Durante todo este tiempo tuve a mi hermano en un altar, adorándolo, defendiéndolo y teniéndolo como ejemplo. Tantas veces repudié a Mika por lo que le hizo a Patrick, sin embargo, él hizo lo mismo y por gusto... "por diversión".

Patrick vuelve a llamarme, pero corto la llamada por décima vez. Tengo tantas llamadas de él que me sorprende. No obstante, no es lo único que tengo pendiente por contestar. James también me ha llamado y dejado su mensaje. Se suponía que debería estar en el teatro de Jackson, ayudándolo con el guión. Pero no podía quedarme ahí, como si nada, con la barata excusa que mis ojos están hinchados y rojos por una alergia o algo por el estilo. No soy buena mintiendo y él lo descubriría al

instante, entonces ¿qué le diría cuando preguntara por mis ojos? No puedo contarle lo de Patrick, ni a él ni a nadie.

Por ahora —irónicamente—, McFly es mi único confidente.

—Lamento ser un idiota y tratarte como lo hice —confiesa de pronto—. Tú no tenías la culpa de lo que tu hermano hizo. Yo sólo quería fastidiarlo a él como pago por lo que hizo... antes.

—Yo también actué como una idiota. Ciega y sorda, debí darme cuenta que Patrick no era ningún santo —muerdo mi labio, algo insegura. Hay muchas dudas dentro de mi cabeza, pero no quiero ser imprudente, pues esto ahora es un tema que nos incomoda a los dos. Así que, antes de proceder con mi tanda de preguntas, prefiero averiguar la más simple—. ¿Qué pasó exactamente el día en que Patrick te encaró?

Me atrevo a mirarlo a la cara por primera vez desde que llegamos al mirador. Él mira la ciudad mientras las hebras de su castaño cabello se mueven de un lado a otro. Nunca, hasta este instante, me fijé con total plenitud en Mika porque siempre lo vi como un ser despreciable para mis ojos; sin embargo, ya no lo veo así, sino como una persona con la que estoy en deuda.

Mierda, de verdad todo es tan confuso. Una parte en mí quiere empatizar con él, pero la otra —quizás la racional—, quiere mantener el margen.

—Él y yo habíamos tenido un encuentro anteriormente, en el baño de hombres. Estábamos los dos solos y casi nos agarramos a golpes. Siento decírtelo, pero tu hermano es peor o igual de inescrupuloso que yo. Un año entero soporté sus burlas, rememorando de mala gana el tiempo en la secundaria, hasta que un día me encontró de malas —hace un pausa.

Se endereza y camina hacia la puerta del conductor. Abre el auto y saca de la guantera un objeto que no logro distinguir hasta que llega a mi lado. Es un *DVD* con una fecha de hace casi seis años y el nombre de Mika inscrito con plumón negro.

La extiende hacia mí para que lo reciba.

—Dejó en mi casillero este *DVD*. Yo no esperé más y fui a encararlo.

—Creí que fue él quien te encaró a ti.

—No seas ingenua, Pajarito. Eso es lo que todo el mundo piensa, pero no fue así. Y el resto de la historia... —se encoje de hombros y voltea a verme— el resto ya debes recordarlo.

Perfectamente. Los cinco chicos, Mika viendo todo, yo sin poder hacer nada, Patrick siendo golpeando. ¿Cómo olvidarlo? He vivido con ese episodio por meses, recordándolo todo. Con lujos y detalles. Es impresionante como todo calza, aunque para mal de Patrick.

—Ten —le entrego el *DVD*, no hace falta preguntar qué contiene, eso es más que obvio; pero Mika no lo recibe. Niega con la cabeza ante su rechazo.

—Guárdalo tú —dice—. No quiero tenerlo.

MIKA

Hay mucho por contar, pero Fissher parece temerosa de preguntar. Y yo tampoco tengo el ímpetu de contestar. Demasiados recuerdos para una tarde, demasiados kilómetros recorridos para llegar aquí, demasiadas

lágrimas de su parte. No esperé que las cosas terminaran tan mal, que ella se atrevería a llamar al mismísimo Patrick para comprobar lo que dije, que me pediría sacarla de Jackson y que terminaríamos aquí, observando la ciudad.

Sabía que tarde o temprano se enteraría de todo, pero no pensé que le afectaría tanto. He ahí la diferencia enorme que Ashley y ella tienen; Ash sabe que soy un chico inescrupuloso, pero nunca reaccionó así. Supongo que a Astrid le afecto más pues la imagen de su hermano, su gran hermano, se destruyó cuando confesó todo. Y me alegro de que lo haya hecho, pero me siento mal por ella. Y aunque he tenido unas ganas enormes de consolarla, abrazarla, decirle tantas cosas al oído, no me he atrevido.

Me aterra su rechazo.

—Creo que debería irme ya...

Examina el DVD y luego me mira con sus ojos inyectados en sangre, hinchados y con unas enormes ojeras. Incluso sus lentes no bastan para que pasen desapercibidas. Su nariz está roja, o tal vez ella está más pálida de lo normal. Asiento sabiendo que ya es tiempo para volver, que la insistencia del Cerdo Patrick y su amigo el Perro —me di cuenta que él también la llamó un par de veces— comienzan a inquietarla y que levantará más sospechas. Por el contrario a mí, ella no puede faltar cuando se le da la gana.

Subimos al auto y en unos silenciosos minutos, donde ella no hace más que mirar por la ventana, llegamos al minimarket. Según la hora es donde ella y yo deberíamos estar. Ella baja del auto pasando sus manos bajo sus ojos, respira hondo y entra. Yo le sigo detrás.

Entramos por la puerta trasera y nuestros caminos se dividen; debemos cambiarnos de ropa y ponernos el estúpido uniforme. Soy el primero en salir, y debo mencionar que todo aquí es normal. Para suerte de los dos Gruonie no está, así que podemos evitar responder preguntas innecesarias de su parte. Sin embargo, antes de poder prever, una fuera inexplicable me empuja contra una pirámide del latas apiladas en uno de los pasillos. Caigo al suelo entre las latas, provocando que algunas se abran y desparramen su contenido en el piso blanco del minimarket. Volteo comprobando quien me ha empujado encontrando al Perro de pie frente a mí.

—¿Dónde está ella? —pregunta con una expresión furiosa.

—¿Quién? —pregunto con desdén, sabiendo perfectamente bien por quien pregunta. Me agarra por el delantal con sus dos manos, acercándose amenazante.

—No te hagas el intrigante, McFly. Te vi agarrándola en el teatro y salir de allí hacia no sé dónde —escupe con furia, conteniendo las ganas de golpearme. No es hasta entonces que unas delgadas manos se posan sobre su brazo que cambian su airado rostro.

—James, no —lo reprende Pajarito—. Él no hizo nada, él me ayudó.

James aún me mira con sospecha hasta que en un par de segundos me suelta y se dirige a ella.

—¿Qué pasó? —le pregunta, sosteniéndola de los hombros.

Examina su rostro y puedo notar como la pequeña Fissher hace un esfuerzo por no quebrantarse frente al Perro. Ella está muda, pero comienza a sollozar despacio bajando su rostro. Entonces, de manera espontanea, el Perro la abraza frente a mis narices. Sin temor a ser

rechazado, sin temor a decirle palabras de consuelo. Ella acepta el abrazo y apoya su cabeza en él, ocultándola del mundo.

He ahí la gran ventaja del Perro.

Astrid después de su encuentro con el Perro desapareció del minimarket por muchos minutos, casi toda la hora de trabajo. No tengo la menor idea de dónde está, pero no dudo que esté con el Perro, contándole todo. Yo tuve que ordenar el desastre que él causo, con la boca cerrada, sin armar escándalo y diciéndole al incrédulo gerente que fue un "descuido del cliente". Del bastado de James, eso fue.

Ya de noche, al terminar de vestirme, la encuentro entrando por la puerta trasera del minimarket, un poco más recompuesta de cómo salió. Odio admitir que, gracias a su *amiguito* ella puede sentirse mejor, explicarse mejor y actuar como ella es sin estar a la defensiva, como todas las veces que me ve.

Al encontrarnos de frente, ella se muestra algo inexpresiva e intenta esbozar lo que parece una sonrisa, pero se arrepiente y pasa por mi lado como si yo no estuviese en frente buscando palabras para decirle algo. Es una reacción que me esperaba, de todos modos.

—Buenas noches —le digo antes de bajar el pequeño peldaño para salir.

Ella voltea para verme, encorvada y asiente. Es entonces, cuando me dispongo a salir dándole la espalda que dos brazos delgados me rodean, dejándome petrificado. Son sus manos, son sus brazos, es su cabeza la que se apoya en mi espalda y sobresalta mi cuerpo entero. Es ella quien me consuela a mí.

La fotografía perfecta. Parte 1.

ASTRID

—Ya... deja de llorar.

James vuelve a secar las finas lágrimas que se aprontan a recorren mi mejilla. Aunque mi esfuerzo por dejar de llorar ha sido en vano, él se ha preocupado de consolarme y reconfortarme después de contarle todo. Y cuando digo todo, es todo; sobre Patrick, sobre Mathew, las palabras de Mika, el mirador, los videos. Dios, todo suena tan irreal que hasta el mismo James se sorprendió al escucharme.

—Es fácil para ti decirlo, tú hermano no era un estúpido que abusaba de los demás sólo por diversión.

—Lo sé, pero... —lanza un bufido— es que no me gusta verte así, Astrid. Te llevaré a una exposición de fotografías para animarte, ¿sí? Sólo si tú quieres.

Le regalo una sonrisa. Como siempre él tan complaciente intentando animarme.

—Gracias, James —agarra mis mejillas y las aprieta como una anciana al ver a un niño pequeño. Al soltarme, me devuelve una sonrisa y revuelve mi cabello—. Es bueno desahogarse con alguien.

—Para eso estoy.

La oscuridad del callejón junto al minimarket se acentúa más ahora que logro precisar mi entorno. Por poco olvido que estoy de turno y debería estar trabajando. Me he visto obligada a desaparecer unos cuantos —tal vez bastantes— minutos para evitar preguntas incómodas como el

porqué de mi llanto y mis ojos hinchados. Vaya problema, cuando me puse el uniforme me percaté de lo evidente que puede llegar a ser mi rostro después de haber llorado. Una luna enorme reposa en lo más alto del cielo junto a unas pocas estrellas.

—¿Qué hora es? —pregunto sin despegar mis ojos del cielo.

—Casi las nueve de la noche.

—Mierda, mierda, desaparecí durante toda la jornada de trabajo —me saco los lentes y los froto en mi ropa con el fin de limpiarlos—. El gerente querrá matarme y de seguro me despedirá —vuelvo a ponérmelos y continuo arreglando mi cabello.

—Bah... conoces a la bruja de Cassandra —comenta James con desfachatez, como si no bastara con llamarla bruja—, ella no permitirá que te despidan por holgazanear un día.

—Tal vez contigo resulte así, James, conmigo las cosas no son tan simples —respiro profundo cerrando mis ojos con fuerza y exhalo—. Nos vemos mañana. Ahora sí prometo ayudarte con tu actuación.

—Espero que no te escapes otra vez con McFly —espeta cruzándose de brazos. Guardo silencio—. Es una broma...

—Lo sé.

Sí, lo sé. No soy tan ingenua para darme cuenta de la intensión del comentario, es por eso que no me es una molestia. Conozco a James bien como para saber cómo lanza sus comentarios. Lo que me contradice todo pensamiento es que es cierto. En el teatro utilicé a McFly como una vía de escape y no sé si fue lo correcto. ¿Qué pasará ahora?

¿Estamos en una especie de tregua? ¿Seguiremos igual? ¿Podemos empezar de cero? Lo último me parece absurdo, yo aún recuerdo todo, pero quiero dejarlo de lado. No puedo evitar culpar de Patrick de todo esto, porque él lo desencadenó. ¿Acaso no pensó en las consecuencias? ¿Qué hicieron los videos? Lo más probable es que aun lo tengan, de otra forma, no lo habría puesto en la taquilla de Mika. ¿Por qué tanto odio contra él? ¿Qué desencadenó todo esto?

Vuelvo a colocar mi cerebro en su lugar.

—Bueno, entonces hablamos luego.

—Sí, gracias por todo.

James despide con su mano y luego sale del callejón hasta la calle, perdiéndose entre las oscuras sombras.

Aun sabiendo que su objetivo era partirle la cara a McFly porque pensó que había hecho una más de las suyas conmigo, que apareciera en el minimarket fue una escapatoria para mí que agradezco. Claro, quitando el hecho que llegó como un... cielos, un perro rabioso. No quiero excusarlo, pero los impulsos son incontrolables.

Por algo se llaman impulsos...

En la puerta trasera del minimarket me encuentro con McFly, quien se dispone para abandonar la tienda después de su hora laboral. Hago una mueca sin saber qué hacer, qué decir, qué pensar. Siento que el pecho se me contrae y me veo obligada a esbozarle una pequeña sonrisa de la cual me arrepiento enseguida. Opto por pasar junto a él y adentrarme al minimarket. No esperaba topármelo de frente, sino que planeaba evitarlo al menos por hoy. Pero claro, siempre el destino me juega una mala pasada importándole un carajo mis planes.

—Buenas noches... —le escucho de pronto.

Me detengo en seco, me giro para asentir, pero es ahí hasta donde llega mi sentido común. Hasta ahora no lo había pensado detenida mente, o soy lo suficientemente orgullosa para reconocerlo, pero McFly fue el primer afectado de todo. Él padeció los abusos constantes de Patrick y Mathew. Él fue el protagonista de una tragedia que desencadenó y desarrollo, tal vez, su excéntrica personalidad. Mierda, quizás todo esto lo marcó tanto que terminó siendo una ser desinteresado por el dolor ajeno. ¿Alguna vez recibió consuelo? ¿Alguna vez lo contó con alguien más? ¿Qué pensaba al decirme todo? ¿Qué piensa ahora?

Aprieto mis puños con fuerza y tenso mis labios siendo atacada por un impulso que no logro prevenir. Siento cómo todo su cuerpo se tensa al sentirme en su espalda rodeándolo con mis diminutos brazos, abrazándolo. También me tenso cuando me doy cuenta de ello, pero es una acción que ya está hecha. Mi corazón late con tanta fuerza y rapidez que me hace preguntar si él puede sentirlo... Dios, espero que no, de ser así moriría. Apoyo mi cabeza en su espalda. Eso no se lo esperaba.

Quiere girarse, pero lo agarro con más fuerza para que no lo haga.

—¿Qu-qué haces?

—N-no te gires... no lo hagas —ordeno.

No pone objeciones.

—Dijiste que me odiabas... —comenta con un hilo de voz.

No sé si pretende terminar la frase, pero me apronto a responder.

—Sí, lo dije.

—Dijiste que me arrepentiría de todo lo que te hacía y estarías en primera fila para verlo.

—También lo d-dije.

—Dijiste que no aceptas mis sentimientos.

—Sí...

—Entonces... ¿por qué haces esto?

Muerdo mi labio en busca de una posible respuesta. Ha sido un maldito impulso, por el amor de Dios. ¿Cómo explicar eso?

—No lo sé...

MIKA

Han pasado varios días desde que Pajarito se enteró de todo y desde que no la he vuelto a ver. Desapareció de la faz de la tierra de un día a otro. Entiendo que ha sido todo una trágica noticia para ella, no obstante, que falte tanto en el colegio como a su trabajo me preocupa. Comienza a inquietarme el no verla, no escucharla.

Después de su inesperado abrazo todo lo que hizo fue huir, como ya lo había previsto dentro de mis pensamientos procesando los posibles motivos por lo que hizo eso. Ninguno resultó coherente, por lo que descarté la idea de buscar uno y me preocupé más por su huida. Ahora, sin embargo, me preocupa su repentina desaparición. Cuando le pregunté a su tonta amiga qué le ocurría ella respondió con un gesto de hombros y eso bastó para darme cuenta que es mucho más idiota de lo que creí... o que simplemente, no quería decirme su paradero. Se me cruzó por la cabeza ir a su casa para hacerme una visita, pero me arrepentí al caer en cuenta de mi desesperada idea.

Han sido unos días, espero que la próxima semana vuelva.

—Comienzo a acostumbrarme...

La distorsionada figura de Gruonie se presenta ante mis ojos con mayor claridad. Está oculta bajo el vestuario especialmente diseñado para su talla cuando practica esgrima, pero lleva la careta a un costado, sosteniéndola entre su brazo como si fuese un balón de básquet o algo por el estilo.

—¿A qué?

—A verte pensativo —sonríe.

Sus ojos apuntan el hueco diminuto que hay junto a mí y la pared. Blanqueo los ojos siendo lúcido de lo que pretende y me hago a una lado para que se siente. Las intenciones de Gruonie pueden ser vistas a kilómetros cuando se le llega a conocer. Y dentro de esta sala no hay nadie que conozca a la Ardilla mejor que yo.

Ella quiere saber qué me tiene pensativo y preocupado.

—¿Y...? —pregunta— ¿Qué pasó?

—¿Con qué?

—Con Astrid, claro está —manifiesta y se cruza de brazos—. No te hagas el incomprendido, se te nota a leguas que ocurrió algo con ella.

—Tal vez... ¿Ahora eres mi psicólogo?

—No, y dudo mucho que con tu soberbia hayas ido a uno —argumenta.

La Ardilla tiene una lengua afilada, debo admitirlo. Lo cierto es que se equivoca. Yo si conozco las sesiones de una hora donde una persona

intenta entrar a tus pensamientos y cambiar tu forma de pensar, que dice tener vocación, miles de diplomas y no ayuda una mierda. Y también conozco las sesiones de una hora o más con una persona que quiere ayudarte de verdad, pero que desaparece de un día a otro dejándole miles de preguntas a su paciente.

—Bien, ¿qué quieres saber?

—¿Astrid nos escuchó? —sólo me limito a asentir— ¿Es decir que ya lo sabe todo?

—Sí —lanzo un bufido—. Pasa que ahora ha faltado a clases y al trabajo.

—Y estás preocupado... —comenta entre risas que no se preocupa de ocultar—. Qué adorable, Mika.

—Cállate, Ardilla.

—Bueno, para calmar tu inquietud te diré que esperaba todo esto y le pregunté a James como está ella. Mika, sólo está enferma de resfrío.

¿Resfrío? Y yo matándome la cabeza y sintiéndome una basura por contarle todo. Supongo que se ha enfermado por el frío viento que corría en el mirador, así que su refrío también es en parte mi culpa. Pero un resfrío es lo de menos... creo que si podré verla este lunes.

Al salir de la academia recibo un mensaje de Ashley pidiendo que le compre, con "extrema urgencia", su estúpido perfume pues el suyo se ha acabado y necesitar oler bien para su cita. ¿Cuál cita? No tengo la menor idea. Desde que supo que con Chase nada nunca pasaría, comenzó a conocer chicos a diestra y siniestra. Yo, como buen hermano mayor, lo único que le pedí fue que usara protección en sus citas. No quiero andar ocupándome de un bebé que come y caga cuando quiere, llora como si

fuese el fin del mundo y tiene la madre más despreocupada de la vida. Mierda, que eso no ocurra jamás o tendré que escuchar el sermón del viejo y soportar sus arranques de ira.

Camino por el centro de la ciudad en busca de la tienda que vende el jodido perfume. Me irrita tener que esquivar a tanta persona inepta que camina como una tortuga. Pero, por sobre todo, odio las multitudes, por eso agilizo mi paso para comprar el perfume y largarme lo antes posible de aquí. No obstante, el repentino flash de lo que parece ser una cámara fotográfica provoca que detenga mis pasos.

¿Fue imaginación mía?

Otro flash responde a mi pregunta. Entre las personas busco al ejecutor del flash, pero no veo a nadie sospechoso. Enderezo mi espalda con el fin de ver por encima de las personas a quien, mi instinto, está pidiendo ver. Otro flash me guía a seguir a una pequeña chica de la cual no puedo ver más que su cabello castaño. Le sigo el paso entre las personas, intentando no perderla de vista, hasta que puedo mi campo visual se explaya al llegar a un parque lleno de niños acompañados por sus padres.

Apresuro el paso para revelar su misteriosa identidad mientras ella continúa sacando fotografías como si su vida dependiera de ello. A centímetros, extiendo mi brazo y poso mi mano sobre su hombro.

La castaña del susto toma una fotografía y luego voltea a verme. Al verme frunce el entrecejo y puedo notar cómo sus mejillas se tornan de un notorio color rojo.

—¡M-Mika!

Sonrío.

—Buenos días, Pajarito.

La fotografía perfecta. Parte 2.

ASTRID

Cuando me animé a salir de mi lamentable estado, recomponiéndome del repentino resfrió que me dio, decidí revisar mi correo electrónico encontrando allí el mensaje del concurso. Con tanto secreto revelado y revoltijos de sentimientos, apenas recordé que fui una de las seleccionadas para la siguiente fase del concurso. Me atrevería a decir que una de las más complicadas, porque lo que siento ahora —a pesar de que ya han pasado algunos días— es rabia y decepción. Plasmar la *Felicidad* es un sentimiento contradictorio, sin embargo, la forma ideal del hacerlo es fotografiando a niños. La fría noche del viernes me dormí temprano para llevar a cabo mi cometido en el majestuoso parque de la ciudad.

Claro, nunca imaginé que encontraría a Mika allí. O que él me encontraría, mejor dicho.

—¡M-Mika!

Verlo tan repentinamente me desconcierta, más aún cuando mi cabeza reproduce mi vergonzosa huida en el minimarket después de abrazarlo. No quería que me viera después de hacerlo y no estaba preparada para hacerlo tan pronto.

—Buenos días, Pajarito.

De no ser por la correa de protección para la cámara, esta ya estaría estrellada y hecha añicos en el suelo. Y no estaría mirando a McFly queriendo hacerme bolita, sino todo lo contrario. De todas formas,

omitiendo lo nerviosa y el susto que me ha dado, hago un pequeño esfuerzo por lucir desinteresada.

—Hola —saludo sin más y emprendo mi paso hacia los juegos para fotografiar a los pequeños niños y sus inocentes, genuinas y hermosas sonrisas. McFly se apresura en caminar junto a mí, rozando nuestros brazos—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar haciendo algo productivo? O no sé... ¿haciendo algo?.

—Te hago compañía, eso es algo, Pajarito —responde con un sutil tono arrogante.

Vaya, el Mika McFly de antes ha vuelto al parecer.

— Sola estoy perfectamente bien, gracias.

Apresuro mi paso hasta detenerme frente a un enorme juego que parece ser el atractivo de la mayor parte de los niños en el parque; es una especie de castillo con resbalines y muchas escaleras. Me dispongo a tomar la fotografía, pero McFly me interrumpe cuando se interpone entre mi perfecta toma y el juego.

—Difiero de tu opinión, pequeña Fissher —dice—. ¿Acaso olvidaste que con mi ayuda fuiste seleccionada?

Respiro hondo.

Por amor a los pequeños presentescontengo las enormes ganas de lanzarle un insulto a todo pulmón. En lugar de hacerlo, lo esquivo y enfoco otra vez. Entonces, vuelve a pararse frente a mi toma, inclinándose lo suficiente como para que pueda ver su pérfida sonrisa dentro del recuadro de la cámara.

Si su intención es fastidiarme, lo está cumpliendo a la perfección.

—¿Te parece divertido?

—Para serte sincero... Sí —canturrea expandiendo más su sonrisa, tanto así, que sus pómulos achinan sus ojos.

—Tu sinceridad apesta, McFly. Ahora quiero pedirte el enorme favor de apartarte del frente, no quiero que los jueces se topen con una fotografía tuya.

—¿Eso es sarcasmo? —indaga, alzando una ceja— Porque si mal no recuerdo, y según las fotografías del concurso que fueron publicadas en el diario, la foto que te hizo pasar fue una donde aparezco yo, Pajarito.

Me muerdo la lengua. Mierda, sí, tiene razón.

—La diferencia es que en ella no salía tu apestoso rostro... Ya, déjame tomar la maldita fotografía.

Lo hago a un lado. El sólo contacto con su pecho estremece mi cuerpo entero. Y todo empeora al notar los acelerados latidos de su corazón. ¿Acaso está nervioso? Sacudo mi cabeza para eliminar esa tonta pregunta. De ninguna manera el "Gran Mika" podría estar nervioso incluso si está frente a alguien como yo.

—Entonces permíteme ayudar... ¿Qué debo hacer para que tomes la fotografía perfecta?

—Primero, no aparecer en ella —escupo con desdén, pero él no luce ofendido, sino todo lo contrario. Al parecer mi comentario malintencionado le ha caído en gracia—. Segundo, necesito que mi fotografía emane felicidad... —miro en dirección a los pequeños y

traviesos niños— felicidad natural. Y no hay nada mejor que la sonrisa de un niño.

—Odio a los niños —confiesa McFly y chasquea la lengua—, son odiosos, apestosos y gritones.

—Y tú eres odioso, irritante y cruel.

Repaso lo que he dicho y me echo a reír. Pero McFly está serio y quizás algo absorto del mundo real. Tiene sus ojos clavados en mí, como perdido en una galaxia lejana o simplemente pensando en quien-sabe-qué. Dejo de reír lentamente y vuelvo a ponerme seria. He tardado en darme cuenta que hasta el momento es la única conversación "normal" que hemos tenido, dejando de lado la posición de cada uno. Jamás se me pasó por la cabeza este momento, y al parecer, a McFly tampoco.

Carraspeo mitigando el repentino silencio incómodo que se creó entre los dos.

—Perdón si te ofendí —me disculpo e incrusto mis ojos en la cámara fotográfica.

No dice nada y tampoco espero una respuesta, solo me limito a sacar las primeras fotografías, hacer acercamientos y ver cuál de todos los pequeños podría ser el modelo ideal para la fotografía. No es complicado teniendo tanto material frente a mis ojos; no obstante, la presencia de McFly a mi lado me inquieta... un poco, pero lo hace.

Camino en busca de otra perspectiva para la fotografía, pero él me detiene otra vez por los hombros. Volteo para verlo y lo único que encuentro es esa expresión tan particular que solo he podido ver en algunas ocasiones.

—Me gustas.

Mierda.

—Sí, ya lo sé —aparto mi vista de él.

La inquietud de antes vuelve a presentarse como una patada justo en la cabeza que no me permite pensar con claridad. De todas formas, ¿cuándo he pensado con claridad teniendo a este oculto Mika confesando sus sentimientos? Que yo recuerde nunca lo he hecho. Y hablando correctamente, nunca lo hice con él. Desde el principio él causó estragos en mi cabeza, pero ahora la situación se presenta diferente.

—Correspóndelos entonces.

No sé si es una orden o el intento de una sugerencia, pero lanzo una carcajada desentendida que se oye en un enorme *JAH*. No es tan fácil corresponder los sentimientos de alguien, mucho menos cuando él se comportó horrible conmigo.

—No, nunca —niego con la cabeza.

—Entonces, has el intento —da un paso adelante, para quedar más cerca—. Ya no hay nada que se interponga en nuestros caminos, ya sabes el motivo por el que fui un maldito abusivo contigo y tu hermano, eres consciente de mis sentimientos y el otro día me abrazaste. Mierda, ¿sabes lo feliz que fui en ese instante? Tú me ilusionaste, ahora atente a las consecuencias.

—E-es que tú no me gustas, Mika —da otro paso al frente y me veo obligada a retroceder— ¿Q-qué haces? —miro hacia los lados buscando a alguien que me libre de esta embarazosa situación, pero nadie parece interesado en ayudar a esta pobre chica.

—Demuéstralo —ordena en voz baja, desafiándome—. Si no te gusto demuéstralo.

He oído perfectamente su provocación, pero por esas estupideces de la vida y para estar segura de que no estoy perdiendo la cordura, me digno a preguntar:

—¿C-cómo haré eso?

Esboza una sonrisa ladeada y me observa con arrogancia. Tira de la correa de mi cámara y me atrae hacia él, mientras se inclina hasta quedar frente a mí, a sólo centímetros de que nuestras narices se topen y nuestros labios se rocen.

Ambos nos miramos a los ojos directamente.

—Si permaneces 30 segundos así, sin sonrojarte, sin ponerte nerviosa y sin esquivarme, aceptaré que no te gusto, que me desprecias y me quieres lejos. ¿Okay? —apenas logro que mi saliva pase por mi traguea. Ni siquiera quiero hablar. Sólo asiento lentamente como respuesta a su propuesta— Bien, comenzaré a contar: uno... dos...

Hago la cuenta mental acorde a la de McFly, pero él se detiene en el número diez. Tira más de la correa hasta que plasma sobre mis labios los suyos, dándome un pequeño, delicado y suave beso que apenas logro procesar.

Me suelta y sonríe con arrogancia.

—Qué ingenua eres, Pajarito.

La fotografía perfecta. Parte 3.

MIKA

Pajarito sale de su desconcierto y alza un brazo para abofetearme, pero la esquivo sin quitar de mi rostro la sonrisa de satisfacción que tengo. Al ver su fallida agresión, opta por pasar el dorso de su mano sobre los labios, mirándome con recelo.

—No lo volveré a hacer —me disculpo—. Al menos por ahora.

Niega con la cabeza y continúa sacando fotografías sin hacer más. Seré honesto, con verla me basta y sobra. Es un gran paso que no esté huyendo de mí como lo hizo en otras ocasiones o esté frecuentando esa mirada de odio. Además estamos entablando peculiares conversaciones como solíamos hacerlo por mensajes cuando ella no tenía idea que yo era "Mr. Alguien", como me apodó ella. Hasta podría arriesgarme a decir que no me desprecia tanto... o eso espero. Y no hace falta mencionar que se ha sonreído en varias ocasiones y yo creí que nunca lo haría conmigo.

—¿Sabes? No pareces alguien que acostumbre el centro de la ciudad —comenta de pronto. Escucho el sonido de la cámara y noto que ahora está sacando fotos a los niños que juegan con sus padres.

Es decir una foto familiar, qué típico.

—Tienes razón, no acostumbro a venir aquí... —afirmo, poniéndome otra vez frente a ella para tapar su campo visual—. No le tomes a la familia, eso es muy obvio —argumento antes de que alegue—. Si quieres ganar ese concurso necesitas más que una fotografía.

Reposa la cámara entre sus manos y endereza la espalda.

—¿Qué sugieres? —curiosea, alzando una ceja— ¿Continuo fotografiando las sonrisas de los niños, *Richard Avedon*?

—¿Quién es ese?

—Es un fotógrafo... —lanza un bufido—. Bueno, ¿qué hago?

Me encojo de hombros.

—Comienza por lo básico, lo que nos hace felices —asiente, pensativa—. El sexo, el dinero, las drogas. Lo que provoca esa sonrisa... eso es lo que necesitas retratar en tus fotografías.

—¿El sexo, el dinero y las drogas, McFly? —esconde una sonrisa evidente y luego sacude su cabeza como si volviese en sí— A mí me hace feliz tomar fotografías, pero no puedo fotografiarme haciéndolo frente a un espejo. Eso es horrible.

Lanza un suspiro cargado de resignación y busca lo que parece ser una banca donde sentarse, pero todas están ocupadas. Rasca su cabeza comenzando a desesperarse y causando de su cabello luzca más despeinado y revoltoso. Acomoda sus gruesas y asquerosas gafas —se oye feo, pero es así. Sus gafas están rayadas y sucias, tanto así, que a simple vista se pueden notar—. Me aclaro la garganta para distraerla de su camino al colapso, y parece surtir efecto.

—Debo irme —junta los labios y hace una mueca, como si dudara de decir lo siguiente. Se acomoda otra vez las gafas como si haciéndolo lograra ocultar sus sonrojadas mejillas—. Nos vemos..., Mika.

—¿A dónde vas? —la detengo del brazo antes de que se gire y me de la espalda.

—A mi casa —sonríe nerviosa y esquiva mis ojos.

Me cruzo de brazos.

—Estás mintiendo. Pajarito, eres muy obvia.

El color rojo de sus mejillas se intensifica más al oírme, intenta disimular su bochornoso estado mirando en todas las direcciones como buscando algún lugar donde salir huyendo y esconderse de la vergüenza. Yo consigo reírme y me atrevo a acomodar uno de sus alborotados mechones detrás de su oreja ahora que ha bajado la guardia. Predispuesto a recibir una de sus miradas de advertencia luego, me sorprende que no lo haga.

—¿Por qué apodas como animales a todos? —interroga, con curiosidad.

—¿Por qué debería responder tu pregunta? —abre sus labios para responder, pero prefiere no hacerlo, o tal vez, no tiene los argumentos para contestar mi pregunta— Si me dices dónde vas, te responderé tu pregunta.

Esbozo una sonrisa victoriosa sabiendo a la perfección que no resistirá la curiosidad. Claro, yo no pretendo decirle el motivo por el cual a todos los trato como animales porque es algo evidente, y es que todo ser humano tiene alguna semejanza con algún animal gracias a su personalidad. Mamá decía que toda persona tiene a un animal dentro que lo representaba de diferentes formas; ella también solía asimilar a las personas con los animales, pero a diferencia mía, ella no se los decía como apodo ofensivo. Quizás era su naturaleza amable o simplemente porque le parecía de mal gusto. No sé. Yo decía que su forma de pensar era absurda, hasta que me di cuenta que tenía toda la razón.

—Voy a *Patricia's* —antes de preguntar qué es eso, ella continua—. Es un local de comida rápida.

—¿Por qué vas a un local de comida rápida?

—Porque pretendo tomar mi fotografía y... —baja la cabeza— y tengo hambre. En fin, ahora responde mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —interrogo en tono juguetón, ella blanquea lo ojos fastidiada.

Guarda su cámara dentro de su mochila y emprende camino hacia *Patricia's*, lugar al que nunca he ido. Ni siquiera sabía de su existencia. Tal vez compre el perfume de Ashley más tarde, de todas formas, si quiere oler bien que tome una maldita ducha y ya. Astrid está de buen humor al parecer, por lo que no perderé tiempo en estupideces.

La sigo unos pasos más atrás. Ella se ha dado cuenta que trazo una persecución hasta el local de comida rápida, pero no pone reparos, y cuando me doy cuenta de esto opto por ponerme a su lado conservando una distancia prudente. Al llegar al local siento enseguida el molesto olor a fritura y el bajo nivel del lugar, aún así hay personas inmorales que comen allí.

—¿En serio comes en este lugar? —hago una mueca de evidente desagrado.

—Sí —contesta. La puerta se cierra tras de mí dejándome atrapado en el chiquero este—, la dueña es amiga de mamá y su hijo será el protagonista de mi fotografía. Apunta con su cabeza uno de los sucios rincones del local; en la última mesa, sentado sobre una silla (o quizás dos), un tipo gordo se devora la hamburguesa más enorme que pude ver

en mi vida. Es una imagen digna para una película de terror, seriamente—. Dijiste que empezara por lo básico, lo que provoque felicidad. Para él la comida es felicidad, comerla lo hace feliz.

—¿En serio? No lo noté... —comento con sarcasmo.

—Entonces es perfecto.

Pajarito camina hacia una de las mesas que están frente al gordo y se sienta mirándolo. Antes de sentarme, la duda y el amor por la salubridad surgen en mí, inquietándome, pero finalmente me siento frente a ella, dándole la espalda al gordo.

—¿De verdad comerás acá? ¿Puedo invitarte a un restaurant de verdad.

—Soy reacia a tus ostentosidades, McFly —pronuncia con fastidio—. Prefiero pasar. Además, no deberías juzgar el local sin conocer la comida. ¿O es que no conoces el dicho: "No juzgues un libro por su portada"?

—Debería ser yo quién te hace esa pregunta, Pajarito —acoto con una sonrisa—. ¿Acaso no me has juzgado antes?

—Yo jamás te juzgué, hablé basándome en tus acciones —objeta con seriedad.

Una mujer avejentada llega hasta nuestra mesa con una libreta en su mano derecha y una lapicera en la otra. Nos mira con una enorme sonrisa que enseña sus amarillos dientes.

¿Cómo no juzgar el sitio con ésta demostración?

—¿Qué comerán?

—Yo quiero una hamburguesa normal y un vaso con jugo de durazno —responde y luego me mira, esperando que diga algo—. Y para él lo mismo, por favor.

—No comeré mierda —gruño recién pudiendo apoyar mis codos en la mesa, acción que hago sin percatarme antes.

—¡Mika! —Pajarito frunce el entrecejo, molesta— Discúlpelo —se dirige a la tipa—, él no tiene modales. Las hamburguesas corren de todas formas.

Clava sus ojos en mí cuando la mujer se va.

—¿Qué?

—Eres una diva, ¿lo sabías? —saca de su mochila, su cámara fotográfica y observa al tipo obeso del fondo. La enciende y enfoca mirando la pantalla digital con la mayor discreción posible—. No te muevas.

Acato su orden sin comprender lo que pretende al escuchar el sonido de la cámara sacar una fotografía. Al comienzo tengo la absurda —y penosa— idea de que me ha tomado una fotografía a mí; no obstante, dejando de lado mi inmaduro pensamiento, deduzco que me está usando de señuelo para fotografías al obeso que tengo a mis espaldas, como si fuese la amiga X de una chica enamorada que quiere fotografiar a su amor entre la multitud sin que se de cuenta.

—Perfecto... —dice enfocando otra vez. Noto como muerde su labio inferior con cada fotografía.

—Gracias por el halago —manifiesto y ella sonríe ante mi broma—. ¿Ya lo tienes?

—Sí, creo que sí —baja la cámara y examina las fotografías bajo la mesa—. Hay algunas buenas, sólo les pondré algo de desenfoque al fondo para que mi modelo resalte.

La anciana o mujer avejentada vuelve con una bandeja con las dos hamburguesas sobre unos platos blancos dentro. Los deja sobre nuestra mesa junto a los vasos con jugo que Pajarito pidió y se marcha. La pequeña Fissher vuelve a guardar la cámara en su mochila y se dispone a comer.

—Esto se ve asqueroso... —comento, antes que de la primera mordida a su hamburguesa.

—Son las hamburguesas más deliciosas que probarás en tu vida... confía en mí.

Agarro la hamburguesa entre mis manos y la miro, recorriéndola completa. Es como si tuviese entre mis manos a un espécimen raro o algo por el estilo.

—¿Puedo confiar en ti? —le pregunto.

—Todos los días, Mr. Alguien.

Empecemos de cero.

ASTRID

Repaso una vez más las fotografías que tomé en *Patricia's*. Todas me parecen algo bizarras, pero felizmente para mí, logran captar lo que quería de una forma poco común. Odio tener que admitirlo —una vez más— pero McFly tenía razón. Captar la felicidad en una simple sonrisa es demasiado visto y obvio; aún así, temo que irme por el lado más rebuscado pueda descontarme puntos. Hay que tener un poco de cabeza para encontrar la felicidad en las fotografías.

Entre las fotografías hay una que logra captar mi atención. No recuerdo haberla tomado, por lo que supongo que fue un simple desliz o error de dedo; es un barrido fotográfico donde Mika es el primer plano de la fotografía y todo lo demás luce borroso. Su expresión confusa viendo directamente hacia la cámara me hace pensar que creía que lo estaba fotografiando a él. Lo curioso es que esta fotografía sería perfecta si mi concepto hubiese sido *confusión*.

—¿Qué haces, Astrid?

Cierro la ventana con la fotografía de Mika y giro la silla con el fin de alejarme un poco del escritorio y ver a mamá en la puerta de mi habitación. ¿Por qué contemplar la foto de McFly parece un delito?

—N-nada, sólo elegía una fotografía para el concurso.

Mamá avanza hasta mi computador sabiendo perfectamente que hay algo que oculto. Se inclina apoyando una mano sobre el escritorio y agarra el *mouse*. Abre una fotografía aleatoria donde el hijo de la señora Patricia es el foco principal.

—No preguntaré los motivos que tienes para fotografías al hijo de Patricia, pero es la fotografía más extraña que he visto, hija —niega con la cabeza y me sonríe—. Tampoco preguntaré por qué veías la fotografía de aquel chico.

Vuelve a enderezar la espalda y me guiña un ojo.

¿Con "aquel chico" se refiere a McFly?

—¿Qué pasó, mamá?

—Nada —suspira—. Bueno... —se sienta sobre mi cama. Busca un oso de peluche que solía ser de Patrick cuando niño y lo agarra entre sus brazos—, Patrick regresa este sábado. Dijo que está algo triste porque no le respondes las llamadas ni los mensajes.

Es un descarado. Se atreve a victimizarse frente a nuestros padres pero no a explicar los motivos del porqué no quiero saber nada de él. Ahora resulta que la culpable de sus delirios soy yo por no querer responderle las llamadas. Qué Gracioso. Él es consciente de que no me atrevería ni hoy ni nunca a decirles lo que su querido primogénito hacía antes de entrar a Jackson. Tal vez, si tuviera un poco de valor y no sufriera con la carga de hacer sentir mal a mis padres, ya lo abría contado todo y les hubiese enseñado el DVD (que por cierto aún no me atrevo a ver). No obstante, creo que lo mejor es que todo salga de su afilada boca y confiese todo, así como lo hizo conmigo.

—Ya va a salir de vacaciones y podré verlo... que no llore tanto por ignorarlo unos días —digo con desdén apoyando mi encorvada espalda en la silla.

Mamá me mira fijamente a los ojos, como si incursionara dentro de mi cabeza buscando alguna razón para hablar así de mi único hermano.

Intento no apartar la vista, de otra forma me vería sospechosa y comprobaría enseguida sus dudas, pero lo hago.

—¿Pasó algo entre ustedes dos? —curiosea— ¿Algo que no me has dicho, Astrid?

—No pasó nada, mamá.

—¿Estás segura?

—¡Estoy segura! —exclamo agitando los brazos. Caigo en cuanta que me he puesto a la defensiva y le he alzado la voz cuando eso era lo que menos quería; seguramente, ahora no me dejará en paz hasta que le cuente todo— Sólo... sólo estoy cansada.

—Cariño, soy tu madre —se levanta de la cama con el oso entre sus brazos—. Desde que entraste al colegio estás evitando a Patrick y no entiendo los motivos... —deposita el oso sobre mi regazo, al cual tomo antes de que resbale—. Recuerda que somos una familia y, sea lo que sea que pase, eso no cambiará. La familia siempre es primero, Astrid. No puedes enojarte con tu hermano, ni evitarlo, porque siempre estará allí.

Trago saliva, aferrando el oso con fuerza contra mí.

—Sí quieres saber qué pasó con Patrick, si quieres saber por qué actúo así con él... Tal vez, deberías preguntarle qué hacía antes de entrar a Jackson.

Me da un beso en la frente.

—Lo haré, cariño.

MIKA

Jugueteo con la lapicera azul de Chase golpeándola como si fuese una canica sobre la mesa. Una aburrida clase de Historia podría ser el horario perfecto para dormir como Jax lo está haciendo en este preciso momento sobre sus brazos cruzados en la mesa, sin temor a recibir algún regaño por parte de la vieja Mittler. Chase le ha dado varios codazos para que despierte, pero él es un caso perdido... en muchos sentidos. Ahora resulta que ha dejado de lado sus amoríos por una nueva conquista —quien parece ser la amiga de la nerd que sale con Chase— y sólo habla de ella. No he preguntado si a las clones Sussie y Claire les parece bien, pero todo indica que planean matarlo en cualquier momento.

Sobre gustos ni diré nada, porque no estoy en condiciones de hablar razonablemente después de todo.

El sábado por la tarde, cuando Pajarito pidió las hamburguesas en ese local de comida rápida parecido a un basural o algo peor, creo nuestra relación sufrió un drástico cambio —para bien— entre nosotros dos. Después de todo este tiempo, y aun creyendo que me odiaba con todo su ser, ella me llamó "Mr. Alguien". No sé si lo habrá dicho de casualidad o apropósito, pero bastó para darme a entender que tengo al menos una posibilidad y que mi objetivo de enmendar mi error se está cumpliendo. Ciertamente, creo que fue un desliz de su parte decirlo, pues al percatarse de sus palabras bajó la cabeza, avergonzada, encogiéndose de hombros.

Un gesto tierno de su parte, debo admitirlo.

Lo que no fue para nada tierno fueron las hamburguesas asquerosas y llenas de grasa que me vi obligado a comer ante los ojos de Pajarito. La hamburguesa era una carne viscosa e incomible que rechinaba como quien mastica un chicle. Sencillamente, asqueroso. Omití preguntarle a Astrid cómo podía comer tal cosa, pero supongo que está acostumbrada a comer eso. Y seré honesto, fue divertido verla comer con tanto entusiasmo.

—Nos vemos mañana, viejo —se despide Jax de Chase, haciendo un saludo con las manos, esos típicos saludos secretos de niño pequeño de los cuales yo prefiero pasar.

—¿A quién llamas viejo? —recrimina Chase, quien le da un golpe en el hombro luego— Aquí el más viejo eres tú, luego vengo yo y luego Mika.

—¡Pero soy el que luce más joven! —se defiende Jax apuntándose.

Una carcajada ajena a nosotros, despierta nuestro interés. Al escucharla, Chase blanquea los ojos y voltea en la dirección de Mathew, quién continúa fingiendo esa ridícula carcajada que no se la cree ni él. Aplaude un par de veces y nos mira con una sonrisa particularmente macabra.

—¡Qué lindos! Chicos, ustedes no cambian, ¿verdad?

—¿Vienes de parte de Patrick? —interrogo antes de que Jax pretenda decirle algún insulto a voz alzada, pues eso llamaría la atención de los que están en el estacionamiento.

Mathew asiente.

—Él no está feliz contigo, Mika —lanza un bufido—. Ahora te odia más aún, sobre todo cuando le dije que te vi junto a su hermana en el parque.

Chase y Jax me lanzan una mirada. No se los había mencionado. De hecho, ellos no saben nada acerca de Astrid y yo además de tener en cuenta que fui a su casa ebrio y le dije que moría por ella. Lo demás, y todo lo que acontece en mi vida con ella, para ellos es un misterio. La Ardilla es la única que lo sabe absolutamente todo pues, por algún siniestro motivo, encuentro que es mejor confidente que el bocón de Chase.

—No sé qué pretendes, Mika, pero pisas terreno peligroso. Sabes que Patrick te odia y sales con su hermana. ¿Acaso es una clase de venganza contra él o de verdad tienes interés en ella? —continúa.

—Cuando sea el mismísimo Patrick quien pregunte lo responderé, a los vasallos no pretendo responderles —contraataco. Busco las llaves de mi auto dentro de mis bolsillos y les quito el seguro a las puertas—. Además, no tiene con qué amenazarme, ya lo confesó todo.

Mathew escupe un enorme "Jah".

—No todo, McFly. Lo admito: Fue astuto hacerte la víctima frente a Astrid, pero las cosas no acaban aquí. Tanto tú como Patrick y yo estamos involucrados.

Chase me agarra por el hombro, obligándome a verlo.

—¿De qué habla? —interroga.

—De nadie.

ASTRID

Observo la pirámide de latas con sardina que acabo de armar. Hacer pirámides de este tipo algo que ya casi no se ve, pero el gerente insiste en armarlas aunque no sean de agrado para nadie. Es un trabajo tedioso hacerlas, por lo que puedo imaginar lo malhumorado que McFly pudo ponerse mientras apilaba las latas maldiciendo entre dientes a James.

Y hablando de James, estuvo toda la clase de Ed. Física practicando su papel de *Romeo*. Insistió en que me quedara junto a él después de clases, pero el trabajo me lo impidió; a cambio, le prometí asistir a la obra escolar para darle mi apoyo moral entre el público. Gustosamente el selló mi promesa estrechando las manos. Cuando preguntó sobre el concurso fotográfico le conté lo que ocurrió y terminó llegando a una absurda conclusión que lo descontroló por completo.

—¿Una relación como la de *Romeo* y *Julieta*? Eso es absurdo...

Niego con la cabeza apartando las palabras de James. Pensar en algo así en el trabajo no hace más que desconcentrarme.

—¿Qué es absurdo?

McFly aparece el mi campo visual desde el otro lado de la pirámide. No lo había visto desde el sábado, pero esperaba encontrarlo aquí. Él luce aparentemente normal, con su semblante tan altivo como de costumbre, aunque con el ceño algo fruncido.

Niego con la cabeza.

—Nada —siento mi cuerpo acalorado cuando encuentro sus ojos viendo los míos, como si los buscase. Aparto mis ojos primero, entonces logro escuchar una carcajada—. Ya... déjame trabajar, McFly.

—Ah, ahora soy McFly. Creí que era Mr. Alguien, pero veo que me equivoqué.

Mierda. ¿Por qué menciona eso ahora? Llamarlo así fue una simple broma, porque recordé las conversaciones que él y yo teníamos a través del celular. Fue una broma de la cual me arrepentí en seguida.

—Siempre has sido McFly —musito para mí.

Camino por el pasillo cuatro comprobando qué es lo que hace falta reponer, pero me veo interrumpida por el seguimiento incansable que Mika a adoptado cada vez que me ve. Empezó en el parque y ahora en el minimarket.

—¿Oye, no tienes otra que hacer? —pregunto al detenerme en medio del pasillo. Ese es el punto ciego de las cámaras donde el gerente no podrá captar que estamos holgazaneando en medio del trabajo— Estoy segura de que tienes trabajo que hacer.

—Tengo, pero estoy cansado, Pajarito. ¿No podrías hacerlo por mí?

Blanqueo los ojos.

—Dijiste que venías a trabajar pero creo que quieres que te despidan.

Él se echa a reír otra vez. Continúo caminando hasta que llegamos a la zona de personal autorizado. El gerente nos lanza un mirada que suprime enseguida mientras parece que por dentro nos maldice furioso.

—¿Estás preocupada de que me despidan, Pajarito? —curiosea adelantándose a mis pasos y colocándose frente a mí.

—Estoy preocupada por mí. No quiero que me despidan por tu incompetencia laboral.

—Bueno, te diré por qué te estoy siguiendo, pequeña Fissher.

Lo que parece ser una sonrisa siniestra se asoma por las comisuras de sus labios, dejándome con un escalofrío que recorre desde mi nuca hasta la espalda baja. Me estremezco un poco, pero intento no demostrarlo. No quiero verme un ser inferior frente a McFly, no después de todo lo que he hecho y dicho. Supongo que esa temerosa Astrid quedo atrás.

—Quiero empezar de cero.

Sus palabras me descolocan. ¿A qué se refiere exactamente con eso?

—¿Cómo?

Su rostro ahora es serio.

—Empecemos de cero, Pajarito. Sólo así podré contártelo todo.

Atados.

MIKA

Astrid se acomoda las gafas y me mira de forma extraña. O más bien, confusa. Está de sobra decir que mi propuesta la ha descolocado y no entiende el propósito de ésta. Sería justo decirle los motivos de mi repentino "empecemos de cero", pero siendo ella alguien curiosa, seguro me invadiría con preguntas que no quiero responder ahora.

—¿Entonces? —insisto. Extiendo mi mano hacia ella, para estrecharlas como lo haría formalmente un hombre de negocios para sellar un contrato.

Baja su cabeza y mira mano a la espera de estrecharse con la suya.

—Está bien, pero no entiendo qué pretendes decirme —vuelve a mirarme—. Creí que ya lo habías dicho todo.

—No desde sus inicios, Pajarito.

Se dispone a decir algo más, sin embargo, parece arrepentirse. En lugar de hablar, prefiere soltar la conexión física de nuestras manos. Retrae la suya y se agarra el uniforme de trabajo, baja la cabeza y comenta con indiferencia, como si no notara lo repentinamente incómoda que se ha sentido con nuestro encuentro:

—Deberíamos estar trabajando...

Se apronta a salir del pasillo; no obstante, la detengo del brazo causando que ella me mire ofuscada y cubra instantáneamente sus labios con la mano libre. Alzo una ceja ante su reacción, provocando que se sonroje.

—No pensaba besarte —sonrío con picardía.

—Lo hice por las dudas —baja su mano—. Ya no sé qué esperar de ti, McFly. ¿Qué ocurre ahora?

—Mañana en la biblioteca.

—¿Mañana en la biblioteca? —pregunta, moviendo el brazo para que la suelte; pero no hago caso a sus insistencias. Así que desiste luego de su pregunta.

—Después del primer recreo, te veo en la biblioteca.

Dicho esto, me marcho para continuar limpiando este mugroso lugar.

ASTRID

¿Es que Mika no tiene otro día para hablar sobre su vida?

Probablemente, McFly está pensando en contarme todo en la biblioteca. Y aunque estoy ansiosa por saber que más envuelve su mundo con el de Patrick, que está unido a los dos, no puedo saltarme una clase así como así; mucho menos cuando es una clase con el Profesor Marshall. Él no acepta que un estudiante falte a sus clases, llegue tarde o se marche con alguna excusa barata como "me duele el estómago". Lo peor de todo es que si llego a faltar, seguramente llamará a mis padres. No por nada es uno de los profesores más estrictos y jodidos de Jackson.

Pero insisto ¿no podía ser otro día?

Por más que busqué McFly por el minimarket no lo encontré, no pregunté si se había marchado pues dudo que los demás lo sepan. Tampoco hablé con el gerente por temor a algún regaño.

No me quedó más que volver a casa dada a su repentina desaparición.

Después de cenar, subo a mi habitación. Mamá no habló nada sobre lo de Patrick y yo agradecí en mi interior que no lo hiciera. Tampoco habló sobre él, ni sobre su vuelta a casa; sólo se limitó a preguntar cómo había estado mi día y el trabajo. Me he preguntado un par de veces, desde que tuvimos la mini charla en mi habitación, si ella sabe algo de Patrick y no quiere decirlo o, quizás, no puede. Eso sería horriblemente desastroso.

Sería algo terrible.

Respiro hondo y le doy enviar al correo; allí envié la fotografía con el hijo de Patricia como modelo, su evidente felicidad hacia las hamburguesas y expresión al estar llevándola a su boca. No mentiré, temblé de nervios cuando le di *click* a la opción enviar; pero luego de unos minutos pude superar mi pequeño ataque de nervios.

Ahora necesito decírselo a alguien para compartir mi pequeña felicidad que se mezcla con ansiedad. Busco en mi celular a Megan y le envío un mensaje.

«Acabo de enviar la fotografía. Tengo nervios >.<»

En segundos, Megan responde mi mensaje:
«¡¡Felicidades, amiga!! No tengas nervios, eres una fotógrafa grandiosa *3*»

Inconscientemente sonrío al ver su mensaje. Es corto y sencillo, pero de alguna forma me hace sentir bien. Repaso en mi lista de contactos hasta detenerme en un nombre singular de "Mr. Alguien" —o Mika, ahora—. Por poco casi olvido que después de enterarme que McFly era Mr. Alguien lo bloqueé al instante, para que ninguno de sus mensajes me llegase y no lo eliminé por si me llamaba o algo.

¿Debería desbloquearlo? Digo, hemos empezado desde cero; además, podría decirle que mañana no puedo faltar a clases.

Le doy *desbloquear*.

MIKA

Repaso otra vez la lista con las cosas que debo guardar. Dentro de lo que resta en la semana tengo previsto un viaje fuera de la ciudad con el fin de visitar unos parientes, y de paso, la tumba de mamá. La enterraron en su ciudad natal, por lo que no queda de otra. Bajo la insistencia de Ashley para que la acompañase, no me quedó de otra que aceptar. No me gustan los cementerios; lastimosamente, para estas épocas las visito a menudo, ya sea con Ashley, Chase y Jax, o simplemente, solo.

Mañana me retiro de Jackson antes, es por eso que cité a Pajarito después del receso. De otra forma, tendría de contarle todo el próximo lunes y, por lo que escuché, Patrick llegará dentro de la semana. No dudo que manipule todo a su antojo para quedar bien...

Ashley golpea la puerta de mi cuarto para sacarme de mis pensamientos.

—La cena está lista —informa—. Papá está abajo, no tardes.

Asiento sin decir más.

Olvidaba que también el viejo nos acompañará, como para hacer más ameno nuestro viaje —nótese el sarcasmo—. Supongo que lo hace por respeto a nuestra madre; seré honesto, me sorprende que haga espacio en su agitada agenda para ella.

Salgo de la habitación hasta llegar al comedor; papá está sentado y frente a su puntiaguda nariz yace una sopa que apenas ha tocado. Me siento a su derecha y Ashley hace lo mismo a su izquierda. No dice nada, sólo espera a que nos acomodemos para proceder a tomar de la sopa. Antes de agarrar la cuchara que yace junto a mi plato, recibo una llamada entrante que parece colocarlo de mal humor al instante.

—Sabes que no me gustan esas cosas en la cena —advierte. No despliega sus ojos de la sopa—. Apágalo.

No hago reproches y me apresuro en obedecer. La llamada entrante termina y al sacar de mi bolsillo el *iphone* me sorprendo al descubrir que era de Pajarito. No obstante, no me queda de otra que hacer lo que el viejo dice.

Al terminar la cena me apresuro en subir las escaleras y encender el estúpido celular. No obstante, pese a las llamadas hago con la esperanza de que conteste, no lo hace. Lo único que tengo de ella son dos llamadas perdidas y un mensaje.

"No creo que pueda ir mañana a la biblioteca mañana. No puede ser otro día?" —releo, conteniendo las maldición que predispongo para decirle a la mala suerte.

ASTRID's POV

No sé cómo pasó, pero así se dieron las circunstancias.

Como acostumbro cada martes después del primer recreo, me dirigí a la sala del Profesor Marshall con el fin de llegar antes que él para no recibir alguna amonestación de su parte —una vez la recibí. Fue horrible—. Me senté en el banco junto a la ventana; justo detrás de James, quien aún no llegaba. Allí, sentada ya con mi cuaderno sobre la mesa, recordé lo que McFly me dijo en el desolado pasillo cuatro del minimarket y deduje que él debía estar en la biblioteca esperando mi llegada. Respiré hondo y al exhalar comprobé que estaba inusualmente nerviosa. Conté desde el número quince hasta el cero, diciéndome a mí misma que si el Profesor Marshall no aparecía saldría corriendo a mi encuentro con Mika.

Entonces, cuando mis labios formulaban con un vago movimiento "cero", James apareció por la puerta y nos gritó a todos que Marshall no vino a clases.

Ah... así fue como ocurrió.

Entro a la biblioteca como quien va a cruzar el campo de guerra, recibiendo los disparos del enemigo que se reducen a miradas curiosas de las personas mientras me observan adentrarme al enorme espacio lleno de libros que —ciertamente— nunca tomé mucho en cuenta. Fueron pocas las veces que tuve que venir a leer aquí; irónicamente, mi venida a la biblioteca no tiene nada que ver con libros, ni estudios, sino un tema completamente apartado de eso. Según Megan, contiene muchas revistas interesantes y libros de ayuda. Yo nunca fui amante de

la lectura como ella, mucho menos de revistas. Mis intereses se reducen en fotografiar... Nada más. Es por eso que este lugar me es ajeno; los estantes, las mesas con estudiantes, la bibliotecaria, los sillones. ¿Desde cuándo una biblioteca tiene sillones?

Mejor dicho: ¿Dónde está McFly?

Busco entre las mesas por si logro encontrar su rostro ya tan familiar, pero no coincido con ninguno. Me paseo por los largos estantes llenos de libro, caminando por todas la secciones posibles sin dar con su paradero. Vago sin rumbo por la biblioteca bajo la mirada perspicaz de la bibliotecaria, quien se arregla los lentes al verme. Rehúyo de sus ojos acusadores y me dirijo al sitio más solitarios, oscuro y apartado de la biblioteca, donde por fin encuentro a McFly.

Está dormido. Luce semejante a un niño pequeño, con su cabeza sobre sus brazos usando el descansabrazos como almohada. Sobre su regazo hay un libro abierto, de hojas amarillentas y gastadas. Desde mi puesto no logro leer qué libro es y tampoco creo poder hacerlo en algún momento. Verlo así me pone incomoda, como si estuviese viendo algo totalmente privado. Es como cuando veía si fotografía en casa; se siente un acto delictivo que deberé pagar con la pena de muerte. Él parece disfrutar tanto de su desconexión con el mundo real que siento lástima de despertarlo; hasta parece gustarme verlo así de inofensivo.

Cierro los ojos con fuerza en un intento en vano de eliminar el absurdo pensamiento que pasó por mi cabeza. No vine a pensar bobadas sobre McFly, sino a escuchar lo que tiene para decir.

—McFly... —Carraspeo y me acerco para zarandearlo. Él abre los ojos con asombro hasta que, en un par de pestañeos, logra volver del mundo de *Morfeo.*

—Te ganó la curiosidad, ¿verdad, Pajarito? —esboza una sonrisa ladeada y me hace un hueco en el sofá.

—En realidad, el Profesor Marshall no vino a clases —respondo. Miro hacia los lados comprobando que nadie esté cerca; no quiero que un rumor se expanda por sentarme junto a McFly. Por ahí supe que andaba un rumor sobre la rubia que se sienta junto a mí en el bus y el amigo de Mika. Mierda, no quiero ni pensar qué pasaría si se enteran todo lo que ha pasado entre McFly y yo—. Creí que tenías clases de Lenguaje en la primera hora.

Me siento en el acolchado sofá rozando el hombro de McFly. Él sostiene el libro que leía y lo cierra, lanzándolo al suelo como si le importase una mierda.

—Falté a clases porque me aburren, así que vine aquí.

—Ah, sí. A ratos olvido que puedes hacer lo que se te dé la gana. Bueno...

—¿Me desbloqueaste? —interrumpe— Ayer me llamaste.

Carraspeo y miro en otra dirección para que no se percate de mi repentino sonrojo.

—Sí, era para decirte que no podría venir... Pero ya estoy aquí, así que vamos al grano.

—Bien... —se acomoda en el sofá como si fuese a relatarme una historia demasiado larga como para estar incómodos. De pronto, saca de su

bolsillo una hoja de cuaderno que arruga en su mano—. Antes, te diré algo: No estoy aquí para decir que soy un santo, porque los dos sabemos que soy todo lo contrario. Tampoco quiero excusar mis actos. Estoy aquí para sincerarme por primera vez después de mucho tiempo. Así que promete que leerás todo.

Su advertencia me causa escalofríos y un remolino de sensaciones difíciles de describir.
¿Para qué la advertencia? ¿Para que no salga corriendo huyendo de él? ¿Para no terminar odiándolo de por vida?

—Me pones nerviosa —suspiro entrecortadamente—. ¿Qué es todo esto?

—Promételo.

—Lo prometo...

Él baja la cabeza y me entrega la hoja arrugada.

—Léela.

Despliego la arrugada hoja y comienzo a leer.

«Conocí al par de hipócritas, Patrick y Mathew, en secundaria; compartíamos el mismo gusto por lo paranormal, así que comenzamos a juntarnos. Los dos ya se conocían, no sé si lo sabías...

Bueno, eran amigos desde antes y tenían un estúpido juego al que llamaban "El Pastor y El Cordero"; ellos eran los pastores y los demás el cordero. Para ese entonces, mamá había fallecido y caí en una depresión infantil. No tenía amigos, no tenía apoyo de mi padre... a los únicos que tenía era a mi hermana pequeña y a Patrick con Mathew, así que cuando me ofrecieron entrar a su juego y ser amigos no lo pensé dos

veces y acepté. Me volví en un pastor en busca del cordero que iría directo al matadero. Ya debes imaginar de qué trataba tan juego, ¿no?

Bien.

Nunca, dentro de mi cabeza, había desarrollado odio hacia alguien en particular, ni había gozado el sufrimiento ajeno, hasta que encontré al cordero perfecto que Patrick y Mathew querían molestar.

Su nombre era Sebastian Lupin...»

—¿"Era"? —interrogo, apartando mi cabeza de la hoja arrugada para mirarlo. Él ni siquiera se atreve a verme.

Continuo leyendo:
«...Sin amigos, solitario, de otro curso; Sebastian era perfecto para el juego y por mucho tiempo disfruté ser el pastor. Hasta que el cargo de consciencia se presentó y no pude hacerlo más. No quería, a pesar de las insistencias de Patrick y Mathew. Él día en que quise pedirle perdón por mis actos me enteré que ya no estaba. Se había esfumado de la tierra. No hallé rastro alguno sobre él, sobre su familia, sobre algún conocido... Nada. Mi sentimiento de culpa fue tanto que dejé de lado a Patrick y Mathew, el psicólogo del colegio citó a papá para que me llevara con un psicólogo pagado que no hizo nada.

De lo único que era consciente era que, sea lo que sea que Sebastian haya hecho o hiciera a futuro, sería por mi causa.

Pero el juego continuaba y debía encontrar a otro cordero, pero me negué. ¿Qué pasó entonces? Me convertí en el cordero. Sin amigos, con depresión, un padre ocupado, un psicólogo ambicioso y sin nadie que me prestara atención. Patrick y Mathew encontraron a otro cordero (yo) e

insistían en decir que yo había matado a Sebastian. Y ya sabes lo demás, los golpes, los insultos, los videos... Chase y Jax fueron quienes me defendieron para entonces; me dieron una mano. Papá dejó de pagar el psicólogo y me valí por mi mismo para seguir adelante, con la culpa comiéndome los sesos. Cuando vi a tu hermano por primera vez en Jackson, pensé que la historia se repetiría y levantamos unas reglas que Chase, Jax y otros chicos más creamos un día. Las tres reglas no tardaron en hacerse famosas y, extrañamente, todos comenzaron a obedecerlas.

Ellos no saben lo de Sebastian, ni pienso decirles. No hasta que sepa qué pasó con él...»

—Mierda...

—Eso es todo, ya lo sabes todo —arrebata de mis manos la hoja. La parte a la mitad y continua rompiéndola hasta que de la hoja no queda más que pequeños trozos—. Sebastian es lo único que me tiene atado a tu hermano y la serpiente venenosa de Mathew.

Plática en la biblioteca.

MIKA

—¿Qué pasará ahora?

Meto la carta —más bien, los trozos de ella— dentro de mi bolsillo. No hay mucho que decir después de todo. Astrid ni siquiera ha dicho algo concreto más que su estupefacta expresión y su comentario que parece haber dicho sin intención. Lo cierto es que me alegra que no esté molesta, porque de alguna forma, me sentiría como un maldito demonio. Ya es demasiada la carga que tengo sobre los hombros al contar todo esto como para poder soportar más. Es bueno que no esté juzgándome por lo que le hice a Sebastian. Además, me siento de alguna manera, libre contando todo. Ciertamente hacerlo me libera un poco de la carga y de la culpa, como si hubiese ido a confesarme a la iglesia. Una vez, ese pensamiento vago, se cruzó por mi cabeza, pero lo descarté al instante.

No soy alguien muy religioso, pues prefiero guiarme por mis reglas.

—No lo sé. Ya di por hundido este asunto, la verdad —se inclina hacia mí, agarrando mi brazo. Es un gesto osado para que provenga de ella; sin embargo, juzgando su expresión, creo que mi carta la ha preocupado de sobre manera—. La culpa está, no hay nada que hacer.

—Pero... —lanza un gruñido—. Mika, fuiste manipulado vilmente por Patrick y Mathew, no tienes la culpa de nada. No quiero justificar a nadie, pero lo hiciste porque pasaban por un mal momento. No deberías sentir culpa alguna.

Sonrío a medio labio y volteo a verla.

—Es lindo oír eso de ti, Pajarito.

Su expresión cambia drásticamente al oírme, mira en otra dirección y aparta su mano de mi brazo con disimulo, como si no me hubiese dado cuenta de ello. Observándola así, se siente tan vulnerable. Nunca me pregunté hasta ahora qué fue lo que me atrae de ella; es diferente, en muchos ámbitos, a la Ardilla. Incluso, nunca me acosté con alguien que luciera su aspecto, ni su personalidad. Las chicas con las que hasta ahora he estado siempre fueron de una personalidad chocante... con personalidad que no se pasa a llevar fácilmente y que buscan diversión por una noche. La pequeña Fissher parece todo lo contrario; callada, sin sobresalir, sin atreverse a decir lo que piensa... Tal vez, es su ingenuidad. Su inocencia. La forma en que junta sus labios cuando quiere decir algo pero no se arma de valor, cómo desvía sus ojos para esquivar un tema que no es de su agrado, la tolerancia que tiene —incluso ahora— para hablar con quienes le han fallado. Es difícil deducir que tiene Pajarito que logró hacer que piense día y noche en ella.

—Ya... deja de mirarme así —manifiesta—. Es realmente incómodo.

—¿Y si no quiero? —la detengo cuando noto que se dispone a levantarse— Es una broma, Pajarito.

—Me alegra que puedas hacer bromas después de lo que contaste —ironiza, volteando a verme—. ¿Sabes...? Patrick llegará este sábado.

—Así escuché. No me sorprendería verlo afuera de la academia esperando golpearme. Es un hijo de puta vengativo.

—¡Hey! Es MI hermano —alega, marcando la voz—, tenemos la misma madre... Mamá no es una... eso que dijiste.

Se cruza de brazos, molesta.

—Lo siento. Y te compadezco por tenerlo como hermano —jugueteo con mis dedos—. Mis más sinceras condolencias.

—No te preocupes, también compadezco a tu hermana por tenerte como hermano, McFly.

Debería compadecerse de mí por tener una hermana tan revoltosa y malcriada como Ashley, quien me exige día y noche cosas que no son fáciles de alcanzar, que tiene el serio problema de enamorarse rápidamente para terminar con el corazón roto y ni siquiera puede cocinar arroz sin que estalle la cocina. A veces creo que soy demasiado benevolente con mi hermana menor como para no decirle nada.

—Mejor háblame de la fotografía, ¿ya la enviaste? —asiente mientras mantiene sus ojos fijos sobre los libros del estante que tenemos en frente— ¿Cuándo sabrás los resultados?

—Probablemente en unas dos semanas, en las vacaciones de invierno.

—Casi para navidad. Si ganas será como un regalo de Santa Claus —sonríe y niega con la cabeza—. ¿Qué es tan gracioso?

—Nada, nada. Es sólo que me causa gracia que menciones a Santa Claus.

—¿Por qué? —inquiero, frunciendo el ceño.

Ella sólo se limita a encogerse de hombros.

Entonces, permanecemos callados. Nos observamos, sin palabras. Ella seguramente busca alguna excusa para decir, para terminar la extraña conexión que hemos hecho, pero al no encontrarla me esquiva. Es como si huyera de mí, o tal vez de algo más, algo que no quiere reconocer. Sé

que no soy de su agrado, que nunca lo fui y, probablemente, deba hacer más meritos para serlo, pero su forma de evadirme es algo cruel.

—Astrid.

—¿Qué?

—No nos veremos en mucho tiempo, con las vacaciones y mi viaje... —comento—. Espero que al volver no tengas tus feas gafas.

—James dice qu-

Se silencia al instante, como si hablar sobre el Perro no fuese una buena idea. De hecho, no lo es; y seguramente lo sabe muy bien. Ese James "Perro" Cooper puede decir lo que se le antoje cuando quiera sin tener que sufrir las represarías de Pajarito, pues los dos son "amigos", cosa que ella y yo jamás seremos, porque hay un largo trecho que nos separa. Es difícil saber qué piensa ella de mí, si alguna vez le gustaré de la misma forma que ella me gusta, porque hasta ahora lo único que hace es tolerar cierta parte de mí. La otra, la odia por completo. Y aunque nuestra singular relación ha avanzado enormemente, creo que la parte donde me odia es mayor.

—¿El Perro dice qué? —interpelo con el fin de que continúe; no obstante, no parece dispuesta a hacerlo.

—N-nada.

—Ajá, nada; eso es lo que debería decir. Después de todo sólo es un Perro con pocas agallas —exteriorizo cruzándome de brazos—. Tanto tú como yo sabemos que no le correspondes.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —cuestiona, alzando una ceja.

Me inclino hacia ella, observándola a los ojos. Pajarito se ve obligada a echarse hacia atrás, hasta pegarse al reposabrazos del sofá para agrandar el estrecho espacio que dejé al acercarme. Mira hacia los pasillos de la biblioteca, a las esquinas del estante, para comprobar que nadie esté cerca. A mí no me importa mucho que nos descubran, pero ella tendrá sus motivos.

—Porque no te pone así de nerviosa cuando está cerca, ¿verdad? —cubre sus labios, sabiendo que mis próximas intenciones no son buenas. Sonrío al verla y me acomodo en el sofá, dejándola libre— Estoy bromeando, pequeña Fissher.

Hace una mueca de desaprobación. Mis bromas —con malas intenciones— no le son de su agrado.

—Eres muy gracioso... —se acomoda los lentes—. Ya debo irme.

—¿Me dejas ver tus lentes antes?

Vaya excusa que he dicho para que se quede un rato más.

—Hm, está bien —lleva sus manos a las gafas y se las quita, cerrando los ojos con fuerza para luego abrirlos—. Casi no veo con ellos.

Visualizo a través de ellos sin ponérmelos. Todo es borroso a pesar de la distancia que se encuentran. Al colocármelos, un fuerte mareo sucumbe dentro de mi cabeza, lo que provoca que me los quite enseguida para luego amasar mis ojos con una mano mientras sostengo las gafas con la otra. Pestañeo un par de veces hasta controlar mi vista. Astrid está esperando pacientemente a que se los regrese, hasta me desconcierta que no alegue por no entregárselas. Se refriega los ojos con sus manos y luego bosteza.

Tontamente, me descubro sonriendo al verla.

—¿Cómo me ves? —pregunto, acercándome lentamente.

—Como una mancha —sonríe—. Casi no te distingo. ¿Ya los desocupaste? —me acerco más, hasta quedar a unos cuantos centímetros que no logren alarmarla— ¿McFly? ¿Qué planeas? —interroga al no tener respuesta. Se cubre los labios con las manos.

—Lo quiero —manifiesto, con un ligero tono mimado, aún sosteniendo los lentes en mis manos.

—¿Qué cosa? —dice, arrastrando a voz.

—Mi beso de despedida, entonces te regresaré los lentes.

Traga saliva y baja sus manos, lentamente. Se ve nerviosa, mientras, sus mejillas se tiñen de un suave color rojo. Asiente, insegura, como si se preparara a sí misma —de hecho, eso es lo que parece—. No sé qué este pasando por su cabeza, pero parece que pretende cumplir lo que dije. Busca con sus manos el cuello de mi camisa; al agarrarlo, lo aprieta con fuerza y atrae mi cuerpo hacia ella. Pero cuando mi inexpresivo rostro y mis caóticos pensamientos creen que recibiré un beso de su parte, lo único que consigo es que me arrebate las gafas de las manos, aprovechándose de mi estupefacto estado.

—Buena suerte para el próximo chantaje —formula con una sonrisa mientras se los coloca. Agarra sus cosas y se levanta del sofá.

En un par de segundos, desaparece de la biblioteca, dejándome como un tonto en la biblioteca.

—Mierda.

Él está aquí.

ASTRID

Corro hasta donde mejor me den los pies. Literalmente, huí de mis acciones después de ponerme las gafas. Con el corazón en la mano, ese cosquilleo asquerosamente incómodo que se marca dentro de mi estómago, la respiración agitada y mis mejillas a tal punto que podrían estallar en cualquier momento. ¿Qué fue lo que hice? Por un segundo, un pequeño y efímero segundo, estuve dispuesta a besarlo para obtener mis gafas; y ese segundo bastó para que perdiera la cabeza de forma magistral, porque yo, Astrid Fissher, después de todo estaba dispuesta a obedecer su chantaje. ¿Qué es esto? Cuando fui consciente de mi absurda acción ya lo tenía tan cerca de mí que su rostro desconcertado me dio pavor y usé mis cinco sentidos: Le quité mis lentes. Apenas recuerdo qué dije luego de eso.

Confesaré algo, no tengo tan mala vista, así que mentí cuando le dije a Mika que lo veía como una mancha.

Pero ya pasó, algo así de absurdo no lo volveré a repetir.

Apoyo mi espalda en la pared del vacío pasillo hasta donde he corrido sin sentido alguno. Aún falta mucho para que el siguiente recreo y no tengo nada que hacer dentro del colegio, ni siquiera algún trabajo pendiente por terminar o alguna cosa para matar el tiempo. El escenario y la instrumentaría para la obra ya está lista, y James parece haber ensañado por si solo su papel como *Romeo* como para ayudarlo. Entretenerme en mi celular o leer alguna cosa para matar parece la mejor opción que tengo hasta ahora, lastimosamente, la batería no es infinita y apenas me fijé que me quedan cinco por ciento para que se apague. No los

desperdiciaré, eso está claro. Podría seguir en la biblioteca, pero estar junto a Mika me cohíbe de cierto modo y aunque intentaba no demostrarlo, a veces perdía los estribos.

Dios, con tal historia cómo puede estar así. Ya me explico sus conductas extrañas, su problema de bipolaridad y su ego altísimo que ocultan su real personalidad. Hasta se puede deducir el motivo de las tres reglas, pero... Cielos, no sabía qué decir. Qué preguntar. Qué hacer para no joderla. Seguramente fue un tema complicado para él como para contarlo con voz alzada, por eso la carta. Lo peor de todo es que vive por el camino de la culpa sin saber el paradero de Sebastian, sin poder ser redimido. Quizás —y esto lo digo con toda la esperanza del mundo—, si puedo colaborar un poco con su búsqueda podamos hallar con él, aunque McFly parece haber perdido toda confianza en encontrarlo. Puede que, investigando un poco más a fondo, logre dar con su paradero.

O tal vez, sólo estoy diciendo bobadas, pero no pierdo nada con darle un poco de ayuda, ¿no?

—¿Por qué la cara, Cuatro Ojos? —Es James. Apoya su espalda en la pared como yo, pero se agacha hasta quedar de cuclillas.

—Por nada —niego con la cabeza apartando mi desequilibrada idea—. ¿En qué andas?

—Estaba huyendo de la Profesora Scott; quiere que ensayemos una vez más la obra. Ya me estoy volviendo loco, repetimos una, otra y otra vez las mismas escenas... —lanza un bufido—. Estoy cansado.

—Es el precio de la actuación, JC —río entre diente y me siento en el piso blanco del pasillo.

—Lo peor de todo es que la fastidiosa hija de la Señora Gruonie dijo que vendría a verme —chasquea la lengua—. Esa pelirroja molestosa...

¿Señora Gruonie? Debe referirse a Cassandra, de quien poco he oído hasta ahora. Es realmente curioso que esté poniendo los ojos sobre James pues creí que ella estaba interesada en McFly. De hecho, creí que tenían alguna especie de relación a pesar de sus palabras hacia mí. ¿Sabrá ella lo de Sebastian?

—El día de la obra espero que estés ahí para echarme una mano si olvido alguna línea —comenta de pronto, volteando a verme—. No quiero hacer el ridículo frente a la pesada de Gruonie.

—Está bien... Oye, James... —muerdo mi labio. Tal vez, la idea de buscar a Sebastian por mi parte no sea tan absurda— ¿Conoces a alguien de la Secundaria A-9?

—¿Es la secundaria donde iba Patrick? —asiento. Que mencione a Patrick me deja un mal sabor de boca— *Los Tres* fueron a ella —con "Los Tres" se refiere a Mika, Chase y Jax, pero por obvias razones yo no les preguntaré sobre Sebastian a ellos—. También hay otro... un tal Allek Morris de última año. Es amigo de April y Liz.

—¿En serio?

—Sí. ¿Por qué la pregunta? —sonrío inconscientemente.

—Por nada.

Me levanto del piso y parto en búsqueda de las dos inseparables amigas.

April y Lizzy suelen ser de las chicas que tienen una rutina para todo, donde hacen las mismas cosas todos los días, por lo que deducir, y luego de pasar casi dos años con ellas, encontrarlas sentadas en la

banca del patio, mirando a los chicos jugar en el campo de beisbol no es nada raro. Que sean así de simples facilita mucho las cosas, sino estaría perdida buscándolas por todo Jackson.

—¡Astrid! —exclaman al unísono.

Trago saliva con el fin de humedecer mi seca garganta y me recompongo un poco de mi estado anímico para hablarles.

—¿Ustedes conocen a Allek Morris? —pregunto en un hilo de voz. Las dos se miran curiosas y, volviendo a verme, asienten— ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En la sala de música, seguramente —responde April—. Según sé, le toca clases allí.

—O quizás esté durmiendo en biblioteca —agrega Liz, riendo.

Le doy las gracias y parto mi búsqueda hacia la sala de música. Es junto a la puerta, donde espero a que suene el timbre para salir a recreo.

MIKA

Los intentos que hago con sumo esfuerzo por no dormirme son inútiles. Es un viernes por la noche de camino al aeropuerto para volver a la ciudad. Después de la visita al cementerio el jueves y una ineficiente cena familiar junto a los familiares de mamá, todo se volvió aburrido. Si la visita al cementerio fue deprimente, la cena fue peor; nadie decía nada y dudo mucho que fuese así porque estábamos apenados. Siempre hemos tenido falta de comunicación con nuestras familias, eso no es novedad. La novedad fue que nos invitaran a quedarnos a cenar y el viejo aceptara. La consecuencia fue aquella incómoda sensación de no pertenecer ahí. Ni siquiera disfrutamos la cena. Yo con suerte sé qué

comí. Tampoco pude dormir en la asquerosa cama y con los gritos de los niños de la habitación continua, quienes parecían estar saltando con gusto sobre la cama sin que sus ineptos padres los reprendieran. Muchas veces estuve a punto de levantarme de la cama e ir a callarlos por mis medios, pero las súplicas de Ash para que no lo hiciera me detuvieron; de todas formas, esa casa era de sus tíos, nosotros sólo éramos invitados. Tal vez, si el viejo no fuese tan tacaño, podría haber arrendado algún hotel, casa o lo que sea que esté lejos de las pulgas revoltosas.

Suerte que podré dormir en el avión. O eso espero...

Miro la hora en el *iphone* descubriendo que tengo algunos mensajes de Pajarito que no he leído. De hecho, ella no había mensajeado hasta ahora.

"Averigüé Sebastian Lupin"

¿Así que ella lo está buscando después de todo?

"¿Qué encontraste?" —Escribo con cautela. No quiero que Ashley lea, con lo curiosa que es, lo que Pajarito y yo estamos hablando. Si supiese que estoy hablando con alguien a quien apodo y tengo agregada como Pajarito, probablemente me llenaría de preguntas que no quiero responder. Y no sólo eso, quizás se digne a espiar mis cosas. —

"¿Dónde está?"

Hemos llegado al aeropuerto, por lo que no me queda de otra que guardar el *iphone*, dentro de mis bolsillos hasta que me desocupe. Saco las maletas del auto y ayudo a mi hermana a llevar las suyas, mientas el viejo con ese aire altivo nos pide que nos apresuremos, pues el avión ya está por despegar y no quiere perderlo por nuestra culpa.

Es cuando estoy con las manos ocupadas que un mensaje —seguramente de Pajarito— llega.

Estoy esperando ansioso leerlo y saber qué dice. No porque quiera saber dónde se encuentra Sebastian Lupin, sino para saber su respuesta en sí.

La verdad es que siempre supe sobre el paradero de Sebastian, aunque me negaba creerlo. Ésta es la parte omitida de la trágica historia que merodea mi pasado en la secundaria, la parte que no supo Pajarito: Había pasado por tanto, dicho tantas cosas; hasta que mi obsesión por saber qué había pasado con Sebastian se mezcló con los sucesos de mi vida diaria y pensé que la única forma de librarme de todo, era buscándolo. Pero cuando lo hallé, me di cuenta que muchas veces no hay vuelta atrás. En resumen; Sebastian está muerto. Mi consuelo es que no fue por mi culpa, sino por una enfermedad. Aun así, el deber de no haberme disculpado con él está presente. Y aunque en su tumba ya con la lápida puesta lo hice, no ha bastado para sentirme bien. Sebastian sigue uniéndome a Patrick y Mathew y así será siempre, porque hay cosas de las que no podemos escapar.

Ya sentado en el avión, esperando el despegue, me dispongo a leer el mensaje que Pajarito envió antes de apagar el *iphone*.

"Se mudó a otro país, seguramente por eso no diste con su paradero. Ya, deja la culpa de lado porque él está bien"

Esa es una piadosa mentira.

ASTRID's POV

«Mierda»

Eso fue lo primero que pensé cuando escuché la información que Allek tenía para mí.

El martes di con el paradero de Allek; un chico algo inexpresivo, serio, con aspecto algo vago, que se limitó a preguntar pocas cosas. Me sentí bastante incómoda al preguntarle sobre Sebastian Lupin, pues no encontré ninguna excusa suficientemente válida como para responder su "¿por qué lo estás buscando?". Ante mi primera respuesta, él dijo que los tres payasos —claramente refiriéndose a Mika, Chase y Jax— podían conocerlos. Negué su proposición de ir a preguntarle a ellos y luego de algunas súplicas él accedió a ayudarme a buscar a Sebastian con la condición de decirle la verdad. Ante mi desesperación, hice lo que se veía más factible: Dije la verdad de una forma distorsionada.

Le dije que Patrick Fissher era mi hermano y que de seguro lo conoció. Allek asintió confirmando mis sospechas, sin embargo, no dijo nada y esperó mi siguiente confesión. Le dije que Patrick le había hecho daño a Sebastian, que mi familia se enteró de ello y ahora nos sentíamos en deuda con él, que cargamos un sentimiento de culpa. Nunca mencioné a Mika pues la búsqueda de Sebastian la estaba haciendo por mi cuenta y dudo mucho que le habría gustado contarle eso a Allek.

Así que, Allek accedió a buscar a Sebastian diciendo que podía obtener información para mí.

Y hasta hace unos minutos tuve la esperanza de escuchar una noticia alentadora de su parte, pero todo lo que obtuve fue que Sebastian Lupin murió hace ya un tiempo de una enfermedad. Así fue como todo ápice de esperanza desapareció con la devastadora noticia. Lo peor sería que

Mcfly se enterara de ello, pero no podía darle tal noticia y aumentar su sentimiento de culpa. Opté por enviarle un mensaje mintiéndole.

"Decirle que está vivo y fuera del país se oye bien", pensé. Sólo espero que lo haya creído y, aunque es poco probable, cese la búsqueda de Sebastian.

—¡Astrid, despierta! —grita desde atrás del escenario la profesora Scott— ¡Ayúdame con esto!

Es viernes por la noche. La obra continua.

Había llegado con los ánimos repuestos, dispuesta a echarles una mano con la obra a la espera del público; sin embargo, con la información de Allek y el mensaje que le envié a McFly mis ánimos cayeron al suelo. Ni siquiera sé si hice lo correcto al mentirle, pero ya está. Lo hice para que no se sintiera mal; lo hice con la mejor de mis intenciones.

—Mierda, mierda, mierda.

James entra como un trastornado al oscuro "detrás de escena" —como April ha llamado al torbellino de cosas que hay detrás del escenario—. La Profesora Scott lo mira con desaprobación cuando escucha sus insultos. Pero James parece más preocupado de dar conmigo.

—Gruonie está aquí —me dice, agarrándome por los hombros—. Y eso no es todo... Patrick también.

—¿Patrick? —pregunto sin poder cerrar mi boca por del asombro—Es una broma, ¿verdad?

James niega con la cabeza.

—Estoy seguro que lo vi entre el público, sentado junto a tus padres.

Combustión espontánea.

ASTRID

No hay remedio.

Me asomo por la cortina y busco con los ojos a mis padres. Cuando doy con ellos, descubro que James no miente; Patrick está aquí. Lo veo sentado hablando de forma confidente con papá, mientras sostiene entre sus brazos a *Boo*, quien parece algo desorientada con toda las personas que yacen sentadas a su alrededor. Ya no hay dudas de que es Patrick. ¿Qué hace aquí? Mamá había dicho que llegaría el sábado, no el viernes. Eso quiere decir que tendré que poner buena cara y recibirlo como si no supiese nada, aunque ambos sabemos que no es así.

Ya lo sé todo.

Salgo del teatro y entro al baño esperando algún milagro que lo haga desaparecer. O mejor aún, que me dé dotes de actuación para no poner mala cara con nuestro reencuentro. O que me detenga de estrellar mi puño contra su cara —aunque sé que ese ligero pensamiento es imposible—.

Vuelvo al "detrás de escena", donde James me intercepta.

—¿Estás bien? —pregunta, apartándome del resto de compañeros.

—Sí, ¿y tú?

—Yo estoy bien... mi hermano no es el que está ahí afuera —comenta con pasmo. Tal vez me ve demasiado tranquila; pero él no sabe que dejé un caos gigante en el baño pensando en cómo actuar al tener a Patrick frente a mis narices.

—Lo sé, lo sé. Fingiré que nada pasó. Cuando llegue el momento, haré que Patrick hable todo.

Al finalizar la obra escolar, el momento decisivo aparece cuando salimos todos al escenario para hacer esa reverencia tan particular que todos los actores hacen. La Profesora Scott insistió en que, quienes colaboramos tanto con el vestuario y la escenografía, también participáramos en la reverencia. Así que, no nos queda de otra; me tomo de la mano con Liz y con uno de los amigos de James y hacemos a reverencia. Mis ojos se clavan en el lugar donde Patrick debería estar sentado, pero no está allí. Ni en ningún lado del teatro.

¿Acaso fue una ilusión? Lo dudo, James no lo habría visto.

Después de unas reconfortantes palabras de la profesora ante nuestra ayuda con la obra y las actuaciones, James se gana los aplausos de todos con su actuación. Algunos dan su discursillo de despedida del semestre y todos, con vasos en mano, bebemos bebida para refrescar nuestra jornada de trabajo escolar. Entonces, llega la despedida y el típico "Nos vemos después de vacaciones".

—Vamos, Cuatro Ojos, ven con nosotros —insiste James con picardía. Él y sus amigos celebrarán el fin de semestre en algún club de la ciudad—. Piensa: tendrás tiempo de reflexionar cuando te encuentres con Patrick.

Sonrío de mala gana. No quiero ni lo uno, ni lo otro.

—Iré a la casa de Megan —miento—. Me invitó un rato, como para matar el tiempo.

—Oh, bueno —James hace una mueca—. Cualquier cosa, ya sabes con qué hallarme —me enseña su celular.

Sale por la puerta trasera y se pierde entre la oscuridad de la noche. Una corriente helada entra cuando la puerta se cierra de golpe dejándonos a algunos cuantos detrás del escenario. Me asomo por la cortina roja del escenario en busca de mis padres, pero ya no están.

Algo anda realmente mal.

Salgo por la puerta trasera congelándome hasta los huesos. Un escalofrío me recorre hasta la médula, sin exageraciones, y me estremezco por completo, usando mis brazos para cubrirme. Sin embargo, sobre mis hombros un abrigo negro me cubre la espalda, y antes de que resbale por mi espalda, lo agarro. Volteo mirando al ejecutor de aquel amable gesto; dentro de mí cabeza todo se arma un caos, pensando encontrar a McFly a mi lado, con su estúpida sonrisa arrogante, esperando a que lo vea para decir algún comentario de los suyos. Pero no. A quien tengo al lado es a Patrick.

—Hola —saluda, esbozando una sonrisa.

Me saco el abrigo de los hombros y se lo entrego, obligándolo a que lo reciba.

—¿Dónde están papá y mamá? —inquiero con frialdad, comenzando a caminar. Él insiste en colocar el abrigo sobre mis hombros, pero me hago a un lado, negándome a recibir su amabilidad de hermano o como quiera llamarle.

—Les dije que se fueran, así podemos hablar... —me sigue el paso—. Tenemos mucho de qué hablar.

—Sí y más vale que me des un buen argumento para perdonar lo que hiciste, Patrick... o quizás lo que sigues haciendo. Ya no lo sé.

Salimos de Jackson y él me guía hasta su auto, pero no tengo la menor intención de subirme a él. No basta con demostrar que estoy molesta, y más que eso, furiosa. La sangre me hierve y los deseos de golpear su sínica y mentirosa cara no me faltan.

—¡Vamos, Enana! —manifiesta al ver que paso de largo—. No te pongas así.

—¿"Ponerme así"? —golpeo una de las llantas del auto. Él se asombra de mi reacción— Por tu culpa viví un infierno. Por tu culpa McFly también... ¡y quizás cuantos más! Dios, Patrick ¿en qué pensabas?

Cierra la puerta de su auto; la había abierto antes de que yo pasara del largo. Camina hasta quedar frente a mí, observándome con una expresión ofuscada. Él no debe entender cómo cambie tanto en todo este tiempo, pero así están las cosas. Esa tonta e ingenua Astrid quedó muy atrás y Patrick deberá acostumbrarse.

—¿Cómo puedes creerle a ese pedante y no a mí? —posa sus manos sobre mis hombros, como una forma para que recapacite— Soy tu hermano.

—Y yo tu hermana —aparto sus manos con rudeza, provocando que dé un paso hacia atrás—. Soy Astrid Fissher, la hermana de un mentiroso y... —trago saliva sintiendo un nudo en la garganta. Mis ojos se han humedecido de repente— un abusador —paso mis manos por mis ojos haciendo que mis lentes suban ligeramente hasta chocar contra mi frente—. Mierda... —muerdo mis labios cuando las lágrimas invaden mis ojos.

—Astrid... —alarga sus manos y tomas las mías.

—No me toques, maldición. McFly tiene razón, eres un cerdo... ¡Ni siquiera me das alguna explicación!

—¿Sigues con McFly? —niega con la cabeza— ¿Es que olvidaste lo que hizo?

McFly lo mandó a golpear y nos separó ante la amenaza de hacernos la vida imposible. Y así fue, por mucho tiempo, pero ese precio lo pagué yo, no él.

—No lo olvidé. Pero él tenía sus motivos, tú no tenías ningún derecho sobre él y aunque él se dejó llevar por motivos incorrectos, por venganza, no se comparan con lo que tú hiciste, no sólo a él... sino a todos los vídeos que Mathew grabó. No quiero ni imaginar cuantos.

Patrick guarda silencio. Camina de lado a lado con las manos en su boca, desconcertado por mis palabras. No tengo idea de qué estará pensando en este preciso momento, pero luce extremadamente nervioso.

—McFly, McFly... ¿Te das cuenta que todo este rato lo has estado defendiendo, Astrid? —Da un paso adelante hasta quedar frente a mí— ¿Qué pretendes? Mathew los vio en el parque junto, dijo que parecían una pareja... que él está loco por ti. Usa un poco la razón, ¿acaso te estás vengando de mí saliendo con él?

Niego con la cabeza y empiezo a caminar por la desolada calle, omitiendo los llamados de Patrick. ¿Es que en ningún momento piensa explicar sus actos? ¿Es que de verdad lo hizo "por diversión"? Patrick está demente.

—Tal vez empiece a salir con Mika, él parece más honesto —aprieto mis puños—. Y quizás, si tu amiguito y tú no le hubieran hecho todo lo de

antes, sería mejor persona. Te aprovechaste de él, de su condición e hiciste que jugara ese horrible juego.

—¿A dónde vas? —interroga— Ya es tarde...

—No te importa —detengo el paso y volteo a verlo por última vez—. Espero que cuando regrese les hayas contado todo a nuestros padres o yo misma se lo diré, con lujos y detalles. Tengo el maldito DVD que le dejaste a McFly el día en que te golpeó.

F&B

MIKA

Casi son las 1:30 de la madrugada.

Recién hemos llegado a casa y Ashley no ha dudado ni un segundo en acaparar el baño para darse una ducha. Ha dicho que se siente sucia por haber dormido en esa escuálida cama y por tener como compañero de asiento a un anciano que —según ella— olía mal. En todo el viaje se fue cubriendo la nariz y quejándose. Por mi parte, intenté dormir —o fingí hacerlo—, para que Ashley no cambiara de asientos. El viejo (esta vez me refiero a papá) se fue en unos asientos más adelante.

Cuando bajamos del avión, un auto nos esperaba. Un hombre de edad nos trajo de vuelta a casa y luego se marcho; claro, antes papá le dio un buen pago por traernos. Es lindo volver a la pasividad de nuestra casa, sin tener que escuchar a los revoltosos correr de lado a lado sin que les digan algo.

Subo mis maletas a la habitación y me recuesto en mi cama. Me siento agotado, como si hubiese corrido alguna maratón lejos, muy lejos, de casa. Incluso mi cama se siente con otro aroma, completamente diferente al que siempre ha tenido.

Cierro los ojos, lentamente, hasta que todo se vuelve negro.

—...Mika, despierta ya.

Paulatinamente, abro los ojos encontrando a mi hermana de pie junto a mi cama, con mi *iphone* en una mano y moviendo mi brazo con la otra. Tiene el ceño fruncido, por lo que deduzco que tengo una llamada; pero

no cualquier llamada. Ashley es algo celosa, sobre todo con Gruonie, a quien parece odiar más que a la nerd de Chase. Así que, si mis deducciones son ciertas, la llamada entrante es de la Ardilla.

Me siento sobre la cama y recibo el *iphone* entre bostezos.

—¿Aló?

—*Tu hermana me odia, ¿verdad?* —Es la voz de Gruonie. Todas mis conclusiones son ciertas después de todo.

Ashley hace una mueca de desagrado cuando dejo caer mis somnolientos ojos sobre ella.

—Un poco —contesto. Le hago una seña a Ashley para que se largue de mi habitación. Ella no lo piensa dos veces, y entre maldiciones, cierra la puerta dejándome solo—. ¿Qué pasa, Ardilla? No sueles llamar a éstas horas. Me despertaste del plácido sueño que tenía.

—*Apuesto a que esto te interesa más que un tonto sueño, Mika* —espeta—. *Vine al club con unas amigas, ya sabes, donde siempre solemos pasar la noche del viernes, y en el baño me topé con...*

—No me digas... —interrumpo— ¿Ella? —llevo mi mano a la frente— ¿Qué hace ella en un club?

—*Bueno, no viene sola. James y unos amigos de él están con ella.*

Un impulso hace que me ponga de pie al instante. ¿Qué es lo que ella hace en un club acompañada del Perro?

Antes seguir oyendo a Gruonie, corto la llamada. Agarro un poco de dinero que tengo dentro del velador, busco las llaves de mi auto y salgo de la habitación.

ASTRID

—Lo siento, de verdad, pero no puedo.

Ahí se va al carajo la mentira que les he dicho a mis padres. Los llamé diciendo que pasaría la noche en casa de Megan, pero justamente, para enmendar mi mala suerte, ella no está en casa. No tengo dónde ir, ni siquiera alguien de confianza con quien quedarme. Mis familiares son un fastidio, mis primos unos desalmados. Lo único factible es que regrese a casa y tenga que ver a Patrick confesándolo todo. Cosa que dudo mucho que lo haga. Si no tuvo las agallas conmigo, menos con papá y mamá. Así que, en lo que resta de la noche, tal vez me la pase sentada en esta lúgubre plaza. A menos...

"Cualquier cosa, ya sabes con qué hallarme"

¡James! Él puede ser la escapatoria a todos mis conflictos internos.

Marco a James mientras juego a lanzar tierra con mis pies. El ruido de mis pies arrastrando la tierra debajo causa eco por toda la plaza. Soy la única tonta que está en una plaza tan malograda, lanzando tierra y esperando que un chico responda sus llamadas.

Parezco una novia dejada por su novio.

—*¡Astrid! Cambiaste de opinión, ¿verdad?*

—Algo así —me encojo de hombros, aún consciente de que no me ve. La voz de James se escucha un tanto cortada a causa de la música electrónica que se oye de fondo—. ¿Dónde estás?

—*En el Club Flash&Bass. ¿Lo conoces?*

—Sí, más o menos —siento un dolor estomacal. No sé si es un mal presagio o simplemente nervios de ir a un club por primera vez—. ¿Crees que me dejen entrar?

James se echa a reír.

—*¡Claro!* —exclama. La música electrónica de fondo ya no se escucha— *Te estaré esperando afuera, ¿okay?*

—Okay... más vale que estés ahí.

...

Bajo la ventanilla del auto que he hecho parar para que me lleve hasta el club. Estamos en la calle del club, pero con suerte puedo divisar cual es el afamado *Flash&Bass*. Ni siquiera veo James a causa de la poca iluminación que hay en esta lúgubre y húmeda calle por la que pocas personas —en su mayoría jóvenes— transitan. Observo los autos aparcados a los costados y me atrevo a asomarme más hacia afuera, dejando que el viento atraviese mi cabello.

Casi a mitad de la calle, logro divisar la figura alta de un chico con cabello rubio. Está jugando en el celular, pero en ocasiones mira como si buscara a alguien.

Es James.

—Es por aquí —le informo al conductor. Saco de mi bolsillo algo de dinero y se lo entrego. Espero el cambio, mientras, observo las enormes letras iluminadas por neón que forman las iniciales del club que James dijo.

Bajo del auto, llamando la atención de la figura que anteriormente deduje que era James. Al verme, guarda su celular y me regala una sonrisa.

—¡Qué bien, viniste!

MIKA

Paso por el enorme pasillo esquivando a las personas que hacer vida social. Es absurdo creer que hay personas que se detienen a charlar en un pasillo angosto, oscuro y oloroso teniendo millares de mesas con asientos dentro del maldito club. No sé si tienen sus coeficiente intelectual bajo —ésta es sólo una teoría— o les da pereza deducir que pueden estar más cómodos dentro. Supongo que la respuesta válida se limita a las dos.

Entro al club, por la puerta doble, donde la música se escucha con más potencia. No soy amante de la electrónica —y nunca lo seré—, pero el ritmo es algo pegajoso. Transito por las mesas en busca de Gruonie, o bien, Astrid. Pero no doy con ninguna. Lo poco y nada que me deja observar el tumulto de personas en el centro del club, bailando, tampoco me da un rostro familiar.

Tal vez, estoy equivocado de club.

Las luces de colores no están a mi favor y poco iluminan mi camino hasta la barra. De camino a ella, diviso a una chica delgada, con la espalda cubierta por una ligera tela blanca que trasluce el sostén negro que a ratos deja ver su ondulado cabello rojizo. Es Gruonie, hablando amenamente con el barman; a su lado, sus dos amigas charlan en sí. Una de ellas mira a su alrededor, dejando caer sus ojos en mí. Al instante, le da unas palmaditas a la espalda de la Ardilla y le dice algo al oído.

Gruonie deja de lado la conversación con el musculoso que atiende la barra y gira el banquillo en mi dirección.

—Vaya, viniste muy rápido —comenta cuando llego hasta ella.

—¿De verdad la viste? —pregunto sin deviaciones. De todas formas, comprobar si *ella* está aquí fue lo que me trajo a este aburrido club.

—Sí, hace unos quince minutos la vi sentada con sus compañeros —señala con su cabeza una de las mesas cercanas a la pista—. Debe estar bailando junto a James.

Chasqueo la lengua.

—Tu *entretención de medio tiempo* debe estar disfrutándolo —escupo con sarcasmo mientras me hago una nefasta idea de cómo deben estar esos dos gozando de la música.

—No lo llames así —blanquea lo ojos—. Astrid tampoco debe estar pasándola mal... Por algo está aquí, ¿no?

Una sonrisa pérfida se dibuja en los rojos labios de Gruonie. Su apestoso comentario lo ha dicho a sabiendas de que me molestaré aún más. Para que haya ladrado ese comentario debe haberle dolido lo que dije del Perro. Quizá, en el fondo, Gruonie si siente cosas por James que no está dispuesta reconocer. Tal vez, los dos han compartido más de lo que mi cabeza puede pensar en estos momentos.

—Bueno, ¿qué pretendes hacer?

Lo siento.

ASTRID

—¡Espera! —Wilson hace un ruido sordo al estrellar, prácticamente, su vaso contra la mesa redonda— ¿¡Estás diciendo que saldrías con Petunia Richards?! Esa niña tiene un prominente bigote de calidad monumental, hombre... ¡QUÉ ASCO!

¿Cómo acabé acá?

Rodeada de seis chicos que repentinamente comenzaron a hablar de chicas, me siento como un cero a la izquierda que no tiene nada que aportar además de ocupar oxigeno y espacio. Los clubs no son para personas como yo, mucho menos cuando de mis seis acompañantes sólo me llevo bien con uno. James no parece molestarle mi presencia, es el único que me habla con un carisma propio de él; pero con los demás es diferente. Sus caras al verme entrar por la puerta están lejos de ser descritas con la palabra "desagrado". Y no los culpo, yo también puse la misma cara cuando los vi bebiendo como si el mundo fuese a acabarse. Supongo que los adolescentes son así, tanto en fiestas en casonas lujosas, como en clubs que permiten a menores de edad entrar.

Entre trago y trago, dejaron su airada charla sobre deportes, por la plática de «Tu tipo de chica ideal». James tuvo —la no tan— brillante idea de preguntarles a sus amigos con qué chica de Jackson saldrían, y como era de esperarse, las respuestas han causado gran conmoción entre ellos. Hasta algunos secretos han sido revelados. Yo, claro, hasta ahora me he mantenido al margen bebiendo en silencio mi bebida.

—Oye, hermano —salta Roy mirando con franqueza a Wilson—. Petunia sería más linda si se depilara el bigote.

Río de mala gana, sólo para seguirle el juego a los chicos y no sentirme más excluida que de costumbre.

El club está lleno de personas que ocupan tanto mesas como la pista de baile. Todos disfrutando de unos buenos tragos y buena compañía. Recorro el club observando todo, con lujos y detalles, en busca de distraerme con algo.

Al fondo, sentado en una mesa, un sujeto de buen aspecto mira en dirección a nosotros mientras le presta poca atención a sus acompañantes. Con un vaso largo en mano, bebe lo que parece ser vodka o algo así.

No soy tan tonta como para fingir que no me he dado cuenta que desde hace casi una hora ha estado mirando hacia donde me encuentro. Y tampoco son lo suficientemente ingenua como para afirmar que mira a alguien más. Porque no es así. Siempre está esa extraña conexión visual y, hasta ahora, jamás creí que la tendría en un club. Claramente, él es alguien mucho mayor que yo, y me inquieta saber que soy yo el foco de su atención.

—¿Y tú Astrid? —Me giro al escuchar mi nombre salir de uno de los chicos.

Válgame el cielo, ellos me están hablando.

—¿Qué? —inquiero, mirándolos incomprendida.

—¿Con qué chico de Jackson saldrías? —repite el chico que aviso de la pelea aquella vez que James y Mika se agarraron a golpes.

Miro a los seis chicos que esperan con atención escuchar mi respuesta. James al verlo baja su cabeza y juguetea con un trozo de servilleta mojada con cerveza que está sobre la mesa. No entiendo el porqué lo hace. Tampoco entiendo por qué me siento tan culpable de pensar que él no es uno de mis candidatos.

Ni ninguno de ellos. Pero sé que una respuesta negativa no los dejará callados, así que me invento un nombre y una historia para darle credibilidad a mi pequeña —y absurda— mentira.

—Con Theo Miles —respondo y le doy un sorbo a mi bebida, observando con detalle sus rostros—. Es de primer año y es muy atractivo.

—¿En serio? —interroga otro. Él ha dicho que le "daría" a Claire y Sussie (las afamadas porristas de Jackson) de día y de noche— ¿Y qué se siente saber que no estás a su alcance?

Los cinco chicos se echan a reír a carcajadas sonoras. James blanquea los ojos, los cuales recaen en mí y cambia su expresión al percatarse que yo también me he reído. Le doy otro sorbo a mi bebida y carraspeo.

—No sé —me encojo de hombros y luego dejo en vaso sobre la mesa— ¿Qué se siente saber que no estás al alcance de las dos porristas?

Otros estallidos de carcajadas. Algo atontado y sorprendido, el amigo de James disimula su derrota bebiendo de su cerveza. James, aún riendo, me revuelve el cabello aun eufórico por mi respuesta, y él no es el único así. Un gesto exagerado a mi parecer, pero supongo que no esperaban que abriera la boca y tuviera las agallas de responder esa pregunta con la misma pregunta.

Cielos, ya no sé qué digo.

—Voy al baño —le informo a James, en un tono confidente.

Él asiente al escucharme.

—¿Quieres que te acompañe?

—Bueno, como quieras.

Ambos nos levantamos de nuestros asientos y ante burlas de sus amigos diciendo que estamos enamorados y vamos a hacer "cosas de grandes", nos alejamos de la mesa y caminamos esquivando, tanto a las personas como las mesas en nuestro camino, hasta el baño.

—Estaré esperando aquí —informa apoyando su espalda en la pared rosa del club, justo al lado de unos psicodélicos cuadros.

MIKA

—Podría distraer a James, pero primero necesito dar con él.

La Ardilla se levanta de su banquillo y se arregla. Tras hacerles unas señas a sus amigas, vuelve a centrarse en mí. Despliega una sonrisa casi nerviosa —si no la conociera tan bien diría que fue una nerviosa, tan parecida a las de Astrid— y luego respira hondo, como si se preparara para hacer algo sumamente arriesgado. Yo estoy completamente fuera de mí, la música comienza a colocarme de mal humor. Y él no hacer nada empeora las cosas.

Tomo a Gruonie del brazo y la arrastro a la pista de baile en busca de James y Pajarito, o simplemente, algún rostro familiar que sirva para encontrarla. El olor a sudor, trago y cigarro, entra por mis fosas nasales

dejándome un mal gusto de boca. Chasqueo la lengua ante el hecho de tener que esquivar a los demás y pasar a su lado.

—Podrías bailar un poco y no estar parado como una estatua, Mika —sugiere Gruonie, moviendo sus curvas al son de la música. Ella no parece tan preocupada por encontrar al dúo, pero yo sí. No terminaré mi búsqueda hasta que sepa algo de ellos.

—Olvídalo, no sirvo para estas cosas, Ardilla. Y no vine a eso. —Ella sólo se limita a sonreír. Enderezo mi espalda y observo a las personas que tengo alrededor, pero no doy con nadie familiar— ¡Mierda! —gruño ante mi penoso descubrimiento.

Apenas logro ver algo con las luces precarias de discotequera indecente que cuelgan en el centro.

Estoy comenzando a desistir de mi búsqueda y largarme de acá. Tal vez, los dos ni siquiera están aquí y Gruonie sólo se los imagino. Tal vez, se fumó algo que provocó que los viera. ¡Qué sé yo! Ellos no están aquí.

Un vago pensamiento cruza por mi cabeza, pero no logra formularse del todo cuando siento que alguien tira de mi manga.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Observo en la dirección del autor de aquel sutil movimiento que no fue hecho de casualidad, sino con la intención de llamar mi atención. A nuestra izquierda, un sujeto alto al cual con suerte puedo ver con claridad, baila con una niña mucho más baja que él, cabello largo y ondulado, una camiseta negra y unos distintivos lentes gruesos.

Es ella.

Es Astrid.1

—¡Fissher! —la llamo y ella se gira hacia mí fingiendo sorpresa. Todo su rostro pide a gritos que la aparte del andrajoso y alto sujeto con el que baila.

Yo no me hago esperar y acompañado de Gruonie, tomamos a Pajarito hasta llevarla a un lugar apartado —específicamente, el largo pasillo por el que hay que transitar para llegar al club—. Astrid cierra los ojos con fuerza y respira hondo, botando el aire de sus pulmones con fuerza. Mueve sus labios en silencio y vuelve a abrir los ojos.

—Lo siento —musita.

—¿Estás bien? —le pregunta la Ardilla, inclinándose hacia ella para observarla mejor— Estás pálida.

—Estoy bien, es sólo que... —niega la cabeza y luego lanza un bufido—. Gracias por librarme de él. Y perdón por interrumpirlos.

Aprieto mis puños en cuanto dice eso. ¿Qué es eso de «librarme de él»? ¿Y dónde está el Perro a todo esto? Todo este tiempo creí que me los encontraría a los dos bailando y disfrutando del otro, pero topármela con un sujeto completamente diferente y mucho mayor que ella me obliga a mí mismo reprenderme. Prefiero que esté con alguien conocido que con alguien que sea un completo desconocido..., y mucho más mayor.

—No te preocupes... —le anima la Ardilla.

—Bueno... —muerde su labio—, adiós.

ASTRID

No tengo las suficientes agallas para poder mirar a Mika a la cara. Y es que si no fuese por su atrevido movimiento a sabiendas de que actuaría sin pensar y me sacaría del club, probablemente estaría aún siendo acorralada por el sujeto que desde hace un buen rato estaba observándome desde su mesa.

Como me lo encontré fue muy rápido y directo, tanto así, que apenas tuve tiempo de procesar su invitación y negarme a tener que bailar con él. Yo simplemente estaba en el baño, cuando al salir me lo topé en la entrada, como si me hubiese esperado. De James no había rastro y el tipo ni siquiera me dio tiempo de decirle que estaba esperando a un amigo para que me dejara en paz. James no estaba en la entrada donde supuestamente estaría, y de camino a la pista para bailar con el sujeto, vi que la mesa donde estaban sus amigos estaba ocupada por otras personas. "¿Dónde están todos?", me pregunté. Pero lejos de obtener una respuesta válida, me encontré siendo prácticamente tocada por el tipo que, sin ningún ápice de verguenza, comenzó a bajar sus manos cuando de pronto la música cambió a un lento. Claro, yo atiné a subir sus manos y decirle que no quería bailar, pero mis palabras no parecían entrar a su oído y cabeza, sino que provocaba que se acercara más a mí mientras hablaba de cosas sin sentido. Sola, en medio de la pista con un desconocido, mi esperanza se desvanecía con cada acercamiento del sujeto. Y cuando mis pensamientos más oscuros comenzaban a inquietarme, sentí el particular aroma del perfume de McFly.

Estaba a mi lado, inmóvil, en busca de algo... o alguien.

Bastaron tres tiros disimulados de su manga para que me sacara de allí. Bastaron tres tiros de su manga para que volviera a ayudarme. Y, aún así, no puedo mirarlo o agradecerle lo que hizo.

—¿A dónde crees que vas? —me detiene él.

Volteo a verlo, pero miro en otra dirección enseguida.

—Necesito hacer una llamada —respondo.

—No —dice al instante—. Necesitas volver a casa. Por Dios, vamos.

Me toma por los hombros y me lleva casi a arrastras a la salida. Aunque intento que se detenga y decirle que pare, no puedo. Y para mi sorpresa, al salir, los cinco amigos de James y él, están esperando afuera hablándole suplicantes al guardia de la entrada. Al notar que la puerta se abre, y de ella aparecemos Mika y yo, los seis se giran a vernos. Primero a mí, luego a McFly. Antes de decir alguna palabra, él se adelanta a los hechos y se apronto a agarrar a James, amenazante.

—¡Tú, idiota, la dejaste sola! —le grita.

Los cinco amigos de James lo apartan al instante, empujándolo, mientras yo me aproximo a ellos buscando hacer algo más que estar parada como una estúpida muerta de frío en la noche.

—¡Nos corrieron del club! —responde uno, casi al borde del histerismo y gritando mucho más fuerte que él.

—Sí, McFly —James le da la razón a su amigo, sorpresivamente calmado. Ahora, clava sus ojos en mí— ¿Estás bien? Llegó un guardia a sacarnos y apenas nos dejó hablar. Perdón —se disculpa.

Me limito a mover mi cabeza, asintiendo.

—Ya, vamos —me ordena McFly, regalándoles una última mueca de desagrado e incomprensión a los seis chicos. En especial a James, quien se sorprende al escuchar a Mika darme tal orden.

Noto que niega lentamente con la cabeza, como sugiriendo que no haga lo que estoy próxima a hacer, pero no le hago caso. Pronuncio un silencioso «lo siento» y emprendo mi camino siguiendo a McFly.

¿Dónde vamos?

MIKA

—¿Qué demonios hacías en ese lugar?

La pregunta sale de mis labios más molesta de lo que pensé. La verdad si estoy molesto de verla allí; pero no quiero hacerlo notar porque después de todo, que haya accedido a venir conmigo quiere decir que algo ya cambio en ella.

Astrid me eligió a mí entre el Perro y sus amigos.

—Nada —No es la mejor respuesta que esperaba, pero siendo ella, probablemente no querrá decirme la verdad de su aparición en un club nocturno—. Sólo estaba allí para despedirme de mis compañeros —agrega en tono algo despectivo.

Detengo el auto frente a la luz roja. Al mirar hacia afuera se puede ver como la lúgubre calle es transitada por grupos de adolescentes alocados, hombres de aspecto sospechoso y el infaltable olor a mierda. No es de mis lugares preferidos, pocas veces me ha tocado transitar por la calle, y si lo he hecho ha sido con Jax y Chase. Nunca vine solo a excepción de hoy consciente de que me encontraría con Gruonie en el club. Por lo que pensar en la posibilidad de que Pajarito vino sola a encontrarse con el Perro me hierve aún más la sangre.

—¿Viniste con ellos o te los encontraste acá? —inquiero, esperando que la luz cambie a verde— Porque si viniste so-

—No, no —Niega con la cabeza—. James me estaba esperando afuera.

Una carcajada cargada de sarcasmo y cinismo sale disparada de mi boca.

—Sí, como ahora, ¿no?

—Lo de hace un momento fue un error, ya los oíste. No creo que hubiesen querido dejarme allí con ese idiota.

Acelero y doy la vuelta en la esquina permitiéndome mirar de reojo a la pequeña Fissher que yace con sus ojos clavados en mí. Tal hecho causa que tenga que carraspear e instintivamente, como si no quisiese ser descubierto —porque eso es realmente lo que no quiero que pase— y se percate que la he mirado, vuelvo a mirar al frente.

Aunque es indescriptible la sensación que siento al ser una especie de "elegido", tenerla en mi auto por la madrugada me trae vagos recuerdos con la Ardilla. Nuestras madrugadas terminaban en sexo, eso está más que esclarecido porque así era nuestra antigua relación. Si bien era una relación algo fría y mis sentimientos hacia ella nunca fueron más allá, sino para alimentar mis instintos, la confianza que hasta ahora se ha creado entre los dos ha sufrido un drástico cambio. Dudo mucho que los sucesos anteriores que Gruonie y yo vivimos dentro de éste mismo auto ocurra con Pajarito.

Pero si llegase a ocurrir... Si el momento se da ¿cómo reaccionaré?

—¿A dónde vamos?

Trago saliva. Mi garganta repentinamente se ha secado.

—A tu casa.

—Espera —Me toma del brazo—, no puedo ir allí.

Volteo una vez más a verla. Ella luce contrariada.

—¿Por qué no?

—Les dije a mis padres que dormiría en casa de Megan, pero ella no está —Lanza un gruñido—. Le dije a Patrick que debía contarle todo a nuestros padres. No puedo volver, no quiero volver.

Las cosas son más complicadas de lo que creí. Y no lo digo por la aparición anticipada del odioso de Patrick; que les cuente todo a sus padres y deje esa faceta de chiquillo bueno de lado me importa un comino. La verdad, es que me vale lo que digan ellos de mí, lo que realmente me importa es lo que piense Pajarito de mí. Lo complicado del asunto es si podré resistirme a ella.

ASTRID

Realmente no tengo la menor idea de los motivos que transitaron por mi mente para elegir venir con McFly. Si bien, no es la primera vez que mi elección es él, probablemente ésta sea la más peligrosa que he tomado hasta ahora. Ya dije antes que él es una caja de pandora con un contenido impredecible. Puede que no planee nada malo y simplemente soy yo la que está divagando con pensamientos que no corresponden; sin embargo, para la siguiente ocasión debería ser más consciente de mis acciones. Ciertamente, todo se resume en que no quería seguir estando con los amigos de James ahora que nos habían corrido del club sin motivos aparentes. Por eso mi elección fue McFly.

Me siento como *Caperucita* siendo acompañada por el *Lobo* en un auto deportivo hacia Dios-sabe-dónde.

—¿Puedo poner algo de música?

McFly asiente sin apartar la vista del frente. Luce algo extraño, a mi parecer. Probablemente esté preocupado. Y no lo culpo, lleva a una tonta

niña mentirosa como copiloto. Sin apartar el hecho de que le ha dicho a "esa niña" una madrugada ebrio que está loco por ella.

Enciendo la radio.

Una canción particular se oye entre los parlantes. Me acomodo en el asiento con la intención de escucharla con más detalle. Ya la había escuchado antes, incluso me sé algo del coro.

«And when you're weak I'll be strong

I'm gonna keep holding on

Now don't you worry, it won't be long

Darling, and when you feel like hope is gone

Just run into my arms»

Mierda —digo para mis adentros.
Esa canción relata justo lo que acabo de hacer con Mika.

—Ya casi llegamos —dice de repente, haciendo que me sobre exalte dentro de mi asiento. Podría morir de nervios en este preciso momento sólo por haber venido con McFly.

Sólo espero no hacer nada de lo que me arrepienta a futuro, porque claramente no estoy dentro de todos mis sentidos como para dejar que me guíe en plena madrugada a algún lugar. De todas formas —y apartando la desconfianza que toda chica siente y podría sentir en mi posición—, si el conductor no fuese McFly seguramente ya me habría orinado sobre mis pantalones.

No sé cuánto tiempo hemos tardado en llegar, ni cuanta probabilidad había en que me trajera a un lugar como el que tengo en frente. Por

obvias razones, jamás esperé que condujera hasta un campo de golf. A estas horas no hay ni un foco encendido, ni autos aparcados en la entrada, guardias, personas pasando, o algún avistamiento de vida humana. Sólo estamos los dos frente a una enorme reja negra.

—¿Por qué estamos aquí? —interrogo, quitándome el cinturón de seguridad. McFly apaga el motor del auto y quita las llaves; por consiguiente, se quita el cinturón también, sin responder mi pregunta— ¿McFly?

—¿Alguna vez has visto el amanecer? —Niego con la cabeza— Entonces hoy estas con suerte. Aquí el amanecer se ve en primera fila, Pajarito.

Se baja del auto y cierra la puerta de un golpe. Yo lo imito y le sigo el paso.

—Pero aún faltan horas para el amanecer —le informo, posicionándome tras él—. Además, está cerrado. ¿No crees que es peligroso? Si nos descubren...

Él sonríe con arrogancia. A veces olvido que estoy tratando con una persona que, por muchas razones, tiene cierta ventaja sobre los demás; la ha tenido conmigo y probablemente, tenga la suficiente como para poder entrar al campo de golf sin que le digan algo.

—Todos aman el peligro —comenta, interrumpiendo mi frase cautelosa. Caminando hacia un sitio junto a las rejas donde está lleno de árboles, arbustos y maleza, voltea a verme al darse cuenta que no he dicho nada—. Mírate, estás aquí junto a mí, cuando sabes perfectamente que no es lo adecuado; que cuando tu familia se entere que mandé a golpear a tu hermano no querrá que te juntes conmigo. Y que puedo

perfectamente hacer lo que se me plazca contigo porque estamos prácticamente en un desierto.

Al terminar dibuja una sonrisa sagaz en su rostro que me obliga a tragar saliva sólo por pensar en lo que McFly podría hacerme. Luego del remolino mental que sus palabras han creado dentro de mi diminuta cabeza, soy consciente de que si fuera capaz de hacerme algo malintencionado ya lo habría hecho.

—Eso se llama idiotez —mascullo observando cómo despeja la maleza para entrar al campo de golf por un espacio donde no hay rejas—, no es amor hacia el peligro —reafirmo la voz.

—Como sea —escupe, luchando para abrir el espacio suficiente para que entremos ambos. Una vez abierto, se dirige a mí—. Las damas primero.

Dudosa de poder caber por aquel espacio, me agacho hasta que mis rodillas toquen la tierra y mis manos también. Gateando avanzo a través de rota hasta estar en el interior del campo de golf. Una vez adentro, McFly también entra agachado. Ambos nos sacudimos la ropa y nos disponemos a avanzar.

—Creí que tendrías alguna llave... o algo por el estilo —murmuro más para mí, pero dado el silencio mortífero que hay dentro del campo, él parece haberme escuchado a la perfección.

—El viejo tiene llaves —aclara a dos pasos más adelante que los míos—, pero es complicado robárselas.

—Me sorprende que te hayas arrastrado para entrar, ¿sabes?

Voltea a verme unos segundos. Abre un poco sus labios para decir algo, no obstante parece arrepentirse al instante. Niega con la cabeza y apresura el paso.

MIKA

Un campo de golf no es el mejor escenario que pude haber encontrado para llevar a Pajarito, pero definitivamente es mejor que la primera opción que pensé. Llevarla a casa a escondidas significaba una sola cosa; una cosa muy peligrosa. He avanzado lo suficiente como para echarlo a perder todo ahora, he enmendado mis errores y he plantado una pizca de confianza en ella. Hasta parece que ya hablamos como personas normales y no a través de miradas cargadas de rencor.

Muchas veces de niño tuve la oportunidad de venir acompañando a mi padre —cuando él se comportaba como tal— y sus amigos millonarios. Como todo niño adinerado y aburrido, no estaba interesado en un deporte tan poco excitante, así que buscaba formas de divertirme. Entonces, encontré un camino que me guío a un mirador mucho mejor que el que visito frecuentemente —y el cual debe estar lleno de parejas adolescentes, gimiendo, jadeando, y rechinidos de autos—. Ir allí en pareja por la madrugada significa una cosa: sexo, obviamente. Pero éste mirador es exclusivo para personas que como yo encontramos la forma de entrar al campo sin ser vistos.

—Es aquí —informo al final del camino.

Astrid se detiene junto a mí; lo primero que hace es fruncir el ceño y controlar su agitada respiración. Sin lugar a dudas, el camino ha sido algo agotador. Luego, observa el paisaje casi sublime que nos brinda el sitio, gracias a la altura y la poca vegetación que nos impide ver, el lugar podría ser codiciado por muchos.

—Esto es mucho mejor que el otro mirador —expresa con estupefacción—. ¿Desde aquí veremos el amanecer?

Asiento en silencio. Ella continúa mirando con asombro el paisaje hasta que inconscientemente se abraza a sí misma cuando una ventisca mueve su cabello. Me quito mi abrigo y lo pongo sobre sus hombros. Ella se gira a verme mientras mordisquea sus labios.

—Gr-gracias —Baja la cabeza, afirmando el oscuro abrigo que acabo de brindarle—. Dejé el abrigo que traía en el club, seguramente ya deje ser de alguien más.

—Probablemente, Pajarito.

Ambos nos sentamos sobre la hierba y miramos en silencio la ciudad.

—¿Puedo preguntar algo?

—Lo estás haciendo ahora, ¿no? —Jugueteo con mis dedos. Chasquea la lengua y luego lanza un gruñido— ¿Qué quieres preguntar?

—Si yo soy un pájaro, James un perro, Cassandra una ardilla, ¿tú qué animal eres?

Me recuesto hacia atrás.

—¿De qué me ves cara? —le cuestiono.

Ella se inclina un poco hacia mí, frunciendo el ceño. Se acomoda el abrigo una vez más sobre los hombros y medita mi pregunta. Cuando parece que ya ha llegado a una inconfundible conclusión, donde tengo alguna idea de qué puede responder, sorpresivamente se echa a reír.

—De un gato —dice entre risas—. Eres muy arisco, dominante, ves a todos por debajo de ti y esperas tenerlo todo. Sólo te faltan los bigotes, las orejas y la cola.

Lanzo un bufido.
—¿Te gustan los gatos?

—Prefiero a los perros —responde—. Lo siento.

Vuelvo a sentarme rozando mi hombro con el de ella. Cuando apoyo mis manos a los costados, noto que toco algo más tibio que el pasto seco a nuestro alrededor. Es su mano, la cual quita al instante. Baja la cabeza una vez más, mirándolas un momento; entonces, voltea a verme.

—Mika...

—¿Qué? —Alzo una ceja al notar que se quita los lentes. Cierra los ojos con fuerza y me los extiende.

—Ponte los lentes —me ordena. Algo desconcertado, los tomo con cuidado, mas no me los coloco—. Vamos, póntelos.

Ante su insistencia no me queda otra que obedecerle. Agarro los gruesos lentes negros y me los coloco. Enseguida, mi vista se torna borrosa y un fuerte dolor de cabeza provoca que quiera quitármelos a instante, pero ella me detiene tomándome de la muñeca. Con suerte puedo visualizarla, ni siquiera sé si ella está frente a mis narices. Sin embargo, es cuando siento su respiración tibia mezclándose con la mía, que sé que todo lo

que está pasando parece tan irreal como el hecho de sentir su cuerpo cerca. Intento quitarme una vez más los lentes, pero ella vuelve a detenerme. Y en cuanto lo hace, siento sus labios tibios y húmedos tocando los míos. Apretándolos cada vez con más fuerza contra los míos. Sus manos viajan hacia mis hombros, sus piernas tocan las mías. Todo parece completamente irreal; tanto así, que respondo su beso y ella no se aparta.

Un chiste de mal gusto.

ASTRID

La lejanía de los golpes que interrumpieron súbitamente en mis sueños, se hace más presente cuando estoy dentro de mis cinco sentidos. Según lo que resta de mi cordura, puedo asegurar que es domingo por la mañana y mis padres deben estar donde la abuela. Por lo que no me queda de otra que tener que levantarme de la comodidad de mi cama para abrir la puerta. ¿Quién rayos golpea la puerta un domingo por la mañana? Salí de vacaciones, al menos quiero dormir lo que restan los días hasta tarde, sin interrupciones y soñando con lo que sea que mi subconsciente quiera mostrarme.

Guiada por la memoria —en vista que con suerte puedo abrir los ojos—, bajo las escaleras afirmándome de la pared. Lento pero seguro. Doy un bostezo que por poco se ve interrumpido ante otro golpe de la puerta. Abro mis ojos, por fin, tan confusa como el sueño que tuve.

—¡Ya voy! —grito ante los insistentes golpes.

Ya en el primer piso, busco la llave que cuelga desde un clavo que papá puso en medio de la puerta para que las llaves de la casa no se perdieran. Al tenerlas en mis manos, le saco el pestillo a la puerta y abro.

—Mierda, qué frío hace allá afuera.

Mika limpia sus pies en el tapete de la entrada mientras con sus manos desenreda de su cuello la bufanda marrón. Me hago a un lado para que logre entrar; afuera, como ya me lo había imaginado, hay nieve. Ya

dentro, cierro la puerta a sus espalda y me giro para verlo. Su nariz está roja por el frío, su cabello algo húmedo y su barbilla tiembla.

Inevitablemente río, comparándolo con un pollito mojado. Él da un paso hacia mí, con una sonrisa pícara. Sus manos acarician mis mejillas, entonces, lentamente se acerca para besarme. Obviamente, yo no me hago de rogar y respondo a su beso, agarrando con fuerza su abrigo.

—Suficiente, par de enamorados —ordena Patrick, saliendo del baño.

Mika y yo nos separamos al instante en que lo escuchamos. Patrick desordena su cabello mojado —seguro por la ducha— y camina hasta nosotros. Él y Mika se saludan con una especie de saludo secreto.

—¿Cuándo inventaron eso? —Alzo una ceja, sin comprender la maraña de movimientos que ambos han hecho.

—Hace unos días —responde Mika colocando su bufanda alrededor de mi cuello—. Bueno... ¿qué hay para almorzar?

—Aún nada, *bro* —Patrick se encoje de hombros. Se abre paso para subir las escaleras—. Pero ya sabes dónde está la cocina, puedes preparar lo que quieras con la enana.

Mika me mira riendo.

—Te ha dicho enana y es casi del mismo tamaño que tú —espeta entre risas. Yo niego con la cabeza, divertida.

—¡Te escuché, Mika! —grita Patrick desde su habitación.

—Bien, Astrid —Mika deja de lado su sonrisa, para verme completamente serio. Tan serio que es casi escalofriante verlo así—. Hora de volver a tus verdaderos cinco sentidos.

Abro mis ojos encontrando el techo blanco y la lamparilla sujeta a la ampolleta que mi abuelo me dio para mi cumpleaños. Estoy tiesa, como un cadáver sobre una camilla. Ni motivación por moverme de la cama tengo. Y ante mi descubrimiento poco alentador, hasta el sueño se me ha quitado.

Todo ha sido un sueño absurdamente irreal.

Así las cosas serían bastante sencillas. Que Mika y Patrick se lleven bien. Que ningún drama familiar hubiese ocurrido. Pero las cosas se han dado diferente, por lo que sólo me he limitado a imaginar cómo serían las cosas si todo estuviese bien. Claro, la situación es completamente diferente y el uso de mi imaginación no aparta el hecho de su enemistad. Pero soñar no tiene nada de malo, incluso si parece un chiste de mal gusto.

La vida es un chiste de mal gusto.

En el mundo terrenal las cosas son diferentes, crueles, filosas y lamentables. Basta con ver mi aspecto después de despertar para saberlo. En serio, soy un completo desastre.

Me hago un ovillo dentro las sábanas y me cubro hasta la cabeza. No tengo idea del día, ni de la hora. Sin embargo, estar dentro de mi cómoda cama se siente sumamente bien. Incluso los golpes de la puerta no logran fastidiarme. Aunque me digo a mí misma que ya es tiempo de levantarme, me siento horriblemente cómoda y deseosa de volver a dormir.

Pero de nuevo los golpes en la puerta insisten en que me levante.

Busco mis lentes sobre el velador, sacando una mano hacia el exterior de mi refugio de sábanas blancas. Al cogerlos, sólo atino a ponérmelos. Cuando mi vista ya se vuelve más clara, me animo a levantarme de la cama. Me pongo mis pantuflas, busco un lazo para atarme el cabello y bajo las escaleras.

Con la llave en mano, abro la puerta.

No hay nadie afuera. Ni por asomo. Lo único que deja en evidencia que no estoy loca, sino que los golpes en la puerta eran reales, es un paquete envuelto en papel de regalo blanco con un moño rojo en la tapa de la caja. Junto al moño, hay una nota escrita con la caligrafía más cuidadosa que alguna vez pude ver.

«Feliz Navidad»

Cerciorándome que el emisor del mensaje aún no se haya ido, me predispongo a cerrar la puerta. Cuelgo la llave en la puerta, sin poder quitarle los ojos encima al regalo. Me estrello contra el sofá junto a la ventana y lo examino con más detalle. Parece caro, es lo más superficial que puedo decir. Parece sumamente caro. Además de ser un gesto poco común proveniente que su autor, la forma en que fue entregado me parece sumamente arriesgada. Golpear así podría haber levantado sospechas y si no fuera porque de verdad mis padres no están Y Patrick duerme, seguramente el regalo no lo tendría en mis manos.

Lo acercó a mi oreja para agitarlo. No se oye nada. Lo dejo reposar sobre mis piernas.

—Debería esperar hasta Navidad, pero... Lo siento.

Desarmo el moño y dejo libre la tapa. Dentro, cubierto por papeles casi transparentes de color rosa, una bufanda de lana roja me trae vagos

recuerdos sobre una conversación que creí que *Alguien* no recordaría. Como alguna vez me lo había dicho mientras hablamos del clima, me acaba de obsequiar una bufanda roja, para pasar el frío.

Tomo la bufanda con mis manos, sonriendo como una tonta o desquiciada, y la huelo.

—¿Y eso? —Patrick baja las escaleras frotándose un ojo. Está con un pantalón a cuadros y una polera blanca sin mangas. Al llegar junto a mí, toma con sus dedos la bufanda como si quisiera sentir la textura de ella— ¿Quién te la trajo? ¿Tu novio?

Voltea en dirección a la cocina, acomodándose el pantalón y arrastrando sus pies descalzos por el piso.

—Me la ha traído Mika —respondo sólo para fastidiarlo, porque sé perfectamente que le molesta. Él se para en seco—. No creo que sea un problema él que me traiga cosas, de todas formas ya llegamos a un acuerdo, ¿verdad?

—No lo es, Astrid.

MIKA

—Alguien quítele los porros a Mika y bájelo de las nubes.

Todos ríen ante el comentario de Jax. Por mi parte no hago más que lanzarle una mirada acusadora, pues él es el único de los presentes que tiene está fumando hierba. A mí y Chase no se nos da fumar ese tipo de cosas, pero Jax dice que lo ayuda a pensar y a clamar sus "necesidades". Claro, con necesidades se refiere a calmar su sed de

mujeres, porque es lo único que realmente le preocupa después de salir de clases. La verdad es que no me interesa mucho lo que trae entre manos Jax, porque siempre son cosas que se resumen en mujeres.

—Cállate, Jax —lo reprendo. A su lado, las dos chicas que parecen sumamente interesadas en agradarle, dejan de reír al instante en que abrí mi boca.

—¿Por qué estás de mal humor? —interroga Jax— ¿Acaso la nerd de segundo levantó al muerto y no lo volvió a enterrar?

—Jax, cierra tu asquerosa boca —le advierte Chase, negando con la cabeza y blanqueando los ojos. Parece un completo poseído—. Y fúmate eso.

Es la última vez que acepto la invitación de Jax para "almorzar" en su casa. Lo que parecía una invitación normal entre amigos —Él y Jax— se convirtió prácticamente en un burdel de mala categoría cuando invitó a dos de sus sumisas en reemplazo a las dos porristas sin cerebro de Jackson. El almuerzo fue una pizza que encargamos por teléfono. Las bebidas un par de cervezas. La mesa un pedazo de caja cubriendo el suelo. La casa... ni siquiera es la de él. ¿Qué puedo decir? No es lo mío mezclarme con mierda en una casa tan denigrante como la de la tipa drogadicta que Jax tiene al lado. Para eso prefiero almorzar bajo las miradas del viejo.

El trío de tarados se ríe.

—Oye, Mika —Chase busca calmar los ánimos. O mejor dicho detener mi próximo comentario—. ¿Iras a la fiesta de fin de año?

—Sí, ¿por qué?

—Bueno, estaba pensando en que podrías invitar a... a... Olvidé su nombre. Bueno, a tu *Pajarito*.

Chasqueo la lengua.

Como si fuese sencillo que invitarla a una fiesta el fin de año. Con suerte pude dejarle la bufanda de regalo en su casa pensando que en cualquier momento saldría el fastidioso de Patrick para armar un escándalo. Preferí irme antes de quedar más mal, de lo que seguramente él me ha dejado ya, con sus padres. No obstante, la fiesta de la porrista malograda Sussie o Claire —ya ni recuerdo cuál de las dos organiza la fiesta— es de disfraces, por lo que podría decirle que vaya acompañada de su tonta amiga. No es una mala idea. Y ahora que todo parece ir resultando entre nosotros seguro resultará.

—¡Podríamos ir de super-héroes! —exclama Jax, como un niño pequeño.

—Me parece bien... —Chase asiente, llevando una mano a su barbilla— Podría decirle a Michi que vista de *Gatubella*. ¿Ya les dije que tiene unas piernas para morirse?

—Conociendo a tu monja novia irá con un vestido largo que no le deje mostrar ni los tobillos —comenta Jax, entre risas. Chase lo fulmina con la mirada al oírlo—. Oye, es la verdad.

Busco el *iphone* entre mis bolsillos con el fin de buscar a Astrid entre mis contactos. Llamarla no parece la mejor de las ideas, así que escribo un mensaje de texto. No escucho su voz desde el viernes, y probablemente, no lo haga hasta en un tiempo más.

Antes de guardar mi celular en el bolsillo, recibo un nuevo mensaje. Es de ella.

Hicimos un acuerdo.

ASTRID

Miro por última vez a través de la ventana para cerciorarme que no baje en la parada equivocada. No es que me haya sucedido antes, simplemente me siento demasiado perezosa como para caminar demás. Y apartando el hecho de estar muerta de hambre, debo soportar el frío invierno sin unos guantes que le vengan acorde a la bufanda roja que Mika me regaló. Al salir de casa hice un comentario sarcástico sobre pedirle unos guantes, pero rechacé la idea cuando me di cuenta que no estoy en posición para hacerlo. Ni de pedirle nada. El que me haya regalado la bufanda ha sido un gesto poco usual proveniente de él; a decir verdad, no creí que lo recordase. Es demuestra que nuestras conversaciones y todo lo dicho allí tiene, al menos, una pizca de veracidad.

Al bajar de bus emprendo mi camino hacia la biblioteca municipal de la ciudad. Ya lo he dicho antes, yo no soy de leer, mucho menos estudiar; mis preferencias conllevan fotografiar lo que sea. Aunque por un tiempo me planeé la idea de ir con mi cámara fotografía para todos lados, mi infortunada vida de adolescente de dieciséis años me lo impidió. Dado a todos los constante problemas que acarreaba con un tétrico chico haciéndome la vida imposible, dejé de lado mi fugaz idea, la cual se perdió entre conmociones y maldiciones hacia, para entonces, solía ser mi peor enemigo. Un detestable enemigo. Ahora, sin embargo, las cosas son diferentes. Me impresiona mirar atrás y descubrir que las cosas han tomado un giro el cual no esperaba.

¿Quién creería que Patrick resultaría un idiota y Mika no? Los papeles, señores, se invirtieron. Y a pesar de que nada justifica nada de lo que los dos han hecho, aun espero obtener respuestas de mi hermano.

Mierda, debí obligarlo a que me contara todo...

Entro a la biblioteca y me detengo a unos pasos después de cruzar el mesón donde la bibliotecaria y su asistente, atienden a las personas. Camino entre los estantes, en una búsqueda casi desesperada que comienza a despertar la curiosidad del asistente de la bibliotecaria, entre otras personas. No es que me sienta una perseguida y quiere comenzar una persecución, sino que me estresa ver tantos libros sin dar con mi real objetivo.

Mika propuso juntarnos en una biblioteca, lugar donde irónicamente lo que menos debes hacer es hablar.

—¿Se te perdió algo?

Una voz ronca despierta mi lado asustadizo, provocando que salte y lance un grito ahogado en mi puesto. Al girarme para comprobar de quién se trata, me es inevitable no sonreír cuando veo que es "alguien" que cubre su rostro con un libro.

—La verdad es que estoy buscando a ser arrogante que suele apodar a las personas como animales. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Tal vez en la sección de exclusividades.

Mika baja el libro, enseñándome una sonrisa amplia que causa revuelo dentro de mi sistema nervioso y motor. Y es que no puedo excusarme, pero hace días que no lo veía... Específicamente, desde "ese" día.

Todavía me avergüenzo de mi osada acción. No hay de donde pude sacar alguna excusa para argumentar aquellos hechos. Tampoco intento hacerlo, sólo los dejo estar. Quizás fue porque ese momento iba a llegar tarde o temprano y sólo lo estábamos dilatando. Lo admito: Besé a Mika. Fue una decisión repentina de la que intenté arrepentirme luego, pero no pude.

Tuve que pedirle que se colocara mis lentes, como si eso ayudara a ocultar los nervios iracundos que sentí en ese momento. Casi temblaba, y no precisamente del frío. Lo vi con los lentes puestos, frunciendo el ceño casi malhumorado o tal vez confuso, no sé. Entonces, supe que debía hacerlo; podría llamarlo impulso, pero fue algo premeditado. Besarlo salió por mi cuenta, y Mika ni siquiera había mostrado algún ápice de cambiar lo que parecía una simple noche para ver el amanecer.

Respiré hondo, calmándome a mí misma, diciéndome que estaba loca. Relamí mis labios acercándome a él, lentamente. No existía tiempo, ni espacio. Sólo estábamos él y yo. Mi respiración entrecortada chocó contra la de él y pasó; lo besé. No tengo la experiencia suficiente besando... técnicamente, todos los besos los ha dado él; sin embargo, cuando mis ansiosos y palpitantes labios pidieron más, opté por buscar apoyo colocando mis manos sobre sus hombros, reforzando el beso que comenzó con una timidez inocente. Hasta ese momento Mika parecía atónito, hasta que sentí sus manos sujetar mi cintura, mientras su lengua acariciaba la mía con delicadeza. El Mika con complejo de dictador había regresado. Él quería hondar en el beso... Y también en algo más.

Nos separamos unos segundos por falta de aire. Segundos que lo llevaron a quitarse mis incómodas gafas y lanzarlas sobre la hierba. Lo

tomé por el cuello y acaricié su cabello, revolviéndolo entre sonrisas juguetonas. Volvimos a unir nuestros palpitantes labios, deseosos del encuentro. Me abracé a su cuello, sintiendo sus manos recorrer mi espalda y despertando un jadeo del cual me avergoncé al instante. Entonces, sus manos se adentraron por mi blusa provocando que mi espalda enderezara por el frío. Lo que había comenzado como un inocente beso de mi parte, se convirtió en una explosión más seria. Nunca me había sentido así; era extraño pero muy tentativo.

Pero debía parar ahí.

—Espera... —musité entre jadeos, haciéndome a un lado.

—¿Qué pasa?

—Yo... —bajé mi cabeza, avergonzada, queriendo poder desaparecer como bola de golf en uno de los hoyos del campo— no quiero ir tan rápido. Lo siento.

Mika parecía embobado. No estaba de mal humor, sino que parecía un puberto despeinado con los labios rojos.

—Bien, yo entiendo.

De día fui a contarle todo a Megan, buscando pedirle algún consejo. O tal vez que me explicara los motivos del porqué di el primer paso. Su respuesta fue sencilla y casi familiar: Química. Tras preguntas insistentes sobre cómo me sentía junto a Mika, todo lo que pude hacer fue decirle que a su lado me sentía más segura y que podía ser yo misma.

MIKA

—Entonces... ¿de qué quieres hablar?

Mi pregunta hace que Pajarito frunza el ceño. Su rostro pálido resalta el rojo de su nariz que seguramente está así por el frío casi afilado del invierno. Nunca antes había padecido tanto frío como éste año, cosa extraña. Mi queridísima y fastidiosa hermana por la mañana ha hecho un escáldalo de potencia surrealista diciendo que podría morir de hipotermia. Para hacer de mi día más divertido —nótese el puto sarcasmo—, me obligó a salir con un abrigo, como si fuese el reemplazo mal caracterizado de mamá.

Es cierto que hace frío, pero no es para exagerar.

Volviendo a Pajarito, nuestro encuentro no pudo llevarse a cabo aquel domingo por la tarde, sin embargo, lo usé como excusa para salir de ese antro que Jax y las dos sumisas osaron a llamar casa. Así que, terminé proponiéndole que nos viésemos hoy, en una biblioteca. Lugar, por cierto, donde hay magnitud de personas pero con un coeficiente intelectual más avanzado. Lugar donde se cosa de conocimiento. Lugar donde...

—¿Quieres que hablemos aquí, Mika? —pregunta, casi conmocionada— Es una biblioteca. Además... no he almorzado.

—No iré a la mierda de comida rápida —Niego con la cabeza.

Ella blanquea los ojos, exasperada. Se adelanta yendo a la salida:
—Entonces al *McDonald*. No me exijas demasiado, yo no tengo tarjeta de crédito como tú.

—Te llevaré a un lugar mejor —sentencio siguiéndole el paso—. No pienso ir a un sitio donde está lleno de niños gritando y ensuciando por

doquier mientras sus madres no pueden controlarlos por miedo a quedar en ridículo.

—Mika, por Dios, tienes una visión muy gris de la vida —dice con desconcierto.

Debería sentirme mal al respecto, pero no creo que lo haya dicho con malas intenciones.

Yo veo las cosas desde el lado realista. Parece que ella los ve desde otra perspectiva muy diferente a la mía. Sigue siendo muy ingenua.

Salimos de la biblioteca. Para suerte nuestra, porque sé que ambos somos vagos ejemplos de personas dispuestas a caminar en una calle llena de nieve, congelada y con personas arropadas hasta la nariz, el restaurant —donde a veces asistía con la Ardilla— está cerca. Al entrar, el recepcionista me reconoce al instante y nos guía hasta una mesa para dos. Un mozo llega junto a nosotros entregándonos a cada uno una carta gastronómica.

—No tengo ni idea de cómo pronunciar estos nombres —comenta Pajarito, sin despegar los ojos de las hojas plastificadas de la carta—. Ni qué son.

—Es comida simple, con nombres complicados de pronunciar para hacerle creer a los clientes que es un restaurant fino —respondo, con desinterés.

—¿Qué es un... —muerde sus labios y acomoda sus gruesos lentes— *Aligot*?

—Puré de papas con queso tomme —respondo.

Astrid arruga las cejas, sin comprender nada. Es divertido verla así de confundida. Incluso está más confundida que aquella noche en el campo de golf.

—¿Qué me recomiendas de acá? —pregunta, confidente.

—Un *Hachis parmentier*; es una comida simple. Gratinado de puré de papas y carne picada. Yo pediré *Coq au vin*; es estofado de pollo al vino.

Se me queda viendo unos segundos para luego reír.

—Deberías ver cómo tuerces tus labios al pronunciar todo eso.

Luego de que el mozo escribe nuestras ordenes en una libreta que guarda en los bolsillos de su negro delantal, Astrid y yo nos quedamos unos minutos en silencio. Como aún somos menores de edad, no podemos beber vino, así que optamos por dos simples jugos de naranja. Ahora, parece que la situación le desconcierta un poco, pues luce más retraída que antes. O quizás es mera impresión mía. Está encogida en su asiento, esquivándome todo el tiempo, con sus mejillas evidentemente sonrojadas... y dudo mucho que sea por la calefacción del restaurant.

—¿Qué ocurre? —interrogo.

Ella carraspea, predisponiéndose a hablar:
—Esa mañana, cuando me fuiste a dejar a casa, Patrick nos vio juntos. Esperaba que su respuesta sobre si les contó todo a mis padres fuese que sí, pero... no lo hizo. Sino que usó el vernos juntos en mi contra. Así que, llegamos a un acuerdo.

Aprieto mis puños por encima de la mesa, fastidiado. Patrick siempre saliéndose con las suyas.

—¿Qué acuerdo?

—Él no le dirá a mis padres que esa noche nos vio juntos, y no se meterá en mi vida; a cambio, yo no abriré la boca por lo que hizo antes en secundaria. No es mucho, pero bueno...

—Es un idiota. Ni siquiera debería ser tu hermano —gruño, más para mis adentros.

—No lo es. Sólo legalmente. No es mi hermano de sangre.

Su confesión me parece una mentira, pero a juzgar por la seriedad y la frialdad con lo que lo dice, no sé qué creer. No creo que Pajarito esté mintiendo con algo así. No hay razón ni motivo para hacerlo. Tampoco va de acuerdo a la situación. Por lo que me atrevo a descartar mi primer pensamiento de no creer sus palabras.

—¿Cómo lo sabes? —interrogo.

Ella lanza un suspiro y se encoge de hombros.

—Lo sabía desde niña. Mamá y papá lo adoptaron cuando ella trabajaba haciendo servicio comunitario. Desde niños él y yo crecimos como hermanos sanguíneos. Me criaron consciente de que él no era mi hermano de sangre, pero que es parte de la familia y que es mi hermano, al fin y al cabo —sonríe desganada—. Bueno, quería hablarte de eso: el acuerdo. Pero también quería enseñarte algo.

Saca su bolso del respaldo de la silla y lo coloca sobre sus piernas. Al abrirlo, mete sus delgadas manos dentro y saca un sobre. A juzgar por el símbolo que yace en el sobre y las letras impresas, logro darme cuenta que es del concurso.

—El concurso.

Ella asiente. Se estremece moviendo sus hombros, inquieta. Traza una sonrisa nerviosa que se mezcla con las ansias de abrir el sobre que tiene entre sus manos.

—Espero haber ganado. Aunque si no lo hago, habrá valido la pena... supongo.

—Bueno, ábrelo ya —la animo.

Mordiendo sus labios alucinantemente rojos, acomoda las gafas que por poco se le resbalan del tabique de su nariz. Abre el sobre con extremo cuidado desde un borde, procurando no romper la hoja de adentro. Una vez abierto, despliega la hoja y la lee.

—Oh, mierda... —pronuncia— Quedé en segundo lugar.

Blanca Navidad.

ASTRID

Dejo el tenedor a un costado del plato junto al cuchillo. Respiro hondo y me estiro alzando mis brazos al cielo mientras frunzo el ceño.

Admito que Mika tenía razón cuando dijo que me llevaría comer comida "mejor". Estuvo deliciosa. Si no fuese un restaurante caro, seguro estaría chupándome los dedos. Lastimosamente no me veo en la posición de hacer tal gesto desagradable, incluso cuando estirarme después de comer parece molestarles a los ancianos de la mesa continua.

—Lo siento —musito, encogiéndome de hombros. Los dos hacen un ademán con la cabeza.

Giro hacia Mika, quien termina de beber su jugo.

—¿Cuánto te debo?

Él deja de beber, reposando el vaso vacio sobre la mesa, junto a su plato sin terminar. Me mira con incredulidad, aunque estoy segura que ha entendido perfectamente mi pregunta.

—¿Cómo, Pajarito?

—La comida —reitero—. ¿Cuánto te debo por ella?

—Nada, claro. La comida vale la mitad de tu sueldo.

Sonríe con arrogancia.

Por algún motivo absurdo eso me ha llegado junto en la billetera.

Es cierto, seguro que la comida esa vale un dineral pero por una cuestión de cortesía le pregunté. Además, me siento extraña comiendo con Mika en un sitio así. Más que un simple almuerzo parece una...

Niego con la cabeza, despejándola de los pensamientos incongruentes.

—Estás como un tomate —comenta de pronto—, ¿en qué pensabas?

Sus ojos se han conectado con los míos, provocando que un choque eléctrico recorra todo mi cuerpo hasta alojarse en mi estómago. Es una sensación extraña que me trae indecorosos recuerdos sobre la última vez que nos vimos. No puedo evitar recordarlo, así como no pude evitar que pasara lo de aquella vez. Lo peor, es que el parece notar el efecto que causa en mí.

—En nada —carraspeo—. Estuvo delicioso, gracias.

Rebusco en mi bolso mi celular, mientras escucho pasos acercarse. Es el mozo, quien viene a retirar las cosas. Noto que Mika y él comienzan una charla de la que no me quiero ver involucrada. Seguro se trata sobre el costo de la comida, así que intento no entrometerme.

Una vez que tengo mi dichoso celular entre mis manos, leo los mensajes que me han llegado; tengo ocho. Hay dos mensajes de Megan y James, el resto es de mamá. Una sensación de vacío se sienta en mi cabeza. Cuando mamá deja tantos mensajes es porque algo quiere... O está molesta.

Cualquiera de las dos opciones me resultaría fatal.

Miro hacia los lados, como una paranoica pensando que alguien está observándome. Pero no, ni siquiera Mika, quien está pagando la cuenta todavía.

Leo los mensajes de mamá, para guardar el celular de vuelta en mi bolso. Veo de reojo que Mika guarda su tarjeta —supongo que de crédito— en su billetera de cuero oscuro. Realmente me siento como una pobretona en un sitio para multimillonarios que no sólo me ganan en dinero, sino en clase.

—Debo irme ya —le informo a Mika, acomodando mi bolso—. Mamá quiere que la ayude con las compras navideñas. Está sola con *Boo* y-

—¿*Boo*? —interrumpe, alzando una ceja— ¿Qué es eso? ¿Es tu perro?

—No, es mi hermana —respondo con algo de obviedad. Creí que sabía de la existencia de mi hermana pequeña, pero al parecer no—. Papá y Patrick fueron a comprar un árbol de navidad, así que mamá tuvo que traerla.

Ciertamente, hay demasiadas cosas que no conocemos del otro. Mika es impredecible y misterioso, pero de lo que estoy segura es que odia a los niños pequeños, y por consiguiente odiaría a *Boo*. Supongo que nuestro encuentro llegará a su fin aquí. Tampoco es que quiera que me acompañe a unas aburridas compras con mamá. Odia las multitudes, además.

¿Cómo debería despedirme de él? Esto es incomodo por donde lo mire.

Me levanto de la silla emitiendo un rasposo ruido con la silla. Recuerdo los ceños fruncidos de los ancianos del lado y los miro, sonriendo con modestia. Ambos niegan con la cabeza como si mi intención fuese fastidiarlos. Claro está que no. Mika se levanta también, tomando del

respaldo de la silla su abrigo. En silencio, salimos del restaurante hacia la fría y blanca calle.

—Bueno, yo... quería agradecerte por la invitación, todo estuvo bien.

—De nada, Pajarito. Tal vez quieras compensar mi amabilidad con algo.

Sonríe con picardía.

Me contraigo de sólo pensar en qué planea; sin embargo, me enloquece más el que acerque su mano a mi rostro, acariciándolo con su dedo índice. Es un toque delicado y suave. Su dedo viaja desde mi pómulo hasta mi barbilla, deteniéndose ahí.

—La bufanda... te queda bien.

Su voz es como un susurro. Por un momento me siento siendo absorbida por sus grises ojos, siendo reflejada por ellos. Una punzada en mi pecho hace que quiera detener el mundo para estar sola junto a él. Sólo los dos. Quiero decir algo, pero una fuerza invisible me detiene. Quizás es algo anexo o es su repentino acercamiento.

—¿Astrid?

Volteo en cuanto escucho la familiar voz decir mi nombre.

Es mamá con *Boo* metida en el coche.

Mi repentino gesto parece haber alertado a Mika, quien se aparta unos instantes para contemplar a mamá. Ella nos observa igual de confundida que su tono al preguntar. Doy una bocanada de aire y sonrío, como si no hubiese ocurrido nada.

Bueno, tampoco estábamos cometiendo un delito, aunque ser descubierta por ella parece serlo.

—Mamá, hola —le hago una seña.

Camino hasta ella y acaricio la mejilla de mi hermanita. Ella está arropada hasta más no poder. Sonrío al verla como una pelota de ropa, pero mi sonrisa fraternal se ve interrumpida con el carraspeo de mamá.

—¿No vas a presentarme a tu amigo? —pregunta, señalando con un sutil movimiento de cabeza a Mika.

MIKA

No debería preguntarme cómo llegue a ésta situación, porque en teoría por actuar como una persona educada lo obtuve. En mi vida había cargado bolsas, o pensé hacerlo. No, Mika McFly no se rebaja a esos planos ni lo hizo jamás. Sin embargo, aquí estoy: con cuatro bolsas en cada mano, a dos pasos de una amena conversación que mantiene Astrid y su mamá rodeado de desconocidos que apestan en muchos sentidos. Éste es el costo de ser una persona amable y presentarme hacia un desconocido.

Para colmo de males, apenas se puede transitar por la vía en éstas fechas. Quizás el ver una nueva faceta de Pajarito compense mi penoso sacrificio. Ella luce tranquila mientras modula cosas que no logro entender desde mi posición, también sonríe con frescura con cada respuesta que su madre le da. Incluso, me atrevería a decir que su madre tiene cierto parecido que me ha recordado a la mía cuando solía acompañarla a todos lados.

Extraño esos tiempos cuando celebrábamos Navidad. Ahora, en casa, con suerte cenamos para esa fecha.

—Puedes irte si quieres —Pajarito me saca de mis nefastos pensamientos para traerme de vuelta a mi precaria situación—. Podemos hacer espacio en el canasto bajo del coche.

Suena tentador, dejar las ocho bolsas allí y largarme, pero niego con la cabeza.

—Estoy bien —respondo a su sugerencia casi como un gruñido.

—Es obvio que detestas esto —farfulla molesta—. Anda, pásame eso.

Sus manos deliberadamente toman las bolsas con intención de arrebatármelas, pero las retengo con fuerza.

—No es por las bolsas —espeto con firmeza—. Esto me trae malos recuerdos. Nada más. Hace mucho tiempo que no hacia "compras navideñas". Se siente raro, mucho más contigo. Nosotros ni siquiera armamos un árbol de navidad, no nos sentamos a cenar. El viejo trabaja para estas fechas, sin hacer tiempo, o al menos eso dice. Y Ashley prefiere un ambiente más alegre con sus chillonas y antipáticas amigas.

Su mirada compasiva es como cien apuñaladas en el pecho. No me gusta que me vea como un niño desamparado, porque siendo certeros y sinceros, no lo soy.

—Eso es... —muerde su labio como haciendo un esfuerzo enorme buscar alguna para describir lo deprimente que es la Navidad para algunos— triste. ¿Y tus amigos?

—Ellos tienen otros planes. Chase cena con su familia y a Jax siempre lo invita alguna arrastrada que cree tener alguna oportunidad seria con él.

Ahora luce pensativa. Con sus ojos sigue los movimientos de su madre, quien hace un momento me lanzó alguna que otra mirada típica en las madres cuando ven a uno de sus hijos con alguien del sexo opuesto; de esas miradas cómplices que sólo podría entender ella y su hijo, en éste caso, hija.

—¿Qué quieres para Navidad? —pregunta de pronto. Está mirando en otra dirección, seguro se ha avergonzado.

—Nada que un pajarito como tú pueda darme.

—Me diste una bufanda, al menos debería darte algo a cambio.

Lo medito unos minutos. Ella voltea a verme, acomodando sus lentes con un grave color rojo acentuando sus mejillas.

—Acompáñame a la fiesta de Año Nuevo. Con eso me daré por pagado.

ASTRID

Navidad, dulce Navidad.

Tras una cena con mis padres, miradas entrelazadas con Patrick y lloriqueos por parte de *Boo* queriendo abrir los regalos, todos subimos a nuestras habitaciones para despertar al día siguiente con la intención de abrir los regalos ambiciosamente. A mis 16 años creo que no estoy en

posición de pedir nada a *Santa Claus*, sabiendo bien que su existencia es una infame mentira. Tampoco les pedí algo a mis padres aunque su insistencia por sacarme algo pasó toda barrera éste año. Sé perfectamente que me regalaran alguna cosa aunque les dije que no. Por otro lado, Patrick mencionó que nos tenía regalos a todos, diciendo esto, me miró con precaución.

No sé cómo actuar frente a él. Incluso mis padres suelen preguntarnos qué pasa entre nosotros, a lo que ambos respondemos que todo anda de maravilla.

Sí, claro.

Miro la hora por mi celular, volviéndolo a guardar dentro de mi mochila. Seguro lo que planeé desde mi encuentro con Mika es una locura arriesgada que conllevaría el estar castigada de por vida, pero un alocado impulso insiste en que lo haga.

Termino de abrochar mi abrigo para luego colocarme la mochila; dentro de ella he guardado un llavero con forma de gato y una tarjetita. Es lo único que se me ha ocurrido comprarle a alguien como Mika. Sólo espero que no desprecie mi humilde gesto ya que no tengo el dinero suficiente para comprarle un llavero costoso.

Abro la ventana de mi cuarto y cojo la bolsa que he dejado en el escritorio. Es un árbol de navidad de no más de 30 centímetros lo que yace dentro, decorado con pelotitas pequeñas y brillosas de color azul, hasta tiene una estrella en la punta.

Ya lista, me dispongo a salir por la ventana, bajando con cuidado por el tubo que se extiende desde la tierra al techo de la casa para que escurra el agua cuando llueve.

Tengo un largo camino por recorrer hasta la casa de Mika.

Estoy nerviosa. Y no es para menos, casi son las dos de la mañana. En la calle no hay ningún alma en vela, tampoco algún indicio de vida extraterrestre. Todos parecen estar dormidos, yo incluyéndome; coloqué mis almohadones bajo las tapas para quien quiera que abra crea que estoy durmiendo. Ese truco es infalible... creo.

Diviso la casa de Mika, entonces mi estómago da un vuelco provocando que me ponga más nerviosa de lo normal.

—Tranquila, Astrid. Sólo es dejar el regalo, tocar el timbre y largarte de allí.

Así es, no planeo quedarme por temor a que ocurra lo del campo de golf. Además, es extraño que llegue como si nada, de imprevisto.

Todo mi cuerpo se tensa, y no por el frío. Doy silenciosos pasos por la nieve hasta quedar más cerca. Sin embargo, cuando menos lo espero, veo que la luz sobre la puerta principal de la casa de Mika se ilumina. Me petrifico al instante conteniendo hasta la respiración. Noto que la puerta se abre lentamente, se oyen unas risas picaras —de esas cuando dos personas han hecho alguna travesura— y luego, veo a una mujer salir de allí seguida de Mika.

Instintivamente me coloco tras un auto aparcado junto a la vereda con la intención de observar más antes de crear alguna clase de mala impresión, pero todo me queda perfectamente claro cuando ambos se acercan y se besan.

Gato mentiroso.

ASTRID

No sé si es por una cuestión relacionada con mi lado masoquista o por otra razón más morbosa que esa, pero cuento los segundos en los que esos dos se besan. Lo estoy viendo todo en primera fila como una chismosa.

Nunca se me pasó por la cabeza encontrarme con esto, mucho menos cuando llegué aquí con la mejor de las intenciones. Decir que me siento como una idiota se queda corto, porque ni siquiera puedo describir qué siento en realidad. Incluso cuando la curiosidad rebosa en mí y quiere descubrir quién es esa chica, todo lo que hago es estar oculta. Me vería realmente ridícula salir ahora pidiendo explicaciones porque no me corresponden pedirlas, ni a Mika darlas. Él y yo no somos nada, la prueba de eso está frente a mis ojos. Por otro lado, yo también tengo la culpa de ser tan ingenua —cielos, él me lo dice todo el tiempo— y creer que estaría solo.

Me asomo otra vez para observarlos una vez más; continúan pegados como palas. Otra risa compartida causa eco por toda la calle y los dos parecen a volver a entrar a la casa.

No estoy dispuesta a congelarme, ni mucho menos entregarle lo que tenía planeado a Mika, así que vuelvo por donde vine.

Soy una tonta.

De vuelta en casa, subo hacia mi habitación por donde salí: la ventana. Gracias a la tubería para que escurra el agua cuando llueve, puedo escalar sin problemas hasta el segundo piso, puesto que antes de salir

no llevé la llave de la casa para que causar tanto estruendo. Entro por la ventana encontrando mi habitación oscura y fría, pero hay algo diferente... En cuanto veo a Patrick sentado en mi cama, doy un grito ahogado y choco contra el escritorio.

—¿Qué haces aquí? —interrogo, recomponiéndome de mi estado.

—Pasé por afuera de tu cuarto y no te encontré —explica, caminando hacia la ventana y cerrándola—. Tu truco de los almohadones fue muy malo, suerte para ti que quien te descubrió fui yo.

Lo miro con recelo, esperando que se marche, sin embargo, no parece dispuesto a hacerlo. Vuelve a sentarse en mi cama, apoyando sus brazos en las rodillas. Lanza un suspiro cansado y me mira.

—Vete —le ordeno, aunque claramente no estoy en posición para hacerlo porque, aunque esta es mi habitación, él acaba de pillarme y seguramente sabe a dónde fui.

—No me iré hasta que solucionemos todo.

Patrick es igual de terco que McFly. Los dos pueden ser tan diferentes y tan similares en ciertos aspectos que me da qué pensar. Ambos han ocultado sus secretos, ambos han hecho daño, ambos soy igual de chantajistas y mentirosos.

Me siento en la silla junto al escritorio, mirando en su dirección. Está despeinado y con una expresión cansada.

—Bien, no aplacemos más esto.

—¿Fuiste a encontrarte con McFly? —curiosea.

—Qué importa, es un idiota...

Niego con la cabeza sin poder quitar de mi cabeza la imagen de él y la desconocida besándose.

—Yo te lo advertí —dice, a lo que no puedo evitar colocar una expresión de desconcierto.

—No tienes derecho a decir eso, ambos son unos idiotas mentirosos.

Patrick sonríe con desanimo y baja la cabeza, mirando sus manos.

—Tienes razón, y ya no tengo excusas para negar lo que hacía. Yo... quiero disculparme por hacerlo.

Observo cada detalle del rostro de mi hermano. De verdad parece estar arrepentido, y de alguna forma, eso hace que quiera creerle ya; pero sé que debo escuchar su explicación antes. No puedo anticiparme sólo por ver su expresión de arrepentimiento, necesito escuchar los motivos de sus horribles acciones. Es difícil para mí estar escuchándolo ahora.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto directamente. Él alza su cabeza para mirarme unos segundos y luego alza los hombros.

—Fue una forma estúpida de sentirme superior a los demás para que ellos vivieran lo que viví yo antes de ser adoptado. Para alimentar mi autoestima y no sentirme como basura, supongo. Era un niño tonto, Astrid. Ahora entiendo que lo que hacía para entonces es algo detestable, y entiendo que quieras odiarme. Pensé en contárselo a mamá y papá, pero... sentí miedo de lo que pensaran de mí.

La cuestión no es tan simple... ¡Nada es simple! Tampoco me corresponde a mí perdonar lo que hizo, sino de las personas que dañó para entonces. Incluso cuando sus palabras se oyen tan convincentes, tengo el acertijo de la duda corrompiendo en mi cabeza.

—¿Eso es verdad? Cuando confesaste dijiste que fue por diversión, ¿cómo sé que no fue así?

—Ya te lo dije, era un niño que se divertía haciendo eso porque así satisfacía la poca autoestima que tenía. Ponte en mis zapatos también, Astrid... mis padres eran unos drogadictos que me golpeaban, iba de casa en casa a ver si me daban algo para comer, con suerte no fui abusado y desconfiaba de todos. Cuando tus padres...

—Nuestros padres —le corrijo.

—Cuando ellos me adoptaron entre todos esos niños fui tan feliz —sonríe, como si reviviera esa particular momento de su niñez—, pero los recuerdos aún estaban, y aunque siempre demostré que era un niño fuerte, en el fondo... sigo siendo el niño asustado de esos tiempos.

Siento que el corazón se me apretuja. Un nudo en la garganta impide que pueda decir palabra alguna. Mis ojos parecen haber mirado directamente al sol causando que sienta un picor que da paso a unas amargas lágrimas. Debo morder mi labio inferior para que mi barbilla no tiemble como si muriera de frío.

Es verdad, la infancia de Patrick no fue de maravilla. Puedo recordar cuando los primeros días era un niño asustadizo que pedía permiso hasta para ir al baño. Tenía ocho años y con suerte podía leer, no tenía la confianza de expresar sus emociones o sentimientos y temía siempre dar su opinión. Con el tiempo su actitud fue cambiando, pero no tenía idea que en el fondo seguía siendo el inseguro Patrick recién llegado, al que debía obligar a jugar, al que reprendía por no pedirme galletas y al que le preguntaba por qué era tan callado cuando teníamos visitas. Supo ocultarlo muy bien, al parecer, así como todos sus secretos. Y es que el

Patrick que tengo en frente se parece tanto al de antes que no puedo soportarlo, necesito al Patrick feliz, al que ante mis ojos era e mejor hermano del mundo.

—Eres tan mentiroso... —le digo con la voz quebrantada, sólo por decirlo. Con la manga de mi abrigo seco las rebeldes lágrimas que osan a escaparse de mis ojos.

Patrick camina hasta mí y pasa sus dedos bajo mis ojos, secando por mí las lágrimas con una sonrisa apacible.

—Prometo no mentirle más a la ganadora del concurso de fotografía.

¿Por qué no puedo estar bien con Patrick y Mika a la vez? Parece como si el destino sólo quiere que esté bien con uno de ellos, poniendo en contra al otro.

MIKA

Respiro profundo.

Ya casi dan las doce de la noche y no hay rastro de Pajarito en la fiesta. Le dejé algunos mensajes para informarle dónde sería la fiesta de la (ex) sumisa del simio que tengo por amigo: Jax. Todos parecen estar menos cuerdos que de costumbre y el ambiente está colmando con mi paciencia. Hasta algunos dementes inescrupulosos se han atrevido a lanzarse a la piscina con disfraz y todo. Ahora bailan como si nada empapados, olvidando por completo que estamos en pleno invierno. A falta de neuronas han conseguido tragos y ya casi todo el mundo está ebrio.

Lo único bueno que podría destacar es que si a Jax lo descubren se llevará la paliza de su vida y estaré en primera fila para ver cómo expía sus pecados.

Miro hacia el balcón de la casa, encontrando a la loca novia de Chase y su amiga pelirroja charlando. Chase está charlando con unos niños de tercero y Jax seduciendo —o charlando— a una tipa rubia con su disfraz de *Flash* que astutamente cubre la mitad de su rostro para que la sumisa dueña de la casa no lo reconozca. Incluso cuando arriba en el balcón está la pelirroja con la que le dio por salir no tiene vergüenza de coquetear con alguien más.

Sigo mi búsqueda por el primer piso encontrando a un particular rostro que ya se me hace familiar; de cabello castaño y con un disfraz de *Julieta*. Una sonrisa se dibuja en su rostro, mientras juguetea con su cabello. Es una repulsiva forma de coqueteo que cualquiera puede reconocer. Paso de ella caminando en otra dirección. Es una de las amigas de Cassandra, quien convenientemente tuvo que venir.

Eso demuestra que el mundo es más pequeño de lo que puedo imaginarme, y aun así no puedo encontrar a Pajarito. Quizás ni siquiera vendrá y sólo dijo que si lo haría para que me callara de una buena vez. Quizás me ilusioné demasiado como una colegiala. Qué asco doy.

—Mika... —La voz a mis espaldas hace que voltee al instante; una chica vestida de bruja me observa con curiosidad—. ¿Eres Mika, verdad? —Asiento en respuesta—. Alguien me mandó a entregarte esto.

Extiende un papel doblado en cuatro, muy arrugado. Antes de desplegarlo, miro de nuevo a la tipa buscando alguna respuesta.

—¿Quién lo mandó?

—Me pidió que lo te lo dijera, pero que te dijera que lo leyeras.

Hago a un lado a la bruja para observar alrededor. No veo a nadie sospechoso de ser Astrid o alguno de sus amigos. Entre refunfuños la bruja se marcha hacia un grupo de chicas antes de que pueda preguntarle más. Emprendo mi búsqueda de Pajarito por todos los rincones, como un desesperado idiota mientras preguntas de todo tipo se aglomeran en mi cabeza. ¿Por qué no se presentó ante mí? ¿Qué clase de disfraz lleva? ¿Por qué enviar a alguien para entregarme el papel?

Esquivando personas, llego hasta la puerta principal de la casa. Abro la puerta encontrando a más chicos disfrazados tirados en el piso, bailando como trastornados, discutiendo y besándose como si no hubiese mañana. Apresuro el paso por la calle y miro a los lados para así ver si ella ya se ha ido.

Por la acera, caminando con paso apresurado, una chica cubierta por una capa roja provoca una incomprensible corazonada. Me apronto hasta llegar detrás de ella y tomo su hombro obligándola a girarse.

Es ella... es Astrid.

—¿Qué es esto? —es la primera pregunta que se me viene a la cabeza, aunque en este momento tengo muchas.

Le enseño el papel, el cual aun no abro. Ante su sorpresa, ella parece recomponerse luego de enseñarle el papel. Su expresión parece tensa y molesta. Sus ojos detonan un odio que hace mucho tiempo no veía.

—Eso es el fin de nuestra particular relación, Mika.

Abro el papel; tiene el logo reconocible del concurso al que ella participo. Con algo de dificultad a causa de la poca iluminación, logro leer lo que

dice escrito el resto de la hoja. La primera letra que leo es un enorme «Querida Astrid, felicitaciones por haber ganado el concurso...».

—Me mentiste...

Trago saliva y continúo leyendo. Eso no es todo, la hoja dice que además de haber ganado todos los premios que el concurso conllevaba ha ganado una beca en la escuela de arte en California.

—Ya firmé los papeles y acepté la beca. El próximo semestre mis padres arreglarán todo para que me vaya de Jackson... y de la ciudad —comenta con frialdad. Arrebata la hoja de mis manos aprovechándose del desconcierto que siento por la inesperada noticia—. Adiós, McFly.

Se da media vuelta, pero vuelvo a detenerla desde el brazo. Con un movimiento brusco logra zafarse de mi agarre, mientras su capucha cae sobre su espalda, enseñando su despeinado cabello. Me mira con repulsión y niega con la cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Qué me interesara en ti también era parte de un plan? ¿También fuiste a la casa de ella ebrio a gritar que te vuelves loco y que estás enamorado? —Me da un empujón el cual no me mueve ni un centímetro— ¿Querías verme la cara de tonta todo este tiempo? Porque realmente lo conseguiste, Mika. Tú... estúpido gato mentiroso.

—¿De qué...?

—Esa noche... —interrumpe— para Navidad fui a dejarte un regalo porque soy lo bastante ingenua para creerme tus habladurías. Cuando estaba llegando a tu casa te vi salir con una tipa y los dos se besaron. Mierda, si querías verme la cara de estúpida lo conseguiste de maravilla.

Mi cabeza rebobina hasta hace días atrás, la noche de Navidad: Estaba solo, con un par de cervezas. Recuerdo que el timbre sonó y fui a abrir; era Ashley acompañada de la tipa de hace un rato que estaba disfrazada de Julieta. Ashley había enfermado y la trajo de vuelta a casa. De pronto los dos nos quedamos solos en la sala, bebimos cervezas mientras Ashley dormía. La tipa dijo que debía volver, salimos de la casa y... pasó.

Oh, mierda.

—Ella no es nadie para mí. Fue un malentendido.

Astrid se coloca a reír.

—Sí, de casualidad se besaron a las dos de la madrugada, ¿verdad?

—No fue casualidad, nos besamos pero tiene una explicación...

Lleva una mano a mi boca, para hacerme callar.

—No me interesa —confiesa, mirándome con hostilidad. Baja lentamente su mano y hace una indescifrable mueca—, es decir, tú y yo nos somos nada. Puedes guardarte las excusas y explicaciones, yo sólo quiero saber si jugaste conmigo.

—No, absolutamente no.

Me mira unos segundos y luego asiente.

—Bien.

_in;

Pajarito mentirosa.

ASTRID

—Todo marchaba de maravilla. Hasta hice un trato con Patrick para poder vernos sin tapujos. Creí que eras alguien herido con el que podía empatizar dado a que los dos fuimos engañados por la misma persona. Me consolaste cuando discutí con mi amiga, cuando mi hermano lo confesó todo, incluso me ayudaste con el concurso. Pero ahora que te descubrí besando a otra... ¿cómo debería tratarte? Odiarte sería la mejor opción, pero creo que no es la forma. Despreciarte tampoco porque simplemente no puedo. Todo lo que siento es decepción. ¿Es que el alcohol no te hace razonar? ¿Qué tan borracho estabas? Si ahora, cuando estábamos iniciando "algo" haces esto, entonces qué pasará después. No puedo salir con alguien que no me da la confianza de tener ojos sólo para mí, que cuando se pase de copas se meta con cualquiera que se le cruza en frente. Me gustabas, Mika, porque descubrí que no eras tan malo como lo demostrabas, que eras alguien herido. Pensé por un momento que podía cambiarte como toda niña tonta que cree tener esa mágica habilidad, pero estaba equivocada. Muy equivocada. Quizás debamos dejar esto hasta aquí.

Miro mi reflejo en el espejo; estoy hecha un desastre. Un espantoso desastre envuelto en una capa roja, porque soy lo suficientemente idiota como para asistir a la fiesta de alguien desconocido vestida de *Caperucita* sólo para entregarle una nota a alguien.

Las cosas que alguien como yo hace forma de venganza, ¿no?

Creo que decirle que gané en realidad el concurso y me marcharé, no es suficiente... Sí, debí decirle que estuve con él por lástima o algo así, aunque sea una mentira. No tengo la menor idea del porqué cambié mi manera de ver a Mika, pero esa imagen que estaba creando en mi cabeza se esfumó ya. O quiero intentarlo. Quiero intentarlo pero una fuerza sobrenatural lo impide.

Alguien desde el otro lado, golpea la puerta con euforia.

—¡Ya salgo! —grito, volteando hacia la puerta. Mis palabras han salido como una especie de gruñido.

—¡Llevas metida en el baño hace media hora! ¡Sal ya! —La voz chillona del otro lado me da escalofríos.

Me miro por última vez al espejo y procedo a salir. Como me lo había imaginado; una tipeja pintada como mino está de brazos cruzados esperando a que salga. Cuando paso por su lado me da un golpe en el hombro que me mueve entera y luego se encierra en el baño.

Afuera todo está igual de alocado a como llegué. Busco a Megan, James o alguno de los chicos con los que vine, pero no encuentro a ninguno. ¿Cómo es que siempre ocurre esto cuando salimos? Aunque les pedí a ruegos que no me abandonaran y se quedaran en el auto esperándome, ellos no lo hicieron, así que una vez más fui abandonada por mis "amigos".

No quise venir a la fiesta de disfraces sola, por lo que le pedí a Megan que me acompañara, pero como no teníamos transporte, ella invitó a James, y James invitó a dos de sus amigos, los cuales creí que me estaban esperando en el auto cuando entregué el resultado del concurso. Sin embargo, la vejiga de Megan tuvo otra idea y terminamos de vuelta

en la fiesta. Fue realmente incómodo el momento en que apareció entre Mika y yo preguntando si podía entrar al baño.

Al final, Mika y yo terminamos de vuelta en la fiesta con paso silencioso. Megan fue al baño del primer piso de la lujosa casa que ahora parece manicomio, mientras yo decidí ocultarme de Mika en el baño del segundo piso con el fin de ensayar mi discurso no tan bien elaborado sobre nosotros. Y bueno, antes de ser interrumpida por la tipeja estuve practicándolo frente al espejo.

Bajo las escaleras hasta el primer piso y me encuentro con Megan.

—¿Qué pasó con Mika? —pregunta al verme. Respondo con un gesto despectivo— James se ha tenido que ir de urgencia, ha dicho que a su papá estaba molesto porque no estaba con él esperando las doce de la noche, así que tuvo que irse.

Lanzo un bufido.

—¿Y sus amigos? —Ella se encoge de hombros— ¿Se fueron?

—Lo dudo —responde con una sonrisa—. ¿Me dirás qué pasó con Mika? ¿En qué quedaron?

—En nada, se pone tonto con un par de cervezas al parecer. Dijo que esa mujer no es nada para él y que fue un malentendido —Un "Ja" cargado de sarcasmo se escapa de los labios de Megan, al tanto que blanquea sus ojos. Yo también seguramente hice el mismo gesto cuando Mika me dijo algo tan absurdo—. Ahora piensa que firmé los papeles y me iré a California.

—Eso está bien —sonríe con malicia—... ¿pero aún no los firmas, verdad?

Niego con la cabeza.

Mentí sobre el concurso porque sentí que el decirle la verdad podría lastimarlo. Estábamos comiendo, charlando y no quería arruinar el momento con decirle que había ganado y que además, obtuve una beca. Si bien pude decirle simplemente que gané, pensé que podría pedirme el papel por lo que decidí mentirle diciendo que saqué el segundo lugar. Y ahora volví a mentirle al decirle que había firmado ya. La verdad es que me aterra pensar en el cambio de ciudad porque significaría dejar todo atrás; aunque por otro lado estaría aprendiendo de lo que me gusta hacer.

—Bueno, marchémonos ya —le sugiero a Megan, tomándola del brazo.

—¿Cómo nos iremos? James nos dejó tiradas...

—No sería la primera vez que lo hace ese perro... digo, ese niño tonto.

MIKA

Me impresiona que Astrid pueda desaparecer de un minuto. Tiene un don para hacerlo cuando menos lo espero. Ni siquiera su llamativa capa roja se ve por la casa o el patio. Ella se ha esfumado y quizás como el Perro. Supongo que ese es el pago por haber besado a una cualquiera. Pero todo lo que le dije es completamente cierto, no fueron mis intenciones besarla, sólo fue un arranque que no volverá a ocurrir. Pero ya nada puedo hacer, Astrid volvió a odiarme, y eso no es lo peor: ella se marchará. ¿Qué haré yo sin ella? Ahora que comenzaba a acostumbrarme a ella, a poder mirarla, a estar cerca...

La jodí en grande, es verdad. Y no pienso excusarme diciendo que todos cometemos errores, cometí un error.

Salgo por la puerta principal escuchando los gritos eufóricos de Jax desde el patio. No quiero recrear alguna imagen de él en mi cabeza porque seguro me avergonzaría de mi amigo. Al salir, veo a un grupo de tipos —disfrazados al parecer de motoqueros— junto a la amiga tonta de Pajarito y ella. Los tres tipejos parecen realmente interesados en ellas dos, incluso escucho que uno de ellos ofrece llevarlas, a lo que las dos no saben si responder. Así que, me adelanto a sus silenciosas respuestas y me acerco a ellas.

—No es necesario —le advierto al sujeto, quien tiene plasmada una asquerosa risa que enseña sus dientes morados por el vino—, ellas vienen conmigo.

Siento el brazo de Astrid jalarme a un lado. Los tres motoqueros de cuarta me quedan unos segundos mirando hasta que uno de ellos le comenta algo en el oído a otro. Tras interminables segundos mirándonos con una inusual tensión, ellos rompen la conexión dirigiéndose a la amiga tonta de Astrid, quien está junto a ella tan asustada como un ratón.

—Bueno —dice el tipo que les ofreció llevarlas—, será para la próxima.

Las dos chicas y yo caminamos hacia la acera. Me adelanto a ellas indicándoles dónde estacioné mi auto. Al encontrarlo y desactivar la alarma, ambas se detienen junto a mí, como esperando algún permiso para subirse. Megan mira a Pajarito y luego vuelve a mirarme. Noto que Astrid la detiene del brazo unos segundos, pero luego la suelta, así que su amiga se sube al auto. Pajarito se sienta junto a ella, en el asiento de atrás. Al subirme, acomodo el espejo retrovisor con el fin de mirar qué

hacen; las dos están mirándome como si fuese alguna clase de bicho raro.

Enciendo el motor y acelero.

...

Aparco el auto frente a una casa amarilla con escuálidas rejas de madera pintada blanca. Megan, la amiga de Pajarito, se baja del auto con dificultad equilibrándose cuando pisa tierra. Le echa un vistazo a su casa y luego gira en nuestra dirección.

—Gracias —pronuncia, esbozando una sonrisa nerviosa. Luego se dirige a Astrid—. Hablamos luego.

Dicho esto, gira sobre sí en dirección a la casa amarilla; abre la puerta de la reja y la cierra. La sigo con la mirada hasta que entra a su casa dejando provocando un ruido que rebota por toda la calle cuando cierra la puerta. Ese ruido al cerrar rompe la barrera de silencio que Astrid y yo hemos creado de pronto.

—¿No piensas cambiarte de asiento? —le pregunto, observándola por el espejo retrovisor.

—Aquí tengo más espacio —responde con frialdad, mirando en otra dirección—, gracias.

Durante el trascurso hasta su casa todo lo que hace es guardar silencio. Ni siquiera osa a mirarme, o al menos, no me he dado cuenta. Es cuando estaciono el auto una casa más atrás que la suya, que la escucho carraspear.

—Gracias por traerme, aunque no era necesario, ¿sabes?

Baja del auto y se acomoda la ropa de *Caperucita*. Luego se arregla los lentes con un gesto serio.

—Te salvé de tres sujetos —espeto—, creo que sí era necesario.

—Estaba todo bajo control, Mcfly.

Ese «Mcfly» no me gusta nada. Prefiero mil veces cuando de sus labios sale mi nombre de forma más fresca y tierna. Desabrocho mi cinturón de seguridad. Ella se da cuenta que mi intención es salir del auto y se apresura para caminar hacia su casa, pero logro detenerla rodeándola con mis brazos por la espalda. Con su cercanía, incluso llevando capa, puedo oler el aroma dulce de su cabello. Pajarito lleva sus manos a mis brazos, intentando soltarse, pero me niego.

—Déjame, Mika —gruñe—. Se acabó todo... ¡Todo!

—Lo sé, por favor, perdóname. Necesito tenerte cerca, Astrid. Intente ser bueno al no decirte que te quedaras, pero mírame... soy muy egoísta para dejarte ir.

Sólo esta noche.

ASTRID

Una extraña sensación asciende desde mi estómago hasta mi pecho. Es algo indescriptible lo que siento en este momento, siendo abrazada por Mika. Dentro de su complejidad y carácter, nunca se me cruzó por la cabeza tener el "privilegio" de sentir sus brazos alrededor, traspasando calor, haciendo que me sienta de mil y una maneras. Este simple gesto de seguridad que provoca una revolución interna tan compleja. Tenerlo así de cerca me vuelve loca, pero son sus palabras las que me quitan la poca cordura que me queda. ¿Cómo puedo despreciarlo si dice cosas así? Mika es impredecible, arrogante, déspota, malicioso, pero aún así tiene esa peculiar habilidad de sacarme de todos mis sentidos con un par de palabras. Justo ahora cuando decidía que todo lo nuestro debía terminar. Después de todo, aunque intente negarme a decir que sus palabras no han sido nada para mí, mi latente y agitado corazón dice todo lo contrario. Maldigo ese efecto que Mika McFly produce en mí...

Logro escuchar los gritos de las personas dentro de sus casas cantar la cuenta regresiva. De pronto, me sobre exalto cuando escucho los fuegos artificiales estallar en el cielo.

—Te odio —musito, con mis manos en sus brazos. Creo que ya ni caso queda que intente zafarme.

—Es difícil creer eso cuando estás así de nerviosa —masculla cerca de mi oreja.

Remuerdo mi labio, sintiendo mis mejillas arder.

—Son los fuegos artificiales —replico—. No estoy así por ti, McFly. Aun no estás perdonado... Me voy, eso ya es un hecho.

Sus brazos me rodean con más fuerza, aprisionándome contra su pecho. Los fuegos artificiales en el cielo se escuchan lejanos, como estuviésemos siendo envueltos por una burbuja invisible. Son las doce de la noche, debería estar con mi familia, pero estoy con la persona que hace un año no quería ni ver en pintura, que despreciaba todo en él, que me parecía la persona más despreciable del mundo, el chico que me había alejado de mi hermano.

—Entonces pasa esta noche conmigo, Pajarito. Después de esta noche, todo acabará.

Trago saliva, sintiendo una apuñalada en mi pecho. Lo ha dicho como si fuese algo simple y ya lo hubiera decidido. Creo que en el fondo me cuesta aceptar que todo llegue a su fin entre los dos, porque después de todo, si acepto la beca probablemente nunca más nos volveremos a ver y todos nuestros encuentros queden atrás.

Veo que la puerta de mi casa se abre. Debo responder rápido.

—Sólo esta noche.

MIKA

La puerta de su casa abrirse nos pone a ambos en alerta. Ella acomoda su capucha y se sube al auto, agachándose en el asiento del copiloto con el fin de que sus padres, quienes son los primeros en salir al ante jardín cargando a la hermana pequeña de Astrid, no la vean. Me subo con la

misma velocidad de Pajarito al auto, me pongo el cinturón, y lo enciendo. El sutil sonido del motor parece no interesarles a los padres —quienes están más interesados en mostrarle los fuegos artificiales a la bolsa con pañales—. Sin embargo, cuando paso frente a la casa y visualizo por unos segundos más a la familia Fissher, logro precisar cómo el repulsivo de Patrick mira en mi dirección.

—¿Qué haremos? —pregunta Pajarito, acomodándose en el asiento y cruzando por encima de cuerpo el cinturón de seguridad, unas casas más adelante.

No hay un jodido lugar interesante para ir, ni tampoco algo poco común que hacer. Todo debe estar repleto de personas eufóricas dándole la bienvenida al año nuevo. Volver a la fiesta sería poco conveniente, el mirador sería un fiasco dada a la multitud de personas que se ponen allí para ver los fuegos artificiales, ir a un restaurant sería imposible vestidos así.

—No lo sé —respondo con seriedad.

—¿"No lo sé"? —repite con cierto tono de incredulidad— ¿Cómo es que no lo sabes?

—Bueno, se suponía que estaríamos en la fiesta de la zorra de Sussie o Claire —espeto, diciendo con fastidio los dos nombres de las sumisas de Jax—. Pero tú cambiaste los planes diciendo que te irás.

De reojo puedo ver cómo niega con la cabeza, recostándose en el asiento. Flexionando las rodillas, apoya los pies en la guantera del auto, provocando que la falda oscura que trae se arrugue enseñando sus piernas blancas que se traslucen a través de unas pantis de seda negra.

—Tú cambiaste los planes cuando besaste a esa... mujer, chica, tipeja... no sé cómo debería llamarle. Qué tonta debí verme viéndolos juntos, besándose como si no hubiese mañana —Chasquea la lengua, bajando sus tentadoras piernas—. Si la situación hubiese sido al revés seguramente ni siquiera estarías mirándome.

Detengo el auto en medio de la solitaria calle donde sólo se logra escuchar en la lejanía los fuegos artificiales y vislumbrar en el cielo los rastros de éstos. Pajarito me observa con cierto grado de incredulidad ante mi repentina acción, pero luego cambia su expresión a una fría y altiva cuando me dirijo a ella, volteándome.

—Créeme que si la situación hubiese sido al revés ya te habría besado para que en tus labios no haya rastro de ese beso. Y lo hubiese hecho hasta que lo olvidaras por completo.

Parece algo atónita, pues abre un poco sus labios. Ha bajado la defensa con mi sutil comentario.

Es verdad. Si la situación hubiese sido al revés, lo habría hecho gustoso; pero por otro lado no escatimaría en amenazar al idiota que se atreviese a colocarle un dedo sobre esos rojos labios que ahora ella remuerde con frustración. Un presentimiento parece despertarla y cubre sus labios.

—No todo puede resolverse con un beso, Mika. La confianza no puede recuperarse tan fácilmente... Aunque, insisto: no debes darme explicaciones. Tú y yo no somos nada más que dos seres humanos unidos por circunstancias extrañas.

—Yo no lo veo así, Pajarito —confieso—. Y estoy seguro que tú tampoco lo ves de esa forma. Sí, fuimos unidos con circunstancias extrañas, pero eso no quita que a lo largo cambien. Ya te lo dije: —enciendo de nuevo el

motor— me gustas, sólo quiero que esta noche te quedes conmigo. Por esta noche, dejemos de ser "*Romeo* y *Julieta"* y seamos "Mika y Astrid".

—Odio cuando dices cosas así... —masculla, mirando hacia afuera por la ventanilla— ¿Por qué haces más difícil el que te odie? Cuando dije que no quería nada más y decidí acabar con todo, abres la boca y me haces cambiar de opinión con un par de palabras sacadas de libros.

Comienza a sonar la tonada de mi *iPhone.* Lo busco entre los pliegues del disfraz con una mano libre, mientras con la otra conduzco hacia cualquier sitio que se me venga a la mente. Que Pajarito haya dicho tales palabras puede devolverme el ápice de esperanza que se había marchado cuando dijo que todo había acabado. Puede que aún exista la remota posibilidad de que me perdone.

Miro de reojo la pantalla comprobando que es Gruonie quien llama.

—¿Qué quieres, Ardilla? —pregunto, escuchando su respiración entrecortada.

—*¡Gracias a Dios que alguien responde!* —dice agitada— *Tengo un pequeño problema aquí. No hay mucho tiempo...*

—Explícate.

Escucho que suspira y le dice unas palabras inaudibles a alguien más.

—*Fui al club de siempre para celebrar el año nuevo y un sujeto me seguía. Estoy en el baño escondida con James, vino a ayudarme... discutió con el sujeto y terminó golpeado en el baño. Además el sujeto se llevó nuestras cosas. Pude ocultar el celular, pero James está herido.*

Mika, eres la única persona que me ha respondido... Yo... tengo miedo que el sujeto regrese.

—Espera ahí —le ordeno mientras escucho en la lejanía las preguntas de Astrid a mi lado—, llego en unos minutos.

Corto y vuelvo a ocuparme en conducir. A mi lado, Pajarito parece completamente asustada y menea mi brazo para que le responda.

—¿Qué le pasó a James? —pregunta con aflicción en su tono de voz— ¿Está bien?

—El Perro quiso ser un héroe, y por defender a Gruonie lo golpearon. Además les robaron las cosas.

ASTRID

«Flash&Bass» leo en las letras de neón del club que ya se me hace familiar. Mika termina de hablar con el guardia de la entrada para luego hacerme una señal con el fin de que lo siga. Observo la expresión severa del guardia mientras algunos vagos recuerdos se aglomeran en mi cabeza. Me apresuro en seguirle el paso a Mika, quien me toma por la espalda para que me quede junto a él. Incluso con ese gesto simple hace que se me agite el corazón a mil por segundo.

Entramos por unas puertas dobles siendo invadidos por la música electrónica y una cantidad de personas alucinante para ser Año Nuevo. Mika vuelve a voltear en mi dirección como si comprobara que camino tras él o advirtiendo que no me aleje. Trago saliva como forma para prepararme mentalmente, entonces me atrevo a tomarlo de la mano

convenciéndome a mí misma que esas alborotadas sensaciones estomacales se deben a la repentina situación que ha surgido.

Mika aprieta mi mano y camina con más apuro, hasta quedar frente a la puerta del baño. Parece meditar unos segundos el tener que entrar, pero finalmente lo hace casi dándole una patada la puerta.

En el baño, Cassandra está sentada en el piso mojado y barroso del club, con James apoyado en su hombro, con el labio roto, una ceja ensangrentada, la cara hinchada y magullada, los nudillos rojos y con sangre por donde mire. Suelto la mano de Mika para acercarme a James, agachándome a su lado.

—James... —lo llamo con timidez, sintiendo un picor en mis ojos. La última persona que vi así fue Patrick.

—Estoy bien —dice con la voz quebrantada— sólo es kétchup —bromea, intentado esbozar una sonrisa.

Mika se agacha junto a nosotros y los tres intentamos levantarlo.

—¿Conoces el dicho que dice «James que ladra no muerde», Perro? —interroga Mika—Creo que eres la prueba viviente de él.

Le lanzo una mirada fulminante a Mika, quien sonríe con malicia. Cassandra parece querer hacer lo mismo, pero se preocupa más por James cuando él comienza a quejarse estando en pie. Ella y Mika acompañan a un herido James hacia la salida, mientras yo les sigo el paso detrás mordiéndome las uñas y viendo que no caiga.

Ya afuera, James haciendo un enorme esfuerzo, sube al auto de Mika. Éste último cierra la puerta de golpe y palmea sus bolsillos buscando las

llaves de su auto. La maliciosa sonrisa de su rostro no desaparece, puesto que seguro le da gracia ver a James en ese penoso estado.

Cassandra se planta frente a él, sacudiendo su ropa ensangrentada debido a las heridas de James y niega con la cabeza.

—Deja de reírte, Mika. Ten algo de humanidad, por favor —le reprende. Luego camina hacia el guardia de la entrada—. Les pondré una enorme demanda. Golpearon a alguien, me acosaron allá adentro y nos robaron... sin embargo, ustedes no hicieron nada. ¿Qué clase de personas son?

El guardia sonríe con incredulidad.

—Has la demanda cuando seas mayor de edad, linda.

—No tienes idea con quién te estás metiendo —amenaza ella, señalándolo con el dedo índice—. Disfruta tu último día de trabajo, estúpido.

Dicho esto, camina de vuelta al auto, sentándose junto a James.

—No puedo ir así a mi casa... —comenta James, mirándose por el espejo retrovisor. Me giro para verlo con más detalle, pero Mika me hace un gesto para que me coloque el cinturón de seguridad.

—Vamos a la mía —sugiere Cassandra, a lo que Mika asiente.

Adiós.

ASTRID

Me atrevería a preguntar los motivos por los que Cassandra estaba en el club un año nuevo, sola y cómo logró esconder su celular, pero creo que no es el momento adecuado para hacerlo. A esas preguntas le buscaré respuesta más adelante, así como también el porqué James mintió para ayudarla. Creo que no es el momento de preguntar idioteces cuando los desgarradores quejidos de James son todo lo que se oyen —además del motor del auto— a estas horas. Tampoco creo que obtendré alguna respuesta de parte de los dos; quizás de Mika sí, pero como estamos ahora, dudo que se las pregunte...

—Ya casi llegamos —oigo la suave voz de Cassandra a mis espaldas.

Miro hacia afuera del auto notando con sorpresa que estamos en uno de los barrios donde siempre quise mudarme en mis vanos sueños de niñez, donde no es necesario cubrir tu casa con rejas y más rejas para estar seguros o puedes sacar a pasear a tu perro por la noche sin tener a que te asalten. Es una especie de condominio gigante con casas de ensueño, en pocas palabras. Todas y cada una de ellas está diseñada diferente e igual de gigante, incluso veo unas de cuatro pisos. Mika se detiene frente a una casa de aspecto moderno, blanca, con muchas ventanas, con dos pisos y un balcón.

—Mika, la llave está dentro del macetero —informa Gruonie, preparándose para bajar. Mika sólo asiente, echándole un rápido vistazo al herido y magullado James—. Astrid, ayúdame aquí —me ordena al abrir la puerta.

Me bajo con una rapidez alucinante. De pie —o intentado hacerlo— James pasa un brazo por detrás de mi cuello y el de Gruonie con el fin de apoyarse en nosotras para que camine. Mika sacude la llave cubierta con tierra de hojas y abre la puerta doble a tope, permitiéndonos entrar.

La entrada es incluso mucho más alucinante que la casa vista desde afuera, el estilo moderno mezclado con la madera es un deleite para cualquiera. De eso no hay dudas, hasta el living donde sentamos a James parece hecha por ángeles. Supongo que todo esto fue diseñado por la madre de Cassandra quien parecía tener buenos gustos.

No debería estar diciendo esas cosas cuando cargo a un herido...

—¿Dónde está la señora Gruonie... o tu padre? —pregunta James entre jadeos, mientras se recuesta en el sofá.

—En casa de mis abuelos —responde, acomodando su ensangrentada blusa—. Iré por el botiquín. ¿Mika, me acompañas?

Cuando los dos desaparecen por el umbral hacia un pasillo en la casa, observo con más detalle a James. Hacía tiempo en que ambos no hablamos o nos quedábamos a solas. Solíamos hablar a veces en clases y los recesos, pero últimamente sólo nos hemos limitado a hablar por chat. Fue por allí que le conté sobre los resultados de los concursos. Pienso que el estar con Mika nos ha distanciado a los dos.

—¿Esto me ha pasado por dejarlos abandonados? —pregunta, intentado esbozar lo que parece una tétrica sonrisa.

—No sabría responderte... —me encojo de hombros, escuchando de pronto una sutil melodía que proviene de los parlantes junto al sofá— ¿Te fuiste porque Gruonie pidió tu ayuda?

Asiente con lentitud, arrugando las cejas, adolorido.

—Sí —responde casi con un hilo de voz—. Creo... que fui demasiado lejos para alguien a quien digo odiar... ¿verdad? Papá me matará cuando se entere que me robaron el auto.

Le sonrío con compasión.

—Eres una buena persona, James. Y recuperaran todo, ya verás.

Cassandra aparece en el umbral con un botiquín de primeros auxilios. Se sienta sobre la mesa de centro hecha de madera oscura frente al sofá y abre el botiquín; enseñando la variedad de vendas, algodones, alcohol y todo lo que un botiquín tiene. Saca el envase marrón con povidona, extrae la tapa y le echa unas gotas al algodón.

—Me siento como una enfermera —dice, extendiéndome el algodón con povidona, pero antes de que lo agarre, lo hace a un lado—. Sonará feo y mal educado, pero debes lavarte las manos, Astrid. También podrías decirle a Mika que se apresure con esos hielos.

—Descuida, lo entiendo. ¿Dónde está el baño?

—La segunda puerta del pasillo —responde, sin apartar sus ojos de James.

Luego de lavarme las manos y babear con el baño de lujo, reviso cada puerta en busca de Mika, pero no doy con él hasta entrar a la cocina. De pie, mirando por el enorme ventanal que da hacia un oscuro patio, Mika me da la espalda. Al oírme voltea, sin embargo no hace ningún gesto además de tener una expresión seria.

—Cassandra dijo que te apuraras con los hielos —le informo, sacándome la capucha. Mika no responde. En lugar de eso, camina hasta mí, pero lo

evito dando ligeros pasitos hacia el refrigerador con doble puerta—. Si no quieres llegárselos, entonces lo haré yo —espeto, observando los botones extraños que hay en una de las puertas del refrigerador de ensueño de mamá.

Busco en alguno de los cajones y dentro de las encimeras alguna fuente donde echar los hielos. Siento la mirada de Mika seguir cada uno de mis torpes movimientos como guardia de seguridad, sin emitir algún sonido o decir alguno de sus comentarios arrogantes y sarcásticos propios de él. Sólo está allí de pie, observándome como si su vida dependiese de ello. El único detalle que puedo descartar del cual no me había fijado antes es que se cambió de ropa. Ya no anda con su ridículo disfraz, sino con una ropa que le queda a la perfección. Viéndolo así vestido —y haciendo memoria de cómo es el Sr. Gruonie— puedo decir que esas ropas no son del padre de Gruonie, sino de él. Sabrá Dios cuantas veces ha estado acá o qué clase de cosas hicieron. La verdad, no quiero ni imaginar. Tampoco es la ocasión para retorcer mis pensamientos sobre Mika o sentirme mal por algo que no es de mi incumbencia.

Se puede escuchar desde el living donde Cassandra y James están, la música que acompaña mi búsqueda. Cuando por fin doy con una fuente para los hielos, me dirijo de vuelta al enorme refrigerador, pero la mano de Mika cubre los botones antes de que pueda presionarlos.

Volteo a verlo, molesta. Él presiona uno de los botones y un aluvión de hielos cae dentro de la fuente.

—Me debes la noche —recrimina con seriedad, quitando su dedo del botón.

—Ahora no, Mika —me apronto a decir—. James necesita ayuda.

De vuelta a la sala, escucho que los dos están susurrándose cosas que no logro entender, pero basta con sentir cómo está el ambiente para comprobar que hay algo más oculto entre ellos. Debo carraspear para que ambos noten mi presencia en el lugar.

—¿Dónde está Mika? —pregunta Cassandra, recibiendo los hielos y envolviéndolos en un paño— ...No me digas que se ha ido.

Niego en respuesta, sin decir más.

—Seguro no le gusta ver sangre —comenta James con sarcasmo, intentando reír.

Cassandra lo reprende con una mirada fría, luego se dirige a mí cambiando su severa expresión.

—Si quieres puedes quedarte a dormir —sugiere con amabilidad—. Mis padres no llegan hasta mañana por la tarde.

—Gracias pero... tengo cosas que hablar con Mika.

MIKA

Solía frecuentar la casa de la Ardilla cuando el viejo estaba en mi casa y no podíamos tener sexo allí, así que cuando sus padres no estaban en casa, ella y yo no poníamos reparos para acostarnos por mero gusto de vez en cuando. Por esos motivos y muchos otro más, Gruonie tenía guardada en su closet ropa que nunca recordé tener. Podría llamarle suerte que la Ardilla tuviese mi ropa de ya hace tiempo guardada, de otra forma, continuaría con el incómodo disfraz que comenzaba a romper con mi paciencia el rechinido de éste con cada paso que daba.

No sé si habrá sido eso u otro motivo el que me tiene con deseos de ver arder el mundo. Tal vez es fue la inoportuna llamada de Gruonie pidiendo ayuda. No podía negarme en ayudarla, tampoco en traer consigo al Perro. No soy un desequilibrado inhumado después de todo. Lo que realmente me molesta es que las horas sean absorbidas y cada vez quede menos tiempo para pasar con Pajarito.

Una noche. Eso fue todo lo que pedí, mas creo que así no lo quiso la fuerza sobrenatural que se encarga de mantener al margen a Astrid de mí.

Abro el ventanal y camino hacia el patio que es iluminado por una escuálida luz bajo el balcón. Los padres de Gruonie son unos ambiciosos de la música y tienen parlantes hasta en el baño, por lo que no me sorprende dar con dos parlantes en la pared de porcelanato blanco. La melodiosa canción de antes se vuelve cada vez más baja, hasta quedar en nada, sumiéndome en un silencio casi trágico de sentir para estas fechas. Meto mis manos a los bolsillos, preguntándome qué estarán haciendo mis amigos, Ashley o cualquier conocido.

—Creo que desde aquí no se pueden ver las estrellas... —La voz de Pajarito irrumpe en mis pensamientos. Llega a mi lado y mira hacia el oscuro cielo—. Está demasiado nublado por culpa de los fuegos artificiales.

—¿Cómo está el Perro? —pregunto, girándome hacia ella.

—Se pondrá bien —responde girándose hacia mí, quitándose la capucha—. Mika, yo-

Una nueva canción interrumpe sus palabras y parece prestarle suma atención. Se queda unos segundos inmóvil, mirando hacia un lado hasta

que posa sus ojos sobre mí. Hace una mueca disponiendo a volver dentro, pero la retengo del brazo, obligándola a ponerse frente a mí, esta vez, más cerca. La canción lenta parece perfecta para la ocasión. Coloco mis manos en su cintura deslizándolas hacia su espalda para tenerla aún más cerca. Ella no dice nada; en lugar de eso, extiende sus brazos y entrelaza sus dedos detrás de mi cuello, mientras nuestros cuerpos se mecen de lado a lado, guiados por la canción, coordinado como si fuesen uno.

«You're so dark» repite la canción, y ella parece recitarla en voz baja. Apoya su cabeza sobre mi pecho y desliza sus manos hacia mis hombros. Quito mis manos de su cintura para tomar las suyas, tomando algo de distancia sin dejar de mecernos. Suelto una de sus manos y alzo la mano que sostiene la suya para que ella de vueltas sobre sí, esbozando una sonrisa. De nuevo de frente, me apronto quitarle las gruesas gafas sin perder el ritmo de la canción. Me inclino hacia ella y beso sus labios... Una, dos, tres veces, sin ver que ella los rechace. Vuelvo a aproximarme a sus labios, pero esta vez es ella quien toma la iniciativa y me besa. Noto como sus manos bajan hacia las mías en busca de sus gruesos lentes, arrebatándomelos de golpe.

—Lo siento, Mika —musita sobre mis labios—, pero debemos parar aquí antes de complicar más las cosas. Así será más simple separarnos.

—No hagas eso, por favor —mascullo, reteniéndola entre mis brazos—. No te vayas, te necesito aquí. Tú me haces una mejor persona.

Toma mis manos en un intento de soltarse.

—No hagas más difícil las cosas... Sólo es cuestión de ver qué clase de relación llevamos para saber que tú y yo no congeniamos, menos lo

haremos teniendo una relación a distancia. No quiero sufrir otra dolorosa separación, así que... por favor, déjame ir.

La suelto enseguida. No sé en qué momento la canción ha parado, ni hace cuanto tiempo Gruonie ha estado de pie observándonos desde la cocina. Todo se siente amargo e inexplicablemente opaco. Astrid se coloca sus lentes y me mira piadosa.

—Adiós, Mika —murmura, adentrándose en la casa.

La sigo con los ojos hasta que se pierde por el oscuro pasillo.

—Adiós, Pajarito —pronuncio, volviendo a meter mis manos en los bolsillos.

Divagues y encuentros fortuitos.

MIKA

"Adiós, Mika", con esas palabras puso fin a todo esto. Por un lado lo veía venir, sabía que llegaría, pero no pensé que sería *ese* día. Tampoco creí que el idiota y repulsivo de Patrick había ido a buscarla. Seguro fue ella quien lo llamó y todo ese acto en el patio de la Ardilla fue un miserable acto de compasión y una despedida que hasta ahora me ha dejado un sabor amargo en la boca.

Ahora, en Nueva York yendo a una cena de negocios con el viejo y mi hermana, pretendo distraerme un poco y dejar todo atrás... al menos por hoy. Aunque es un acto —y una decisión— complicada desde cualquier punto de vista dado a que todo me recuerda a ella. He escuchado una y otra vez la canción «You're so dark» y la he repetido un millón más. También pensé en enviarle algún mensaje, pero dudo mucho a que quiera responderlo.

Sus palabras fueron firmes y sus ojos me miraron sin vacilación expresando que ya todo estaba decidido.

Se acabó.

El ascensor se detiene en un elevado piso del restaurant *Asíate* de un famoso hotel de la ciudad, donde nos hospedamos. Ashley parece más ansiosa de lo normal y es la primera de los tres en salir, llevándose una reprendida del viejo con los ojos. Caminamos entre las mesas donde alguna que otra pareja cena siendo guiados por un tipejo con el cual el viejo habló al bajar del ascensor. El crepúsculo asienta siendo visto por las enormes ventanas que dan hacia los edificios enormes de la ciudad.

Llegamos a una mesa para seis, donde un hombre cano, acompañado de su esposa —o quizás su amante— y una niña de lentes que no pasa de los diez años.

Al vernos nos vemos obligados a saludar a los demás trazando falsas sonrisas y fingiendo que deseamos estar allí. Es curioso —o más bien gracioso— que el viejo sonría de tal forma como si fuésemos una familia feliz cuando con suerte sabe nuestros nombres, gustos o algo por el estilo. Que se las dé de padre ejemplar me parece un chiste mal contado y absurdo, pero todo sea por negocios...

Fingir por una noche no puede ser tan malo, así quizás nos deje en paz por un tiempo o nos de regalías por nuestras flamantes actuaciones.

Le doy un sorbo a la copa con vino tinto una vez más, mientras me divierto contando las luces del edificio de más allá. La cena sobrepasa las barreras de lo aburrido, y la charla de hombres sobre negocios parece cansar a Ashley, la esposa del hombre cano y a la niña de lentes, quien juguetea con la comida.

—Padre... —llama la atención Ashley, arrugando las cejas. La palabra padre suena tan extraña saliendo de sus labios después de todo este tiempo llamándolo "viejo"— No me siento muy bien, ¿puedo volver a mi habitación?

—¿Qué sucede? —interroga el viejo, frunciendo el ceño.

—Me duele la cabeza, creo que es el cambio de ambiente de las ciudades... —consolida su vasta mentira, la cual es más que evidente.

Papá parece meditar su respuesta unos segundos ante los ojos expectantes de los demás. Por mi parte, todo lo que hago es servirme

más vino y volver a contar las luces en los edificios, repitiendo en mi cabeza la cancioncita que no me ha dejado en paz.

—Bien, ve con cuidado —advierte el viejo.

Ashley esboza una enorme sonrisa y pidiendo permiso, se levanta de su silla.

Tras la cena todo lo que hago es darme una ducha rápida para meterme en la cama para no pensar en alguna excusa que decirle al viejo ahora que me di cuenta que Ashley ha desaparecido del hotel. Era de esperarse que alguien mimada y caprichosa como ella dijera tal mentira para salir a escondidas por la ciudad. No quiero ni imaginar con quien o quienes, tampoco me interesa mucho su vida social.

Al salir de la ducha, amarro la toalla blanca y camino hasta el closet donde guardo la ropa. He estado tan aburrido aquí que hasta tiempo de desempacar las maletas he tenido. Una vez que me cambio de ropa, compruebo si tengo mensajes.

Hay un mensaje de Ashley el cual por unos segundos me niego a leer, pero finalmente accedo.

«Hermanito, hay tres hombres que nos están molestando aquí. Tengo miedo, estoy en la discoteca *Cielo*... ven rápido»

Genial.

...

Humo, olor a sudor, luces parpadeantes, personas por todos lados. Basta con ver los lugares que a Ashley le gusta meterse, todo por complacer sus caprichos de niña mimada, y como buen hermano mayor que debo ser, tengo que meterme en cada cutre lugar sólo para que no se meta en

problemas, sino el viejo se molestara y me echará toda la culpa. La discoteca parece ser el centro de atención de la enorme ciudad e irónicamente su nombre es "Cielo". Cielo es lo que le falta ver a esta ciudad llena de contaminación y gente repulsiva.

Mis ojos viajan de sitio en sitio, en busca de Ashley, pero dada la cantidad de personas, nada puedo ver. El olor a cigarrillo causa un revoltijo en mi estómago y todo se ve nebuloso. Maldigo para mis adentros con cada tropiezo o persona que osa a chocar contra mí, y me atrevo a empujar a cada quien pase por al frente.

Hago un recuento de cómo Ashley iba vestida, pero parece haberse esfumado. Subo las escaleras hasta el segundo piso con el fin de tener más claridad del lugar, entonces, a unos metros más en el fondo, junto a una tipa rubia y bien arreglada —quien por alguna extraña razón me recuerda a la Ardilla—, la encuentro. Está junto a tres hombres que podrían doblegar su tamaño.

Apuro el paso hasta ella, quien al divisarme muestra en sus ojos un ápice de esperanza poco común en ella. Esa mirada de niña mimada ha sido reemplazada por una inaudible súplica que se mezcla con alivio.

Camino hasta los tres sujetos, haciéndolos a un lado.

—Vámonos —le ordeno a Ashley, haciendo un ademán con la cabeza. Pero cuando ella y las otras chicas se disponen a moverse y seguirme, uno de los sujetos las detiene del brazo. Asustada, ella se para en seco. Miro al tipo que la detuvo y a sus dos acompañantes que tienen aspecto de gorilas. Una expresión asqueante es poco para describir la perversión que detonan sus rostros.

Los tres podrían ser comparados con la muralla china. Qué repulsivos.

—Estas hermosuras no se irán a ninguna parte —dice uno de ellos, sujetando el brazo de la chica rubia junto a Ashley.

—¿Lo dices tú, gorila? No me hagas reír —escupo con sarcasmo y me predispongo a salir, tomando a Ashley por el hombro, pero uno de ellos se coloca frente a mí.

Me quedo mirando al frente unos momentos, consciente de que esto podría desencadenar algo más o bien podría terminar tan mal como lo hizo James por dárselas de héroe. Sin embargo, un sujeto rubio y del mismo tamaño que el trío de gorilas se para frente a mí, dándome la espalda y dirigiéndose a los gorilas de cuarta.

—¿Qué cojones hacéis aquí? —pregunta con voz desafiante.

—El rey del infierno ha llegado —dice uno de los tres gorilas, con sarcasmo.

Miro a Ashley en busca de respuestas, pero ella está más que desconcertada.

—Quítale la puta mano de encima a mi hermana si no quieres perderla —la rubia junto a mi hermana, intenta soltarse del apretón del gorila, pero éste parece negarse, agarrándola con más fuerza.

Uno de los gorilas me señala, para luego volver a mirar al sujeto rubio frente a nosotros.

—¿Quién es tu amigo?

—Un buen amigo. Soltadlas y largáos antes de que os eche a patadas —gruñe el rubio, quien me trae vagos recuerdos de cuando apenas tenía doce y era hostigado por Patrick. De hecho, tiene cierta semejanza que me recuerda a Chase.

—No me toques los huevos, Hell. La ciudad no te pertenece.

Noto un forcejeo entre él y el asqueroso que tiene agarrada la muñeca de la chica rubia, mientras Ashley se hace a un lado, asustada, agarrando mi abrigo por la espalda. El forcejeo parece dar resultados, y el gorila suela a la chica rubia. Parece que estallará de ira, pero no se atreve a hacerlo.

—Fuera —señala la puerta del club—. Ya.

Los tres gorilas —o intento de ellos, porque hasta un gorila tiene más decencia— lo miran unos segundos, apretando sus quijadas. Me lanzan una mirada y luego se marchan, perdiéndose entre la multitud. Volteo hacia Ashley, quien ya no parece un ratón asustado, y miro a la chica rubia, quien abre sus labios para hablar, sin embargo, el rubio no se lo permite.

—No quiero escuchar una puta palabra —interrumpe con frialdad, mostrándose más que molesto—. Tira para el coche y no se te ocurra abrir la boca —le ordena, para luego mirarme— ¿Quién es él?

—Creo que es el hermano de Ashley —alcanzo a oír de la rubia.

—Creo que debería ser yo quién hace esa pregunta —intervengo, mirándolos.

—Vamos fuera —sugiere él—, odio gritar.

El rubio toma la mano de quien creo que es su hermana, abriéndose paso entre las personas. Tomo del brazo a Ashley, siguiéndoles el paso hasta salir a la calle, donde la música se escucha lo suficientemente baja para que podamos hablar como personas civilizadas y no como simios o el trío de gorilas.

—Bueno, ¿alguien va a explicarme qué coño ha pasado? —La rubia abre la boca, pero él sujeto la para en seco— Tú no. Te he dicho que no quiero escucharte esta noche —me mira, aunque irónicamente yo estoy igual de confundido que él.

Quizás mucho más que él.

—Creo que Ashley tiene algo que contar... ¿no, hermanita? —Me dirijo a Ashley, quien parece una muda— El viejo está más que molesto y yo tengo que cargar con todo por tus tonterías... ¿Qué hacías acá?

—Perdona, ¿cómo has dicho que te llamabas? —interviene el rubio.

—Soy Mika McFly... —respondo, frunciendo el ceño— ¿Y tú eres...?

—Hell Ivankov —responde. No tengo la menor idea sobre si su nombre es real o no, pero dada su seriedad y la situación en la que estamos, dudo mucho que mienta—. Supongo que es un placer conocerte.

Extiende su mano para estrecharla. Antes de acceder y estrechar su mano con la mía, le echo un vistazo. No soy y jamás seré alguien que conoce a personas ni sociabiliza con ellas, menos en tal situación. Sin embargo, Hell cada vez más me recuerda a Chase, lo que me hace sentir cierta empatía poco frecuente.

—Bueno... —digo al estrechar su mano— al fin y al cabo ayudaste. ¿Ese trío de gorilas son tus amiguitos?

—No. Son unos tíos que no se andan con gilipolleces y que no entiendo que hostias hacían con ellas —Mira a su hermana con reproche y ella vuelve a tratar de hablar pero desiste al ver la expresión de su hermano. Parece que está molesto con ella, y ella parece respetar eso.

Ojalá fuese así y no una descabellada.

—Ah... —Ashley levanta la mano con una timidez poco vista en ella— Sólo estábamos charlando entre nosotras cuando los tres tipos aparecieron a fastidiar... No sé qué se creen, de galanes de telenovelas no tenían nada...

Lanzo un bufido, mientras niego con la cabeza.

—Bueno, Mika —habla Hell—, una pena que nos hayamos conocido en estas circunstancias. Si quieres apunta mi número y cualquier cosa que necesites, cuenta conmigo —sonríe.

—Gracias —responde Mika, comenzando el intercambio de números telefónicos—. Con esta patosa seguro nos volveremos a ver.

ASTRID

Me siento como una mosca que intenta salir por la ventana chocando una y otra vez, sin percatarse que la ventana está abierta y puede salir volando si fuese más astuta. Curiosamente, esa es la comparación más acertada que podría hacer ahora que describe a la perfección mi situación. Frente a mí, reposando sobre mi escritorio, los papeles para aceptar la beca esperan ser firmados por mí. Son un par de líneas curvas, puntos y vueltas con la lapicera para sellar mi futuro, pero aquí estoy: sentada, dándole vueltas a la lapicera mientras mi cabeza es una maraña de pensamientos que no me dejan firmar mi futuro como fotógrafa.

Podría culpar a la indecisión propia en mí sobre lo que me depara mi misterioso futuro en una ciudad completamente desconocida; pero por otro lado sé que ese no es sólo el motivo. Llevo casi diecisiete años en

ésta ciudad como para cambiar de aires e irme a vivir sola a Los Ángeles, pues no solo sacrificaría unas pocas amistades y el tener que alejarme de mi familia, sino también esa parte confusa que provoca los extraños revoloteos en mi estómago.

Si bien ya le dije adiós a Mika, terminando con todo, existe aún esa emoción de encontrarlo en la puerta de mi casa preguntando por mí. Soy una tonta, lo sé. Soy un desastre, también lo sé. No obstante, tenía la vaga ilusión de que reaccionaría de esa forma teniendo historial de sus acciones impulsivas. Ahora sé que mis palabras calaron hondo en él. Si es bueno o malo, el tiempo lo dirá. Lo cierto es que no he dejado de pensar en él desde esa noche, sintiendo algo de remordimiento.

¿Por qué todo debe ser tan complicado?

Pensar en él de día, tarde y noche debería considerarse un delito... así al menos intentaría no hacerlo.

—¿Por qué lo hiciste, Astrid?

Patrick entra a mi cuarto casi eufórico, provocando que la puerta que antes estaba junta, se abra chocando estrepitosamente contra la pared. Giro la silla en su dirección, haciéndome hacia atrás luego cuando noto su cercanía. Por un segundo creo que podría golpearme, pero llego a la conclusión que Patrick sería incapaz de hacerlo.

—¿Hice qué? —pregunto, sin comprender.

—Le mostraste el CD a nuestros padres... —me lanza el CD que nunca me atreví a ver— ¡Pensé que habíamos aclarado las cosas entre los dos!

Miro su expresión contrariada e intento calmarlo.

—Yo no lo hice, hasta ayer el CD estaba guardado en mi cajón... lo juro —respondo—. Quizás mamá lo saco... o no sé.

Patrick da unas vueltas por mi cuarto sin saber qué hacer hasta que finalmente se sienta sobre la cama, escondiendo su cabeza entre sus manos, desesperado.

—Me deben odiar ahora, lo vi en sus ojos. Saben lo que hacía antes... Cielos... —me mira con sus ojos inyectados en sangre, mostrando una expresión que parece la combinación de tristeza e ira— Deben estar tan desesperados, As. ¿Qué haré ahora?

Me levanto de la silla y me siento a su lado para consolarlo. Acaricio su espalda y luego apoyo mi cabeza en su hombro.

—Estoy segura que te perdonaran, sólo deben digerirlo. Somos familia, ¿recuerdas? —Le doy un par de palmaditas en la espalda para animarlo— Te perdonarán así como lo hice yo, Patrick. De todas formas, ¿no pensaste que pudo a ver sido Mathew quien se los enseñó?

Cielos... Deberían darme un premio a la actuación.

Charla en el ferri.

MIKA

—Hermanito, no es necesario que me acompañes. Ya te lo dije, sé cuidarme sola y no pretendo meterme en ningún problema.

Ashley me mira con ojos de borrego. Suplicante. Ha quedado de juntarse con Sasha, la hermana de Hell, con quien estaba en la discoteca *Cielo*. Según lo que me contó de vuelta aquí aquella noche, las dos se conocieron gracias a un blog de modas. Como Sasha vive en la ciudad, las dos quedaron que juntarse en la discoteca de noche y por eso mi hermanita tuvo la "brillante idea" de hacerse la enferma y escaparse en la cena de negocios del viejo. Aunque soy reacio a eso de las amistades a larga distancia y conocer personas en general, creo que Ashley sacó esa parte que yo no tengo. Lo malo es que soy yo el que siempre cargará con ella y como buen hermano mayor que soy debo acompañarla para que no haga alguna idiotez. El viejo está al tanto de nuestra salida, pero no tiene idea que nos reuniremos con otra persona —tampoco creo que le importe mucho—, sólo me ha dicho que vuelva antes de que pierda el vuelo de vuelta a casa.

—De ninguna manera irás sola —le afirmo, colocándome el abrigo—. Ahora termina de arreglarte antes de que muera esperando.

El *Central Park* está como lo imaginaba; lleno de arboles, niños corriendo por doquier y adultos. Estaciono el auto junto al de Hell, a quien por suerte he logrado divisar gracias a los aullidos alocados de Ashley gritando dónde están mientras miraba por la ventana del auto.

Al bajarnos, Hell es el primero en saludar.

—Hola —saluda—. Sasha ha pensado en llevaros a ver la Estatua de la libertad, pero obviamente no me fío una mierda de ella —confiesa, provocando que su hermana ruede los ojos—, así que me toca de niñero hoy.

—Entonces somos dos —respondo, esbozando una minúscula sonrisa cómplice, mientras las dos chicas se saludan animadas. Vuelvo a mirar el lugar, mientras retazos de recuerdos me traen de vuelta a la niñez—. Hace tiempo que no venía aquí...

Caminamos por el parque hacia el sur con la intención de tomar el ferri. Ashley y Sasha parecen estar en la cumbre del éxtasis viéndose eufóricas ante la idea del mini-viaje para ver la estatua que pueden ver por *google*, por Dios. Las dos van unos pasos más adelante, charlando sobre lo que parece calzado femenino y las típicas cosas de chicas (de las cuales poco importancia tengo), riendo y dando saltitos como si fuesen niñas pequeñas.

Al llegar al puesto para comprar el ticket para el ferri, Hell insiste en pagar los cuatro boletos, pero me rehúso a aceptar tal acción. Gastar un poco de dinero del viejo comprando dos boletos no le molestará en absoluto, además me gusta gastar sus regalías con las que piensa que lo transforma automáticamente en un buen padre sólo por darnos dinero. Tampoco me gusta aceptar gestos misericordiosos de personas, sea quien sea esa persona.

Al subir al ferri por una especie de tabla enorme, enseguida me asombro del olor a pescado que hay. Había olvidado que en sitios como estos el dulce —nótese el sarcasmo— aroma a mar es más fuerte. Ashley y los demás no parecen tomarle mucha importancia, aunque por mi parte

desearía que el ferri tuviese desodorante ambiental... o al menos algo similar. Odio la fauna marina, tanto dentro como fuera del agua.

Ashley y Sasha suben unas escaleras hacia la segunda planta, seguramente para encontrar mejores sitios donde absorber el aroma natural del mar. Mientras, Hell y yo recorremos el ferri con pasividad, puesto a ambos parece no interesarnos mucho el sitio donde quedemos. Los dos estamos atados a ser los niñeros en éste viaje hacia *Liberty Island*.

Las encontramos a las dos en la planta superior, entonces cuando el barco enciende sus motores y escuchamos el llamado de quedarnos sentamos, las dos adolescentes alborotadas chillan de entusiasmo mirándose entre sí. Finjo no conocerlas mirando en otra dirección. Hell parece hacer lo mismo. Es ahí, cuando mis ojos dan con una pareja más adelante, quienes se besan como si no existiese mañana.

Un vago recuerdo sobre el Año Nuevo me viene a la cabeza, el cual intento evitar sabiendo que eso ya es parte de un nefasto y efímero pasado lleno de sensaciones que probablemente no volveré a sentir más, porque está demás decir que en esa noche se marcó un adiós.

—Mira a ese par... —le comento a Hell, señalándolos con la cabeza— Un poco más y fecundan aquí en el barco...

A Hell parece hacerle gracia mi comentario y asiente.

—Seguro que están enamorados —Suspira, adoptando una expresión más seria.

Bajo mi cabeza un poco y suspiro también. Ver al par de enamorados no me ha hecho bien y ningún comentario cargado de sarcasmo podría ocultarlo.

—Seguro no durarán, el amor es una estado de ánimo que muchos confunden con sentimientos —escupo sin más. Noto que Hell me mira.

—Suena a que te has enamorado y te han roto el corazón.

Ha dado justo en el clavo.

—Tal vez es culpa de un Pajarito travieso —le comento, jugueteando con mis dedos—. ¿Tienes a alguien, Hell?

—Digamos que alguien me da esperanza... —responde— aunque últimamente no está siendo fácil.

—Nada es fácil, incluso en estos tiempos. Pero tú pareces el tipo de hombre que las tiene a todas a sus pies, se oye sorprendente que digas algo así.

—A todas menos a la que quiero. Háblame de ese Pajarito.

Dibuja en sus labios una sonrisa que se me hace igual de desanimada a como yo la tenía hace días. Irónicamente, los dos estamos en la misma posición. Sin embargo, es su última propuesta la que me saca de sí... ¿Cómo podría describir a Pajarito? ¿Cómo podría relatarle nuestra particular relación? Quizás empezar por lo básico es lo mejor:

—¿Alguna vez escuchaste de *Romeo y Julieta*? —pregunto— Quizás somos la viva imagen de ellos dos... y ya sabes cómo terminan. Pero ella es demasiado buena para mí, supongo —Me encojo de hombros, sabiendo que es cierto—. Creo que es mejor estar así: distanciados —Hablar de ella incluso hasta ahora me deja un mal sabor de boca, así que me animo a preguntarle a él también—. ¿Quién es esa chica que te da esperanza?

—¿Esto va de tirarnos la pelota y cambiar de tema? —Hell ríe.

—De algo hay que hablar, ¿no? Necesito distraerme de este olor a pescado podrido...

Él sonríe y asiente.

—Se llama Hope —Suspira, mirando los edificios en la lejanía mientras el ferri continúa navegando. No tengo la mejor idea de hacía qué edificios está mirando, pero al parecer "Hope" se encuentra en uno de ellos—. No hace mucho que la conozco pero no sé, ha despertado algo en mí que no creía que fuera posible. No sé si me entiendes, Mcfly...

—Creo que sí.

—O sea que tu Pajarito también ha despertado esta parte en ti.

Touché.

—Yo era un idiota con ella —confieso—. Digamos que no me llevo muy bien con su hermano y por una idiotez empecé a tratarla como un animal, pero ella... —Me paro en seco, reflexionando sobre mis palabras. ¿Cómo es posible que baje tanto la guardia por hablar de ella?— *Bah*, ya parezco un marica.

Hell traza una sonrisa como si empatizara con mis divagues absurdos.

—Estás enamorado.

Niego con la cabeza, sintiendo un nudo en el pecho.

—Estoy idiotizado —afirmo.

—Eso es todavía peor —comenta, riendo.

—Pero al parecer somos dos —Alzo una ceja, esperando su respuesta.

—Yo... —Resopla— No lo sé. No puedo decirte que sí ni decirte que no porque tengo la cabeza... —Deja las palabras al aire, viéndose complicado con el asunto— ella parecía que estaba a gusto conmigo, ¿sabes? pero de repente... nos besamos y todo cambió. Dice que es peligroso, que es mejor así y mil gilipolleces más.

—Qué complicadas son las mujeres. Pero si se besaron entonces... espera ¿le gustó?

—Pues claro que le gustó —Me mira con rostro ofendido, aunque soy consciente que lo hace en broma—. Me llamo Hell, pero beso cómo los ángeles, chaval —ríe.

—No alardees conmigo que no soy de *ese* tipo de personas —Bromeo, desechando ahora sí el repertorio de chiste de Jax—. Pero si te dijo que es peligroso, quizás fue para protegerte, ¿no crees?

—Lo que creo es que a tu Pajarito no le gusta tu pico y por eso quiere estar alejada —Ríe a carcajadas y me da un golpe en el hombro.

Ojalá fuese así de simple. A veces pienso que si esa Navidad no hubiese tomado tanto como para rebajarme y besar a la moribunda amiga de Gruonie o Ashley... o quien fuera esa tipeja, las cosas hubiesen resultado mejor, no obstante, el desenlace hubiese sido el mismo.

—Me pilló besando a otra —Confieso, mirando hacia el suelo húmedo del ferri mientras los gritos y risas de las personas se escuchan alrededor. Un silencio incómodo aflora entre Hell y yo, haciéndome sentir inevitablemente culpable. Por alguna extraña razón contárselo a alguien que conozco hace días se me hace más fácil que contárselo a Chase o Jax; sé que Jax se lo tomaría como burla, pero Chase... Chase es otra cosa—. Fue por eso.

—Capullo —Rueda los ojos, desaprobadoramente—. Ahora tienes que arreglarlo.

—Pero ella no quiere nada. Se va por una estúpida beca a Los Ángeles, así que ya no hay nada que pueda hacer.

—Por Dios —Hell me mira—, ¿te estás rindiendo? —espeta, como si no creyese— ¿Me estás diciendo que una puta beca va a ser la culpable de que la pierdas?

—No hay nada más que pueda hacer, Hell. Yo no tengo la esperanza que tienes tú. Ella me odia y me dijo que debíamos terminar todo. No puedo obligarla.

—Puedes luchar. Pero si eres un cobarde... —Si soy un cobarde entonces tendré que darle el adiós definitivo— ¿Dónde mierdas se metieron estas dos? —pregunta, cambiando de tema. Busca a su hermana con la mirada. Enderezo la espalda un poco, imitándolo dado a que no tengo la altura de él. Se levanta del asiento, mirando alrededor hasta que señala al par de chicas—Se levanta y mira a su alrededor, señalándolas cuando da con ellas—. Ahí están —informa—, vamos antes de que alguna de las dos se tire por la borda.

Le sigo el paso hasta nuestro encuentro con Ashley y su hermana, mientras logro divisar a lo lejos en el horizonte la Estatua de la Libertad.

...

Podría caerme del sueño. Es culpa de la salida que hemos hecho. Ashley también parece haberse cansado de fotografiarse por todos los ángulos posibles junto a su amiga Sasha mientras Hell y yo hacíamos de fotógrafos. Ya estando en Manhattan, Ashley insistió en ir los cuatro a un restaurant del cual no teníamos la mínima idea de su existencia. Al

principio me negué, pero finalmente accedí, hasta que los mensajes del viejo comenzaron a ser más hostigosos que de costumbre, recordándonos que debíamos tomar un vuelo de vuelta a nuestra ciudad. Así que, después de una comida en el restaurant, a los cuatro nos llegó la hora de despedirnos.

—Bueno, McFly —dijo Hell al llegar a nuestro anterior punto de encuentro, junto a nuestros autos—, hoy sí que puedo decir que ha sido un placer conocerte. Al menos estas dos han hecho algo bueno por una vez —Confesó sonriendo y revolviéndole el cabello a su hermana quien abrazaba a Ashley.

—Fue un gusto, Hell —afirmé—. Pocas veces conozco personas que me agraden —le sonreí con cortesía—, creo que es porque ambos tenemos que cargar con esto —Señalé a Ashley, quien me sacó la lengua como respuesta.

—Estoy de acuerdo —Rió Hell—. Espero que me llames cuando vuelvas a la ciudad. Saldremos tú y yo solos, sin hacer de niñeros.

—Claro... adiós —Le extendí la mano para finalizar nuestra despedida de forma más honorable. Hell no tardó responder a mi gesto.

Saqué la llave de mi auto del bolsillo y abrí la puerta.

—Escríbeme de vez en cuando... —propuso— ya sabes —Guiñó un ojo—, cuando escuches el canto de los pájaros y esas cosas.

—Y tú cuando se te escape la esperanza.

—Espero no escribirte nunca entonces —Lo escuché reír mientras yo subía al auto.

Les di un vistazo a Ashley y Sasha, quienes las dos continuaban su despedida.

—Venga, pesada—le dijo a su hermana—. Ya seguiréis hablando por el blog ese de princesas —Inquirió Hell, apurándolas mientras yo tocaba la bocina para espantarlas.

Ya sólo faltan unos pocos días para volver a Jackson. Y lo único que puedo hacer de camino al aeropuerto es preguntar qué estará haciendo *ella.*

Lazo.

ASTRID

Miro la bebida dentro de la botella que sostengo entre mis sudadas manos. El temblor de mis éstas es insostenible y casi ridículo, por lo que debo apoyarlas en mi regazo para que la botella no caiga al suelo. Aunque mis piernas poco ayudan a sostenerla dado al constante e inquietante movimiento que hago. Es inevitable no mover las piernas, como trastornado cuando se está nervioso. Pues, creo que está demás decir que lo estoy con aquella simple descripción. Cualquier ser humano o animal se daría cuenta que mi expresión y gesto lo deja en evidencia. Ciertamente una espera jamás me había sido tan espantosa, no quiero ni pensar cómo me pondré cuando tenga mi primer día de clases en Los Ángeles.

"Una vida nueva" dijo James cuando le pedí el favor de entregarle la copia del CD que Mika me pasó aquella vez. Ahora, tras dos días de que mis padres supiesen qué clase de cosas hacía Patrick, James debe estarle entregarlo la otra copia del CD a los padres de Mathew.

Una nueva vida empezando de cero es lo mejor ahora que me marcharé a una nueva ciudad, lo primero era disipar un poco aquella carga sobre mis hombros. Ese bichito molesto que me susurraba al oído y me martirizaba culpándome por no tener las agallas de abrir la boca y contar la verdad de Patrick. Quizás peque de metiche y debí dejarle a Patrick que le contara a nuestros padres; sin embargo, en vista que no tuvo las agallas antes, tuve que hacerlo yo. Ya no hay más mentiras ocultas, supongo. Admitiré que es un gesto cobarde el quedar como una santa paloma ante Patrick fingiendo que yo fui yo quien les enseñó el CD, sino

que envié a alguien desconocido ante los ojos de mis padres para no levantar sospechas.

Lo planeé la noche de Año Nuevo, de camino a casa y lo perfeccioné al día siguiente. Creé dos copias del CD y con una meticulosidad casi sobrenatural —supongo que tomar fotografías puede influir en ello— copié lo escrito fuera del CD. Le dije a James, luego de ofrecer a voluntad propia su magullado rostro ante mis padres y los de Mathew, que enviara el CD diciéndole a mis padres que era de parte de Mathew y a los padres de Mathew que es de parte de mi hermano.

Algo turbio, lo sé, pero dentro de la telaraña que tengo en mi cabeza no pude planear algo más. Ya poco queda de las vacaciones; Patrick volverá al colegio y yo me marcharé a uno nuevo.

—No sé quién de los dos se ve peor, Cuatro Ojos.

Levanto la cabeza, dejando de lado todo nerviosismo al ver a James. A juzgar por su sonrisa triunfante, ha entregado el CD satisfactoriamente.

—¿Y? ¿Qué pasó? —pregunto, siguiendo cómo se sienta junto a mí.

Se encoge de hombros, reposando su espalda en el respaldo de la banca.

—Estuve golpeando como un loco casi media hora. Me abrió una mujer de traje, bien arreglada. Hombre, con su expresión confusa casi me sentí agente del FBI —dice entre risas. Niego con la cabeza mientras observo los hematomas que aún se notan en su rostro—. Le dije que tenía algo para ellos donde su hijo estaba involucrado. Su reacción cambió como no te lo imaginas.

—¿Crees que resulte? —cuestiono, casi con un hilo de voz.

—Bueno, yo le dije a tus padres que me llamaba Mathew —interrumpe, encogiéndose de hombros.

Le doy otro vistazo a su rostro magullado e inevitablemente siento compasión hacia su persona. Después de haber sido golpeado por quién sabe qué y decirle a su padre lo del auto, seguro que es un milagro verlo vivo.

—Gracias, James.

—No me agradezcas, es lo menos que puedo hacer por ti y... —hace una mueca, frunciendo sus labios— ese trastornado de McFly.

—¿Qué pasó con todo el asunto del club?

—El señor y la señora Gruonie se encargaron de todo, ayer le entregaron el auto a papá como si nada hubiese pasado. Según supe, demandaron al club. Ya conoces a los ricos, seguro ganan la demanda y todo el rollo ese —se sonríe pensativo, apoyando los codos sobre sus piernas—. Estaba tan asustado por el auto que después de pasar la noche con Gruonie... —da un respingo, volteando a verme sonrojado— ¡P-pasar la noche en camas diferentes! No malpienses de mí...

Lanzo una carcajada al aire.

—No lo hice —Alzo una ceja—, tú solito lo hiciste... El pensar mal, claro.

Lleva sus manos al rostro, refregando sus pardos como si no hubiese descansado en años luz. Sonrío ante aquel gesto tan particular y por verlo tan sonrojado por primera vez. De que hay algo oculto acá, lo hay, ¿pero quién soy yo para cuestionarlo?

—Olvídalo, con la loca esa no pasó nada —inquiere, tornándose serio—. Sólo hablamos.

—Bien, te creeré. Aunque las explicaciones están demás, ¿sabes?

—Como te decía... papá estaba tan ebrio cuando llegué que al contarle ni se molestó. Mamá estuvo como una loca al verme tan mal. En fin, ¿qué día te marchas?

Resoplo mirando mis pies balancearse de adelante hacia atrás, como en un columpio. No sé si particularmente la banca es muy alta para que mis pies apenas logren tocar tierra o yo soy la pequeña. En cualquiera de los casos, me sorprende cómo mis pies se mecen sin problemas. Pero me sorprende más el que los use como objetos de mi distracción para acallar las imágenes de despedida que pasan por mi mente al escuchar la pregunta de James.

—Pronto. La semana del segundo semestre, probablemente.

—¿Qué sentiste al firmar esos decisivos papeles? —curiosea, mirándome sugerente— ¿Te dio algo de melancolía?

Asiento en silencio.

Tengo el corazón dividido y una inquietud del tamaño de una montaña. Por culpa de lo último es que hace tres noches miro la pantalla de mi celular esperando responder cierto mensaje que llegó. El encabezado del mensaje, rezando el nombre del emisor, dice de forma clara "Alguien".

Irónicamente, todavía no cambio el nombre del contacto.

Alguien dejó de ser simplemente alguien cuando llegó gritando a mi casa por la madrugada. Ese *Alguien* se volvió en McFly. Y McFly llegó a ser Mika, a quien no he visto en días.

Sé que le dije adiós. Sé que debería responder a su mensaje. Sé que no puede acabar todo así.

No, sé que esto no terminará así. Todo debe ir acorde a mi plan.

—Creo que debería irme ya, James.

—Claro, nos veremos pronto.

MIKA

Música baja. Luz tenue.

No necesito más para hacer de mi día un aburrimiento total. Claro, sólo estaría faltando que el viejo llegue a mi habitación para seguir fastidiando con el futuro que nunca le importo, hasta ahora, que parece haber caído en cuenta que su hijo ya casi llega a la mayoría de edad y puede ocuparse de sus negocios. Todo eso lo puso en su lugar, seguro. No faltaron los gritos y regaños diciendo que soy un inmaduro, que no tengo nada planeado sobre mi futuro, que soy un irresponsable y toda mierda de clase monumental que poco me importa este día.

Suerte que salió a sus predestinados y antojosos viajes; de los cuales ya conozco bien de qué tratan —cenan y más cenas—, todo quedó claro en el viaje a Nueva York.

La universidad y esos trámites que me tienen sin cuidado ya están demasiado vistos para alguien que tiene claras las cosas. Sobre mis estudios a futuro, la universidad y todo lo que envuelve la tan sobrevalorada "nueva vida". Quiero hacer lo que me gusta, pero no estoy ansioso por hacerlo teniendo en cuenta que puedo hacerlo el año que se

me apetezca. Sin embargo, estoy cuestionando seriamente mi elección de carrera y cómo acabaré si de salubridad mental hablamos... todos sabemos que los escritores y sus libros tienen cierta pizca que hace del lector un aficionado obsesivo que puede ser muy peligroso, tanto social como intelectualmente. Los libros son tentadores y la mejor fuente para crear ideas que son letales, en muchos sentidos. Pero no hay nada qué decir... Hace mucho que cedí a los libros, y estudiar Literatura es lo correcto desde mi punto de vista, aunque sé que al viejo no le agradará.

Y ahora que lo menciono, podría leer para dejar de lado la picardía del aburrimiento de lado, pero los ánimos me son pocos. La mañana en esgrima fue un desperdicio y tener que escuchar a Gruonie me hizo sentir como una mujer cotilla. ¿Qué me importa a mi lo bueno que le pase con el sarnoso amigo de Pajarito? Pues nada, pero escuchar las habladurías de la Ardilla fueron una forma de distraerme mientras observaba los movimientos incorregibles de mis inútiles compañeros de esgrima. Me asombra que después de todo este tiempo practicando y dedicándose al sofisticado deporte, tengan movimientos como los de niños pequeños jugando con palos.

Miro el velador junto a mi cama en busca del control para encender la televisión, quizás viendo un poco de tv basura disipe el aburrimiento sin tener que levantarme de la cama o moverme.

Alargo mi brazo para cogerlo, y en cuanto lo hago, roso con mis dedos el lazo rosa con puntos rojos de Pajarito. Lo tomo sin más preámbulo, dejando de lado el control remoto sobre la cama.

El lazo está tal cual lo había dejado. Por poco olvido que nunca me digné a devolvérselo. Quizás sea una buena excusa para verla... o una excusa

demasiado barata para ir a su casa y encarar al idiota de Patrick. De todas formas, está claro que la despedida de aquella vez fue definitiva puesto que ni siquiera se ha dignado a responder mi mensaje.

No quiero presionarla tampoco, ni parecer más desesperado de lo que estoy, aunque no lo aparente.

¿En qué rayos se convirtió el gran Mika McFly? ¿Qué clase de hechizo incurable me han puesto?

Niego con la cabeza, dejando el lazo donde estaba.

—Habrá tiempo de sobra para cuestionamientos innecesarios —me digo a mí mismo, acomodándome en la cama.

Pero mi aparente comodidad se ve irrumpida por unos fuertes golpes en la puerta.

A mi cabeza viene el rostro de Ashley, quien salió con sus amigas, no obstante ella tiene llave. Así que, a la puerta debe estar llamando el viejo amargado que tengo por padre, seguro viene a quejarse una vez más a la casa o tuvo problemas con los negocios y por eso está aquí.

Vuelven a golpear.

Me levanto de la cama y busco mis zapatos.

Una vez abajo, abro la puerta, encontrándome en la entrada simplemente un CD.

Es el CD que le pasé a Pajarito aquella vez en el mirador, donde queda en evidencia la asquerosidad humana que es su hermanito al cual defendía con tanto garbo y pasión.

Salgo de la puerta, abrazándome a mí mismo cuando una ventisca fría me atraviesa como cuchillas por la piel. Es entonces, cuando pongo un pie afuera, que una fuerza descomunal me toma desde la camiseta blanca que visto y me arrastra hacia un costado de la casa, lejos de la visibilidad de la calle. Patrick furioso, me estampa contra la pared y lanza un primer golpe que me da en la mejilla y me hace girar la cabeza por la fuerza. Siento que la zona donde golpeó se torna caliente y dentro de mi boca un sutil sabor a oxido.

—No podías quedarte callado ¿verdad, McFly? No, claro que no. Debías abrir tu bocota y enseñarle a mis padres el CD —su respiración es igual de agitada que la mía. No tengo la menor idea de qué habla, pero su desesperada acción me hace lanzar una carcajada que lo descoloca aún más. Me mira con incredulidad, para volver a presionarme contra la pared—. Estás demente, incluso para elaborar un plan tan absurdo como el de hacerte pasar por nosotros para enseñarle el CD a nuestros padres.

—No tengo una puta idea de qué hablas, Fissher... ¿porque mejor no regresas por tus papis a conversarlo con ellos?

Lo hago a un lado, pero él vuelve a acorralarme. Ahora con más fuerza y presión.

—¡No te hagas el ingenuo! —Gruñe.

Alza el puño, dispuesto a golpearme, pero una mano impide hacerlo. A su lado, con una expresión acongojada, Astrid sostiene el brazo de su hermano, observándolo.

—Patrick, no —le ordena, con los ojos lagrimosos—. Él no tiene nada que ver en eso. Fui yo la que enseñó el CD, no Mathew, no Mika. Yo, y solamente yo.

Ante su asombro, Fissher logra soltarme para dirigirse a su hermana, atónito e incrédulo de sus palabras. Mientras él está desesperado ante la revelación de Pajarito, poca importancia tengo sobre el qué hizo para que su repulsivo hermano venga aquí. Todo lo que pasa por mi cabeza es tener el privilegio de poder volverla a ver, aunque ella en ninguna ocasión lo ha hecho.

—¿Por qué tú...?

—Quería inculparlos y enemistarlos a los dos... —mira el suelo. La conozco lo suficiente como para saber que ese peculiar gesto es cuando está avergonzada o arrepentida de algo; sin embargo, su expresión no dice mucho, sino que parece una buena actuación de su parte. Dentro de la maraña de incongruencias (en la que estoy involucrado) algo oculta—. Patrick —continua ella, mirándolo de nuevo—, no puedo cargar con esto... no podía seguir ocultando ese CD.

Patrick queda en completo silencio unos instante, observando a su hermana, mientras entre ruegos pido que ella voltee a verme por primera vez desde hace mucho.

—Vamos, hablemos en el auto —dice él finalmente, tomando a Astrid del brazo.

Alargo mi brazo para retenerla, pero ella prevé mi movimiento y se hace a un lado, siguiendo a su hermano.

¿Qué ha sido todo esto?

ASTRID

—No lo entiendo... ¿por qué?

Patrick conduce el auto a tal velocidad alucinante que me he visto en la obligación de colocarme el cinturón de seguridad. Su voz quebrantada y su expresión desbordante de emociones acumuladas me dejan a saber que lo que hice fue un acto del cual ahora me arrepiento. Y es que elaborar tal plan pudo traer muchas consecuencias, pero llegó justo a la que yo planeaba; sin embargo, no pensé que a la hora de verlo otra vez así me sentaría tan mal. Después de todo, sigue siendo mi hermano, aunque mi elección sea diferente.

—Ya te lo dije —muerdo mi labio—, no podía cargar sabiendo que te marcharían una vez más invicto de tus actos pasados. Quería decirle a papá y mamá por mí misma pero me acobarde y planeé inculparlo a los dos, pero... no pensé que llegarían a la conclusión de que fue Mika quien se los enseñó.

Mentirosa.

La verdad de mis palabras vanas es que si soy una cobarde que ideó un plan para decirle a mis padres sobre el antiguo Patrick, pero el trasfondo de todo esto es una historia diferente. Tengo una teoría algo tonta que surgió la noche del Año Nuevo y que elaboré en estos días, después de que Patrick fuese a buscarme a la casa de Cassandra. Y es que, ante mis pensamientos insistentes que dictan el no poder estar bien con ninguno de los dos al mismo tiempo, llegué a la conclusión que debo estar bien con uno y enemistada con el otro. Por eso ideé el enseñar el

CD a sus padres y envié a James a hacerlo, puesto que si a su puerta llegaba un chico de pelo castaño creerían que fue solo una persona en particular que tendría el valor de hacerlo... No podía decirles a mis padres directamente sobre Patrick, me faltaron las agallas, por eso elegí una forma más turbia de hacerlo. Cuando Mathew y Patrick sacaran sus hipótesis sobre el autor que reveló sus atrocidades pasadas, lo más seguro es que cayeran en la obvia conclusión que fue Mika, ya que la descripción que todo ser humano siempre hace y la más razonable, siempre es la del color de cabello. Patrick encararía a Mika y entonces yo saldría a confesar todo, así volvería a enemistarme con Patrick.

Si mi teoría es cierta, entonces creo que mi elección entre Patrick y Mika es evidente.

Hasta ahora, mi plan salió perfecto. Tal cual lo había ideado.

—Cambiaste, Astrid. —Una repentina lluvia hace que Patrick encienda el limpia parabrisas mientras su voz sale de sí un tanto melancólica—. Ya no eres la misma de antes...

Todo influyó para que cambiara. Para bien o para mal, no lo sé. Pero esa Astrid ingenua que siempre guardaba silencio, quedo enterrada bajo tierra. El pasar desapercibida, no responder a recriminaciones, observar en silencio y dejar que me pasaran a llevar, cambió el primer día de clases de mi segundo año. Podría culpar a cierta persona, pero teniendo en cuenta que ni siquiera pude atreverme mirarlo a la cara hoy, diré que él sólo fue un catalizador. Todo el mundo conspiró para que abriera los ojos.

Ahora los tengo bien abiertos.

...

—¡Astrid!

Megan llega a mi lado con una radiante sonrisa.

Es el primer día del segundo semestre en Jackson, y vine aquí para una clase de despedida y ordenar los últimos papeles de mi traslado a Los Ángeles. Aceptar una beca gracias a un concurso ha dejado a más de alguno asombrado y, extrañamente, melancólicos ante la idea de tener que marcharme. James y su grupito de amigos —excluyendo al gordo que me empujó hace un tiempo— decidieron hacerme una especie de despedida en un karaoke. No pude rechazarlos, aunque soy consciente que poco descansaré de ahora en adelante; intentado adaptarme, arreglando papeleos como si fuese trabajadora social o algo por el estilo, viviendo en una pensión pintoresca en la nueva ciudad, y otras cosas... El mundo parece estar de cabeza, pero estar por última vez con quienes fueron mis compañeros —malísimos compañeros—, no es una mala idea. James, April, Liz y Megan irán, con ellos basta y sobra.

—Hola de nuevo —saludo con una sonrisa, de camino a mi taquilla.

—¿Lista para la noche? —pregunta, alzando sus cejas.

—Sí, sacaré la basura de mi casillero y volveré a casa para cambiarme.

—¡*Okidoki*! —exclama, haciendo el símbolo de paz con los dedos y guiñando uno de sus ojos— Pasaré a buscarte como a las siete. —Asiento en respuesta. Me hace una seña como despedida y camina hacia la salida de Jackson.

Ya casi todo el mundo ha vuelto a sus casas, como todo lunes de desesperados. Por lo que en el pasillo transitan pocas personas. Y entre ellas, ninguno es McFly.

Faltan dos días para que me marche y ni siquiera he podido verlo. Es como si se hubiese hecho humo.

Abro la taquilla. El ruido de la puertecilla de metal abriéndose causa un eco molesto por el desolado pasillo, provocando un pitido en mis oídos. Frunzo el ceño al escucharlo, pero lo cambio al instante cuando me percato que dentro de mi taquilla, sobre los cuadernos y papeles, yace un lazo rosado con puntitos rojos que me es familiar.

Es el lazo que Mika me quitó la primera vez que nos encontramos.

Con una temblorosa mano lo tomo, examinándolo entre mis manos. El preguntar cómo fue capaz Mika de dejarlo dentro de mi casillero es lo más absurdo que debería estarme preguntando. Aunque el encontrarlo dentro es inquietante, el significado de su anónimo gesto es el que me hace millares de preguntas sobresaliendo algunas más que otras.

¿Esto es un "hasta nunca"? ¿Está dejando de lado sus sentimientos por mí? ¿Está renunciando? ¿O es una simple despedida?

Antes esas y más preguntas, emprendo un recorrido por todo el colegio en busca de su paradero. Pero no logro dar con él.

...

Miro la hora por mi celular, comprobando que ya casi es la hora de salida.

Hoy es el último día en que pondré un pie dentro de Jackson. Es imposible no sentir un peso de melancolía y previa nostalgia, pues he estado casi dos años dentro de la enorme estructura, viendo y viviendo de todo. Es asombroso como unas paredes y pasillos largos pueden cobrar vida con el trajín de personas que van de lado a lado. Nunca me

percaté de lo lúgubre que se ve el enorme pasillo principal sin los estudiantes o los gritos de los profesores... o los indispensables tres chicos que ponen de cabeza Jackson. Hasta podría llegar a decir que la despedida de los chicos fue más dramática y triste que la de Patrick en el aeropuerto. Su mirada acusándome, llena de resentimiento fue como me lo había imaginado; sin embargo, no pensé que me afectaría al punto de sollozar encerrada en mi cuarto.

Ya no hay tiempo para arrepentimientos, sabía que las consecuencias de mis actos conllevarían todo eso.

Meto las manos a los bolsillos de camino al baño de chicas.

Dentro está todo anormalmente frío, por lo que vuelvo a salir, topándome en directo con el sonido del timbre de salida. Al instante, todos los chicos de Jackson salen de sus salas; unos felices, otros cansados, otros charlando entre sí, jugando a empujarse o simplemente escuchando música.

Respiro hondo cuando el bichito del nerviosismo se aloja en mi estómago causando diferentes sensaciones dentro. Un choque eléctrico se expande por mi cuerpo y por instinto me coloco en puntillas en busca de Mika, en el centro del pasillo. Los estudiantes pasan junto a mí en dirección contraria, algunos mirándome interrogantes y otros chocando contra mi brazo. Las risas y voces de todos se vuelven bajas e imperceptibles cuando mis ojos dan con el paradero de un chico castaño con ojos grises, avanzando en mi dirección junto a sus dos inseparables amigos. Al darse cuenta de mi presencia, se detiene a unos pasos de mí, mientras los demás pasan de los dos, algunos bajando sus cabezas y mirando en otra dirección cumpliendo las tres reglas a las que poca importancia les di. Chase y Jax pasan junto a mí como si no existiese,

pero probablemente bien saben quién soy. El último de ellos esboza una ladeada sonrisa que parece más de mofa.

Mika no aparta sus ojos de mí, ni yo tampoco pretendo hacerlo de él.

Los dos hemos sido envueltos por circunstancias extraordinarias y ahora estamos definiendo en silencio qué decirle al otro. Siempre tuve mucho que decirle a Mika McFly, mas ahora, todo es difuso.

Con el pasillo ya en silencio, él abre un poco sus labios dispuesto a hablar.

—¿Qué es esto? —me apronto a preguntar, sacando de mi muñeca el lazo que él dejó en mi taquilla— ¿Qué significa?

—Puedes tomártelo como se te plazca.

—¿Cómo me plazca? Viniendo de ti puedo tomarme de muchas formas este gesto —inquiero, dando un paso hacia él.

Mika avanza hasta quedar frente a mí, pero guardando cierta distancia. Se cruza de brazos, observándome altivo.

—Entonces tómalo como una despedida, al fin y al cabo, es lo que querías.

Su frialdad es desconcertante.

—¡Pero ya no quiero hacerlo de esa forma! —exclamo, apretando el lazo con fuerza dentro de mi mano— ¿Cómo puedo hacerlo después de todo lo que pasamos? No pensé que una despedida era lo que tú querías...

—¿Y qué esperabas que hiciera, Astrid? —cuestiona— ¿Quieres que te pida que no te vayas? Tú ya tomaste tu decisión, y yo tomé la mía.

Nunca estuvimos hechos para estar juntos. Cosas así sólo pasan en películas y libros, Pajarito.

Con su diestra recorre mi brazo hasta tomar mi mano, agarrando el lazo en ella. Baja su cabeza, colocando sus dedos dentro del lazo. Camina a mi alrededor, deteniéndose en mi espalda. Sus dedos rosan mi cuello mientras agarra mi cabello. En un par de segundos, amarra mi cabello y vuelve a pararse frente a mí. Toma mi barbilla con sus dedos, alzando mi cabeza para que pueda verlo directamente a sus ojos. Me examina unos segundos y luego plasma un suave beso en mis labios.

Ni siquiera puedo responderlo, estoy hecha de piedra.

—Gracias —murmura cerca de mi oreja, provocando un cosquilleo en mi cuello... Y sin más, pasa junto a mí en dirección a la salida.

¿Así es como terminará todo? ¿Un «gracias»? ¿Después de crear un absurdo teorema sobre nuestra relación que dictaba el no poder estar bien con uno, ni con el otro y hacer que Patrick me odie? ¿Después de decidir que quería estar con Mika, él se decidió por terminar todo? ¿Acaso esto de verdad es un «Hasta nunca»?

No lo acepto.

Yo no quería que todo terminara así.

Contengo el aire en mis pulmones unos segundos. Seco unas rebeldes lágrimas que han osado a escaparse por mis mejillas. Una fuerza superior a mí se anima a moverme de mi puesto. Estoy corriendo hacia la entrada de Jackson, suplicando que pueda dar con Mika.

—¡Mika!

Un grito gutural se escapa de mi boca cuando llego afuera. Miro hacia todos lados sin dar con él. Continúo corriendo hasta el estacionamiento, pero de Mika no hay rastro alguno.

Así de desesperado debió sentirse él cuando le dije adiós la noche de Año Nuevo.

¿Él también tuvo esta punzada en el pecho con unos fervientes deseos de llorar?

"Too much to ask" - Primera parte.

ASTRID

—Entonces... —Torno mis ojos en la figura imponente frente a mi banco. Apoyando en una de las mesas en el centro del salón, el profesor Jensen recorre con uno ojos a cada uno de los presentes hasta detenerse en mí— resumiendo la clase de hoy; *Dadá* es el punto final de una evolución en el arte y no trata de seguir desarrollando nuevas propuestas a partir de los estilos anterior, sino conciencia del fin del camino y actitud de "saltar la tapia" hacia algo nuevo —Sacude su brazo mientras habla. Con su mano libre corre la manga de su camisa y mira la hora en su reloj de muñeca—. Idea del *primitivismo*, de la creación espontánea de la obra de arte. Bueno chicos, eso sería todo por hoy.

Como por arte de magia la clase termina justo en el momento en que el rechinido tan molesto del timbre resuena por todo el salón de clases. Al instante, los veinte habitantes del salón ordenamos los cuadernos de la mesa y los metemos dentro de nuestros bolsos y mochilas.

—As, toma tu lápiz. —Petunia Grantz, la pelirroja que se sienta junto a mi banco, alarga su brazo hasta dejar en mi mesa el lápiz. Al igual que yo, ella está en la academia gracias a una beca, con la diferencia que yo estoy desde el año pasado y ella sólo de éste—. Gracias.

—¿Por qué tanta formalidad? —le pregunto, esbozando una sonrisa— Haces que me sienta una anciana.

—Es que te veías tan seria y pensativa... —Se encoge de hombros, para luego correr su larga melena y colgar la mochila de su hombro—. ¿Harás algo hoy?

Asiento, frunciendo los labios. Me cruzo mi bolso con todos mis útiles dentro y suspiro.

—No se lo digas a nadie —le sugiero, acercándome a ella confidente—. Hoy tengo una cita.

Los ojos color miel de Petunia se encienden en lo que parece querer descifrar mis pensamientos más agudos sin atreverse a preguntar con quién será la cita. Hace una inspección rápida a los chicos que van abandonando la sala al tanto las dos avanzamos hacia la puerta doble de madera, seguidas por el profesor Jensen.

—¿Quién es? —pregunta, dándose por vencida.

—No creo que lo conozcas —respondo, saliendo del salón y escuchando la puerta cerrarse a nuestras espaldas.

El largo pasillo está lleno de estudiantes que se marchan de vuelta a sus hogares. Casi son las cuatro de la tarde y podría decir que estoy igual de ansiosa que ellos por volver. Aunque el ambiente es completamente diferente a como lo era en Jackson —tanto que no podía acostumbrarme al comienzo—, después de casi un año y medio en la academia me acostumbre a ver los mismos rostros, divagar por los pasillos, cargar mi cámara fotográfica y tomar fotos cuando se me plazca. Es bueno que nadie se te quede mirando como si fueses un extraterrestre en la tierra sólo por tomar una fotografía. Todos los estudiantes y compañeros que recorren los largos pasillos luego de horas en la academia, están acostumbrados a ver demostraciones así.

Los artistas están locos, y nosotros vamos por el mismo camino hacia la locura.

Saludo a las chicas de último año con quienes tuve que hacer un trabajo hace dos semanas, las cuales caminan de lado contrario al nuestro. Las tres chicas me devuelven el saludo y apresuran su paso llamando al profesor Jensen.

Sonara estúpido y casi ridículo decirlo, pero aquí me siento encajar siendo yo misma, y no recibo represarías de nadie. Es lindo sentirse así, como un pajarito libre. Incluso los profesores son muy diferentes a los de mi antiguo colegio. Aquí no son tan estirados, amargados y grises; los profesores de la academia son más liberales, más permisivos, menos estrictos y todos los tratan con un respeto asombroso.

Si hubo un cambio, fue para bien.

...

Golpeo la puerta de madera oscura de la pensión. Aunque tengo una llave dentro de mi bolso, prefiero que la señora Grace me abra por una cuestión de flojera. Tener que abrir mi bolso y buscar las llaves entre toda esa basura no es una idea muy brillante.

—¡Ya voy! —Grita una voz al interior de la casona rosa. Y en segundos, la puerta se abre haciendo un rechinido mortal para nuestros oídos— Jodida puerta del demonio —gruñe la señora Grace al abrirme, frunciendo su arrugado ceño—, Peter no quiere echarle aceite...

Arrastro mis botas en el limpia pies de la entrada. La señora Grace se hace a un lado refunfuñando sobre el deplorable estado de la pensión y lo descascarada que está la pintura del exterior. Hago poco caso a sus reclamos puesto que todos los días ocurre lo mismo con la olvidadiza anciana dueña de la casona, no obstante, asiento a sus palabras por cortesía.

La pensión Grace es el sitio donde vivo desde que llegué a Los Ángeles. Los dos ancianos dueños fueron amigos de mis padres cuando ellos hacían servicio social, por lo que no dudaron un segundo en recibirme en el aeropuerto tras mi llegada. Aunque ambos son ancianos buenos para criticar y gruñir, son dos seres con un enorme corazón, quienes hospedan a más estudiantes. Como todo anciano, el señor y la señora Grace tienen ciertas reglas para mejorar la convivencia entre todos; una de ellas es desayunar todos juntos en la mesa, la otra es cenar todos juntos (o los que pueden) a las ocho de la noche. También tienen estrictamente prohibido "hacer actos pecaminosos" dentro de nuestras habitaciones.

—¿Cómo estuvo su día? —le pregunto a la anciana dueña para cambiar de tema.

—Estupendo, querida, estupendo a excepción de que esta casa se cae a pedazos. ¿Ya comiste algo?

—Comí en la academia —respondo, jugueteando con mis dedos.

—¿Hace cuánto? —Espeta, deteniendo el paso y mirándome con ojos audaces— Mira que estás tan pálida... Tanto tiempo sin comer puede sentarte mal, querida. Te haré una carbonada.

Continúa caminando hasta pasar el umbral que da hacia la cocina. Yo la sigo detrás con pasos que hacen crujir la madera bajo mis pies. La anciana mujer se lava las manos y vuelve a la mesa del centro de la cocina para seguir amansando el pan que todas las tardes nos da.

—Ah... señora Grace —la llamo con la voz algo quebrada, temerosa de su reacción—, hoy no cenaré aquí. Saldré a comer con alguien.

Su rostro, cual pasa amarga, se asombra ante mis repentinas palabras.

—¿Una cita? ¿Con quién?

—N-no sé si llamarlo cita, pero... sí, algo así —me encojo de hombros—. Llevo un tiempo planificándola.

—¿Conoces al muchacho? —insiste, apuntándome con un enorme cuchillo. No sé si debería tomármelo como una amenaza o simplemente como un gesto descuidado de su parte.

—Lo he visto un par de veces —respondo, llevando una mano a mi pecho—, hablamos por internet todo el tiempo.

La señora Grace queda unos segundos examinando mi rostro como si fuese un detector de mentiras. Aunque no hay motivo para estar nerviosa ante su pretenciosa mirada, lo estoy.

—Bien —dice finalmente, dándome la espalda—. Ten cuidado.

MIKA

Una canción de guitarra a juego con la batería resuena en la radio. El cantante comienza a cantar con una voz algo queda pero bien entonada que calza perfecto con el melodioso ritmo de la canción que la hace parecer un vals sobre una peculiar relación sobre él y una chica.

Aunque ya hace tiempo que no estaba en Los Ángeles, la ciudad me recuerda un tanto a la mía, aunque con menos tráfico y menos personas gritando eufóricos por las calles como si fuesen simios enjaulados. Si querían una prueba sobre si evolucionamos de los monos, creo que Los Ángeles sería el centro de experimentos más conciso. No se puede manejar cada dos cuadras sin que un troglodita comience a lloriquear, ya sea por la velocidad o el cambio de luces.

Animales todos.

Una cordial bienvenida era lo que esperaba, pero todo lo que obtengo son seres que no podrían llamarse humanos.

La canción de mi *iPhone* comienza a entorpecer la canción que suena de la radio, por lo que debo bajarle a ésta para poder responder la llamada entrante, mientras con mi otra mano manejo el auto sin quitar la vista del volante.

—¿Aló? —respondo.

—*¿Sólo me dirás un frío "Aló", Mika?* —pregunta Chase desde el otro lado de la línea— *Siempre tan McFly, ¿verdad?*

Me río entre dientes al escucharlo.

—Estoy conduciendo —le informo, acomodando el manos libres en mi oreja sin quitar la vista del frente—. ¿Cómo estás?

—*No me quejo* —lanza un suspiro—. *Muchas pruebas, fórmulas matemáticas y cosas de ese estilo... ¿Cómo llegaste? ¿Cómo va el año sabático?*

Frunzo el ceño, deteniéndome en la luz roja. Noto cómo un desalmado inescrupuloso se pone a discutir desde su ventanilla con el sujeto del auto continuo.

—Sobreviviendo en la selva —respondo con sarcasmo en referencia a la ciudad—. Voy de camino a una junta importante ahora.

—*¡Hombre, aprovecha tu año! ¿Acaso esa cita no puede esperar?*

—No, definitivamente no. Es importante para mí.

Antes de escuchar más, todo ocurre en un pestañear. En un segundo estoy acelerando al ver que el semáforo da la luz verde, y en el otro veo

como frente al auto, un sujeto en bicicleta se estrella contra el capó para caer a un lado luego. Un estruendo enorme es todo lo que se oye, hasta que todo queda en silencio. He frenado. La voz de Chase se escucha en mi oído, pero todo lo que hago es intentar razonar qué acaba de ocurrir.

Entro en razón y corto la llamada sin dar explicaciones. Desabrocho el cinturón de seguridad y me bajo del auto caminando hacia el cuerpo tirado en el suelo de un chico casi de mi edad. Otras personas más se detienen a curiosear y socorrer al moribundo ciclista que se queja de dolor. Para mi gracia, no está muerto ni parece estarlo a futuro por el choque, pero si tiene el brazo dislocado y la sien ensangrentada.

Ante las miradas acusadoras de los demás —de algo que no tuve culpa alguna porque estaba en mi derecho de avanzar—, me acerco al sujeto castaño para examinarlo con más detalle.

No tengo opción alguna. Debo hacer acto de caridad después de todo.

—Vamos —le ordeno, levantándolo del suelo junto a otro hombre obeso—, te llevaré al hospital.

Entre quejidos del ciclista, logramos ponerlo de pie. Cojea, para rematar su mala fortuna.

—M-mi bicicleta —dice, mirando por encima de su hombro la bicicleta casi irreconocible por el golpe.

—Vete despidiendo de ella —le sugiero, mientras nos dirigimos a la puerta trasera del auto.

Una vez adentro, cierro la puerta y me apronto a subir al auto, encenderlo y acelerar cambiando mi ruta hacia el hospital más cercano de una ciudad desconocida. Dejando de lado el hecho aplastante de

tener que cancelar la cita que tendría (con mucha pesadumbre), el ciclista está consciente aunque lloriqueando de dolor.

—No había pronosticado esto —solloza el chico entre quejidos y gruñidos de dolor—. Vaya que mala suerte traigo hoy.

—Para la otra fíjate en el semáforo y te evitarás situaciones como estas... Gracias a tu ignorancia e imprudencia perderé mi cita.

...

Termino la llamada resoplando. La tarde se ha puesto curiosamente fría y en el contaminado cielo poco se logra ver de la luna blanca que hacia unas horas se asomaba.

No sé qué es lo peor de todo: tener que quedarme como niñera sustituta esperando que el descuidado ciclista imprudente termine de ser atendido y le dejen marcharse, que vengan sus padres, o haber perdido la cita importante que desde hace tiempo había ansiado e imaginado. El mundo conspiró para que eso no ocurriera, sin embargo no me siento asombrado por ello. Muchas razones peculiares nos limitaron a hacerlo anteriormente, probablemente no es el tiempo ni el lugar adecuado para llevarla a cabo.

Una cosa que debo agradecer del impertinente ciclista (que se presentó como Jordan) es que al menos está bajo sus cinco sentidos y confesó que la culpa fue su imprudencia. Se excusó diciendo que los frenos de su fallecida bicicleta no funcionaron. Ahora, tras una llamada rápida que le hizo a no-me-importa-quién, está esperando dentro del hospital.

Odio el olor a muerte y medicamento que expelen de los hospitales, por eso preferí mantenerme al margen y venir afuera, a la pequeña plaza que

hay frente al hospital. Desde aquí puedo ver y discernir a todos los que entran y salen del lugar.

Sólo espero que los padres del tal Jordan vengan a buscarlo y a ocuparse de él, para que deje de ser una niñera de su persona y no me quede toda la puta vida aquí.

Este sitio me trae malos recuerdos.

Aparto mi vista del precario cielo azul para volver a mirar a los transeúntes que entran y salen del hospital. Cada uno tiene diferentes expresiones, pero una de ellas se gana mi atención.

Su rostro ya me es familiar, aunque ha cambiado con el paso del tiempo. Ya no tiene esos fastidiosos lentes gruesos que ocultaban sus ojos, ni el cabello alborotado y despeinado que llegaba un poco más debajo de sus hombros. No, definitivamente hay un drástico cambio en su persona, pero de presencia sigue siendo quien creo que es. Su forma de caminar podría delatarla, pero son sus labios los que me han reconocerla sin lugar a dudas. Su paso es apresurado al traspasar las puertas del hospital. Incluso sus movimientos lo son.

Me levanto del banco donde reposaba y la sigo hasta dentro del hospital, olvidando por completo el molesto olor del sitio. Estamos a pasos de distancia. Podría tocar su hombro si me animo a hacerlo, sin embargo, ella se apronta en llegar a la recepción del hospital.

En silencio me coloco tras ella y me dispongo a decir su nombre, pero es ella sin percatarse de hacerlo, quien interrumpe mi acción haciendo que me trague las seis letras que componen su nombre.

—Jordan... ¿Jordan Holloway está aquí? —pregunta con desesperación a la recepcionista.

"Too much to ask" - Segunda parte.

ASTRID

Llevo el dedo índice a mi boca para morder con nerviosismo mi uña. Ese gesto involuntario que todo ser humano hace cuando se está nervioso. No sé si sea la repentina llamada de Jordan diciendo que tuvo un accidente, o el hospital en sí lo que me pone los pelos de punta. Lo concreto y sabido acá es que los hospitales nunca me han gustado. Siempre me limité a estar lo más distanciada de ellos, aunque por diferentes motivos tenía que visitarlo; como cuando *Boo* nació. Pero ese caso fue diferente, ahora estoy aquí temblando de nervios, con un malestar en la boca del estómago y dejando mi dedo sin uña por Jordan.

Lo malo es que la mujer no parece captar que quiero una respuesta ya de su parte, sino que parece tomarse todo el tiempo del mundo.

—¿Y? ¿Está aquí? —interrogo otra vez.

La mujer rubia aparta sus ojos de la pantalla del computador y asiente.

—Está aquí —responde, desplegando una sonrisa en su rostro.

Escuchar eso es como oír el melódico coro de ángeles. Toda la tensión de mi cuerpo desaparece como globo desinflándose.

—¿Puedo entrar a verlo?

—Sólo familiares pueden entrar a verlo —responde con un fingido tono de lastima.

Aunque me esperaba esa típica respuesta al preguntar, tenía la mínima esperanza de que me dejara pasar al menos para ver en qué estado está. Fuera de riesgo puede ser un alivio, pero el poder verlo es una cosa diferente. ¿Estará sangrando? ¿Qué tan fuerte fue el golpe? ¿Cómo pasó todo? Son miles y una preguntas son las que me sumergen en un estado de divague. Apelar a la misericordia puede ser una buena idea para ver cómo está.

—Soy una amiga —insisto, colocando una mano en mi pecho con dramatismo—. Él y yo vivimos en la misma pensión, sus padres no están en la ciudad.

La recepcionista hace una mueca, mirándome con compasión.

—Aún así no puedo, son reglas del hospital —mira unos segundos la pantalla del computador y vuelve a mí—. Quizás pueda hacer una excepción con los dueños de la pensión... alguien mayor de edad. Más que eso, no puedo... Lo siento.

Resoplo hundiendo toda esperanza. Ni siquiera el gesto de misericordia ha servido para poder cambiar su parecer.

—Okay, gracias —digo finalmente en un hilo de voz.

Acomodo el asa de mi bolso por encima del hombro y me giro para darle la oportunidad a alguien más de hacer su consulta. Sin embargo, en cuanto me giro, mis ojos dan de lleno contra un abrigo gris. Unas manos me sostienen por los hombros impidiendo que me estrelle contra su pecho, pero aún así la distancia que nos separa es mínima. Ese perfume tan peculiar ya me es familiar. Alzo mi cabeza para contemplar a la persona que tengo en frente, descubriendo que es el profesor Jensen.

—¿Qué pasó?

Lanzo un áspero bufido ante su pregunta mientras él procede a soltar mis hombros.

—No puedo verlo porque no soy su familiar, pero está bien —respondo, encogiéndome de hombros—. El señor y la señora Grace podrán verlo. —Caminamos hacia la salida del hospital esquivando a las personas que entran y salen del lugar—. Oficialmente la salida se arruino...

El profesor Jensen ríe abriendo la puerta del hospital y permitiendo que salga, para luego salir él.

—Ya habrá tiempo para más, Astrid —expresa sin quitar la sonrisa de su rostro.

Como siempre, luce igual de optimista y risueño como la primera vez que me presenté en clases. Fue un desastre de presentación, tanto así, que cuando finalicé con mi "y eso es todo" nadie dijo nada; no obstante, como un súper-héroe al rescate, él dijo un comentario que me hizo quitármele de encima todos los nervios. Si él no hubiese estado allí, probablemente nunca me habría adaptado como lo hice hasta ahora. Desde entonces ha sido de gran ayuda y un apoyo infaltable.

—¿Por qué me estás mirando? —Curiosea de pronto, palpando sus mejillas— ¿Tengo algo en la cara?

Alzo las cejas y abro los ojos con sorpresa al escuchar su pregunta. Ni siquiera me había dado cuenta que caminaba embobada con los ojos puestos en él. Niego con la cabeza como respuesta, sintiendo un cosquilleo en mi estómago. El calor en mis mejillas es una cosa de otro mundo, y todo lo que puedo hacer para que evite notar mi vergüenza es apartar mi cabeza mirando en otra dirección.

Llevo mis manos frías a mis mejillas queriendo en silencio que me trague la tierra o me vuelva una invisible, hasta que mis plegarias absurdas, y con pocas probabilidades de ocurrir, se ven opacadas por la fugaz imagen de una figura que se me hace conocida. Fue cosa de un segundo, quizás menos, pero juraría que entre las personas me pareció ver a alguien de quien no he sabido en meses. El corazón se me apretuja bajo la piel de sólo imaginármelo, pero sé que seguro es uno más de mis inventos poco realistas. Quizás mis teorías sobre los artistas son ciertas y poco a poco estoy siendo conducida en un carro hacia la locura.

Detengo el paso y vuelvo a ver en la dirección de la figura.

—¿Ocurre algo? —escucho la voz del profesor hablarme, distrayéndome de toda confusión creada por mi cabeza.

En definitiva, estoy viendo alucinaciones. Mika no está aquí.

—Ah... nada. Me pareció ver a alguien... —Avanzo hasta donde se encuentra él, posicionándome a su lado.

—Espero que no sea alguien de la academia —confiesa, haciendo una mueca de susto la cual me hace gracia—. Se armaría un escándalo si nos ven juntos.

—Descuide, profes-

—Jensen —me corrige—, te dije que me dijeras Jensen. Niña, no me trates con honoríficos aquí que me haces sentir un anciano decrépito. Sólo nos llevamos siete años.

Asiento volviendo a sentir el calor abrumador invadirme por completo. Es cierto, el profesor Jensen —bueno, Jensen— y yo no nos llevamos por muchos años. De hecho, él es uno de los profesores más jóvenes de la

academia. A menudo presume sus habilidades artísticas y dotes para la fotografía, aunque no de una mala forma que lo haga parecer un ególatra, sino como un sátira de ellos. Fueron los interesen en común los que nos llevaron a hablar más de la cuenta después de clases y a enviarnos mensajes de texto hasta madrugada. Algo de pesar sentí cuando la señora Grace preguntó con quién saldría, pero no podía responder que con mi profesor de Cultura y Fotografía, por lo que tuve que mentir y moldear la verdad un poco.

Creo que la actuación se me está dando a la perfección hoy en día.

—Llamaré a la señora Grace —le informo al sentarnos en una banca de la plaza cercana al hospital—. Quizá... deberíamos dejar nuestra junta para otra ocasión.

—¿Quieres que te lleve a la pensión? —pregunta mirándome con preocupación— Ya es algo tarde y estás muy desabrigada.

Me echo a reír en cuanto dice lo último.

—Es primavera —aclaro, negando con la cabeza—, no hace falta.

—Está bien. —Asiente y suspira—. Hablamos luego, *Gisèle Freund*.

Hace un gruñido al levantarse, como si fuese la cosa más complicada del mundo. De pie junto a la banca, voltea a mirarme una vez más en silencio.

—Adiós.

Le hago una seña y él la responde imitándola.

Ya sola, sentada en una banca, intento caer en mis cinco sentidos y usar el raciocinio para describir la tarde que planeaba ser una esperada salida

con una inesperada persona. Fue cuando íbamos de camino al cine clandestino del centro que recibí la llamada de Jordan informando estaba en el hospital. No describió mucho sobre el accidente —aunque dijo mucho más que la recepcionista del hospital—, sólo que cruzo en luz roja y chocó contra el capó de un auto. También se lamentó de su bicicleta y su brazo. Antes de decir en qué hospital específicamente estaba, la llamada se cortó y no pude volver a llamarlo.

Así es como una salida se ve arruinada por completo... Apartando eso, debería llamar a los ancianos Grace.

Saco del bolsillo mi celular y desbloqueo la pantalla. Al instante noto que tengo varias notificaciones de *WhatsApp* de parte de James y otras del grupo de Arte. Hago un esfuerzo para no tentarme a responderlas y prosigo a buscar en mis contactos el número de la pensión.

...

—¡Vamos, Peter, abre esa puerta ya!

La señora Grace tiene el ceño tan arrugado como sólo ella podría ponerlo. A leguas se nota que está molesta. Suele ponerse así cuando interrumpen la cena o tiene sueño. Creo que ambas cosas han influido para que descargue su mal humor contra su pobre esposo.

—Ya voy, mujer. Dios..., dame paciencia.

El señor Grace busca con sus temblorosas manos la llave de la puerta principal en el juego de llaves que trae siempre consigo. Los insistentes gritos de su esposa lo colocan aún más nervioso, por lo que me animo a ayudarle en la búsqueda. Al igual que su esposa, mete la llave en la puerta y refunfuña en tono bajo que debió quedarse con la hermana de la señora Grace porque era más callada. Suerte para él que su esposa es

algo sorda y seguro no le presta atención cuando cruzamos el umbral de la puerta.

—Ay, mi bicicleta... —se lamenta Jordan subiendo las escaleras a su habitación.

—Eso te pasa por irrespetuoso, muchachito —lo reprende la señora Grace viéndolo subir y señalándolo acusadoramente—. Los jóvenes de hoy... —Frunce su arrugado ceño— ¡Y ese trastornado en el auto ni siquiera se dignó a aparecer! —continua descargándose. Coloca sus manos en las caderas y me mira— ¿Viste quién fue?

—N-no —respondo. Me encojo de hombros creyendo que seré la siguiente en recibir sus regaños, pero todo lo que obtengo es una mirada fría y sus ojos achinados, como si intentara descifrar en qué pienso—. I-iré a darme un baño —le informo, girándome hacia la escalera—. Buenas noches.

Sin más que decir, subo las escaleras hasta el segundo piso. El largo pasillo lleno de puertas que dan hacia los cuartos de los huéspedes de la pensión, está más frío que nunca. Además, la ampolleta parpadeante le da un toque escalofriante y terrorífico. Aparto de mi cabeza toda imagen de películas de terror que hacen acto de presencia en estos momentos y camino hasta la puerta pintada de verde que queda frente a la mía. Doy tres golpecitos pausados y escucho una voz casi gutural emergiendo del interior.

—Pasa. —Abro la puerta del cuarto y entro. Jazz está recostada sobre la cama con su pijama puesto y llena de libros gigantes a su alrededor—. ¿Qué tal estuvo la cita con el profesor?

Le hago un gesto para que se calle y cierro la puerta, no sin antes comprobar que nadie estuviese afuera.

—Ya te dije que no es una cita —objeto, acercándome a la cama—. Sólo una salida sin romance, no me gusta mi profesor...

—Claro, te comprendo —afirma en tono burlón y cierra el libro que leía al entrar en su habitación. Es uno más de sus largos libros sobre amores y desamores—. Bueno, responde cómo estuvo.

Se sienta en la cama y me hace un espacio para que me siente junto a ella.

—Jordan me llamó diciendo que tuvo un accidente y tuvimos que ir al hospital...

—Vaya suerte.

—Pero eso no es todo. No estoy aquí para contarte sobre eso —Jazz alza sus cejas, sorprendida. Se acomoda más hacia mí esperando que comience a relatarle mi última gran duda existencial—. Cuando salía del hospital, por un segundo me pareció ver a... —remuerdo mi labio en un intento fallido por pronunciar aquel nombre que por un tiempo creí tener en el completo olvido— a Mika.

Jazz abre sus labios con asombro, pero luego se torna seria.

—¿Crees que está aquí? —pregunta, confidente. Me encojo de hombros como respuesta— Y en el caso de que esté aquí... ¿qué harás?

—¿Qué sugieres que haga? —espeto con desdén— Ni siquiera fue a despedirse al aeropuerto o respondió las llamadas que le hice. Ha pasado más de un año, quizás lo mejor es dejar las cosas así como están.

—Oh, Pajarito... —exclama Jazz, negando con la cabeza. Creo que nunca debí mencionarle el apodo que Mika me colocó, ni relatarle nuestra "historia" a una aspirante a psicóloga. Jazz está algo demente—. ¿Acaso no sabes que historias así de complejas no terminan así como así? Hay un final para historias como la tuya, bueno o malo, pero lo hay. Si Dios te trajo de vuelta a Mika es para colocarle a tu historia punto final —Me señala con su dedo índice, poniendo una expresión severa—. De ese punto final no podrás escapar.

Creí que Mika era untema del pasado, pero me impresiona cómo solamente con un par de alucinacionesponga otra vez mi mundo de cabeza...

MIKA

—¿Mika, estás aquí?

Parpadeo un par de veces neutralizando mi vista. La curiosa mirada de Rosee se enfoca con más nitidez en cuanto recaigo en mis pensamientos y dejo de lado mis divagues. Al comprobar que estoy de vuelta en el planeta tierra y la abducción terminó, sonríe y baja la cabeza para mirar su plato de ensalada. Estamos en el restaurante que la tarde del accidente habíamos quedado de juntarnos.

Aunque debería lucir algo impresionado por lo diferente que se ve, recalcaré que ese atractivo de hace tiempo sigue en pie. Sus enormes ojos son igual de azules que las fotografías y la primera vez que nos vimos, sus risos rubios brillosos y sus finos labios con un sutil toque de

lápiz labial rojo. Rosee sigue siendo la misma de hace meses, cuando nos conocimos en la biblioteca en el centro de la ciudad. Muy por el contrario a todas las que he conocido, ella es del tipo tímida pero escribe como los dioses... Y no es lo único cautivante en ella.

—Estoy aquí —respondo, mirando su plato.

Creí que yo era el único que tardaba en comer, pero al parecer no. Es bueno saber que aún existen personas en el mundo que disfrutan de un buen plato de comida, saboreándola, y no comiendo a lo loco como cerdos en una granja.

—No estás aquí, estás en las nubes. ¿Es por el accidente de ayer?

No.

—Sí, estoy preocupado por el ciclista...

Definitivamente eso no es lo que me tiene sumido en mis propios pensamientos. Miento al decir que el sentimiento de culpa al que se refiere Rosee es el causante de mis divagues y mis viajes fuera de sí. La causa de ello fue la aparición de casi irreal de Astrid.

Al bajar del avión era consciente que estaba pisando la misma tierra que ella, en la misma ciudad. Sin embargo, no creí que por una casualidad tan particular nuestros mundos volverían a colisionarse de tal forma tan peculiar, porque si de algo estoy seguro, es que el verla allí en el hospital no fue una coincidencia. Una fuerza superior a nosotros quiso reunirnos... pero otra quiso impedirlo. Su nombre murió en mi boca cuando escuché el nombre del ciclista, barriendo cada sinónimo de valor para llamarla. Mas eso no fue lo que colmó la situación y me hizo borrar cada ápice de esperanza por volver a ver su rostro de frente. Sí, me retiré al escuchar pronunciar el nombre del ciclista, sólo para comprobar

que ella no estaba sola. Alguien mayor la acompañaba en el hospital. Mi cabeza se llenó de más preguntas y, de forma literal, la canción que sonaba en la radio antes del accidente se repitió una y otra vez, sabiendo que su título es perfecto para el millar de preguntas formuladas.

"Too much to ask".

—No deberías pensar en ello más —Rosee ladea la cabeza, mirándome compasiva como a un cachorro abandonado en una ciudad de locos—, no fue tu culpa, Mika. Bueno... volviendo al tema —Carraspea y deja el cubierto sobre el plato que aún no acaba—. La novela es buena, la trama es cautivante, el léxico perfecto. Creo que le faltaron más descripciones sobre el contexto donde la trama se lleva a cabo y sobre los personajes.

—Sobre los personajes..., eso pretendo dejarlo a la imaginación del lector.

—Oh, bueno... —exclama, encogiéndose de hombros. Un suave rojo se vislumbra en sus mejillas—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Remuerde sus labios, notándose algo nerviosa.

—Ya lo estás haciendo ahora, ¿no? —espeto con un leve tono de sarcasmo que no parece caerle en la gracia que creí que le provocaría, por lo que me dispongo a seguir hablando para que no se sienta mal— Sólo pregunta, *Ro*, llevamos más de seis meses hablando y sigues preguntando si puedes hacerme una pregunta.

Se echa a reír, cubriendo su avergonzado rostro con las manos.

—Es cierto, qué tonta. —Apoyo la barbilla en mi mano, observando así con más detalle los contornos y expresiones de Rosee. Creí dar por

superado ese tema, pero *ella* es insuperable. Aunque trate de mirar con otros ojos a Rosee, todo lo que aparece en frente es el rostro acongojado de Astrid, como la última vez que la vi—. ¿Tu novela... está basada en una historia real? La forma en que el protagonista relataba cada situación y acontecimiento me pareció tan real que no puedo evitar preguntarme si es una historia verídica. ¿Lo es?

Quizás por primera vez desde que coincidimos con el mismo libro en la biblioteca, Rosee me mira directamente a los ojos como si intentase descifrarme. Estoy casi seguro que no quitará sus azules ojos de los míos hasta que responda.

—...Tal vez.

Estirando los brazos al aire con los ojos bien cerrados, Rosee sale del restaurant. Después de una charla, y más consejos de su parte, dijo que debe irse a la universidad. La finalidad de nuestra "cita" ha salido con éxito y he obtenido la opinión de una futura escritora excelente.

—Buena suerte con tu novela, espero la termines pronto —se despide, haciendo una seña con sus manos.

—Gracias.

Mi novela no tiene final, porque la historia de la pareja en que se basa nunca concluyó. Quizás es tiempo de darla por finalizado. Quizás necesite terminar con todo ahora. Las cosas marchan bien como están, pero un desenlace así no puede ser el adecuado para una novela en la que basé mis vivencias con Pajarito. Dentro de la desesperación por su partida y sabiendo que ella comenzaría desde cero, decidí plasmar en

páginas nuestras vivencias cambiando nuestros nombres. Debí estar fuera de mis cinco sentidos aquel momento para hacerlo, pero luego de un tiempo se volvió en una pasatiempo. Como acabe todo esto, acabará mi historia.

...

El colorido día de primavera puede ser lo único a mi favor ahora, aunque estoy dudándolo. En un día soleado se puede ser más afortunado que en uno nublado, según Ashley. Yo no creo que mi suerte sea justificada por el clima o algún tipo de taroc, lectura de cartas, o cosas por el estilo. Soy escéptico para esas aburridas y absurdas cosas, pero ahora estoy rogando para mis adentro que la suerte me sea favorable. Quizás el día sea un buen "augurio" como puede que todo dependa de mí y mi tolerancia para soportar la presión en la que me encuentro.

Hoy se decidirá el final de esta historia.

Miro la academia donde Astrid está; un lugar de estructura moderna, espaciosa, con diferentes plantas y flores en la entrada principal, un sendero ancho que da hacia las escaleras de la entrada, puertas transparentes, muchas ventanas, adolescentes y jóvenes que entran y salen. Parece la vida escolar ideal para quién haya soñado con un lugar donde todos se saludan con sonrisas de comerciales. Ésto, seguro es el paraíso para quién desea impartir una carrera como artista. A mí me parece más bien escalofriante como todo en el sitio parece perfecto. Demasiado idealista, y eso que sólo es una humilde descripción del edificio y ambiente por fuera. Quizás demasiado idealista para estar de pie esperando que una cambiada Astrid Fissher pueda recibirme.

Aprieto mis puños en un intento por decidir qué hacer.

Quedarme o marcharme. Quedarme o marcharme.

El timbre de la academia dictando la salida de clases me pone en alerta. Todo lo que puedo hacer en una acción desesperada y cobarde, es ocultarme detrás de uno de los autos que hay en el estacionamiento frente a la entrada. Hago un intento por apartar mis tormentosos pensamientos y decido echar un vistazo a la multitud de estudiantes que salen por la puerta principal de la academia; entre ellos, diviso a Astrid charlando animadamente con una tipa pelirroja.

Es impresionante como ha cambiando físicamente. Y no sólo de aspecto, ella misma de presencia parece diferente. Ni siquiera hay rastro del gorrión asustado que vi en nuestro primer encuentro. Su cambio fue para bien... y creo que el mío también. Las cosas se han mantenido bien así como están, probablemente aparecer ahora sería cambiarlo todo.

Volveré antes de que el viejo se vuelva un histérico.

El final de mi novela puedo inventarlo por mis medios, quizás así pueda sacarle uno bueno...

Miro una vez más en la dirección de Astrid, sin dar con ella. Camino de vuelta al auto que el viejo me reservó el día en que llegué a Los Ángeles. Lo estacioné unos pasos más allá, porque todo estaba ocupado, para colmar mi suerte.

Pero mi acto se ve interrumpido.

Es una cosa de segundos... o quizás menos, pero allí está ella, igual de irreal que una alucinación. Igual de irreal que los deseos antiguos de volver a tenerla así. Astrid está frente a mí, de pie consumiéndome con sus verdes ojos que ya no son cubiertos por esos molestos lentes, y una

sonrisa nostálgica. Su acto me deja perplejo y sin habla, incrédulo por su repentina aparición.

—Ha pasado mucho tiempo, Mika.

—Sí, Pajarito.

Creo que, después de todo, hoy sí se definirá el final de ésta peculiar historia.

Epílogo.

Sobre la enorme pizarra que está atornillada firmemente a la pared de tonalidad beige, está el reloj. Su «tic, toc» puede resultar para muchos algo casi imperceptible y tolerante; sin embargo, para mí suele ser quien dicta con cada segundo el momento indicado para que acabe la clase. Bueno, después de todo, eso es lo que hacen los relojes, pero yo no miro los números como cualquiera lo haría: yo miro las manijas del reloj y escucho el «tic, toc».

Estamos a cuatro minutos y cuarenta segundos para que termine la clase. La profesora Peige sigue hablando y hablando mientras algunos intentan no morir de hipotermia (me incluyo). Estamos en pleno invierno y todo lo que deseo es salir luego de vacaciones y tomar una taza con chocolate caliente con mis padres.

El chocolate me enloquece. Para algunos la cafeína los despierta, por el contrario a las personas normales, a mí el chocolate me pone como deportista por la mañana; con todas las energías hasta para escalar el monte Everest. Jules Pinkman dice que el chocolate puede ser el sustituto ideal del amor gracias a los aminoácidos y toda esa barbaridad de nombres extraños que no me causan cuidado, pero que me han puesto a pensar que tal vez tenga razón.

Puedo sustituir a cualquier chico con una barra de chocolate, ¡vaya locura más placentera!

Aunque, siendo realistas, no creo que una barra de chocolate —incluso si es la más grande del mundo— pueda sustituir a la persona que es capaz de sacarme más suspiros por segundo que el mismísimo Brad Pitt.

—Bueno, chicos, antes de salir les diré qué libro tendrán que leer para las vacaciones de invierno —Los gruñidos de todos se escuchan por la sala cuando el dictamen de la profesor Peige se escucha hasta el último rincón de la clase—. Chicos, chicos... escuchen, es importante fomentar la lectura hoy en día. Las redes sociales están causando que adolescentes inteligentes como ustedes escriban horrible... además de apropiarse de sus esplendorosas ideas creativas que no los dejan explayarse como deben.

Justo en el clavo. La profesora Peige sabe cómo hacer que toda la clase guarde silencio con un par de halagos.

Miro el reloj, comprobando que faltan segundos para salir de vacaciones.

—¿Cuál será el libro entonces? —Pregunta Clark, el chico que se sienta unos bancos más atrás.

La profesora despliega una sonrisa al notar el interés de los demás y mira la hoja sostenida por sus morenas manos.

—Tendrán que leer «El gato que se enamoró del pájaro».

El timbre llega justo a tiempo para que pueda detenerme a maldecir para mis adentros. ¿Por qué entre todos los libros existentes en el planeta Tierra debe ser ese? Claro está que una fuerza superior quiere que esa historia, ya tan familiar para mí, quede más atascada de lo que está ahora dentro de mis efímeros y absurdos pensamientos.

Sí, debe ser eso.

Recojo mis cosas de la mesa con pesadumbre sobre mis hombros. Quejándome de los motivos vanos por los cuales debemos leer para las

vacaciones de invierno cuando, como bien lo dice su nombre, son vacaciones para relajar la mente.

Una vez guardados mis materiales dentro de mi escuálido bolso, paso el asa por encima de mi cabeza, cruzándola. Acomodo mi ropa y salgo de la sala hasta el largo pasillo donde logro vislumbrar la luz del exterior. El largo pasillo oscuro y la entrada irradiando una luz casi sobrenatural es la representación perfecta de cómo un estudiante cansado y deseoso de excluirse de sus obligaciones, se siente después de meses estudiando. O, quizás, de quienes dicen que al morir vemos una luz al final del túnel.

«El gato que se enamoró del pájaro».

No puedo creer que deba leer un libro que sé al revés y al derecho. Claro que para mi mala fortuna no puedo "no leerlo" ya que la profesora Peige, además de evaluar en cada libro la lectura del mismo, también pregunta reflexiones que cada uno hace en ellos. Y yo no me sé las reflexiones que "El Gran Mika McFly" ha hecho en él. Aparte, ¿no podía ser un libro de acción, cultura, o lo que fuese? No, claro que no, debía ser un libro de amor. "El amor nos ayuda a respirar", "el amor es la fuente de la vida", "sin amor no podemos ser felices" dicen todos. Obviamente están equivocados; descubrí eso hace bastante tiempo, cuando con quien ya asimilaba un futuro juntos, apareció una tarde para decirme que mantuviésemos todo al margen y hacer cómo que nunca pasó nada entre nosotros. En pocas palabras, que cortara todo con él. En ese momento descubrí que son los pulmones los que me ayudan a respirar, que el oxigeno es la fuente de vida y el chocolate me hace feliz...

O de eso quiero convencerme, pero cuando estoy a punto de hacerlo, allí están papá y mamá para que todo punto de vista creado en mi cabeza se vaya por el retrete.

Tengo un punto a favor, y es que yo sé en qué termina la singular historia del gato que se enamoró del pajarito. El final abierto del libro, hecho para torturar las mentes de los lectores con insaciables posibles finales, concluye en sólo uno. Esas páginas jamás publicadas son un secreto guardado bajo llave, y yo dispongo de ella.

Aquella tarde de primavera, después de clases, un pajarito se percató de la presencia de un gato salvaje oculto entre los autos. Ella sabía que haberlo visto antes no fue parte de su imaginación o una ilusión como las tantas que había tenido antes.

No, sus ojos no la engañaban.

Aprovechó la salida de los demás estudiantes y el apogeo de ellos para escabullirse. Estaba decidida a reencontrarse con quien, por más de un año, no había visto. Si hubiese continuado siendo ese pajarito asustado seguro habría continuado caminando de vuelta a la pensión, pero ella había cambiado y, con el corazón latiendo a mil por segundo, fue a su encuentro; se plantó en la acera para que el gato la viese. De esa forma ninguno de los dos podría huir de allí.

Ambos necesitaban ese reencuentro. Ambos lo estaban ansiando desde hacia tiempo. Millones de preguntas hacían ápice de aparecer cuando el gato volteo en su dirección, encontrándola de pie, frente a él.

El gato seguía siendo el mismo de antes. Ese dejo arrogante y altivo era su marca personal. El pajarito notó que ahora llevaba un poco de barba que lo hacía ver más maduro, pero su mirada... su mirada era la misma a como lo vio aquella tarde en el frío pasillo de Jackson.

Juntó todo su coraje y le sonrió con empatía, comprendiendo que la perplejidad del gato era correspondida por ella, pues se sentía igual que él, aunque no lo demostrase.

Entonces, cantó:

—Ha pasado mucho tiempo, Mika.

Notó como él salía de su asombro y respondió con un sutil movimiento de cabeza:
—Sí, Pajarito.

Escuchar su connotado apodo la hizo estremecerse bajo la piel y millones de recuerdos llegaron a su cabeza como escenas de películas, siendo revividas una y otra vez. Su pecho se comprimió y apagó por completo esa sonrisa que esbozó al verlo.

—Esperé verte en el aeropuerto... pero tú nunca llegaste —le recriminó en un tono triste y melancólico.

El gato dio un paso adelante con el fin de acercarse al apagado pajarito con ojos vidriosos.

—Yo estuve allí —respondió él, dando otro paso hacia ella—, observándote a la distancia. Viendo cómo te despedías de tu familia y amigos mientras mirabas hacia todos lados esperando algo...

—Te estaba esperando a ti —se aprontó a responder ella—. Esperé y esperé tu llegada. Incluso tontamente creí verte en el avión. Fue chocante el no verte más, Mika. Al menos así tendría la oportunidad de expresarte todo lo que sentía por ti en ese momento.

—No quería involucrarme en tu nueva vida, Astrid.

El pajarito lanzó una fuerte carcajada al aire cuando escuchó su argumento. En ese instante las palabras de Mika McFly sonaban tan ridículas al decir que no quería involucrarse en su nueva vida cuando él ya formaba parte de ella. Una fría noche en la oscuridad de su nueva habitación lo había pensado y es que, después de todo, quien propulsó un cambio dentro de ella fue aquel gato que la dejó esperanzada en el aeropuerto. Fue él quien condujo a aquel pajarito por diferentes caminos que la volvieron alguien más decidida y fuerte. Por eso, al decir que no quería involucrarse en su vida le causó gracia.

—Ya lo estás haciendo —espetó, volviendo a tornarse seria—. El proceso comenzó el primer día de clases, cuando mi celular cayó del bolsillo.

—Recuerdo eso..., lucías asustada.

—Y tú lleno de confianza.

Fue ese momento en que se percató de la cercanía en la que se encontraban. Comprobó que de verdad el gato estaba algo cambiando, aunque ella no se quedaba atrás; había crecido unos cuantos centímetros pues sus ojos no daban al cuello de su camisa, sino directamente a sus labios.

...

—Ya llegué.

Cierro la puerta de madera oscura tras mi espalda. Unos revoltosos pasitos se escuchan chocar contra el piso flotante de la casa. *Cutro*, nuestro pequeño minino, llega a mi encuentro y comienza a pasearse por mis piernas con la cola alzada. Se menea de lado a lado y luego se para

en sus patas traseras estirándose con el apoyo de mis piernas. Muevo una para apartarlo.

—Déjame ya —le ordeno—, me gustan los perros.

Con un maullido, el gatito sube las escaleras hasta el segundo piso mientras yo me adentro por el pasillo hasta cruzar el umbral hacia la cocina. Sentados, bebiendo chocolate caliente alrededor de la mesa, mamá y papá parecen tener una buena charla sobre el sabor del chocolate.

—Hola —saludo a ambos—. Debo leer un libro para las vacaciones... ¿pueden creerlo?

—¿Cuál es? —curiosea mamá, dejando la taza sobre la mesa.

—"El gato que se enamoró del pájaro". ¿Te suena?

Para aquel entonces, con la cercanía de aquel gato, se sintió otra vez envuelta en una peculiar, pero muy familiar, atmósfera. Comprendió que el gato era el único que podía hacerla sentir tantas cosas y no poder describir ninguna de ellas. El amor se siente de diferentes formas en cada persona, pero su orgullo aún latente se rehusaba a creer que el reencuentro con aquel gato fuese producto de eso: amor.

Carraspeo distrayéndose de aquellos labios que había probado tantas veces y probó con mirarlo a los ojos, sólo para hundirse en la inmensidad gris de ellos. ¿Acaso él estaba experimentando lo mismo que ella? Rogó que fuese así, para no sentirse una tonta encaprichada de nuevo y ser rechazada por el mismo hombre dos veces.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, notando un cambio en el gato.

—Estoy aquí por ti, para concluir todo esto —respondió él, con frialdad.

Un avistamiento de temor debió verse reflejado en los ojos del pajarito para que los fríos ojos del gato cambiasen. El pajarito sintió una fractura en su pecho y, aunque su amiga había dicho lo mismo que Mika pero con otras palabras, el oírlo de él sonaba tan doloroso...

Respiró hondo. Su respiración era quebrajada por el nudo repentino en su garganta.

—¿De verdad quieres terminar todo esto? —preguntó el pajarito, oyéndose temerosa de la respuesta que el gato se aprontaba a decirle.

Él guardó silencio por un momento, y luego negó con su cabeza en respuesta. Esa no era una respuesta que esperaba obtener de ella, ni tampoco el desenlace que esperaba para su libro, aunque unos segundos creyó que así sería, pues estaba resignado a un desenlace inventado por él.

¿Acaso el pajarito le estaba dando una nueva oportunidad? ¿Después de todo, su peculiar historia no acabaría allí? Tenían muchas cosas que contarse y Mika lo supo. Agarró a Astrid por el brazo, en uno de sus arrebatos que sólo ella lograba sacar, y la llevó hasta su auto. Condujo hasta cualquier lugar, con el pajarito de copiloto. Su pregunta lo había dicho todo, pero debía responder algunas interrogantes. Necesitaba confirmarlo del todo. Confirmar que no era imaginación suya. Ambos estaban incrédulos de su reencuentro, pero lo que pasó después lo concilió todo. La canción que rondaba por la cabeza del gato volvía a escucharse por la radio, como un indicio de lo que se avecinaba. Y

aunque la canción relataba sobre una relación que no funcionaba más, tenía la esperanza —porque el pajarito se la había dado— de que pudiesen a estar juntos.

Muchas historias por contar, muchos acontecimientos que desmentir, muchos sentimientos reencontrados que expresar. Allí, en el crepúsculo de la tarde, ambos miraron en dirección al mar. No había necesidad de decir palabras, sus mirabas los decían todo. Ambos conocían cada expresión del otro.

Una brisa recorrió a su alrededor y cuando ella arregló su alborotado cabello, el gato comprobó que en su muñeca un gastado lazo la decoraba. Después de todo el tiempo transcurrido, ella aún lo conservaba. Esa demostración inconsciente del pajarito trajo de vuelta al gato; no ese felino manipulador y arrogante, sino ese sensible que tenía ojos sólo para ella.

—Astrid.

La llamó, con seguridad en su tono de voz. El pajarito apartó sus ojos del ocaso y volteó en dirección de su hablante. No hubo tiempo de decir nada cuando las palabras se vieron reemplazadas por un ansiado beso que el gato le robó. Fueron simplemente unos segundos donde pudo saborear aquellos labios, hasta que él se separó de ella, abriendo sus ojos se lentitud. Ante el asombro del pajarito por su repentina acción, un silencio sucumbió otra vez. Él buscaba su aprobación con ese beso y ella no escatimó en devolvérselo. Estiró sus piernas y se colocó en la punta de sus pies con dificultad, extendió sus brazos abrazándose al cuello del gato. Su cercanía disminuyo, y en segundos, los dos volvieron a besarse como alguna vez lo habían hecho.

Comprendió que nadie más que Mika McFly podía sacar esa parte de ella, no importaba con quién estuviese. Mika siempre estaba allí. Era la pieza que faltaba para sentirse segura y parte del mundo, porque él era parte de su cambio.

—Quédate conmigo —le pidió ella, en un corto periodo donde recobraban el aliento—. Eres la pieza que le falta a mi puzzle, Mika.

El gato miró a los ojos al pajarito y acarició sus hinchados labios rojos.

—Todos los días, Pajarito.

Así fue como una nueva historia entre los dos comenzó y no acabó hasta el día de hoy. Contra pronóstico y palabra, después de años, el pajarito se dedicó a la fotografía y el gato a la literatura. Los años que vinieron no fueron fáciles, incluso tuvieron que alejarse un tiempo, pero una fuerza sobrenatural los volvió a unir y, entonces, nunca más se separaron. Todo conspiraba para decirles que están atados el uno al otro, de alguna u otra forma. Me atrevería a decir que yo soy un motivo más por el que ambos están atados, pero no me gustaría llamarme a mí misma como una carga, sino como una testigo de su romance tan extraño.

—No sabía que los hurones divagaban —le escucho decir a papá—. Pero qué bueno que en ese barato colegio público te hagan leer buenos libros.

—Ese "barato colegio público" fue donde ambos estudiamos, Mika — recrimina mamá, con una sonrisa. El gato mira al pajarito de una forma que no logro descifrar, y luego vuelve a dirigirse a mí.

—En mi despacho tengo mi libro original, Hurón.

Tampoco tengo una idea del porqué papá me llama "hurón". No creo que la mezcla de un gato con un pájaro dé como resultado ese animal. ¿Qué puedo decir? Los artistas están locos, por eso estudiaré ciencias.

Mi nombre es Floyd McFly, aunque mis padres tienen la extraña manía de llamarme por el apodo de un animal. Tengo dieciséis, y soy la mejor prueba del dicho pasado que dice «los polos opuestos se atraen». Si no me crees, quizás también deberías leer el libro de papá.

FIN.

Momentos Random - Jassandra.

«Las ardillas parecen ser animales con comportamientos sociales muy altruistas. No siempre están reunidas en grupos, pero cuando es el caso, se apoyan y se ayudan en todo. Si un depredador aparece en las inmediaciones, hay una que da la voz de alarma. Sorprendentemente, este mismo individuo es el último que se va cuando el colectivo sale huyendo. Además...»

—¡Tú, el holgazán!

De nuevo ella aparecía en su campo visual tapando la televisión. Siempre lo hacía. Donde posara la vista, Cassandra Gruonie hacía acto de presencia para sacarlo, de alguna u otra forma, de su apacible estado. Ella era quien desde la primera vez que se vieron, el motivo de que su pasivo mundo fuese un caos. No lo comprendía, pero ella era una experta en colocar su mundo de cabeza...

Ese día no fue la excepción.

—¿Qué? —interrogó con desdén el castaño, alzando una ceja al levantar su cabeza y mirar a la pelirroja que tenía en frente.

—"¿Qué?" —repitió ella con incredulidad, cruzándose de brazos— Pasa que estás viendo TV basura mientras los demás organizamos una importante boda. Y no me digas "qué" con tanta confianza, soy tu futura jefa. Ahora, levanta tu trasero y ponte a trabajar, Cooper.

Cooper. James maldijo el día en que se presentó frente a ella y cometió el terrible error de mencionarle a uno de los chicos, en secreto, que la encontraba atractiva. Nunca sospechó que el *calladito* del grupo con los que trabajaba fuese a delatar su comentario a la mismísima hija de su

jefa. Eso, podría jurarlo por su consola nueva, fue lo que desencadenó un aluvión de hostigamiento y una batalla interna entre los dos. O quizás el haber negado rotundamente sus palabras y diciendo que la encontraba igual de pesada que la gata de su vecina. O el haber tropezado frente a ella y, por error, haberle tocado los pechos en busca de algo con qué sostenerse.

Quizás lo último. O quizás no. Lo cierto era que James Cooper la odiaba, y ese día su odio se intensificaría aún más.

—Está bien, *milady* —respondió arrastrando sus palabras y dejando de lado su orgullo. Buscó el control remoto y apagó la televisión, despidiéndose del canal *Animal Planet* dentro de sus pensamientos—. Y no es TV basura, es un canal cultural...

...

Secó una gota de sudor que se arriesgaba a resbalar por su frente. Después de horas y horas de trabajo, por fin había terminado. Organizar una boda junto a los demás compañeros de trabajo podía ser divertido algunas veces, pero aquel día se celebraba una boda del hijo de un ministro importante, al cual poca atención le colocó. James sólo se ocupa de trabajar y atender a las personas que solicitaban sus servicios en cada mesa. Sin embargo, después de una ardua tarde de trabajo, también debía limpiar el gran salón donde la fiesta colmaba a los invitados de la boda y a los mismos novios. Ese era, según él, el trabajo más pesado. Siempre era uno de los últimos en irse, pero no se quejaba. De vuelta a su casa siempre tenía el humilde privilegio de deleitarse con el cielo estrellado de la ciudad... o lo poco que se ve de él.

Al dejar la escoba en el cuarto de limpieza, se estiró y caminó hacia los vestidores de hombres. El vapor del baño le indicó que sus compañeros ya se habían duchado y, probablemente, ya se habrían marchado.

Ahora, la anhelada ducha con agua bien caliente le tocaba a él.

Cuando entró al baño, se quitó el uniforme característico de los garzones, abrió la taquilla correspondiente a su persona y dejó su celular dentro. Pegó un bostezo. El solitario baño le complació el no tener que cubrirse la boca para enseñar sus dientes y muelas con el bostezo. Finalmente, abrió la llave de la ducha.

Cerró sus ojos unos instantes perdiéndose en sus divagues mientras el agua escurría por su cuerpo, hasta que alguien habló.

—Lindo trasero —El cuerpo de James se tensó. Entre sus pensamientos no sabía qué hacer, si girarse o no. Estaba desnudo y Gruonie lo estaba mirando—. Me pregunto si las personas en la calle dirán lo mismo.

Los ojos de James se abrieron de una forma poco usual para su relajada actitud. Algún maleficio debió ponerle la pelirroja para que él no pudiese formular palabra alguna. Estaba mudo.

Hizo lo que mejor creyó, se giró cubriendo con sus manos lo que para él componía toda su virilidad y orgullo, así quedando de frente a Gruonie. Ella le sonrió con malicia y le enseñó el montón de ropa que ocupaban sus manos. Con sus ojos recorrió el baño hasta su taquilla, encontrándola vacía. La ropa de Gruonie no era cualquier ropa, sino la suya.

—Esto es a cambio de tus escandalosas manos, Cooper —dictó la pelirroja, mirándolo con altivez—. Ahora estamos a mano.

Dicha su sentencia, salió disparada por la puerta, dejando a un atónito James sin saber qué hacer.

Especial Navidad

Oh, Blanca Navidad.

Creo que es la letra errónea de la canción tan popular cantada por no me importa quién.

La Navidad es consumismo puro, todos han olvidado el verdadero significado ocultando el aprecio mutuo y por el prójimo con un simple regalo sin importancia que durará tres años, con suerte.

No hay que ser muy astutos para saber que toda la Navidad es una estrategia publicitaria de comerciantes bien ingeniosos. Se llenan los bolsillos con dinero ajeno y se ríen en sus caras cenando en sus casas, comiendo una rica comida que cuesta lo mismo que los insectos consumistas les pagan. ¿Y todo para qué? Para fingir que se quieren durante un par de horas, entonces, cuando ya todo el espíritu termina y los regalos han sido abiertos, la plática rememorando vivencias antiguas queda nula, vuelven a sus vidas amargas, grises y con algo nuevo: deudas monumentales.

Es una linda y blanca navidad del consumismo. Las viejas tradiciones no son como antes, hoy en día se valora más quién dio el regalo más grande o costoso. Qué árbol es más bello, quién está mejor vestido y qué mesa tiene más comida.

El ahora no es mejor que el ayer. Puedo afirmarlo.

Antes de la muerte de mi madre todo era mejor, todo era más colorido, incluso cuando en la Navidad lo que reina es el blanco, ella hacía que todo fuera de colores inesperados. Su sonrisa era un privilegio. Tan cálida y amable. Ella y el viejo solían ser los primeros entusiastas para

decorar la casa. Le contagiaba el espíritu navideño a todos e insistía en que todos debíamos participar. El viejo, ella y yo nos encargábamos de sacar las pesadas cajas del entretecho mientras Ashley sacudía los mueves y les sacaba brillo. Con las cajas afuera, abrirlas era todo un drama, mamá siempre les temió a las arañas y nadie podía estar cerca de ella hasta comprobar que los artrópodos quelicerados (también conocidos como arácnidos) fueran inexistentes.

Recuerdo las galletas, los pasteles de chocolate bañados en más chocolate, la leche caliente. El calor de la chimenea, la mecedora, los villancicos, la manta sobre *sus* piernas, sus advertencias para jugar con cuidado.

Estando en un departamento sombrío en Los Ángeles, consumiendo el dinero de la tarjeta de crédito, sin una chimenea, sin una mecedora, sin las carcajadas de Ashley escuchando los malos chistes del viejo, el chocolate caliente... sin nada, la soledad se acentúa más que los otros años.

Hoy es 24 de diciembre y compañía se reduce a mi laptop.

Es una de las pocas veces que estoy lejos de casa y, ciertamente, puedo confirmar que nunca tuve tantas ansias de estar en ella. Sin embargo no ha quedado de otra; la corrección de mi libro es importante, volver a mi ciudad natal es un desperdicio de tiempo.

Ten una Feliz Navidad.

Atte. Ash

Ashley, mi odiosa hermana, está a miles de kilómetros. Supongo que teniendo la casa para ella gozará de sus amistades y Dios sabrá qué

barbaries hará. Puedo ver que el 26 la casa será una base de asquerosos reptiles que viven en fiestas sin importar la fecha.

Yo no puedo decir mucho, tampoco soy tan hipócrita, mas a diferencia de aquellos infraseres no estoy emborrachándome en alcohol, simplemente disfruto de una buena copa de vino para calmar el frío.

Debo corregir mi anterior pensamiento: no estoy bebiendo de una copa, sino de un vaso, el cual, por cierto, tiene una picadura muy...

Golpes atormentan a mi puerta.

Dudo mucho que sea el tipejo que me arrendó este vasto departamento, tampoco puede ser Chase o Jax. Descarto la idea de que sea... No. Se suponía que se marchaba hoy en la mañana para pasar Navidad con sus padres y el inescrupuloso de Patrick.

Reposo el vaso con vino junto al laptop, cerciorándome que estén a una distancia prudente el uno del otro para que no cause un desastre algún improvisto de esos inexplicables. Bastante tengo con corregir esos pequeños errores en mi escrito que la editorial ya ha comentado. Ya de pie, enciendo la luz de la habitación; el living, cocina y comedor están unidos y no hay nada que divida las salas. Así de pedestre es el departamento.

Otros golpes, más acelerados y fuertes, vuelven a sucumbir en todo el departamento. Gesticulo una mueca reprimiendo mis deseos internos por replicar a los golpes con palabras vanas. En lugar de ellos, procedo a mirar por la mirilla.

No hay nadie afuera.

Tomo el picaporte y lo giro, abriendo la puerta a la par y asomándome hacia el pasillo. Al instante, dos brazos envuelven mi cuerpo y un aroma tan familiar sacude mi interior. La calidez de una sonrisa escondida entre hebras de cabello castaño oscuro me saluda. Unos ojos verdes acrisolan mis pensamientos. Sus mejillas y nariz roja acentúan su tez blanca. Me siento falto de aire, mis pulmones se han contraído con ese abrazo tan inesperado.

—Astrid...

Farfullo.

—Feliz Noche Buena, Mika. —Me saluda reafirmando su abrazo, con más ganas y fuerza—. Mi vuelo tuvo problemas con el clima. O eso les dije a mis padres.

Se ríe.

La agarro por los hombros para mirarla una vez más. Está hermosa.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a pasar la Navidad contigo —responde, bajando sus brazos—. Nadie merece estar solo en Navidad, Mika. Nadie. Es una fecha para pasar en familia, ¿no? Yo ya tuve muchas navidades con los Fissher y pasaré un montón más..., las tuyas, probablemente, solo son un recuerdo.

No lo negaré, verla me vuelve como en todo lo que odié y no llegué a pensar que sentiría. Me transformo en un demente que quiere sonreírle a todo por el mínimo hecho de tener el privilegio de poder verla. O escucharla. O sentirla. No obstante, no descarto el pensamiento que ella le ha mentido a sus padres y que, el estar conmigo, es algo que no

puede funcionar. Hace solo algunos meses que nos volvimos a reencontrar.

—No deberías estar aquí.

—Claro que no —Se agacha y recoge una figura de vidrio amarillenta moldeada con la forma de un árbol de navidad, en el interior hay una pequeña vela que está apagada—. Debería estar en mi casa, cenando con mis padres. Pero... —Se vuelve a levantar— pensé en ti, que estarías solo, bebiendo del vino que tanto te gusta, despotricando a la humanidad entera por hacer regalos y... no pude evitar querer venir. A verte —confirma—. Estoy decidiendo esto por mí, no vas a hacerme cambiar de idea.

Pasa junto a mí y entra al departamento mirando todo lo que se encuentra a su alrededor. No es mucho, todo lo que hay es lo que estaba ya en el departamento y lo necesario para vivir cómodamente.

—¿Así que le mentiste a tus padres, Pajarito?

Le pregunto viéndola. Ella deja sobre la mesa centro el árbol navideño y se sacude el abrigo impermeable de color turquesa que trae encima.

—Me he vuelto en una buena mentirosa, tú tienes la culpa. Si me regañan les diré que tú me obligaste.

Sonríe.

No hay que ser un genio para comprender que lo dice de broma, dudo mucho que me culpe por ello.

—Bueno, siéntete como en casa.

—Gracias.

Camino hacia las encimeras en busca de un encendedor. Hay uno gastado que por poco no enciende. Astrid saca con sus pequeñas manos la vela del interior y me la acerca para que la encienda. Una diminuta luz amarillenta se refleja dentro del árbol.

Miro la hora; casi es medianoche.

—¿Qué planeabas hacer? Si yo no hubiera venido.

—Seguir despotricando al mundo.

—Ya me lo imaginaba.

Se quita el abrigo y lo deja sobre otro sofá. Lleva un jersey oscuro y la bufanda roja que le regalé hace tiempo, cuando todavía estábamos en Jackson. No puedo creer que todavía la tenga, aunque luzca algo arruinada y llena de pelusa.

En el sofá, frente al árbol navideño de vidrio que trajo, Astrid se inclina para contemplarlo con una cálida sonrisa. No dice nada, por algún motivo, entre nosotros siempre sobran las palabras.

Me dirijo a mi habitación y busco el pequeño regalo que había planeado entregarle cuando regresara a Los Ángeles.

Es una cajita roja con una cinta en la tapa del mismo color. Huele similar a las páginas de los libros recién comprados y, a como espero, que huelan mis libros alguna vez. Dentro, hay una funda oscura con una almohadilla. Un anillo con la figura de un pájaro en vuelo es resguardado entre el surco de la almohadita.

Vuelvo a cerrar la caja y miro la hora.

—Pajarito —le llamo regresando a la sala. Ella está de pie, con sus manos ocultas detrás de su espalda. Tiene una sonrisa tímida y sus mejillas levemente sonrojadas—. ¿Qué tienes allí escondido?

—Lo mismo que tú, supongo —contesta arrugando el ceño—. Feliz Navidad, Mika.

Camino hacia donde se encuentra asimilando lo que la cercanía de nuestros cuerpos me provoca internamente. Contengo las ganas de besarla, en lugar de ellos, le enseño mi obsequio.

—Feliz Navidad, Pajarito.

Ella ladea su cabeza y baja la mirada hacia la caja, saca su regalo oculto detrás de su espalda y ambos hacemos el intercambio.

—Espero te guste mi regalo —pronuncia mientras abre la caja. Sus labios se entreabren al ver el anillo y alza su cabeza con los ojos muy abierto—. Por Dios, Mika... esto...

—¡Shh! —le silencio— Los regalos no se reprochan.

Con extremo cuidado, saca el anillo y lo coloca en su dedo. Sus verdes ojos parecen brillar al estirar su mano y apreciar, con deleite, la figura del pájaro.

—Es hermoso.

Se sienta frente a la mesilla y acerca su mano al árbol. Me quedo a su lado, también sentado, y comienzo abrir la caja de color verde con una cinta plateada muy ostentosa. En el interior, una bufanda roja está doblada con una nota con la caligrafía de Astrid.

«Que desde ahora tu Navidad siempre sea feliz.»

—Lo tejí con mis propias manitos, la señora Grace me enseñó. ¿Te gusta?

Se encoge hombros, arrugando sus cejas. Saco la bufanda de la caja y la estiro, colocándola detrás de su cuello, con algo de fuerza, atraigo a Pajarito hasta que nuestra distancia queda en la nada. Beso sus labios sosteniendo la bufanda aún. Ella corresponde a mi beso.

No es entonces cuando necesitamos conciliar nuestra respiración que nos separamos, sin embargo, continuamos manteniendo una íntima cercanía, tomados de la mano.

—Me encantas... y la bufanda también.